



CADA VEZ QUE LLUEVE

- LISA DE JONG -

Lectulandia

Kate Alexander es una adolescente que vive en Carrington, un tranquilo pueblo de Estados Unidos, donde sueña con acabar el instituto e ir a la universidad. Pero una noche lluviosa, su vida cambia de forma dolorosa y ya nada vuelve a ser igual.

Cuenta con el apoyo incondicional de su gran amigo Beau Bennett, compañero de infancia. Pero él quiere algo más y Kate no puede dárselo, tampoco puede contarle lo que ocurrió aquella noche. Sencillamente, está paralizada...

Cuando Beau se marcha a la universidad, Kate se siente muy sola. Hasta que llega Asher Hunt, un joven de ojos seductores y sonrisa arrogante, que le hará olvidar el dolor que la ha mantenido cautiva durante tanto tiempo. A pesar de los consejos de la gente, Kate no puede evitar acercarse y abrirse a él. ¿Será él la esperanza que necesita? ¿Su salvación? ¿O la volverán a herir?

Lectulandia

Lisa de Jong

Cada vez que llueve

Rains - 1

ePub r1.0

Titivillus 03.09.15

Título original: *When it rains*
Lisa de Jong, 2013
Traducción: Yuliss M. Priego

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«El amor es una flor que hay que dejar crecer.»
—John Lennon

Prólogo

Cuando se vive en un pueblo pequeño, no hay mucho que hacer un viernes por la noche después de un partido de fútbol. Cuando comenzó la temporada, algunos de los estudiantes de último curso de mi instituto decidieron que sería buena idea quedar después de cada partido para encender una hoguera. En realidad solo era una excusa para poder beber y liarse con los demás: dos cosas que no me interesaban nada, pero igualmente iba siempre para poder pasar un buen rato con mis amigos.

Ahí es donde me encontraba esa noche.

La noche en la que me encerré en la oscuridad, donde mi cielo nocturno dejó de tener estrellas y mi día sol, y toda la esperanza hubo abandonado mi cuerpo.

Fue la noche que mi vida acabó.

Beau Bennett no estaba allí. Si hubiera estado me habría salvado, como siempre había hecho. Esa noche estaba castigado por haber llegado a casa pasado su toque de queda el viernes anterior; de hecho, ese fue el único fin de semana que recuerdo que Beau haya estado castigado.

Creo que la vida no es más que una serie de coincidencias, y esa noche las coincidencias me jodieron bien.

Me encontraba allí con Morgan, mi mejor amiga desde tercero de primaria. Por aquel entonces estaba saliendo con el delegado de último curso del instituto y no tuvo que pasar mucho rato antes de que desaparecieran entre la multitud y me dejaran sentada junto al fuego y a otros compañeros del colegio. Me sentía totalmente cómoda allí porque conocía a la mayor parte de esa gente desde que me mudé aquí con cinco años. Esa es una de las cosas buenas de vivir en un pueblo.

O eso pensaba.

Estaba sentada, abrazándome e intentándome darme el calor que la hoguera no podía, cuando Drew Heston se sentó a mi lado. El estómago me dio un vuelco. O sea, Drew era del último curso. Don Fútbol, como lo llamaba todo el mundo. Era el héroe del pueblo, la clase de chico que tendría su propio cartel publicitario fuera de la ciudad algún día. Tampoco ayudaba que fuera guapísimo con ese pelo negro y corto, esos ojos verde claro y esos hombros tan anchos.

Había estado encaprichada de él desde el primer día que entré por las puertas del instituto. Había algo en su forma de caminar por los pasillos, así con la cabeza bien alta, que llamaba la atención de todas las chicas, incluida la mía. Nunca había hablado con él, pero allí se encontraba, sentado a mi lado frente a la hoguera. No me lo podía creer. Estas cosas no le pasaban a Kate Alexander.

—Hola, Kate. ¿Qué tal? —preguntó con los ojos fijos en mi perfil.

No encontraba las fuerzas para mirarlo. El simple hecho de estar cerca de él me hacía perder toda comprensión sobre el idioma.

—Bien —murmuré, y me mordí el labio inferior. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo con la velocidad de un tren de cargamento cuando por fin alcé la mirada hacia él.

—¿Estuviste en el partido esta noche? —preguntó empujándome levemente con el hombro. Pude sentir el calor que emanaba de su musculoso cuerpo y aquello me hizo ruborizarme.

Mis pensamientos se desplazaron de nuevo hasta el tercer cuarto del partido, cuando Drew le lanzó el balón a la estrella receptora del equipo, Jackson Reid, que por entonces se encontraba rodeado de defensas del equipo contrario. El corazón se me aceleró de la emoción mientras veía cómo Jackson y tres miembros del otro equipo saltaban para agarrar el balón al mismo tiempo. Al final, Jackson salió victorioso porque Drew le había lanzado la bola directamente a las manos. Fue algo alucinante, y aun así para Drew aquello fue de lo más normal.

—Estuviste genial —contesté mientras me llevaba las manos a la cola y me la apretaba. Sopló algo de brisa y cayeron unas cuantas gotas del cielo. Me froté los brazos en un intento de hacer que el frío abandonara mi cuerpo, pero no ayudó.

—¿Tienes frío? —preguntó, acercando su cuerpo al mío incluso más todavía. La forma en la que me miraba hacía que en el estómago me revolotearan mariposas. No es que fuera una marginada en el colegio, pero tampoco formaba parte de la élite, ni de las chicas populares con las que los chicos como Drew solían compartir su tiempo.

—Un poco. Me olvidé la chaqueta en casa —respondí, sintiendo unas cuantas gotas más caer sobre mi mejilla.

Él se puso de pie y me tendió la mano.

—Vamos. Tengo una sudadera de sobra en casa que puedes usar.

La fiesta se celebraba en su casa porque sus padres habían salido del pueblo ese fin de semana. Vacilé por un segundo antes de aceptar su mano. Sabía cosas de él, pero realmente no lo conocía. No era la primera vez que había estado en su casa, pero esta era la primera que me habían invitado a entrar. Me sentía un poco nerviosa, pero aun así confiaba en él. No tenía ningún motivo para no hacerlo.

Drew abrió la puerta principal sin rebajar la fuerza con la que me agarraba la mano y me guió a través de la casa. Mi atención se centró en los cuadros contemporáneos que colgaban de las paredes y en el precioso suelo de madera de cerezo; apenas me di cuenta de que nos dirigíamos a la planta superior.

Lo observé sacarse una llave del bolsillo para abrir una de las puertas que se encontraban en el pasillo de la primera planta. Él debió de haber notado la forma en la que lo estuve mirando porque las comisuras de sus labios se arquearon hacia arriba.

—No me gusta que nadie entre en mi habitación —dijo a la vez que abría la puerta.

Asentí y lo seguí al interior de la habitación. ¿Me sentía un poco incómoda

entrando en el dormitorio de Drew Heston? Sí. ¿Pensé en algún momento que no debería estar allí? No. Nos relacionábamos desde hacía años y toda la gente que lo conocía pensaba lo mejor de él.

Cuando cerró la puerta y le echó el pestillo, sentí que mi corazón se aceleraba. Vi cómo echaba un vistazo por toda su habitación, a la par que yo. Las paredes estaban pintadas de un color azul marino y tenía varios pósters de fútbol americano pegados en ellas. Y nunca olvidaré cómo olía todo, como si hubiera rociado su colonia para disimular el pestazo de su ropa de gimnasio sucia.

Drew se quedó quieto mirándome con un brillo extraño en los ojos y, de repente, sentí que estar allí no era una buena idea.

—¿Puedes buscar la sudadera? Debería volver antes de que Morgan venga y no me encuentre.

—Ah, sí. Dame un segundo —dijo mientras se movía para rebuscar en un cajón de su armario. Yo caminé hacia la ventana que había en la otra punta de la habitación y observé la hoguera medio apagada. La lluvia caía más rápido y fuerte contra el cristal y eso hacía que fuera más difícil mirar a lo lejos, pero parecía que todos se habían ido. Tenía que darme prisa en encontrar a Morgan antes de que se fuera sin mí.

La casa estaba en completo silencio, y aquello me hacía tener escalofríos. Cerré los ojos y escuché los pasos de Drew acercándose a mí. El corazón me latía más rápido cada vez que oía las suelas de goma contra las tablas de madera. Ahora todas mis alarmas me advertían de que era una malísima idea estar en su habitación y supe que tenía que salir de allí. Ir hasta su habitación no fue una buena idea... e ir a aquella fiesta sin Beau fue un error garrafal.

A la vez que sus pisadas siguieron acercándose, yo me giré sobre mis talones para dirigirme hacia la puerta. Me encontré de lleno con unos ojos oscuros y una mirada ausente. Este no era el mismo Drew que se había sentado a mi lado en la hoguera. Quería salir corriendo de esa casa y no mirar nunca atrás, pero él me bloqueaba el paso.

—Voy a esperar fuera. Tengo mucha calor aquí dentro —mentí haciendo un gesto hacia la puerta.

Él no pronunció palabra alguna mientras pegaba su cuerpo contra el mío y salvaba por completo el espacio que quedaba entre nosotros. Las manos me sudaban y las rodillas las sentía como si estuvieran hechas de papel. Era como si Drew estuviera en alguna especie de trance, y me acojonaba mucho.

—Drew.

—Está lloviendo fuera, Kate —dijo y levantó la mano para acunar mi mejilla. Retrocedí un paso para separarme de él, pero me siguió. No pasó mucho rato antes de que mi espalda chocara contra la pared de atrás y me quedara atrapada entre sus brazos.

—Umm... hueles muy bien —gruñó mientras presionaba sus labios contra mi cuello. Me sentí indefensa.

—Drew, por favor, suéltame. Tengo que encontrar a Morgan —sollocé. El cuerpo entero me temblaba de un miedo como nunca antes había sentido. Era paralizante, pero estaba atrapada.

Él me ignoró y movió sus labios por toda mi mandíbula. Giré la cabeza para luchar contra él, pero seguí mis movimientos.

—¿Qué pasa, Kate? He visto cómo me miras. Quieres esto tanto como yo —dijo con una voz ronca que metió mucho más miedo en mi ya tenso cuerpo. Usé la poquísima fuerza que me quedaba para empujarlo por el pecho, pero no se movió. Ni siquiera un centímetro.

—Suéltame —rogué. Su mano derecha me agarró la cadera con fuerza y sus labios se pegaron bruscamente a los míos. La potencia de su beso me envió un dolor punzante a través de la boca, y todo lo que pude saborear fue el gusto a mi propia sangre y al alcohol de su aliento.

Su mano encontró el borde de mi camisa y empezó a subírmela por el vientre. Intenté mover las piernas hacia delante pero él era muchísimo más grande y fuerte que yo. En cualquier caso, mis intentos de alejarlo solo estaban empeorando la situación.

Me agarró de las muñecas con fuerza y me tiró a su cama boca abajo. Intenté soltarme, pero solo conseguí que me dolieran las muñecas. Nunca me he sentido más aterrorizada en toda mi vida. Siguió sujetándome los brazos a la espalda y me inmovilizó las piernas con las rodillas.

—AYUDA —grité tan alto como el miedo y las lágrimas me lo permitieron.

Me tapó la boca con la mano y tiró de mi cabeza hacia atrás hasta que me dolió el cuello.

—Todo el mundo está fuera. Nadie va a oírte.

Eso era. Estaba atrapada debajo de él, sola y sin nadie que pudiera salvarme. Toda la resistencia que me quedaba en el cuerpo se esfumó y la posibilidad de que alguien me sacara de ese infierno se volvía más ínfima a cada minuto que pasaba. Las lágrimas me caían por las mejillas y empapaban su colcha mientras yo centraba toda mi atención en las gotas de lluvia que golpeaban la ventana. Me bajó los vaqueros a la fuerza hasta que quedaron colgando de mi tobillo izquierdo. Cuando lo oí trastear con la hebilla de su cinturón, sentí que ya no podía respirar. Nunca había estado tan expuesta ante nadie y no quería sentirme así nunca. Me estaba reservando para alguien especial y Drew iba a arrebatármelo. Jadeé en busca de aire pero no pude conseguir llenar mis pulmones. Intenté gritar otra vez pero no salió ningún sonido.

Lo sentí pegado a mi culo y aquella sensación hizo que quisiera vomitar.

—PARA —grité mientras intentaba de nuevo liberarme de su agarre, pero era demasiado fuerte.

Él se rió entre dientes a mi espalda.

—¿Vas a rendirte?

—No, por favor —le rogué otra vez. Era mi última oportunidad, y lo sabía. Él no

respondió y cuando oí el sonido de la cremallera al abrirse, cerré los ojos con fuerza y comencé a rezar en silencio. Quería que todo fuera una pesadilla de la que me despertaría en breve. Quería que alguien entrara por esa puerta y evitara que ocurriera. Quería estar en cualquier otro lugar menos allí.

Pero nadie me escuchó esa noche. Podía oír el suave golpeteo de la lluvia al caer sobre la ventana mientras que el resto de la casa se encontraba en un silencio absoluto. Solía gustarme el ruido de la lluvia al caer, pero Drew también me arrebató eso.

Se adentró en mí tan rápido que el dolor me explotó por todo el cuerpo y lancé un grito ensordecedor a la oscuridad de la habitación. Apreté los ojos, me sentía como si me estuviera ahogando y no tuviera modo alguno de volver a salir a la superficie. Nunca he sentido un dolor físico y emocional tan intenso al mismo tiempo. Fue el peor momento de toda mi vida.

Todavía sigue siéndolo.

No paró. Ni siquiera cuando grité. Ni siquiera cuando lloré. Continuó invadiendo mi cuerpo con cada envite, matándome por dentro un poco más cada vez. Me dolía más si me resistía, así que me quedé quieta y seguí mirando aturdida a las gotas que se deslizaban por el cristal de la ventana. Él gruñó mientras proseguía haciéndome el alma añicos, pero intenté lo mejor que pude evadirme de todo. No necesitaba tener grabadas en mi memoria para siempre las palabras que soltara por esa boca cuando ya tendría que vivir con la sensación de tenerlo dentro de mí. Supe que ya nada sería lo mismo tras lo que me estaba haciendo.

No estoy segura de cuánto tiempo estuve en la habitación, pero lo sentí como una eternidad. Vi pasar mi vida entera en diapositivas cuando el dolor me derrotó. Siempre me arrepentiría, durante el resto de mi vida, de haber subido a esa habitación con Drew Heston. Nunca podría recuperar ese día ni todas las otras cosas que me arrebató.

Lo más importante que perdí esa noche fue a mí misma. Me llevó diecisiete años construir la base de todo lo que soy, y a él le llevó unos meros minutos echarla completamente abajo.

Lo odio.

La antigua Kate se ha ido... y ya nunca volverá.

Y siempre odiaré cada vez que llueve.

Dos años después

Nunca imaginé un día sin luz. Un día sin esperanza. Un día en el que nada me emocionara. Solía ser una de las estrellas del equipo de atletismo, pero ahora solo corría para huir de mí misma. Solía soñar con convertirme en abogada algún día, pero ahora no puedo siquiera mentalizarme para ir a la universidad. Solía tener un montón de amigos, pero ahora al único que tengo es a Beau... y mañana se va a la universidad.

Algunos días no quiero ni continuar viviendo siquiera. ¿Para qué? Durante un tiempo la gente me preguntaba que qué me pasaba, pero yo no se lo conté. No se lo contaría a nadie. ¿Para qué? ¿Quién creería que el héroe del pueblo me había violado? Soy Kate Alexander, la hija de la camarera que nunca se había casado. La chica que no sabía siquiera quién era su padre.

La familia de Drew tiene dinero, así que todos los vecinos piensan que caminan sobre el agua. De todas formas le habrían dado la vuelta a la tortilla diciendo que yo se lo pedí. No sé... quizá lo hice. Quizás hice algo que lo llevó a creer que quería tener sexo con él esa noche. La escena se me reproduce una y otra vez en la mente, pero no le encuentro ningún sentido.

Nada parece ya tener sentido para mí.

Vivir en un pueblo pequeño y ver a la persona que me lo arrebató todo caminar por los pasillos de nuestro instituto, conducir por mi calle, o entrar en el restaurante donde trabajo, casi me había matado. No podía comer. No podía dormir. No salía de casa a menos que tuviera que hacerlo por fuerza mayor, y había faltado a clase por supuesta enfermedad en primero de bachiller más veces que en todos mis años escolares anteriores juntos. Apenas vivía.

Me aterraba quedarme sola. Me aterraba que lo volviera a hacer. Esa visión perfecta que tuve una vez del mundo ya no existía y todo lo que quedaba era un montón de piezas rotas que no podía volver a pegar.

Cuando Drew se fue a la universidad al verano siguiente, respiré hondo por primera vez en casi un año. Empecé a quedar con Beau otra vez y poco a poco volví a ganar parte del peso que había perdido.

No obstante, todavía sigo atrapada en ese momento de hace dos años. No he averiguado cómo seguir adelante. ¿Cómo se supone que debo continuar con mi vida? ¿Se supone que debo fingir que todo va bien cuando no es cierto?

Prefiero estar sola en mi habitación, escuchando música mientras me quedo mirando absorta el techo. Soy capaz de señalar cada grieta, cada bulto o humedad. Me he pasado más tiempo mirándolo que durmiendo. No me gusta dormir porque cuando lo hago no puedo controlar a donde me lleva mi mente, y las pesadillas siempre son las mismas. Los *flashbacks* me agarran los brazos y me aprisionan tal y como lo hizo Drew esa noche. Quiero librarme de ellos. Quiero que me dejen en paz, pero no lo hacen y yo tampoco puedo obligarlos.

También odio cuando la gente me pregunta si estoy bien. Odio cuando me preguntan qué me pasa, o si pueden hacer algo para hacerme sentir mejor. No creo que nadie pueda arreglarme, sinceramente. Ojalá dejaran de intentarlo.

Mi madre es otra historia. Creo que sabe que algo no va bien, pero no se queda en casa el tiempo suficiente como para averiguar la verdad. Pero no la culpo. Tiene que trabajar en dos sitios diferentes para que podamos llegar a fin de mes; trabaja para poder cuidar de mí tal y como lo ha estado haciendo estos últimos diecinueve años, sola.

Cuando mis notas empezaron a decaer me preguntó más seria, pero yo le dije que el curso se estaba complicando mucho y que no le diera mayor importancia. Ella me preguntó por qué ya no venía Morgan a casa y yo le dije que tenía un novio nuevo y que pasaba todo su tiempo con él. Eso también se lo creyó.

Cuando me pregunta si quiero ir de compras, le digo que no. Cuando me pregunta si quiero salir a cenar, le digo que no. Me aterra ver a alguien que no quiero ver.

Es más fácil esconderse.

Y el doloroso hecho de que Beau Bennett se vaya a mudar a cinco horas de distancia mañana me hace querer acurrucarme y llorar hasta que se me acaben todas las lágrimas. Lo he visto casi cada día desde que nos convertimos en vecinos con cinco años, y aunque las cosas no hayan sido las mismas entre nosotros últimamente, no me imagino la vida sin él. Lo es todo para mí aunque no pueda decirlo. Es la única persona en el mundo en la que confío que no me hará daño.

Fue el hombre de mis sueños durante muchísimos años.

Jugamos juntos cada día después del colegio en primaria. Por entonces solo era mi amigo, por supuesto, porque estaba pasando por aquella etapa en la que todos los chicos me parecían asquerosos, pero algo cambió a principios del instituto. Empecé a fijarme en cosas como sus preciosos ojos azules, su mandíbula firme... Me sentaba en clase y me lo quedaba mirando por detrás, fantaseando con hundir mis dedos en ese pelo castaño desgreñado.

Iba a casarme con Beau Bennett algún día, pero nunca pasó nada entre nosotros. Me asustaba demasiado dar el primer paso, y él siempre se encontraba demasiado ocupado persiguiendo a las chicas guapas del colegio. Solía tener esperanza en que quizás algún día me viera como yo lo veía a él, pero cuando por fin ocurrió, ya era demasiado tarde.

Ya no soy la misma chica. Nunca lo volveré a ser.

Los dos hemos tenido nuestros buenos y malos momentos. De hecho, la última vez que Beau y yo fuimos a algún sitio juntos fue a nuestra graduación. Solo de pensar en ello me ponía nerviosa con respecto a lo que hoy me deparará.

Esta noche es mi graduación. No quería ir, pero Beau prácticamente me lo suplicó, diciéndome que era algo de lo que siempre me arrepentiría si no iba. Quise decirle que había muchas cosas de las que me arrepentiría, pero faltar a mi graduación no sería una de ellas.

Al final, la persistencia de Beau surtió efecto y accedí a ir con él porque sé que si no voy, él tampoco irá. Gasté parte del dinero que me he ganado en el restaurante en un vestido nuevo porque quiero estar guapa para Beau. No quiero que se arrepienta de haberme elegido como su acompañante.

Cuando Beau pega a la puerta, estoy nerviosa pero a la vez un poco emocionada. Por una noche, voy a fingir que soy una chica adolescente normal y feliz. Me miro por última vez el pelo, castaño cobrizo y largo, en el espejo del pasillo y me estiro el vestido azul zafiro por debajo de las rodillas antes de abrir la puerta. Beau se me queda mirando con la boca abierta, y por un breve instante me pregunto si todo esto ha sido una buena idea.

Pero luego sonrío y toda duda me abandona.

—¿Lista? —pregunta, tendiéndome la mano. Está impresionante con ese traje negro y esa corbata azul que pega con mi vestido—. Ay, espera. Casi me olvido. — Saca una cajita y la abre para dejar a la vista un pequeño ramillete hecho de lilas blancas, mi flor favorita. Me lo desliza con cuidado por la mano, asegurándose de que las flores se quedan perfectamente alineadas con mi muñeca.

—Gracias —le digo, agarrándolo de la mano.

La noche va mejor de lo que esperaba. Pasamos la mayor parte del tiempo en la pista de baile, y cuando nos tomamos un descanso, Beau nunca se aparta de mi lado. Unas pocas personas se me quedan mirando; supongo que están sorprendidas de verme, pero no dejo que me afecte. Yo solía ser otra estudiante más, pero ahora me siento constantemente como si fuera una intrusa. Esta noche una pequeña parte de mí se siente como si formara parte del mundo otra vez.

—¿Quieres ir a la fiesta de después? —pregunta Beau cuando las luces se encienden y el director anuncia que esta es la última canción.

Niego con la cabeza. Ya he cruzado bastantes límites por esta noche y no quiero tener que enfrentarme a todos mis antiguos amigos. Siempre me he sentido como si la gente me juzgara y lo odio.

—¿Quieres venir conmigo al lago? —pregunta envolviéndome los hombros con su brazo.

¿Quiero? Este es el momento más feliz que he tenido en casi dos años y sé que no durará para siempre. Una vez que tenga tiempo de pensar de nuevo, la escapada momentánea con Beau terminará. La realidad siempre encuentra la forma de

absorberme una y otra vez.

Asiento al tiempo que entramos en su camioneta y bajamos las ventanas. Conducimos en silencio mientras el viento me mueve el pelo y la música country suena bajita en la radio. Ojalá todos los momentos de mi vida pudieran ser como este. Me siento libre, segura, y más que nada, siento una parte de la antigua yo resurgir al presente.

Paramos cerca de la playa y Beau coge una manta de lana de los asientos de atrás antes de bajarse de la camioneta y rodear el vehículo para abrirme la puerta. Nos dirigimos hacia el lago y extendemos la manta a un metro de la orilla. Solo estamos en el mes de mayo y el aire todavía es fresquito cuando nos sentamos el uno al lado del otro. Inspiro el maravilloso olor a humedad que el lago produce y disfruto de la tranquilidad que me da. La brisa nos acaricia y empiezo a temblar.

—¿Tienes frío? —pregunta Beau.

—Sí, no hace tanto calor como pensaba —digo a la vez que me abrazo las rodillas. Beau se quita su chaqueta y me la coloca sobre los hombros. Es una de las cosas que más me gustan de él; siempre piensa en los demás antes que en sí mismo.

Seguimos observando el horizonte, escuchando el susurro de las hojas con el viento y el leve sonido de las olas al romper en la orilla. Se está tranquilo aquí. Si la vida me lo permitiera, me habría quedado encerrada en este momento para siempre, especialmente si eso significaba que podía borrar todos los demás.

—¿Has cambiado ya de parecer con respecto a la universidad? —pregunta, rompiendo el silencio.

No he cambiado de parecer. No me lo he pensado ni dos veces. Y tampoco es que importe; no preveo ningún futuro para mí.

—No, me quedo aquí al menos este año.

—Ojalá cambiaras de idea. Tienes muchísimo que ofrecer, Kate. Deberías dejar que el mundo lo vea —dice con los ojos fijos en el agua.

—Ahora mismo es que no puedo —susurro tragándome las emociones.

—Algo te ha cambiado y voy a seguir investigando hasta que averigüe qué ha sido.

Ladea la cabeza en mi dirección y nuestros ojos conectan. Quiero decirle que la antigua Kate ya no va a volver, pero ya hemos tenido esa conversación antes. Solo hará más preguntas que no quiero responder.

—Lo siento —digo, y aparto la mirada.

Los párpados comienzan a pesarme, así que me tumbo de espaldas y me abrazo firmemente con su chaqueta. Cierro los ojos y me centro en el sonido de la naturaleza para evitar pensar en otras cosas. Cuando siento a Beau contra mi costado, abro los ojos y lo veo mirándome con la cabeza apoyada sobre una mano. Su cabeza se acerca a la mía y siento cómo el corazón me late con fuerza en el pecho. Cuando noto su cálido aliento contra mi boca, cierro los ojos y sus labios rozan los míos. Su contacto es cálido y suave, y no puedo evitar hundir mis dedos en

su pelo. Estoy intentando hacer que un antiguo sueño se haga realidad.

Me permito perderme en él. Por un momento, me siento como si fuéramos las dos únicas personas vivas del planeta y no importara nada más. Siento como si hubiera una pequeña oportunidad de que me olvide de todo y pueda estar con él así para siempre, pero cuando se inclina hacia mí y coloca su cuerpo sobre el mío, el miedo me atraviesa todo el cuerpo. Mi mente retrocede hasta Drew y los dolorosos recuerdos comienzan a reproducírseme en la cabeza a la vez que le propino un empujón en el pecho.

—¡Para! —grito y me giro hacia el otro lado.

—¿Qué te pasa? ¿Qué he hecho? —El dolor que escucho en su voz hace que el corazón me dé un vuelco. Esto es por mi culpa, no por la de él.

Cuando sentí el cuerpo de Beau sobre el mío, pude ver la ira en los ojos de Drew y sentir cómo sus dedos se me hincaban en la piel. Yo solo quiero que los recuerdos desaparezcan.

—Joder. Kate, por favor, ¡di algo! —dice Beau con voz contrita.

Yo me encojo y me protejo el vientre con los brazos.

—¿Puedes llevarme a casa y ya está?

Quiero contárselo. Quiero contárselo a alguien, pero no puedo.

Se pone de pie frente a mí con los brazos doblados detrás del cuello. Yo retrocedo hasta asegurarme de que hay una distancia prudente entre nosotros.

—¿Me vas a decir por lo menos qué te pasa? No puedo seguir viendo cómo te alejas cada vez más de mí.

—Solo llévame a casa, Beau —susurro antes de empezar a caminar en la dirección de la camioneta. Cuando lo oigo llamarme, me paro y giro el cuello para volverlo a mirar.

—No puedo seguir así. ¿Por qué no me hablas? ¡Dame una razón! —grita tirándose del pelo.

—No quieres oírla. Créeme —le contesto con la mano sobre la boca. Solo pensar en contárselo todo hace que la bilis se me suba a la boca del estómago. Nadie quiere oír que la buena de Kate no es lo que piensan que es. La han dañado.

—No te creo —dice lleno de cansancio y frustración—. Nada de lo que me digas cambiará lo que siento por ti. Nada.

Sacudo la cabeza y empiezo a caminar otra vez.

—¡Kate, vuelve aquí! —grita. Una parte de mí quiere. Una parte de mí quiere volver con él, rodearle el cuello con los brazos y no dejarlo escapar nunca, pero no puedo.

Lo ignoro y me subo a la camioneta mientras veo que se ha quedado mirando fijamente el agua con las manos en las caderas. Lo llegué a querer mucho en el pasado, pero se merece muchísimo más que el armazón de lo que una vez fui. Lo observo coger un pedrusco y lanzarlo al agua antes de hacer una enorme bola con la manta y encaminarse de vuelta a la camioneta.

Le estoy temiendo al camino de vuelta a casa, que será silencioso e incómodo, pero cuando le atiza una patada a la rueda delantera izquierda antes de subirse al coche, sé que puede que esta vez lo haya presionado un poco demasiado. Él ha intentado averiguar muchas veces lo que me pasó a lo largo de estos dos últimos años, pero esta es la primera ocasión que me besa. Bien mirado, he rechazado a la única persona en la que debería estar apoyándome.

Se sienta en la camioneta y cierra la puerta de un portazo. Quiero mirarlo, pero no consigo hacerlo.

—Lo siento —susurro.

No estoy segura de si me oye porque no me responde.

Mientras me lleva a casa parece estar perdido en su propio mundo, y sé que yo he sido la que lo ha enviado allí. Quiero que sea feliz, pero yo no soy la persona que puede garantizarle la felicidad.

No vino a casa durante los seis días siguientes. No me llamó ni me mandó ningún mensaje de texto. Pensé que por fin llegó la vez en la que lo había alejado definitivamente de mí, pero al séptimo día pegó un golpe en mi puerta y me volvió a demostrar por qué es el único chico en el que puedo confiar.

Desde esa noche, Beau y yo volvemos a tener la misma relación que hemos tenido durante los dos últimos años. Lo mantengo lo bastante cerca como para sentirnos cómodos, pero a la vez lo bastante lejos como para no dejarlo ver en mi interior. Aun así siempre parece que pueda leerme, y lo quiero y lo odio por ello.

Tampoco hemos vuelto al lago desde aquella noche. De hecho, no hemos ido a ningún sitio. O bien nos quedábamos en su casa o en la mía. Quizás es porque tengo miedo de lo que pueda pasar entre nosotros si nos quedamos solos. Quizá tengo miedo de lo que pueda contarle si intenta insistentemente atravesar mis muros. Tengo miedo de todo estos días.

Este puede ser uno de los últimos días que tengamos la posibilidad de compartir en bastante tiempo, así que accedí a ir al lago con él. El lugar conservaba muchos buenos recuerdos de mi pasado, y no pude evitar pensar que lo que ocurrió la última vez también podría haber sido otro. Tengo muchísimos momentos a los que me gustaría aferrarme para siempre, pero me temo que siempre se quedarán en un segundo plano por culpa de ese recuerdo horrible del que no puedo deshacerme.

Un golpe en la puerta de casa es una interrupción bienvenida. Miro por la ventana y veo la nuca de Beau con todo ese pelo oscuro enmarañado, y al instante siento cómo se me encoge el estómago. Esto va a ser mucho más difícil de lo que había pensado.

Alargo la mano para agarrar el pomo y respiro hondo. Él se gira a la vez que abro la puerta y me regala esa sonrisa llena de hoyuelos que tanto me gusta. Mis ojos se encuentran con los suyos azul claro y percibo parte de la tristeza que siento reflejada en ellos.

Esta situación no va a ser fácil para ninguno de los dos.

—Hola —dice Beau tirando de mí para abrazarme. Inhalo el olor de su gel de baño. No es que lo necesite; puedo cerrar los ojos y recordar exactamente cómo huele cuando quiera.

—Hola —digo separándome de él y agarrándolo de los antebrazos—. ¿Lo tienes ya todo listo para mañana?

La sonrisa desaparece de su rostro.

—Todo listo. Quería asegurarme de poder pasar el resto del día contigo.

No sé si debería llorar o sonreír. Beau es la persona más dulce y cariñosa que he conocido nunca, y por alguna razón, pese a todo lo que ha ocurrido entre nosotros, todavía sigue queriendo pasar tiempo conmigo.

—Estás muy guapa hoy, por cierto —dice mirándome de la cabeza a los pies. Yo me cruzo de brazos rápido, consciente de que todo lo que llevo puesto por encima del bañador son unos pantalones cortos deshilachados y una camiseta blanca de tirantes. Puede que sea la contradicción andante de cualquier chica adolescente normal porque no me gusta llamar la atención por mi apariencia. Si el calor de verano me dejara, no vestiría más que sudaderas anchas y camisetas de manga corta.

A Beau, por otra parte, se lo ve tan pancho ahí de pie frente a mí vestido con nada más que el bañador y una camiseta blanca pegada. Él no se avergüenza para nada de quien es.

—No me creo que el verano ya haya terminado —digo con la mirada gacha. No quiero que vea las lágrimas que inundan mis ojos cada vez que pienso en vivir sin él un solo día. Pero él me conoce demasiado bien.

Me envuelve entre sus brazos otra vez y me besa en la frente.

—Volveré todos los fines de semana si quieres... o tú puedes venir a visitarme. Sabes que haré cualquier cosa por ti.

Me aparto de él meneando la cabeza.

—Disfruta de la experiencia universitaria. No tienes que preocuparte por mí. —

Pronuncio esa última parte en un susurro. Pero en realidad no sé si quiero que me escuche. De hecho estoy bastante segura de que no.

—Bueno, vámonos —dice mientras me guía hasta su camioneta. Es una antigua Chevy roja y destartalada con un silenciador poco silencioso. Lo mire como lo mire voy a echarla de menos también; siempre me siento mejor cuando escucho su camioneta bajar por nuestra calle y meterse en su aparcamiento. Significa que no está tan lejos en caso de necesitarlo.

Apoyo la cabeza contra la ventana e intento convencerme a mí misma de que todo va a ir bien. Solo porque no lo crea ahora no significa que no pueda seguir intentándolo.

Cuando llegamos al lago, me obligo a sonreír y a intentar pasármelo lo mejor posible en este último día que nos queda juntos. La próxima vez que vea a Beau tendrá miles de anécdotas increíbles sobre las cosas que ha hecho en la universidad y la gente que ha conocido... las chicas que ha conocido.

Una sensación extraña me carcome por dentro cuando lo veo colocar dos toallas en la playa. Algún día Beau hará esto mismo con otra y le sonreirá igual que me está sonriendo a mí ahora. No sé siquiera por qué me permito pensar esas cosas, porque duele una barbaridad.

Nos sentamos el uno al lado del otro con los brazos apoyados en las rodillas y nos quedamos mirando al agua azul. Ahora que los niños ya han vuelto al cole y el verano ha terminado, se está mucho más tranquilo.

Ya no suelo venir a menudo por aquí porque estaría constantemente mirando por encima del hombro y saltando del susto cada vez que oyera algo raro. No obstante, hoy es diferente. Cuando miro a Beau siento como que todo va a ir bien. Él me aporta seguridad; siempre lo ha hecho. No puedo apartar los ojos de él cuando lo veo ponerse en pie y quitarse la camiseta para dejar su torneado torso al aire.

—¿Te apetece nadar hoy? —pregunta a la vez que se pasa una mano por el pelo. Levanto la mirada hasta el cielo despejado. Me encojo de hombros.

—Por qué no.

—Si te das prisa te reto a una carrera.

Tontea y apoya las manos sobre sus caderas.

Pongo los ojos en blanco y me deshago de mi ropa; me siento demasiado expuesta con tan solo el bañador, negro, cubriéndome el cuerpo.

—Beau, ¿puedes ir tú primero? Por favor.

—¡Vamos! Te dejaré ganar —dice ladeando la cabeza.

Hago el amago de volver a sentarme en la toalla, pero él me agarra del codo y me detiene.

—Aquí solo estamos tú y yo. No tienes de qué asustarte.

Me suelta de inmediato y camina hacia el agua, dejándome allí sola. Veo cómo sus piernas desaparecen gradualmente bajo el agua antes de ir tras él. El agua está calentita y tan cristalina como lo puede estar en un lago.

Él se vuelve para mirarme cuando me escucha salpicar el agua con los pies y no se me escapa la sonrisa de su cara antes de volver a girarse.

Nado hacia él y me quedo de pie donde el agua me llega justo por los hombros.

—¿Te acuerdas de cuando vinimos aquí el día que mi madre me compró mi primer bikini? —pregunto en un intento de aligerar el ambiente.

—Sí —se ríe—. Nunca te he visto ponerte tan roja como aquel día.

—No tiene gracia, Beau —digo salpicándole agua.

—Gritaste tan fuerte que pensé que había pasado algo. —Sacude la cabeza para intentar controlarse con todas sus fuerzas—. Pero luego saliste del agua cubriéndote el pecho con las manos y gritando que no ibas a volver nunca más a este estúpido lago.

Cuando me incorporé tras haberme lanzado al agua ese día, me percaté de que la parte superior de mi bikini no había decidido acompañarme. Me dio de todo.

—En mi lugar tú te habrías sentido igual de avergonzado.

—Tenías solo nueve años. No había mucho que mirar —bromea y me salpica agua—. ¿Y te acuerdas de cuánto tiempo pasó hasta que volviste a acceder a venir conmigo al lago?

Lo golpeé juguetonamente en el hombro e intenté con todas mis fuerzas no reírme.

—Eso no importa.

—Fue al siguiente día —dice con las manos tapándose la cara para que no le caiga más agua en los ojos.

—Pero llevé bañador.

—Sí, el negro con una flor rosa enorme estampada delante. Me acuerdo —dice bajando la voz.

El corazón me da un vuelco, como cada vez que Beau está cerca.

—¿Qué haces para acordarte de todo?

—No... yo solo recuerdo todo lo que tenga que ver contigo —dice a la vez que me acaricia la mejilla con el revés de un dedo.

Trago saliva. No soy capaz de pronunciar palabra mientras observo cómo varias gotas de agua resbalan por su frente.

Cuando solo estamos nosotros dos, siento como si fuéramos las únicas dos personas del mundo. En realidad es mi ideal de perfección. Pero a veces, como ahora mismo, siento casi como si fuese un poquito demasiado perfecto.

—¿Cómo lo lleva tu madre? —pregunto y centro mi atención en el agua durante unos pocos segundos para aliviar la tensión.

Él se encoge de hombros.

—Ya me está preguntando cuándo voy a venir de visita, pero creo que estará bien. No es que vaya a mudarme al otro lado del país. A lo mejor vas a tener que cuidar de ella por mí. —Una leve sonrisa cruza sus labios y yo echo un vistazo a los diamantes que se reflejan en el agua. Beau y su madre están muy unidos. Su padre trabaja

muchas horas gestionando una de las fábricas locales y Beau es hijo único, como yo. Creo que esa es en parte la razón por la que nos convertimos en tan buenos amigos.

—¿Me echarás de menos? —pregunto. En cuanto las palabras abandonan mis labios me arrepiento de haberlas pronunciado.

Él mira a un lado antes de enfrentarse a mí con una expresión seria en el rostro.

—De verdad que no tienes ni idea, ¿no?

—Perdona, no tendría que haber preguntado —contesto negando con la cabeza.

Él suspira y se pasa una mano por el pelo mojado.

—No me refiero a eso.

No puedo apartar mis ojos de los suyos al ver cómo abre y cierra la boca como si estuviera teniendo algún debate interno sobre qué debería o no decir ahora. Yo me quedo quieta, mordiéndome el labio inferior mientras espero a que diga algo.

—Sí, Kate, te echaré de menos. Estoy tan enamorado de ti que apenas puedo pasar unas pocas horas separado de ti, y ahora vamos a estar a kilómetros y a horas de distancia. Es una mierda. Una mierda muy grande —dice, bajando el tono de voz un poco más con cada palabra.

Me quedo estupefacta. Total y completamente pasmada. No entiendo cómo alguien puede quererme. No soy guapa. Tampoco soy nada divertida, y he dejado escapar todos mis sueños. ¿Qué habrá visto en mí?

Aparto la mirada de la suya y me fijo en cómo su nuez se mueve de arriba abajo conforme traga saliva. Cuando vuelvo a alzarla, sus ojos están atravesándome y sé que está esperando a que reaccione. Acaba de desnudarme su corazón y aquí estoy yo sin saber cómo sentirme. Este es el momento con el que soñé durante años. Yo era la princesa que esperaba a que su príncipe la salvara de la torre más alta, y ahora era inalcanzable... hasta para Beau.

Miro a lo lejos, a la sucesión de casas que hay al otro lado del lago, para intentar conseguir un poco más de tiempo.

—No estás enamorado de mí. Hay una diferencia entre estar enamorado y querer a alguien. Yo siempre te voy a querer, pero no soy la chica de la que mereces enamorarte. Tú necesitas a alguien que te lo pueda dar todo —digo a pesar del nudo que se me ha formado en la garganta. He esperado años a que Beau Bennett me dijera que me quería... pero ha llegado demasiado tarde.

Se acerca a mí y me agarra suavemente de la barbilla.

—Te quiero. Creo que te quiero desde que tenía cinco años.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —pregunto cerrando los ojos con fuerza para evitar su mirada.

—Mírame —me ordena; la frustración es evidente en su voz—. He querido decírtelo desde hace mucho tiempo, pero no pensé que estuvieras preparada para oírlo. Me voy mañana y no podía esperar más.

—Beau, yo...

Coloca un dedo sobre mis labios y me detiene.

—No digas nada todavía —dice apartando lentamente el dedo—. No puedo irme mañana sin pedirte algo. No me importa nadie más. He intentado sacarte de mi cabeza durante años porque se suponía que eras mi mejor amiga, pero no puedo, Kate. Quiero que me des una oportunidad.

La tristeza se expande por mi pecho como una enfermedad. No tengo ningún problema en alejar a la gente hoy en día, pero al chaval que tengo delante de mí no lo quiero perder. Y eso es exactamente lo que va a ocurrir si le cuento la verdad.

—No puedo —susurro mientras cae por mi mejilla la primera lágrima. No puedo darle lo que ya me han quitado.

—¿Por qué? Por favor, ayúdame a comprenderlo. Has echado a todo el mundo de tu vida. Has hecho bien poca cosa en estos dos últimos años. Es como si un día fueras la Kate de siempre, feliz y despreocupada, y al siguiente hubieras desaparecido. ¿Qué te ha pasado? No puedo solucionarlo si no me lo cuentas —suplica y apoya las manos sobre mis hombros.

Me lo ha preguntado un millón de veces y de un millón de formas diferentes, pero no puedo contarle la verdadera razón de por qué ya no soy quien solía ser. Nunca lo hago, y mañana estará enfadado conmigo por haberme cerrado otra vez, y al día siguiente comenzará a pasársele. Es lo que siempre hemos hecho, pero sé que no va a ser así para siempre.

—No es buen momento. Te vas mañana.

—Pídeme que me quede y me quedaré —replica buscándome los ojos. Siempre me preocupa que encuentre la verdad escondida allí, pero no ha tenido suerte hasta ahora. Rezo porque nunca la tenga.

Niego con la cabeza.

—Lo siento, Beau —digo, y mi voz se quebraba cada vez un poquito más con cada palabra. Me aparto de su agarre y comienzo a encaminarme hacia la orilla, sin mirar atrás.

Ahora mismo odio a Drew Heston. Le llevó menos de diez minutos echar mi cuerpo a perder, pero las cicatrices emocionales son las que me siguen doliendo más, si cabe. Se llevó consigo mi esperanza, mis sueños, mi futuro, y siempre lo odiaré por ello.

No me molesto en secarme antes de ponerme la camiseta de tirantes y los pantalones cortos sobre el bañador. Es más que seguro que Beau no me hable durante el resto del día. Ya lo hemos hecho antes. Sé que calmarse le va a llevar unos cuantos minutos, y luego saldrá del agua y entrará en la camioneta sin decir ni mu. Me llevará a casa mirándome únicamente de reojo.

Pero en todas esas otras veces no me había dicho que me quería. No sé qué significa esto para nosotros con vistas al futuro. Ha hecho lo único que yo tenía miedo de hacer hace dos años cuando me sentía igual, y yo he hecho lo mismo que temía que él hiciera por aquel entonces. Me siento fatal cuando pienso en lo que le he hecho. Me confió su corazón y yo se lo he destrozado.

Me quedo sentada en la camioneta durante unos cuantos minutos mirando al agua antes de que Beau abra la puerta del conductor y se coloque de un salto en su asiento. Mete la llave en el contacto y luego la marcha atrás. Tal y como había predicho, no me dice ni pío mientras conduce de vuelta al pueblo y llega a nuestra calle. El silencio es ensordecedor.

Cuando aparca delante de su casa, para el motor pero no hace ningún amago de bajarse. Me atrevo a lanzarle una mirada y lo veo mirando al frente y con los dientes apretados. Frustrada conmigo misma por no ser capaz de dejar el pasado atrás, aparto la mirada. Ojalá hubiera algún modo de terminar la guerra que se bate dentro de mí en estos momentos.

Cojo mi bolso y abro la puerta antes de bajar con cuidado y de cerrarla sin mirar atrás. Comienzo a atravesar su jardín hasta mi casa cuando escucho su puerta cerrarse. Está enfadado, lo cual significa que probablemente se dirija a la parte trasera de su casa para tumbarse sobre la vieja cama elástica. Si hay luz, cerrará los ojos para escuchar todos los sonidos que lo rodean, pero si está oscuro, mirará las estrellas. Lo ha estado haciendo desde que tenía diez años.

Casi he llegado a los escalones de mi casa cuando siento una enorme mano rodearme el brazo. Me encojo. Lo paso mal cuando la gente me toca, pero lo paso peor aún si no lo veo venir siquiera.

Me doy la vuelta, preparada para pelear, pero cuando veo la expresión seria y triste de su cara, me detengo. Nada de lo que diga o haga va a ser peor de lo que ya le he hecho hoy.

—¿Vas a venir por la mañana para despedirte? —pregunta, derrotado. Me obligo a sonreír aunque sea un poco. No se irá mañana si piensa que estoy molesta con él. La verdad es que no estoy molesta con él... solo estoy enfadada conmigo misma.

—Sí, ¿a qué hora te vas?

—A las nueve de la mañana —dice con un nudo en la garganta.

Me está mirando los labios como si quisiera saborearlos.

El miedo se apodera de mi pecho sin piedad y no puedo seguir fingiendo. Odio cuando me mira así.

—Me pasaré por la mañana —digo a la vez que me contoneo para soltarme de su agarre. Lo oigo pronunciar mi nombre dos veces antes de entrar en casa, pero no me giro. No puedo dejar que complique más las cosas. Mi vida ya es un laberinto imposible del que no puedo escapar.

Me sorprendo al ver a mi madre sentada en el salón cuando abro la puerta. A veces siento como si no fuéramos más que dos compañeras de piso que coexisten en un mismo espacio. Trabaja por la mañana en el restaurante, luego viene a casa para cambiarse y se va al bar del pueblo para cubrir el turno de tarde-noche. Rara vez tiene días de descanso.

Alza la mirada y me sonrío.

—Hola, ¿dónde has estado?

—Fui a nadar con Beau. Se va mañana —digo, mirándome las uñas.

—Todavía no entiendo por qué decidiste no ir a la universidad. ¿No quieres al menos matricularte en algún ciclo formativo? Las enfermeras cobran bastante, ¿sabes?

Odio cuando tenemos esta conversación, y ahora mismo no estoy de humor para ello. No quiero ir a la universidad porque no quiero estar con gente de mi edad. Además, la universidad es para los que saben lo que quieren y tienen sueños de futuro.

—Voy a tomarme un año sabático. Ahorraré dinero, y podré ir el año que viene —respondo, todavía rehuyéndole los ojos—. A todo esto, ¿qué haces tú en casa? Pensé que trabajabas esta noche.

Parece quedarse un poco atónita con mi pregunta.

—Pensé que me necesitarías esta noche puesto que tu mejor amigo se va mañana.

Para ser franca, me sorprende que se haya acordado siquiera. Normalmente soy yo la que tiene que recordárselo todo, y no he sacado el tema de la partida de Beau ni una sola vez. Ella parece adivinar lo que estoy pensando y señala el calendario que hay junto al escritorio donde tenemos el ordenador. Escribí el día que se iba hace meses, y fui contando los días yo sola y en silencio.

Vuelvo a mirarla y relajo los hombros.

—Gracias.

—¿Quieres que pidamos pizza y veamos una peli? Beau puede venir si no está muy liado —dice a la vez que da unos golpecitos con la mano en el sofá.

—No creo que Beau quiera venir esta noche —digo mientras tomo asiento a su lado. Puedo verla mirarme por el rabillo del ojo.

—Sabes, siempre pensé que los dos terminaríais juntos algún día —confiesa mientras usa los dedos para apartarme varios mechones de pelo de la cara.

—Solo es un amigo.

No quiero hablar de Beau y de lo que tenemos o dejamos de tener. Ya he tenido suficiente de eso hoy.

Ella sacude la cabeza en mi dirección y seguidamente vuelve a centrar la atención en la tele. Creo que mi madre tiene una idea propia de cómo debería ser el amor verdadero, pero no pienso que lo haya experimentado nunca. Ha salido con un montón de tíos a lo largo de los años, pero ninguno duraba mucho. Ni siquiera sé si su ideal de tío existe de verdad.

—¿Podemos comer helado solo? —pregunto para romper el silencio. Cuando era más pequeña, mi madre y yo solíamos comer helado para cenar cuando estaba mala. Creo que tener un intenso dolor clavado en el corazón sirve también para estos casos.

Ella me mira y me sonrío.

—Sí, de hecho esta tarde compré dos tarrinas de Ben & Jerry's. ¿Qué sabor quieres?

—¿Compraste por casualidad el de Cherry Garcia, de cereza?

—Por supuesto —dice dándome unos golpecitos en la rodilla.

Nos sentamos y nos tapamos las dos con la misma manta grande y comenzamos a comer de nuestras grandes tarrinas de helado. No se lleva todo mi dolor, pero no me siento sola con él. Todavía no me creo que Beau me quiera. Durante muchísimo tiempo he querido que me quisiera, y quizá lo haya hecho todo el tiempo. Ver a Beau marcharse mañana, especialmente después de todo lo ocurrido hoy, va a ser toda una hazaña.

No quiero ver marchar a Beau, pero no puedo dejar que se vaya sin verlo una vez más. Sé que puedo llamarlo todas las veces que lo necesite, pero el hecho de poder verlo tiene algo que hace que me sienta mucho mejor.

Voy a echarlo de menos, más de lo que seguramente crea. Hemos pasado por todas las etapas importantes de nuestra vida juntos, pero he decidido dejar esta fuera. Cuando elegí no ir a la universidad, no creí que me arrepentiría de tomar esa decisión, pero saber que Beau se va sin mí en exactamente veintiséis minutos me está llenando de desasosiego. Las cosas nunca parecen entrarme en la cabeza hasta que no las tengo frente a mis narices. Al igual que con todo lo demás, siempre he vivido con la idea de que Beau siempre estaría junto a mí pese a saber que se iría pronto. En parte es más fácil olvidarse de la realidad, pero ahora mismo todo ese tiempo que pasé autoconvenciéndome de que este día nunca llegaría me está destrozando el corazón.

Recuerdo el día que me mudé a esta casa como si fuera ayer.

Mi madre está liada desempaquetando cajas en la cocina y yo todo lo que parece que hago es molestarla, de modo que salgo al jardín trasero para columpiarme en el viejo neumático que cuelga de un grandísimo roble. Estoy en mi mundo, un poco triste por habernos marchado del otro barrio y abandonado a mis amigos. No me columpio muy alto; ya me divierto suficiente con hundir los dedos de los pies en la tierra. Mi madre se enfadará porque me estoy ensuciando las zapatillas, pero no me importa. Estoy harta de mudarme y no me importan estos estúpidos zapatos.

Veo cómo una pelota rueda por el suelo y se detiene frente a mí. Cuando alzo la mirada, hay un chico con unos vaqueros manchados de césped y una camiseta azul marino de los Power Rangers. Tiene el pelo oscuro y larguillo, y manchas de barro por toda la cara. Cuando sonrío, yo me río; se le han caído tres dientes y se parece a una de las creaciones de Halloween de mi madre.

—¿De qué te ríes? —pregunta mirando a su espalda.

Yo me río otra vez.

—De nada.

—Ese columpio no es muy seguro, ¿sabes? ¿Ves eso de ahí? —me dice señalando a la rama que cuelga del tronco por una pequeña raíz—. Se va a caer pronto. Eso dice mi madre.

Lo ignoro y sigo columpiándome. Los niños pueden llegar a ser muy tontos, y yo solo estoy un pelín levantada del suelo. Si me caigo, no me dolerá mucho.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, por fin.

—Kate —digo mientras me hago visera con la mano para tapar el sol—. ¿Y tú?

—Beau. Como arco en inglés, «bow». A mi padre le gusta mucho cazar —dice otra vez sonriendo.

No sé mucho sobre cazar porque no tengo un papá que me diga cómo es. Nunca lo he tenido, y no me molesta hasta que otros niños empiezan a hablar sobre sus padres.

Me bajo del neumático y me estiro los pantalones cortos.

—Este pueblo es un asco.

Beau se encoge de hombros.

—Creo que te gustará vivir aquí.

Y me gustó. Me gustaron mucho la casa y el pueblo, y tras unas pocas semanas, Beau también me gustó muchísimo.

Desde entonces ha sido uno de mis mejores amigos.

Esa fue la primera vez que me rescató. La rama se partió unos pocos días después y por poco no me dio en toda la cabeza. Beau no me dijo «te lo dije», sino que me ayudó a levantarme y fue a por mi madre. Me gustó que no terminara siendo el típico niño que tenía que llevar la razón porque yo no era de las que le gustara estar equivocada.

Oigo la puerta de un coche cerrarse con fuerza fuera y cuando miro por la ventana, me encuentro a Beau con la vista fija en mi puerta principal. Me siento mal por cómo dejamos las cosas ayer. Por su cara diría que él también está igual. Todo parece estar fuera de lugar y no consigo deshacerme de la sensación de que nuestra relación ya nunca volverá a ser la misma.

No soy capaz de apartar los ojos de él cuando se gira hacia su puerta. Tengo que salir y despedirme, pero no estoy segura de por dónde debería empezar siquiera. Ayer me dijo que estaba enamorado de mí y yo lo rechacé. ¿Debería simplemente salir y hacer como si no hubiera pasado nada?

La he cagado pero bien.

Me enfundo unos pantalones cortos y una sudadera de los Iowa Hawkeyes. Esa universidad es a la que va Beau y esta es la forma de mostrarle mi apoyo tácitamente. Respiro hondo unas cuantas veces y abro la puerta principal justo cuando vuelve a salir de su casa. Nuestros ojos conectan y ambos nos quedamos parados. Quiero correr hacia él y suplicarle que no se vaya, pero no quiero retenerlo más de lo que ya lo he hecho. No quiero que sepa lo mucho que me duele que se vaya del pueblo.

Camina hacia su camioneta y coloca otra caja en el maletero antes de venir en mi dirección. Creo que mi corazón deja de latir por un segundo; estoy nerviosísima. Él lleva puestos una camiseta gris de los Hawkeyes y unos vaqueros descoloridos a la altura de las caderas. Intento centrarme en eso y no en sus ojos intensos y sombríos, pero siempre me ha costado no mirarlos.

Me estrecha entre sus brazos y esconde la nariz en mi pelo.

—Buenos días —susurra. Apoyo la mejilla contra su pecho, cierro los ojos y me pierdo en el sonido de su voz.

—Buenos días —murmuro sin molestarme en mirarlo.

—Kate, siento mucho lo de ayer. No te tendría que haber soltado todo eso justo antes de marcharme a la universidad —dice mientras me acaricia la espalda—, pero lo decía muy en serio. Cada palabra.

Esto es justo lo que esperaba que no ocurriera. Esperaba que simplemente pudiéramos olvidarlo y listos.

—Beau, me importas, pero las cosas entre nosotros son diferentes. Eres mi amigo y yo no puedo tener una relación con nadie ahora mismo —digo intentando mirarlo a la cara, pero me está abrazando con tanta fuerza que no me puedo mover.

—Te esperaré —dice, soltándome por fin. Sus manos frías me acunan el rostro y me da un beso en la frente. Eso también lo voy a echar de menos.

—¿Ya lo tienes todo listo? —le pregunto en un intento de cambiar de tema. El mero hecho de preguntarle hace que se me encoja el pecho.

—Me quedan dos cajas más por cargar y termino —contesta a la vez que mira a su casa. Esperaba ver a su madre fuera atosigándolo, pero no la he visto ni una vez esta mañana.

Lo agarro de la mano y comienzo a andar hacia los escalones. Él parece vacilante.

—Vamos, te ayudo con la última caja.

Él sonrío, pero de tristeza.

—¿Estás intentando deshacerte de mí?

Lo ignoro y sigo andando hacia los escalones. En cuanto abro la puerta principal, puedo oler galletas de chocolate recién horneadas. La señora Bennett debe de estar haciéndolas.

—Ay, hola, Kate. ¿Quieres una galleta? —pregunta mientras saca una bandeja del horno.

—No, gracias. Acabo de desayunar.

No es verdad, pero tengo tal nudo en el estómago que dudo que pueda comer nada esta semana ni la siguiente.

—Bueno, voy a mandarte algunas a casa para ti y para tu madre. Jeff y yo no necesitamos comérmolas todas —sonríe y forma más bolas con la masa.

Sigo a Beau hasta su cuarto, que parece vacío en comparación a como estaba hacía unos días. La mayoría de sus pósters de Iowa han desaparecido y su colcha gris oscuro ya no está en la cama. Mis ojos vuelan hasta el corcho que cuelga sobre su escritorio y advierto que las fotos de los dos tampoco están.

—Voy a ponerlas todas en mi habitación —dice parándose frente a mí. Me muerdo el labio para refrenar una sonrisa. Me hace sentir mejor saber que no quiera olvidarse de mí.

—Beau, ¿por qué está tu madre haciendo galletas tan temprano? —pregunto.

Él pone los ojos en blanco.

—Quiere cerciorarse de que tengo suficientes para comer en la universidad. Te lo juro, se piensa que estoy empezando la guardería otra vez.

La madre de Beau me recuerda a una de esas madres sesentonas que aparecen en las comedias de situación, siempre preparando cosas especiales para él y para su padre. He pasado mucho tiempo aquí mientras crecía. De hecho, creo que he cenado más veces aquí que en mi propia casa.

—Bueno, ¿y dónde están las cajas con las que necesitas ayuda? —pregunto mientras escudriño la habitación.

—Así que estás intentando deshacerte de mí.

Se ríe y señala a su armario.

Por supuesto que no quiero deshacerme de él. Simplemente no sé cuánto tiempo más podré reprimir las lágrimas. Casi me he convencido de que este no es más que otro día normal para los dos, pero cuando la realidad me caiga encima sin piedad voy a pasarlo verdaderamente mal, y los minutos siguen pasando.

Lo ayudo con las dos últimas cajas hasta cargarlas en la camioneta y me quedo callada con las manos metidas en los bolsillos traseros de mi pantalón. Este es el momento que he estado temiendo.

—Bueno —digo mirándome los pies con nerviosismo—, supongo que esto es un adiós... por ahora.

Él coloca sus manos sobre mis hombros y me acaricia suavemente el cuello con los pulgares.

—Esto es un hasta luego. Nunca podría decirte adiós a ti. Jamás —dice justo antes de presionar sus labios contra mi frente.

Mis ojos se llenan de las lágrimas que me han estado amenazando toda la mañana.

—Voy a echarte de menos, Beau —confieso limpiándome las mejillas con la manga de la sudadera.

—Vendré el próximo fin de semana. Te lo prometo.

Niego con la cabeza.

—No, tienes que vivir tu vida. No te preocupes por mí, por favor. Estaré bien.

—Kate, no intentes alejarme —dice estrechándome contra su pecho.

—No lo hago. Solo te estoy dejando marchar —digo, llorosa. Cuanto más se aferre Beau a la idea de un «nosotros», más tardará en encontrar algo mejor. Él se merece todo lo bueno que pueda ofrecer el mundo. Él se merece el amor de alguien que pueda dárselo todo. Tengo que dejarlo marchar para que pueda encontrarlo.

—Para, Kate. Voy a volver contigo cada fin de semana.

—No, escúchame. Creo que sería mejor si pasamos algún tiempo separados. Necesito solucionar cosas en mi cabeza y quiero que tú te preocupes de otras cosas aparte de mí —digo y siento cómo sus manos se aferran a mi sudadera con un poco más de fuerza. Lo miro a la cara y veo que sus ojos están brillantes. Esto es una mierda.

—Kate...

—No, por favor. Te llamaré todos los días, pero por favor, haz esto por ti —le suplico. Esto es lo más duro que he tenido que hacer en mi puñetera vida. Quiero que Beau vuelva cada fin de semana y me vea para no tener que pasar ningún día sin él, pero no voy a ser egoísta. A mí me arrebataron el futuro, y yo no puedo arrebatárselo a él también.

—Volveré una vez al mes —dice soltándose la camiseta. La puerta principal de su casa se abre y ambos nos separamos de golpe. Su madre y su padre lo van a acompañar hasta Iowa para llevarle los muebles, así que ya debe de ser la hora de irse.

Camina hacia la puerta del lado del conductor sin dedicarme ni una mirada más. El corazón se me detiene.

Entra en la camioneta y baja la ventanilla para indicarme con el dedo índice que me acerque. Yo doy un paso adelante con indecisión, acojonada de que vaya a decir algo que no quiera escuchar. Cuando estoy lo bastante cerca como para que pueda tocarme, me cubre la mejilla con una mano.

—Jugaré según tus normas. Pero, Kate, recuerda que no puedo hacer desaparecer mis sentimientos solo porque me digas que lo haga —me dice y vuelve a apoyar la mano en el volante.

Retrocedo y lo veo salir de su aparcamiento. Me dice adiós con la mano hasta que ya no lo veo al final de la calle, con sus padres siguiéndolo de cerca. Quiero desmoronarme ahí mismo en el suelo y enterrar el rostro en mis manos, pero en cambio salgo corriendo hasta mi casa sin detenerme hasta que estoy tumbada bocabajo en la cama. Mi cuerpo se sacude mientras dejo que las lágrimas caigan durante lo que me parecen horas. Por un momento me arrepiento de haberle dicho que no volviera cada fin de semana, pero Beau no puede empezar a pasar página en su vida si siempre está mirándome a mí, al pasado.

Me quedo en la cama lo que queda de día entre llorando y mirando al techo. Es lo mismo que hice cuando salí de la casa de Drew Heston aquella noche. De hecho, le dije a mi madre que tenía la gripe y me quedé así durante días. Antes siempre había sido una chica fuerte, apenas derramaba una lágrima por nada, pero las cosas han cambiado drásticamente en los últimos dos años. Siento como si me tirara más tiempo llorando del que paso sin hacerlo.

A menudo me pregunto qué habría pasado si le hubiera contado a alguien lo que me hizo Drew aquella noche.

Drew por fin deja de moverse con un fuerte gruñido que hace que me entren ganas de vomitar. Estoy rota y bloqueada. Siento cómo el sudor de su frente me gotea en la espalda y me da asco. Se levanta de mi espalda y me lanza mi ropa antes de salir por la puerta. Estoy casi demasiado asustada como para moverme siquiera, pero lo hago igualmente. Me duele todo el cuerpo cuando me bajo de la cama y me

subo las bragas por las piernas.

Cuando veo el interior de mis muslos llenos de sangre, empiezo a llorar con tanto ahínco que la vista se me nubla. Es un recordatorio de lo que me ha arrebatado y de lo que nunca podré recuperar. Me pongo los vaqueros y me abrocho el botón antes de reajustarme la camisa y el sujetador. No pierdo más tiempo y abro la puerta de su dormitorio con vigor y miro por el pasillo. No veo ni oigo a nadie. Solo tengo que encontrar a Morgan y salir de ahí antes de que me vea nadie.

Casi he llegado a las escaleras cuando una mano me agarra violentamente el brazo y tira de mí hasta estar pegada a un torso duro y firme. Me da miedo girarme y ver a quién tengo detrás, así que cierro los ojos con fuerza y espero.

—No pienses siquiera en contarle a nadie lo de esta noche. Lo querías, e igualmente nadie te creería.

Mi cuerpo se sacude tanto que no puedo ni hablar. Solo quiero irme a casa e intentar olvidar que esta noche ha sucedido.

Aumenta la presión de su agarre sobre mis brazos hasta hincarme los dedos en la piel.

—¿Me has escuchado, Kate? Nadie te creerá —repite. Las lágrimas se me acumulan en los ojos porque en el fondo sé que tiene razón.

Asiento y espero a que me suelte. Odio la tosquedad de su voz. Odio el contacto de sus manos sobre mi piel. Odio a Drew Heston con toda la fuerza de mi corazón.

Me suelta y me empuja hacia adelante, lo que hace que dé un traspié.

—Sal de mi puta casa.

Bajo corriendo rápidamente los escalones y salgo por la puerta principal, a la lluvia, sin mirar atrás ni una sola vez. Cuando encuentro a Morgan, está demasiado borracha como para advertir que algo va mal. Su novio nos lleva a casa en su coche. Yo me desplomo en el asiento de atrás y dejo que las lágrimas resbalen por mis mejillas. Me siento sucia y usada. ¿Por qué me eligió a mí?

Si Morgan no hubiera estado borracha esa noche, es posible que se hubiera percatado del estado tan frágil en el que me encontraba. ¿Se lo habría contado? Si mi madre hubiese estado en casa esa noche cuando abrí la puerta, ¿se lo habría dicho? Si Beau me hubiera visto esa noche, lo habría sabido.

Pero no había nadie.

Me toca trabajar hoy y la distracción no podría venirme mejor. Tras ver a Beau marcharse ayer, mi corazón no puede soportar otro día tan doloroso y desgarrador como ese. Además, me preocupo demasiado por Beau y no quiero volver a ver esa expresión de dolor en sus ojos y saber que he sido yo la causante.

Me pongo unos vaqueros oscuros y la camiseta roja del Bonnie's Diner y luego me examino en el espejo. Tal y como predije, mis ojos están hinchados y rojos después de pasarme casi veinticuatro horas llorando, cual maratón. Me recojo el pelo en una cola y me echo corrector en los párpados inferiores antes de esparcirme la base de maquillaje por toda la cara. Lo último que quiero es que todos mis clientes me pregunten qué me pasa. Es más fácil si me comporto como si solo fuera un día normal y corriente más.

Cuando me satisface mi aspecto, cojo las llaves y salgo a la calle. Sin darme cuenta siquiera de lo que hago, me quedo parada mirando fijamente a la casa de Beau. A saber qué es lo que está haciendo en estos momentos. ¿Echa ya de menos Carrington? ¿Le gusta su nuevo compañero de habitación?

No obstante, no puedo permitirme obsesionarme con eso. Ahora toca entrar en el coche y enfrentarme a mi nueva rutina. Pero no deja de ser una mierda que mi normalidad sea cada vez más desagradable. Una vez pensé que lo tenía todo, pero desde aquella noche he sido infeliz y he estado sola. Beau ha sido mi única excepción durante los dos últimos años y ahora ya no está.

Estoy perdida.

De verdad que no tengo ni idea de cómo avanzar con mi vida. Quiero decir que no puedo ir a peor, pero ya he pensado eso mismo antes y siempre parece haber un hoyo más hondo en el que caer. Algunos días no sé siquiera si puedo continuar viviendo.

¿Para qué?

Cuando entro en el aparcamiento de detrás del restaurante, aparco y apoyo la frente sobre el volante. Solo pensar en sobrevivir al día entero hace que me cueste respirar. Es como si alguien estuviera sentado sobre mi pecho sin intención ninguna de bajarse.

Respiro hondo unas cuantas veces para intentar que mis pulmones se llenen de aire y suavicen mi miedo, pero me está costando recuperar el control. A veces cerrar los ojos e imaginarme que estoy sentada en la playa mirando al lago ayuda, pero estoy tan abrumada que ni siquiera eso funciona hoy. No tener control sobre mis emociones es como ir en un coche a toda pastilla y sin frenos, o como tener sujeta la

caja torácica en un torno de banco y que te apretaran. Me siento desesperada y perdida, y no tengo ni idea de cuándo va a parar todo esto.

Quizá nunca.

Cuando por fin vuelvo a tener sensibilidad en las manos, quito las llaves del contacto y me dirijo al interior del restaurante. Ficho y me coloco el delantal negro en la cintura. Van a dar las siete y la clientela de por la mañana llegará en cualquier momento. Nuestro pueblo solo tiene dos restaurantes y Bonnie's es el único que abre para el desayuno. Normalmente suele estar lleno de granjeros que vienen para comparar observaciones sobre la cosecha o de otros vecinos que buscan evitar sus propias cocinas. El trabajo es sencillo y un poco mundano, pero es todo lo que puedo soportar ahora mismo. Hay tres camareras cada mañana y cada una de nosotras nos encargamos de ocho mesas. Yo prefiero quedarme con las mesas más cercanas al ventanal porque la gente suele hablar menos cuando está observando a los transeúntes.

Localizo al grupo de granjeros jubilados que suelo atender sentados a la mesa más cercana a la puerta. Les encanta venir a las siete en punto y quedarse charlando hasta bien pasadas las nueve. No me molestan porque pueden quedarse debatiendo sobre el precio actual del maíz sin darme mucho la lata siempre y cuando mantenga llenas sus tazas de café. Son cuatro y siempre piden lo mismo cada mañana para desayunar. Francamente puedo decir que hay días que no abro la boca con ellos durante las dos horas que pasan aquí.

—Hola, nena, no te he visto ni entrar —dice mi madre abrazándome por la cintura. Apoyo la cabeza en su hombro y respiro el conocido aroma de su perfume. Ha estado echándose el mismo desde que tengo memoria y siempre me tranquiliza y me calma. Me transporta a una época donde todo iba bien y el único debate mental que tenía era decidir qué vestido rosa ponerme ese día.

—Llegaba tarde y me fui directa a las mesas —digo y levanto la cabeza para ver si todos los clientes están siendo atendidos—. Es un día tranquilo hoy.

—Podrías irte a casa si quisieras. Podemos apañárnoslas. —Me suelta la cintura y empieza a preparar una nueva tanda de café.

Pondero la idea de irme a casa, pero sé que si lo hago no seré capaz de evitar sentir. Me encerraría en mi cuarto y lloraría hasta que los ojos se me pusieran como dos verdugones. Al menos aquí puedo mantenerme distraída.

—No, me quedo. Necesito el dinero —digo. Eso no es totalmente cierto. Llevo trabajando aquí casi tres años y no me he gastado apenas un centavo.

Mi madre me sonrío antes de coger la cafetera llena y de volver fuera para servir a más clientes. A veces creo que le preocupa que la única razón por la que no haya ido a la universidad sea porque no me lo puedo permitir. Odio que se sienta así, pero es más fácil dejar que piense eso a explicarle la verdad.

Sobre las diez, la señora Carter entra para tomarse un rollito de canela y un descafeinado. Es viuda y rondará los ochenta y cinco años. No creo que tenga familia

en el pueblo porque siempre viene sola. Es la clienta más charlatana de todos los que tengo, pero no me importa porque es la mujer más dulce del mundo y no se mete demasiado en mi vida.

—Se te ve cansada hoy, Katie —me dice mientras le lleno la taza de café por segunda vez.

—No he dormido muy bien esta noche —contesto, y luego cambio rápidamente de tema—. ¿Tiene algún plan hoy?

—Solo ir después al club de bridge. Deberías venirte un día que descanses. —Sonríe y le da un sorbo a la taza de café recién llenada.

Tenemos esta misma conversación casi todos los días. Su memoria va renqueando, pero la amabilidad continúa estado ahí. Algunos días casi consigue hacerme sonreír. Casi.

—Lo siento, señora Carter, pero no tengo muchos días de descanso.

—Bueno, yo debería irme ya. No quiero llegar tarde, Bev Collins me quitará el sitio y no puede ser —dice y deja un billete de cinco dólares en la mesa.

—La veo mañana. —Me despido de ella con la mano mientras se encamina hacia la puerta.

—Por supuesto, hija, a menos que tenga otros planes.

Sale y se toma su tiempo bajando el escalón de cemento antes de reincorporarse a la acera. Siempre he querido pasar más tiempo con ella y escuchar la historia de su vida, pero me temo que me preguntaría a mí sobre la mía.

Limpio las mesas y me aseguro de que cada una tenga todo lo necesario antes de que la clientela del mediodía entre. Normalmente consigo pasar la hora del desayuno sin problemas, pero le temo al almuerzo. Suelen venir al restaurante otro tipo de gente y es impredecible.

Casi cada día durante el verano, los chicos de mi instituto entraban y encontraban imprescindible sentarse en mi sección solo para ver lo mucho que podían estropearme el día. Me convertí en el hazmerreír de todos ellos porque no encajaba.

Juro por Dios...

Que mientras esté viva nunca les haré a otros lo que otros me han hecho a mí.

Veo a Morgan entrar con un grupito de amigas. Se sientan en mi sección mirándome como si supieran exactamente lo que están haciendo. Morgan me ha estado tratando de un modo diferente desde el incidente con Drew, pero no la puedo culpar del todo. He cambiado muchísimo y ella no tiene ni idea de por qué, porque no se lo he contado.

Camino vacilante hacia ellos, lista para tomarles nota y marcharme lo más rápido posible.

—¿Qué vais a tomar hoy? —pregunto y mantengo la atención fija en la libretita que tengo en la mano.

—Yo quiero una ensalada de maíz con el aliño aparte —responde Abby. Por el

rabillo del ojo veo que está sonriendo.

—¿Y tú? —digo señalando a Dana con el boli.

—¿Qué sopa del día tenéis hoy?

—Noodles de pollo.

—Vale, yo quiero un tazón de eso y una ensalada pequeña —responde Dana cruzándose de brazos.

Morgan es la última en pedir. La miro brevemente, pero en el momento que veo que sus ojos me escrutan por encima de la carta, vuelvo a centrar la atención en la libretita.

—¿Y qué vas a querer tú?

Ella pone los ojos en blanco de forma exagerada para que toda la mesa lo vea.

—Pues lo de siempre.

—No sé qué es lo de siempre —digo. Alzo la mirada y me encuentro a Abby y a Dana con una sonrisa de suficiencia estampada en la cara. Siento cómo el labio inferior me empieza a temblar.

Hace dos años me convertí en Kate Alexander, la perdedora que nunca se irá de Carrington; la chica que siempre trabajará en el restaurante con su madre. Odio que me traten como si fuera menos que ellos solo porque he cambiado. Supongo que no ser «como ellos» es un crimen o algo.

Empieza a jugar con sus uñas y, como si yo no fuera nadie, ni siquiera me mira a la cara.

—Quiero una ensalada mixta con el aliño aparte.

—Vengo enseguida con el pedido —murmuro al tiempo que me giro para darles la espalda.

Apenas he dado dos pasos cuando una voz a mi espalda me detiene.

—Kate. —Me giro sobre mis talones para quedarme de cara a ella—. Más te vale que esta vez la ensalada venga sin tomate.

Morgan sonrío y rápidamente entabla una conversación con las otras chicas sentadas a la mesa.

Mientras me dirijo a la cocina, las escucho cuchichear y reírse por lo bajini. Cuando las oigo pronunciar mi nombre entre susurros, siento unas ganas tremendas de llorar. ¿Cómo puede darme la espalda mi mejor amiga solo porque haya cambiado? Cuando más la necesité no estuvo ahí.

Les sirvo la comida en silencio y les pregunto si necesitan algo más, pero ellas continúan hablando como si no existiera. Cuando Morgan decide hacer lo propio, siento como si alguien me hubiera atravesado el corazón con un cuchillo y lo estuviese retorciendo. No me gusta considerarme una persona rencorosa, pero siempre me pregunto qué habría pasado si no me hubiera dejado sola esa noche.

Lo peor fue el día que Drew y dos de sus compañeros de equipo entraron y se sentaron a una de mis mesas. Drew había estado en el restaurante las suficientes

veces antes y después del incidente como para saber con exactitud qué sección era la mía. Aun así, normalmente no se sentaba en ninguna zona donde yo tuviera que atenderlo. Simplemente tomaba asiento y me observaba desde lejos, pero ese día en particular decidió que ya tocaba complicarme la vida más de lo que ya lo había hecho.

El cuerpo entero se me tensa en cuanto lo veo sentado al otro lado de la sala. Me sonrío como si fuéramos viejos amigos y al momento siento ganas de vomitar. Sé que no puedo hacerlo. No me veo en un futuro cercano ni lejano pudiendo enfrentarme a Drew sin sentir el miedo y el terror que sentí aquella noche.

Camino hacia la cocina y encuentro a mi madre llenando un vaso con agua fría.

—Mamá, me encuentro mal. Creo que voy a irme a casa —digo con la mano colocada sobre el estómago.

—Ay, cariño, lamento que no te sientas bien, pero estamos hasta arriba. ¿No te puedes quedar un ratito más? —pregunta.

Echo un vistazo a través del cristal de la puerta; todas las mesas están ocupadas y varias personas todavía esperan en la entrada. Estoy en plena batalla interna conmigo misma cuando entra volando la otra camarera de servicio y arroja su libretita sobre la encimera.

—Esto es un zoo. ¿De dónde sale tanta gente? —dice con las manos en las caderas.

Cierro los ojos y respiro hondo.

—Me quedaré —decido, dubitativa. Odio decepcionar a la gente y no sé decir que no—. Pero ¿te puedes encargar tú de la mesa diez?

—Sí, claro —responde y usa el dorso de una mano para limpiarse el sudor de la frente. El nudo que se había instalado en mi pecho comienza a deshacerse.

Cuando Drew y su pandilla se dan cuenta de lo que he hecho, empiezan a burlarse de mí cuando paso por su lado.

—Eh, Kate, ¿vas a tomarnos nota? ¡Creo que ya sabes lo que me gusta! —grita Drew en cuanto me ve. Quiero salir corriendo y no volver nunca, al igual que aquella noche, pero no puedo. Este trabajo es una de las poquísimas cosas que me quedan y que me ayudan a seguir adelante.

Sigo atendiendo a mis clientes como si Drew no estuviera allí. Pero es difícil hacerlo cuando se empeña tanto en permanecer dentro de mi vida. Cada vez que lo veo quiero gritar y pegarle hasta que me duelan tanto los puños que no los pueda sentir siquiera. Puedo sentir cómo me mira, pero yo a él no lo miro ni una vez; no voy a darle esa satisfacción. De verdad creo que le molesta que sea la única chica que no le hace ni puto caso.

Siempre me he preguntado si soy la única chica a la que le ha hecho daño o si es posible que haya otras. No sería capaz de vivir con la culpa si se lo hizo a otra chica después de mí. Fue la única razón por la que casi lo cuento, pero al fin y al cabo

sabía que no importaría porque nadie iba a creerme.

Cuando dejan el dinero en efectivo sobre la mesa y empiezan a levantarse, los ojos de Drew se encuentran brevemente con los míos y yo aparto rápidamente la mirada. Mirarlo me hace sentir sucia. Nunca he despreciado nada ni a nadie tanto en toda mi vida.

Por el rabillo del ojo lo veo caminar hacia mí con una sonrisa asquerosa en la cara. Quiero correr, pero tengo los pies pegados al suelo y todo lo que puedo hacer es quedarme mirándolo hasta que se para frente a mí.

—No te he visto en ninguna fiesta desde hace bastante. ¿No quieres salir y jugar otro rato conmigo?

Rápidamente me giro y me dirijo al baño de mujeres. Cuando llego, cierro la puerta y me encierro dentro. Me entra un ataque de pánico en todo el cuerpo, pero trato con todas mis fuerzas de recuperar la compostura. Saber que está a solo unos metros de mí hace que los síntomas se intensifiquen mientras intento con desesperación recuperar el aliento. Cuando llego al punto de pensar que puedo desmayarme, me agazapo y hundo la cabeza en las manos a la vez que respiro hondo varias veces. He evitado tener cualquier tipo de conversación con Drew hasta este momento, y todavía me quedan un par de meses más por pasar antes de que se marche del pueblo. Solo tengo que evitarlo durante un poquito más y quizá, luego, pueda ser capaz de pasar página en mi vida hasta cierto punto. No estoy segura de cuánto tiempo paso en el baño antes de volver a sentirme funcional de nuevo, pero cuando por fin salgo de allí, él ya no está.

No lo he visto desde entonces. Los rumores cuentan que se fue antes del pueblo para asistir a un campamento de fútbol. Todos mis antiguos amigos se han ido a la universidad para comenzar la nueva etapa de sus vidas, pero yo todavía sigo aquí, intentando decidir si mi vida posee siquiera una siguiente etapa.

Más tarde ese día, cuando el restaurante está vacío, la campanilla de la puerta tintinea para avisarme de que ha entrado un nuevo cliente. Levanto la mirada y me encuentro mirando fijamente al hombre extraño de la puerta; mis ojos se niegan a apartarse de él.

Esa es otra cosa que tienen los pueblos, cuando viene alguien nuevo, se convierte en la comidilla de todos. Y si te quedas más de unas pocas horas, todo el mundo conoce cuáles son tus asuntos. Está claro que el tipo de la puerta, vestido con unos vaqueros desteñidos y una camiseta ceñida azul celeste, no es de por aquí. El pelo rubio le cae por todos lados, como si acabara de levantarse de la cama y se hubiera peinado rápidamente con los dedos.

Sus ojos se encuentran con los míos y enarca las comisuras de los labios en un lado, gesto que hace que me dé la vuelta de golpe y me dirija hacia la cocina, donde no estoy en su campo de visión.

Tras un par de minutos, atisbo la sala a través de la ventanita de la puerta de la cocina y respiro tranquila al ver que no está sentado en mi sección. Siempre he sido tímida, pero lo que pasó con Drew lo empeoró muchísimo más. Vivo cada día de mi vida con el miedo constante de que alguien se vaya a aprovechar de mí.

Vivir así no puede llamarse siquiera vivir.

No es posible hacer mi trabajo desde la cocina, así que hago el intento de tranquilizarme. Ya es hora de enfrentarme al extraño lo quiera o no. Observo cómo las mesas se van llenando rápidamente para el almuerzo y me muevo con el piloto automático, cerciorándome de que cada mesa tiene la carta y las bebidas. La mayor parte de la gente son asiduos del restaurante, así que no me lleva mucho tiempo tomarles nota y dar la orden en la cocina. Puede que este no sea mi trabajo de ensueño, pero sí sé que se me da bien.

Cuando le llevo su comida a la primera mesa, advierto que el tipo de la camiseta azul está mirándome fijamente. Esta vez no sonrío, sino que tiene las cejas bajas, como si me escrutara. Nuestros ojos se encuentran y toda la cháchara de la sala parece aumentar de volumen mientras me quedo allí de pie en medio del atiborrado restaurante, paralizada. No sé si es la expresión de su cara, o el hecho de que sus ojos no hayan abandonado los míos, pero no puedo apartar la mirada.

Alguien choca conmigo por la espalda y me obliga a dar un par de pasos hacia adelante y a romper la conexión que tenía con el extraño. Cuando vuelvo a mirarlo, sus ojos están fijos en el ventanal. No sé qué es lo que acaba de pasar entre nosotros, pero yo me dirijo de nuevo hacia la cocina antes de que intente mirar en mi dirección

otra vez. No tengo ni idea de por qué tiene este efecto en mí.

A estas alturas ya no sé siquiera si es algo bueno o malo.

Cuando salgo del trabajo, me doy cuenta de que tengo cuatro mensajes de texto y dos llamadas perdidas, todos de Beau. Solo ver su nombre en la pantalla hace que el corazón me dé un vuelco a la vez que parpadeo para intentar deshacerme de las lágrimas y así poder leer sus mensajes.

Beau: Cm stas?

Beau: Stas trabajando?

Beau: Por favor contéstame para saber que estás bien...

Beau: Te echo de menos.

Echo de menos a Beau con locura, pero saber que él piensa en mí incluso a cinco horas de distancia me da esperanzas de que quizá podamos superar esta separación con nuestra amistad intacta.

Él va a hacer nuevos amigos, estoy segura de ello. Es listo, divertido, guapo, y no es nada tímido. Y no voy a dejar que pase cada segundo libre del día preocupándose por mí. Solo espero que no me olvide por completo.

Debería intentar llamarlo, pero no puedo ni pensar en él sin echarme a llorar. Como no quiero que se preocupe, opto por mandarle un mensaje.

Kate: Estoy bien. Acabo de salir del trabajo.

Quiero decirle que yo también lo echo de menos, pero eso sería admitir la verdad, y últimamente no he sido muy buena haciéndolo. Pese a lo mucho que sé que quiere escucharme decírselo, no puedo.

Lo cierto es que lo echo mucho más de menos de lo que pensé que haría nunca. Ha sido mi única razón para respirar, y aunque todavía siga siéndolo, es más difícil porque está muy lejos. El teléfono me vuelve a pitar.

Beau: Estaba preocupado por ti.

Kate: No te preocupes. Estaré bien.

No quiero que se preocupe mañana cuando no le responda los mensajes ni las llamadas. No es que no quiera... es que necesito poner algo de espacio entre nosotros. Conozco a Beau, y sé que si lo dejo estar durante demasiado tiempo, se meterá en el coche y conducirá hasta aquí para ver si estoy bien.

Beau: Me llamas esta noche?

Me muero por escuchar esa voz barítona y suave.

Kate: Voy a cenar con mi madre. Mañana?

Beau: Mañana.

Beau no es tonto. Sabe que mi madre y yo rara vez cenamos juntas, pero no me pregunta nada más.

Me paso lo que queda de la tarde tumbada en la cama, escuchando a Coldplay y mirando al techo. Quizá sea la reconfortante tristeza en las letras de las canciones, o la voz de Chris Martin, pero nunca tengo suficiente. No dejo de pensar en lo que podría haber tenido con Beau. En cómo habrían sido las cosas si nada de esto me hubiera pasado. Lo he querido durante mucho tiempo, pero no pensé que él se sintiera del mismo modo. Ahora es él el que me quiere y no soy capaz de entender por qué. ¿Por qué querría nadie quedarse con la chica rota en la que me he convertido? Espero a que el sueño me venza y le ponga un final provisional a mis pensamientos.

A la mañana siguiente no quiero ir a trabajar. Me obligo a salir de la cama y a abrir el grifo de la ducha antes de ir a por unos vaqueros limpios y una camiseta de Bonnie's al armario.

Cuando me meto en la ducha, dejo que el agua caliente me caiga primero por la cara antes de girarme y permitir que me caliente todo el cuerpo. Me centro en las ardientes gotas de agua mientras caen al suelo. El agua está dolorosamente caliente, pero logra que mi mente no piense en ese dolor interno del que rara vez soy capaz de escapar.

La primera vez que lo hice fue la noche que Drew me violó. Me sentía frágil, furiosa, y más que nada, como si fuera un puñado de basura asquerosa. No creí que fuera a ser capaz de hacer desaparecer su olor ni su tacto de mi cuerpo. En cuanto entré por la puerta principal de mi casa, fui directa al cuarto de baño y dejé correr el agua a tope, muy caliente. Al principio me encogía de dolor, pero me hacía sentir limpia y el calor mermaba el dolor de mi corazón a la vez que me quemaba la piel.

No he sido capaz de parar desde entonces.

El turno de mañana se me pasa volando al tener que atender a muchos de los clientes asiduos. La señora Carter entra justo cuando el barullo del desayuno se está disipando y se sienta como siempre en mi sección.

—Buenos días, Katie. ¿No hace un día precioso? —pregunta mirando por el ventanal. Rara vez presto atención al tiempo que hace fuera... a menos que esté

lloviendo. Esos son los peores días.

Miro al frente y veo el azul brillante del cielo y asiento.

—Sí, hace un día genial.

—No puedo creer que el verano ya casi haya terminado. La nieve no tardará mucho en llegar —dice y me devuelve su atención.

—¿Va a tomar lo de siempre?

—Soy demasiado vieja como para empezar a cambiar ahora.

Se ríe. Eso, de hecho, me hace sonreír. Su vida parece ser muy simple y está contenta con ella.

Pongo en un plato un rollito de canela y le sirvo una taza de café antes de llevárselo a la mesa. Me siento mejor que esta mañana y estoy hasta considerando salir a correr después del trabajo, cuando mi madre saca la cabeza por la puerta de la cocina.

—Tienes un nuevo cliente en tu sección —dice con una sonrisa enorme en la cara.

Mi madre no suele dedicar sonrisas porque sí, por lo que la forma en la que lo ha dicho y la miradita que me ha echado me ha llenado de curiosidad. Abro la puerta que da a la sala y me paro de golpe.

Ha vuelto.

El tipo de ayer está sentado a una de las mesas pequeñas de mi zona, observándome con las cejas levantadas. Siento los pies como si pesaran cincuenta kilos cada uno.

No sé qué es lo que tiene que me pone nerviosa, pero por el modo en que me mira siento que debería conocerlo, o quizás es él el que me conoce a mí.

Me trago las reservas que pueda tener y me muevo hacia él sin apartar ni una vez los ojos de los suyos. Conforme me voy acercando, advierto que son de un color gris claro azulado que resalta todavía más gracias a la camiseta azul marino que lleva puesta.

Me paro un pelín más lejos de la mesa de lo normal y respiro hondo para intentar eliminar los pensamientos que me rondan la cabeza.

—¿Desea algo para beber? —pregunto por fin y saco la libretita.

Normalmente puedo acordarme de todo, pero necesito algo que mantenga mis manos y ojos ocupados.

—Buenos días para ti también —dice, sonriendo y negando ligeramente con la cabeza. Se apoya en el respaldo de la silla y deja caer un brazo por detrás para que su cuerpo quede girado hacia mí.

Ya no lo soporto más.

—¿Te conozco? —pregunto.

—Solo si cuentas ese duelo de miradas que tuvimos ayer —contesta, y enarca un poquito más las comisuras de los labios—. Me llamo Asher Hunt.

—¿Y qué haces aquí, Asher Hunt? —Siento cómo mi lado sarcástico y mordaz se

apodera de mí al igual que los nervios lo hicieron antes.

—Bueno, obviamente tengo hambre. Y este es el único sitio que abre en el pueblo —dice echándose hacia adelante para apoyar los codos sobre la mesa. Advierto la presencia de un tatuaje en la parte interna de su brazo derecho, pero no puedo ver lo suficiente como para adivinar lo que es.

—Quiero decir que, ¿qué te trae por Carrington? —Doy golpecitos en la libreta con el bolígrafo y sus ojos se centran en él.

Se encoje de hombros.

—Voy a ver qué tal es la vida de pueblo por un tiempo. Ya sabes, descubrir si realmente es más sencilla.

Por un momento me lo quedo mirando sin saber qué contestarle a eso. Lo cierto es que se viva donde se viva, la vida siempre está llena de complicaciones. No es el ambiente, es la gente que te rodea, o los que ya no están, de hecho. Pero con una mirada a esos ojos, de repente tan distantes, sé que no hace falta que se lo diga.

Me aclaro la garganta.

—¿Qué te pongo para beber?

—Quiero un batido de chocolate y un vaso de agua, por favor —contesta mirando por la ventana.

No espero a que me vuelva a mirar antes de encaminarme de regreso a la cocina para prepararle el batido. Me tomo mi tiempo vertiendo la leche y el sirope de chocolate antes de pulsar el botón de la batidora. La máquina hace tanto ruido que no oigo a mi madre acercarse por detrás.

—Ese chico es así como mono, ¿no crees? —pregunta a la vez que coge el helado y lo vuelve a meter en el congelador.

Pongo los ojos en blanco y me hago con un vaso del estante para verter el batido. Mi madre y yo nunca hablamos de chicos. El único chico en el que siempre me he permitido pensar es Beau. Sí, el muchacho está bien, pero no significa nada para mí.

—Eh, ¿qué andáis chismorreando? —pregunta Diana. Diana es la otra camarera que trabaja casi todas las mañanas.

—¿Has visto el muchacho que se ha sentado en la sección de Kate? Ayer también lo vi. Es monillo. Mucho más guapo que la mayoría de los tíos del pueblo —responde mi madre. Y bien que lo sabe ella; ha salido con unos cuantos.

Diana echa un vistazo a través de la ventanita de la puerta de la cocina antes de mirar a mi madre y de negar con la cabeza.

—Lynn, ese muchacho es sinónimo de problemas. Es el hijo de Daniel McNally y he oído que la única razón por la que está en Carrington es para huir de algún lío en el que se metió en Chicago.

—Pero su apellido es Hunt —digo a la vez que lleno un vaso de agua fría.

—Eso es porque su madre se marchó del pueblo con él y se volvió a casar poco después de que naciera. McNally apenas lo ha visto desde entonces —cuenta Diana pasándome dos pajitas—. Tú ten cuidado.

—No te preocupes. No me interesa.

Me dirijo otra vez hacia Asher y coloco las bebidas sobre la mesa. Parece distinto al tío sonriente y petulante que era hacía unos minutos. Tiene los hombros hundidos y, cuando alza la mirada, advierto que ha perdido parte de su curiosidad.

—¿Quieres algo para comer? —pregunto intentando evitar mirarlo directamente a los ojos. Mi madre no iba muy mal desencaminada porque es la primera persona que me intriga en mucho tiempo. Aun así necesito mantener las distancias porque a fin de cuentas solo sé su nombre.

Parpadeo al darme cuenta de que se me ha quedado mirando fijamente mientras yo estaba perdida en mis pensamientos.

—Una ración de patatas fritas —contesta removiéndolo con la pajita.

Para cuando su pedido está listo, la sala está a rebosar de gente esperando para almorzar y no tengo más tiempo para charlar después de dejar las patatas en la mesa. De hecho, ni tiempo tengo de llevarle la cuenta. Diana lo hace por mí porque una mesa entera ha pedido una ronda de batidos que tengo que preparar. Cuando vuelvo a salir al comedor, él ya se ha ido.

Sirvo las bebidas y me dirijo a la mesa de Asher para limpiarla. Es entonces cuando advierto que me ha dejado una propina de cinco dólares y una nota en una servilleta.

Me encantaría verte sonreír de vez en cuando.

Me quedo mirando a la puerta y respiro hondo, luego hago una bola con la servilleta y me la meto en el bolsillo.

Un par de días después, decido que ya es hora de llamar a Beau y ver qué tal le están yendo las cosas. Lleva en la universidad casi una semana entera y me ha intentado llamar todos los días, pero yo ni caso. Nos hemos mensajado unas cuantas veces, pero echo de menos escuchar su voz. Creo que estoy preparada para hacerlo sin derrumbarme.

El teléfono apenas da un tono de llamada antes de que descuelgue.

—Hola.

Vale, estaba equivocada, escuchar su voz me hace querer romper a llorar otra vez.

—Hola —digo y cierro los ojos con fuerza en un intento por controlar mis rebeldes emociones.

—Te has tomado tu tiempo en devolverme la llamada —me dice con un tono burlón. Es casi como si supiera que necesito que me aligere el día. A veces pienso que me conoce mejor que yo.

—Lo siento, he estado liada en el restaurante. Pero sí que te echo de menos.

Inspira de un modo tan exagerado que hasta yo lo escucho a través del teléfono.

—Kate, ¿estás segura de que no quieres que vuelva a casa este finde? Terminó las clases mañana a las doce, así que puedo llegar allí para la cena.

La esperanza es palpable en su voz, pero estoy a punto de volverlo a desilusionar.

—No empieces. Tengo que trabajar el finde entero de todos modos. Además, estoy segura de que tendrás una o dos fiestas a las que ir en vez de dedicarte a volver aquí —digo en un intento de hacerle cambiar de idea sin decirle que no directamente.

—Kate...

—Por favor, Beau. Necesito que hagas esto por mí. Conoce a gente nueva y disfruta de la experiencia —le ruego. Quiero que tenga las cosas que yo no puedo tener ahora mismo, aunque eso signifique dejar marchar a la única persona aparte de mi madre que lo significa todo para mí.

—El próximo fin de semana vuelvo a casa y no te está permitido discutir conmigo. —Suena serio y un poco autoritario. Yo puedo que esté herida, pero sé cuidarme sola.

—Bueno, ¿y qué has estado haciendo, chico universitario? —pregunto y apoyo la cabeza sobre la almohada.

—¿Estás intentando cambiar de tema? —Su voz suena con una mezcla de diversión y frustración.

—Beau, por favor.

—Vale —suspira—. He estado yendo a clase, al gimnasio, estudiando, comiendo

y durmiendo. Nada mucho más interesante de lo que tú has estado haciendo, seguro.

Tiene razón. Yo he estado trabajando, corriendo y sentándome sola en mi habitación.

Y, esporádicamente, mi mente se aleja de Beau y se desvía hacia Asher. Apenas lo conozco y no lo he visto desde que me dejó la nota en la servilleta, pero no puedo evitar preguntarme qué es lo que está buscando.

—¿Cómo te van las clases?

—No son difíciles, pero ya tengo dos trabajos que hacer esta semana. Ya sabes lo mucho que los odio —contesta.

—Sí, pero se te dan bien. Creo que solo los odias porque son demasiado fáciles para ti —digo sonriendo ligeramente. Beau era uno de los niños más listos de nuestra clase. No ha decidido lo que quiere ser cuando «sea mayor», pero en realidad puede hacer lo que sea que se proponga.

—Supongo que sí —dice. Si no me equivoco, creo que intuyo una sonrisa en el tono de su voz—. Oye, Kate, odio tener que cortar, pero tengo una clase ahora. Hablamos mañana. —La última parte suena más como una pregunta que como una afirmación.

—Trabajo hasta las dos, pero contestaré al teléfono si me llamas a cualquier hora más tarde.

Hablar con Beau, más que entristecerme, me hace sentir mejor. Tengo ganas de volver a hablar con él. Espero que con cada día, y con cada llamada, la distancia entre nosotros sea más fácil de llevar. Quizá pueda sobrevivir aquí sin él.

—Más te vale.

—Adiós, Beau.

—Adiós, Kate.

Como tengo todo el día libre, voy a salir a correr hasta que las piernas no me respondan. Me enfundo unos pantalones cortos de gimnasio y una camiseta sin mangas antes de abrocharme los cordones de las zapatillas. Es lo único que todavía me gusta hacer. Es una forma de aclararme las ideas y de soltar toda la rabia y el estrés que se haya acumulado en mi cuerpo.

Cierro la puerta y me quedo en el porche de nuestra pequeña casa de una planta para estirar las piernas y los brazos. El otoño está a punto de llegar, y la humedad ya ha empezado a disiparse, por lo que hace un día cálido pero tolerable de septiembre. Nuestro pueblo tiene unos cuantos carriles bici que para correr son ideales, pero yo prefiero quedarme cerca de las calles más concurridas. Siempre hay mucha gente y muchos coches yendo de un lado para otro; de otro modo no me siento realmente segura.

Comienzo a moverme y dejo que mis pies golpeen la acera al tiempo que asimilo las vistas y los sonidos para permitir que todos mis pensamientos queden en primer plano. Puedo estar moviendo los pies, pero sigo estando en el mismo sitio, intentando descubrir qué le deparará el futuro a Kate Alexander. Pienso en mi madre y en cómo

me tuvo cuando tenía más o menos mi edad. No podría imaginarme teniendo un hijo ahora mismo. Pienso en mi padre y en cómo habría sido. Mi madre dice que solo estuvo saliendo con él un par de meses y que era bastante descocado.

Pienso en todas las cosas que me han ocurrido en la vida, buenas y malas, pero al final siempre termino centrándome en las peores. No sé por qué sigo haciéndome esto. Dejo que todo vuelva a reproducirse en la mente una y otra vez hasta que mis piernas ya no dan más de sí. Quizás espere que si pienso en ello lo suficiente, ya no seré capaz de volver a pensar en ello a la larga. Sé que no va a ocurrir, pero eso no significa que tenga que dejar de desear que así sea.

Siempre hago el mismo recorrido, pero hoy, por alguna extraña razón, me encuentro corriendo por la calle del señor McNally. Sé que es la curiosidad la que está buscando ver a Asher o un trocito de su vida, pero no puedo aguantarme. Donde sea que haya un rompecabezas, ahí estoy yo intentando juntar todas las piezas. Allí donde haya un misterio, yo quiero resolverlo. Es la razón principal por la que quería estudiar Derecho.

Asher es un rompecabezas para mí. ¿Por qué está en Carrington? ¿Por qué me mira como si me conociera cuando nunca antes lo había visto? Quiero saberlo todo, y no tengo ni idea de por qué. No me ha importado mucho nada en dos años. Él es diferente a los otros chicos de Carrington. Tiene un aire confiado pero a la vez misterioso que hace que no pueda dejar de pensar en él. Tengo la sensación de que quiere conocerme, pero no de que me esté juzgando. No me está comparando con la persona que solía ser antes.

La casa de los McNally está en silencio, pero hay un viejo Mustang negro en el aparcamiento que nunca había estado ahí. Bajo el ritmo para poder mirar con más detenimiento antes de salir pitando a casa.

Apenas me encuentro a un par de manzanas de mi casa cuando empieza a llover. En cuestión de segundos los músculos se me tensan y empiezo a marearme. Las piernas me arden, pero lasuerzo todo lo que puedo para escapar del tiempo. Siempre que llueve todo me vuelve de golpe. Cada puñetero segundo de lo que me pasó esa noche se me viene a la cabeza. Puedo ver a Drew. Recuerdo el dolor intenso que provocó en mi interior, y el tacto rugoso de su barba incipiente en la cara.

La mandíbula y las manos me han empezado a hormigear para cuando por fin llego a la puerta y me apresuro a entrar. No me molesto en quitarme los zapatos. Me voy directa a mi habitación y pongo la radio lo suficientemente alta como para tapar el sonido de la lluvia al pegar contra mi ventana. Me tumbo en la cama y dejo que las lágrimas surquen mi rostro y empapen la almohada hasta que ya no puedo llorar más. No tiene que ser sano que una persona se pase más tiempo llorando que sonriendo.

Me quedo en mi habitación, escuchando música, durante lo que queda de día. Solo me levanto para ducharme y para coger un sándwich de la cocina. Los días de descanso en el trabajo me dan demasiado tiempo para pensar, así que curiosamente me encuentro con ganas de que llegue mañana.

Estoy terminando con la señora Carter cuando la puerta se abre y Asher entra. Dejo de limpiar la mesa, me enderezo y espero para ver cuál es su próximo movimiento. Lleva puestos unos pantalones cortos grises y una camiseta negra que apenas roza la cinturilla de los pantalones, y su pelo rubio está tan rebelde como el primer día que lo vi. Pero hoy no parece ni confiado ni triste; sino inseguro con las manos metidas en los bolsillos.

Empieza a caminar lentamente hacia mí con una leve sonrisa en los labios. No tengo ni idea de lo que va a hacer, y eso me excita y me asusta a la vez.

Se para a medio metro de mí.

—Pareces sorprendida de verme —dice con confianza.

No aguanto más el contacto visual. Me está haciendo sentir cosas locas que no he sentido en muchísimo tiempo.

—No. Pero sí que pensé que quizá te habías ido del pueblo. Se tarda solo un par de horas en ver todo lo que este lugar tiene que ofrecer.

Él se ríe y se inclina, de modo que puedo sentir su aliento en mi oreja.

—Ayer te vi corriendo cerca de mi casa —susurra. Al instante retrocedo de miedo. Odio cuando la gente se acerca tanto a mí. Las dos únicas personas a las que permito que me toquen son mi madre y Beau. Echo una mirada fugaz por toda la sala para asegurarme de que nadie nos ha visto, pero estamos solos en el comedor. Sus ojos siguen a los míos antes de encontrarse con ellos otra vez. No me puedo quitar de la cabeza su expresión divertida.

Respiro hondo para recuperar la compostura.

—Salgo a correr todos los días —contesto encogiéndome de hombros.

—¿Te gustó mi coche? Parecías estar admirándolo —dice y se muerde ligeramente el labio inferior. Me atrae, pero rápidamente vuelvo a centrarme en sus ojos.

—Nunca he visto un coche como ese de cerca. Es muy bonito —digo intentando contener el ardor que siento en las mejillas.

—Es un Mustang de 1967. Está totalmente restaurado. —Sonríe—. Me llevó dos años lograr que quedara así de bien.

Ambos estamos ahí parados, enzarzados en alguna especie de duelo raro e incómodo de miradas. Estoy esperando a que él diga algo porque yo no sé desenvolverme en estas cosas sociales. Él obviamente sí, así que intento pasarle la bola a él hasta que ya no pueda soportarlo más.

—Bueno... ¿vas a sentarte? —le pregunto, por fin, para romper ese silencio tan incómodo.

Él sonríe.

—Sí, llevo dos días sin beberme un batido.

—Abrimos todos los días, ¿sabes? —me burlo.

Asher aparta la mirada antes de hablar.

—Tenía que ocuparme de unas cuantas cosas. No se puede beber batidos todos los días. —Las palabras suenan frías, heladas, y quiero saber por qué, pero cambio de tema rápidamente.

—Bueno, siéntate y te prepararé uno —le digo mientras me encamino hacia la cocina. Yo no me vuelvo para mirarlo, pero sí que puedo sentir su mirada en mi espalda. Apoyo las manos en la encimera y cierro los ojos. Necesito calmarme y dejar en paz al muchacho. No estoy en condiciones de usarlo como mi proyecto personal, y estoy más que segura que él tampoco está preparado para lidiar con todo mi bagaje.

Me tomo mi tiempo preparando el batido antes de salir otra vez al comedor. Está sentado en uno de los reservados con ambos brazos apoyados sobre el respaldo del sillón y los ojos fijos en los coches que pasan por la calle.

—Aquí tienes. ¿Quieres algo para comer?

Él me mira antes de echarse hacia adelante para remover el batido con la pajita.

—Solo una ración de patatas fritas, por favor.

Asiento y vuelvo rápidamente a la cocina. Su personalidad parece bipolar... ¡me está volviendo loca!

No nos decimos nada cuando le llevo las patatas, pero me doy cuenta de que las moja en el batido y ese gesto me hace sonreír. No hay mejor combinación que lo salado junto a lo dulce; lo sé, porque yo hago lo mismo.

Cuando ha terminado, le traigo la cuenta y se la dejo en la mesa sin pronunciar palabra. Pero al girarme para volver a la cocina, siento una mano grande agarrarme del antebrazo.

Debe de haberse percatado de mi pánico instantáneo porque me suelta rápidamente.

—Tengo una pregunta que quiero hacerte antes de irme. ¿Me enseñarías el pueblo algún día? Soy nuevo y no tengo ni idea de qué se puede hacer por aquí.

Pongo los ojos en blanco.

—Estás de coña, ¿no? Literalmente empiezas en un punto, conduces unas diez manzanas o por ahí, y llegas al final. No hay nada que hacer.

Mi voz suena más mordaz de lo que pretendía, pero sé cómo van estas cosas. Si se piensa que me va a convencer para que salga con él, se va a llevar una enorme sorpresa.

Apoya la espalda sobre el respaldo del silloncito con una sonrisa en la cara.

—¿Y qué haces tú para divertirte?

Vacilo. Ahora es cuando admito que no tengo vida y no sé qué significa «divertirse».

—No lo hago. Trabajo, corro, y ya está.

—Bueno, entonces te reto a que vengas mañana al Carrington Days conmigo —dice y ladea la cabeza.

—No lo dices en serio —comento. No tiene pinta de ser del tipo de tío que lo pasaría bien en el festival de nuestra menudencia de pueblo.

Niega con la cabeza.

—Sí. Totalmente en serio.

La boca se me seca y lo único que quiero hacer es salir corriendo por la puerta sin mirar atrás.

—Yo no salgo con chicos —le espeto, y al instante me arrepiento de cómo ha sonado.

Él me regala una mejor vista de sus dientes blancos perfectos. Quizá le guste verme sufrir, o quizá le gusten los retos.

—No te estoy pidiendo salir. Te estoy retando a que seas... mi guía turística en el Carrington Days.

—¿Por qué me estás retando? —Me pregunto si así es como siempre consigue que las chicas hagan lo que quiere. Puede pensar que me conoce, pero todavía no se ha percatado de que no soy como las otras chicas.

—Tienes pinta de ser la clase de chica que no rechaza ningún reto —dice al tiempo que se saca la cartera del bolsillo trasero—. ¿Vas a venir o no?

—Trabajo mañana. —Tiene que dejarlo pasar. Hay un montón de chicas por ahí a las que les encantaría enseñarle el Carrington Days. ¿Por qué yo?

—Entonces, ¿te recojo a las tres? —pregunta y suelta el dinero sobre la cuenta. No me está mirando, pero yo no puedo quitarle los ojos de encima. Debe de ser el chico más engreído que haya conocido nunca.

—¿Cómo sabes a qué hora salgo? —¿Me ha estado siguiendo? ¿Ha estado preguntando por ahí sobre mí? Si ese es el caso, no quiero ni saber la de historias que le habrán contado.

Se pone de pie y yo tengo que echarme hacia atrás para recuperar el espacio personal.

—Sé un montón de cosas. Entonces, ¿a las tres? Hasta te compraré buñuelos.

Estoy demasiado atónita como para contestar. Nadie me ha hablado nunca así y no sé cómo sentirme al respecto. Casi ha llegado a la puerta cuando yo recupero la voz otra vez.

—Nos vemos allí a las tres. En la entrada del carnaval.

Asiente y sale por la puerta lleno de seguridad.

No sé qué acaba de pasar. Quería decirle que no, pero el corazón me ganó la batalla. Solo el tiempo dirá si es algo de lo que me arrepentiré más adelante o no.

Las horas de trabajo pasan demasiado rápido. Estamos hasta arriba porque gente de las comunidades de alrededor ha venido para el festival de verano de nuestro pueblo. Deseo para mis adentros que el jefe me pida que cubra un turno extra esta noche, pero no lo hace. Ni siquiera tengo el número de Asher para llamarlo y decirle que me ha surgido algo o que estoy enferma y que no puedo ir.

Por desgracia, parece que voy a tener que mantener mi palabra y encontrarme con él en la feria.

Durante todo el camino de vuelta a casa en coche, repaso mentalmente todas las posibles hipotéticas situaciones que se pueden dar esta tarde. Estoy saliendo de mi elemento al hacer esto hoy, pero si lo admito ante él, no creo que se sorprenda. Mi plan es ir con pies de plomo, y si algo sale mal, volver a casa. Estoy intentando no hacer esto más difícil de lo que ya es. Es un sitio público; habrá muchísima gente alrededor.

¿Quién sabe? A lo mejor hasta me lo paso un poquito bien, y por lo menos, voy a comer gratis en la feria.

Entro de un salto en la ducha, porque solo tengo treinta minutos para prepararme. Me decanto por unos vaqueros ajustados oscuros y una camiseta de tirantes anchos verde que tengo en el armario pero que nunca me he puesto. No tengo tiempo de secarme el pelo, así que me echo espuma y dejo que mis ondas naturales sean las protagonistas. No soy mucho de maquillarme, pero me echo crema hidratante, un poco de rímel y una ligera capa de brillo de labios. No me importa mi aspecto la mayoría de los días, y no voy a cambiar eso para ponerme toda arreglada por un tío que apenas conozco.

Mis nervios no hacen acto de presencia hasta que estoy en el coche de camino al centro del pueblo. Tengo un nudo en el estómago mientras conduzco y busco un sitio donde aparcar. Entro en uno de los aparcamientos de la iglesia y por fin encuentro un hueco libre. Me tiembla la mano cuando la acerco a las llaves para parar el motor.

La idea de volver a casa se me pasa de nuevo por la cabeza, pero algo me dice que Asher iría a buscarme no mucho más tarde. No le sería difícil averiguar dónde vivo si es que no lo sabe ya. Quizás ese hecho debiera asustarme; algo en lo más profundo de mi ser me dice que él nunca me haría daño.

El Carrington Days es un gran festival con carricoches, entretenimiento y mucha comida frita. Más tarde darán un concierto gratis en el parque con un bar al aire libre. No he venido durante los dos últimos años, pero recuerdo cuando acudía de pequeña y me lo pasaba muy bien. Mi madre solía dejar que me montara en cinco atracciones,

y luego justo antes de volver a casa, compraba una bolsita de donuts Tom Thumb calientes. Solo con pensar en ellos se me hace la boca agua. Esa es la clase de recuerdo al que siempre quiero aferrarme.

Me siento como si me hubieran soltado un millón de mariposas dentro del estómago para cuando llego a la entrada. No veo a Asher por ninguna parte, de modo que busco un hueco libre en el banco y me siento a esperar. Quizá me haga un favor y no se presente.

Reconozco a muchas familias que pasan caminando. Si alguien se sorprende de verme aquí, nadie lo demuestra. Una niña pequeña se acerca a mí y me tiende una mano llena de nube de azúcar.

—No, gracias —digo con una sonrisa al tiempo que su madre viene detrás de ella y se disculpa. Me encantaría ser así de joven otra vez; las cosas eran mucho más simples.

—Así que puedes sonreír —dice una voz profunda y masculina a mi espalda. Miro por encima del hombro; Asher está ahí, sonriéndome. Parece cansado, pero esos pantalones cortos caquis y esa camiseta azul claro le sientan muy bien.

—Todo el mundo puede sonreír —respondo vacilante y levantándome para quedarme frente a él.

—Sí, pero no todo el mundo lo hace. —Cuando estoy a punto de decirle que los que no sonríen tienen una razón para no hacerlo, me doy cuenta de que es en lo único que no necesito que siga insistiendo.

—Bueno, ¿qué quieres ver primero? —pregunto y me muerdo el labio inferior, nerviosa.

Señala a atrás con su dedo pulgar.

—¿Quieres probar las atracciones?

—¿No somos ya un poco mayorcitos para eso? —pregunto y desplazo el peso de mi cuerpo a un pie. Entonces es cuando caigo en que no tengo ni la menor idea de cuántos años tiene. Nunca ha salido el tema, pero ¿cómo podría haber sido de otra manera si no he pasado más de diez minutos con él?

—Nunca se es demasiado mayor para divertirse —comenta alargando la mano hacia mí. Yo me cruzo de brazos para evitar su contacto y él se retrae y se pasa la mano por el pelo—. No es fácil llegar a conocerte, ¿verdad?

—¿Y tú qué edad tienes? —pregunto, encogiéndome de hombros.

—¿Respondiendo preguntas con preguntas? —señala negando con la cabeza. Puede que lo cabree lo bastante como para dar por terminada la velada—. Tengo veintitrés años. ¿Cuántos tienes tú?

—Diecinueve.

—¿Ves? No era tan difícil. Un dato por otro dato. Intentemos hacerlo una vez al día y puede que en una semana o dos, nos mostremos más cómodos el uno con el otro. Ahora vamos a montarnos en uno de esos carricoches —dice, de nuevo extendiendo la mano hacia la mía. Esta vez, dubitativa, dejo que me la agarre. Es

extraño al principio, pero tras unos cuantos segundos, me relajo y dejo que me guíe por la feria.

La mayoría de las atracciones es más para niños pequeños, pero Asher insiste en que nos montemos en la noria. Accedo y le digo que me montaré con él si después vamos a los puestos de comida. Puedo oler la canela de los donuts y eso está haciendo que el estómago me ruja.

Cuando estamos bien sentados en la cabina, Asher apoya el brazo detrás de mí. Para mi sorpresa, su contacto no me pone histérica. Hace las cosas con tanta sinceridad que provoca en mí que quiera conocerlo un poquito más. Pero no voy a confiar en él tan fácilmente... si no me ando con cuidado es posible que me meta en líos.

Cada vez que llegamos a la cima de la noria, puedo ver Carrington entero. Desde aquí puedo ver dónde ha ocurrido casi cada recuerdo que he tenido. Está mi colegio de primaria, el instituto, y también mi casa y el restaurante. Desde aquí arriba me siento por encima de todo, como si el mundo no pudiera tocarme. Pero solo va a durar unos tres minutos antes de que el viaje acabe y mis pies vuelvan a tocar el suelo.

Cuando la noria se para, Asher me acaricia el pelo. Cierro los ojos al instante e intento no apartarme.

—Tenías varios mechones mal puestos —susurra al tiempo que me da un golpecito en la punta de la nariz con un dedo.

—Gracias —le digo, y abro los ojos de nuevo.

—¿Qué quieres hacer ahora? —pregunta mientras nos bajamos de la cabina.

—Donuts —respondo agarrándolo de la mano y tirando de él hacia los puestos de comida. Su piel está un poco encallecida, pero advierto lo perfectamente bien que encaja su mano en la mía. Es cómoda.

Él se ríe antes de acelerar el paso para no quedarse atrás. Está resultando ser un buen día, y en realidad me alegro de haber venido. Beau es la única persona con la que normalmente me siento cómoda, pero es bueno saber que no he olvidado por completo cómo hacer amigos.

—¿Has vivido aquí toda tu vida? —pregunta Asher. Miro en su dirección y me fijo en cómo el rabillo de sus ojos se arruga bajo la luz del sol. Mi abuela siempre decía que las líneas de expresión eran un símbolo de sabiduría. Quizá sí que estaba en lo cierto.

—Desde que tenía cinco años —contesto mirando a los puestecillos conforme pasamos a su lado. Hay desde edredones hasta arreglos florales, pero nada me llama la atención.

—¿Viajas?

—No, nunca tuvimos dinero para hacerlo, aunque a veces vamos a la ciudad. ¿Y tú?

—Mi familia suele viajar dos veces al año. He estado en Europa, México, Costa

Rica y en más de la mitad de los cincuenta estados —dice apretándome la mano—. Aunque Carrington puede que sea de mis favoritos. Tiene ciertas cosas que otros lugares no pueden ofrecer.

El cuerpo entero se me pone rígido. Está yendo demasiado rápido; no estoy preparada todavía.

—Hay mucha paz aquí. Tiene algo que me hace sentir intocable —continúa. Dejo escapar el aire que he estado conteniendo en los pulmones y me relajo hasta disfrutar simplemente de su compañía.

—¿Qué te gusta hacer para divertirte? Me refiero a antes de que decidieras disfrutar de la paz que ofrece vivir en un pueblo.

—Hasta el año pasado, todo lo que hacía en mi vida era beber y pasármelo bien. Durante este año he estado intentando averiguar en qué dirección va realmente mi vida —dice, mirándome con una de las expresiones más tristes que he visto nunca. Quiero decirle que no tiene que fingir conmigo porque yo no voy a hacerlo con él.

—¿Y lo has averiguado ya? —pregunto.

Levanta la mano para frotarse la nuca.

—No, a veces no decidimos nuestro futuro. Digamos que estoy tomándome un respiro.

Sé exactamente a lo que se refiere. Una noche, un momento, una decisión puede cambiar el rumbo que tome nuestro futuro. Con esto sí que me identifico.

—¿Quieres hablar de ello?

Sacude la cabeza.

—No, divirtámonos hoy. Para eso hemos venido, ¿no? —pregunta y se para justo delante del puesto de donuts.

—Supongo —digo e intento reprimir una sonrisa.

La cola es larga, pero merece la pena la espera cuando por fin llegamos al mostrador y tenemos la bolsa calentita en las manos. Las palabras no pueden expresar siquiera lo riquísimos que saben estos donuts. No los he probado en dos años, así que hoy voy a saborear cada bocado.

Nada más empezar a comernos los donuts advierto a Morgan y a su cuadrilla viniendo hacia aquí. Suelto el donut en la bolsa y las observo en silencio. Asher debe de haberse percatado de mi repentino cambio de humor porque me mira a mí y luego a las chicas que se nos acercan.

Los ojos de Morgan se quedan pegados a mí, mientras que las otras dos chicas detrás de ella los tienen fijos en Asher.

—Hola, Kate, ¿quién es tu nuevo amigo?

Ya tengo ganas de echarle la pota encima de esas cuñas negras. No me ha prestado mucha atención durante estos dos últimos años, ¿y ahora quiere hacer como si fuéramos amigas para que le presente a Asher?

—Si quieres saberlo, ¿por qué no se lo preguntas a él directamente? —digo, sorprendida de estar plantándoles cara.

—Joder, Kate, no tienes por qué ser tan borde —dice Jenna a espaldas de Morgan. Puedo sentir cómo la cara me arde. Siento una mano en mi zona lumbar y levanto la mirada para ver a Asher de pie a mi lado.

—Espera, ¿esto es alguna especie de cita? —pregunta Morgan con los ojos como platos. Probablemente piense que Asher es demasiado guapo para mí.

—Mirad, ¿por qué no os marcháis? —sugiere Asher dando un paso hacia adelante. El tono de voz con el que lo ha dicho me asusta, pero no parece afectarles a ellas lo más mínimo.

Morgan da un paso adelante y se queda casi rozándole el pecho con las tetas.

—Cuando quieras pasártelo bien, que no será con Kate, vente con nosotras —ronronea. No sé qué le ha pasado, pero la chica que una vez fue mi amiga ha cambiado radicalmente.

—Como que no —dice Asher mientras me coge de la mano y tira de mí.

En cuanto nos alejamos de la multitud, le suelto la mano y siento las lágrimas acumularse en mis ojos. A lo mejor el destino no quiere que tenga ni un día normal por aquí.

Me giro y empiezo a caminar hasta mi coche. Ya he tenido suficiente por hoy; es simplemente otro recordatorio de por qué ya no me permito hacer estas cosas. Los recuerdos siempre regresan, y la gente que me conocía antes siempre me compara con la chica que solía ser. Ya no soy ella, y no estoy segura de si me gustaba siquiera cuando lo era. Era inocente y estúpida, y sus acciones son las que me han traído hasta aquí.

—Kate —escucho a mi espalda. No me giro. No ralentizo el paso. Solo sigo caminando—. Kate, vamos, no seas así.

Al final llega a mi altura, pero está que le falta el aire, doblándose para recuperar el aliento.

—¿A dónde vas?

—A casa —digo quitándole el seguro al coche.

—¿Por qué? —pregunta con los brazos levantados.

—Ya has visto lo que ha pasado. No deberías estar malgastando tu tiempo conmigo. Yo solo quiero irme a casa. —El labio me tiembla cuando alargo la mano hacia el tirador de la puerta y la abro.

—Huir no va a solucionar tus problemas, ¿sabes? —dice apoyándose contra el lateral de mi coche.

—No, pero sí que me va a alejar de ellos —contesto llorando mientras me acomodo en el asiento del conductor y cierro la puerta. Yo solo quiero irme a casa.

—¡Kate! —grita. Saco el coche del aparcamiento y espero a que retroceda.

Da un golpe en el capó con la mano lo bastante fuerte como para hacerme dar un bote, pero no lo suficiente como para abollarlo.

—Mierda —dice entre dientes. No sé si tenía intención de que lo escuchara, pero lo hago.

No he salido siquiera del aparcamiento cuando siento lágrimas cálidas caer por mis mejillas. Nunca tendría que haberme dejado convencer para venir.

Este ya no es mi sitio.

Ni yo ni mi madre trabajamos los domingos. No sé qué pensar de eso hoy. Necesito la distracción que el trabajo me proporciona, pero no quiero correr el riesgo de ver a Asher. Lo que ocurrió ayer no tuvo nada que ver con él; me di cuenta de eso anoche, mientras estaba tumbada en la cama. Fue por mis problemas, y ojalá pudiera dar marcha atrás y cambiar el modo en que lidié con la situación.

Mi pasado no tiene nada que ver con él. Mi vergüenza y mi culpa no tienen nada que ver con él. Pero todo repercute en cada aspecto de mi vida, y esa es la razón por la que no podemos ser amigos. No puedo dejar que nadie más salga herido por mi culpa. Todo el mundo debería mantenerse alejado de mí porque, al final, sé que los defraudaré.

Decido ir a correr antes de que se levante mi madre y me proponga salir a desayunar, o me haga pasar el día viendo pelis del canal Lifetime. En cuanto mis pies comienzan a pisar el pavimento, siento cómo parte de la tensión abandona mi cuerpo.

Veía a Asher como un nuevo comienzo, pero al final se enterará de cómo era antes. Creo que si pudiera mudarme a un lugar donde nadie me conociera, es posible que tuviera alguna oportunidad de ser feliz, pero no puedo hacerlo tampoco. Quedarse en casa me ofrece tranquilidad... pero también mucha agonía.

No sé decidir si quiero quedarme o huir, pero lo que sí sé es que tengo miedo de estar sola.

Todos construimos un sentido de la identidad cuando crecemos. Está condicionado por nuestra familia, nuestros amigos, donde crecemos, nuestros talentos, nuestras debilidades, nuestras victorias y nuestros errores. Con suerte, para cuando alcanzamos la madurez, ya sabemos quiénes somos.

Yo estuve casi a punto una vez; había estado casi a punto de averiguar quién soy, pero todo se fue al traste porque una noche alguien sintió que necesitaba arrebatarle el control.

De alguna forma necesito recuperarlo o no quedará nada de mí.

Cuando vuelvo a casa, me doy una larga ducha caliente antes de que mi madre me secuestre para la maratón de pelis. Por suerte para mí, está cansada de trabajar toda la semana y no tiene muchas ganas de hablar. A veces deseo que tuviéramos una relación distinta para así poder contárselo todo. Con frecuencia me imagino cómo le contaría lo de Drew, pero nunca termina igual. ¿Se sentiría avergonzada de mí? ¿Me diría lo estúpida que fui por entrar en la casa esa noche? No consigo llegar hasta ese punto sabiendo que hay una posibilidad de que se sienta decepcionada conmigo. Todavía la necesito.

Son las ocho de la tarde pasadas cuando llaman a la puerta. Mi madre lleva

dormida en el sofá al menos una hora. Corro hasta mi habitación y cojo una sudadera de cremallera para ocultar mi pijama veraniego de algodón antes de ir a mirar por la mirilla quién está en la puerta.

Es Asher. ¿Qué está haciendo aquí?

Abro la puerta poco a poco lo justo para que me vea.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —pregunta nervioso mientras se echa contra la valla.

Me llevo el dedo índice a los labios, miro a mi madre para asegurarme de que todavía sigue dormida y entonces salgo fuera.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No hicimos lo del dato por otro dato hoy —dice, frotándose la nuca.

—¿Qué? —pregunto, perpleja. Ha venido hasta aquí solo para decirme algo suyo.

—Mi dato de hoy: Quise venir aquí en cuanto te fuiste ayer. Quiero conocerte. Quiero saber qué es lo que te hizo llorar, pero más que eso, quiero saber qué hacer para que seas feliz otra vez —dice con voz suave.

Estoy atónita. ¿Por qué se interesa tanto? No me conoce, pero tiene la mira puesta en comprenderme. Quizá nos parezcamos más de lo que pensé.

—¿Qué te importa? —susurro.

Niega con la cabeza.

—No lo sé. Pero no puedo dejar de pensar en ti. —Siento como un nudo comienza a formarse en mi garganta.

—Asher, hay un montón de chicas en este pueblo que estarían felices de dejar que las conozcas. No pierdas el tiempo conmigo —digo mirándome las manos para evitar ser testigo de su reacción.

Pone un dedo bajo mi barbilla y me levanta la cara.

—Yo solo quiero conocerte a ti. —El corazón me late tan rápido que él probablemente pueda verlo a través de mi sudadera.

—No me va todo eso de salir y las citas —digo intentando recuperar el aliento.

—Solo quiero ser tu amigo.

—¿Por qué yo?

—¿Por qué tú no? —pregunta y me acaricia la barbilla con el dedo pulgar.

—No es fácil para mí —susurro intentando apartar la mirada de la suya, pero el dedo que todavía tiene bajo mi mentón no me deja.

—¿Qué tienes que perder?

No tiene ni idea de lo mucho que una persona puede perder al confiar en alguien, ni idea. Pero no puedo acallar la voz de mi cabeza que me dice que le dé una oportunidad a Asher... Me lo pasé bien ayer antes de que mi pasado nos cayera encima.

Asiento, vacilante.

—Vale.

—Bueno, entonces, amiga, mañana te recojo después del trabajo y hacemos algo

divertido.

—¿El qué? —pregunto, nerviosa.

—Es una sorpresa —dice antes de empezar a bajar los escalones.

Lo observo caminar por la acera sin decir ni mu. Cuando llega a su coche, me doy cuenta de que yo no le di mi dato.

—¡Espera! —grito.

Él se para frente a su coche y yo me muevo hacia él porque no quiero que el barrio entero me escuche. Tiene las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros mientras se repasa el labio inferior con la lengua. Por primera vez siento que hay tensión entre nosotros, pero no una mala tensión. Es como una fuerte atracción que no sé explicar muy bien.

—No te dije mi dato —digo parándome frente a él.

—Ah, sí. ¿Cuál es? —pregunta con una sonrisa.

Respiro hondo.

—He necesitado mucho un amigo últimamente. —El mero hecho de admitirlo ha sido un gran paso para mí. Odio cuando la gente ve mi debilidad.

Me coge el rostro con las manos y me acaricia los pómulos con los pulgares. Cierro los ojos y siento el cariño que reside en Asher Hunt. Tengo mariposas revoloteando en el estómago que no he sentido en muchísimo tiempo.

Cuando se separa, simplemente me suelta y retrocede unos cuantos pasos antes de ir hasta el lado del conductor.

—Hasta mañana.

Vuelvo al camino de piedra de la entrada y digo adiós con la mano mientras él se aleja del bordillo. No me puedo creer que haya dejado que me ocurra... eso.

Me desperté esta mañana sintiéndome... distinta. Estoy esperando algo con ganas, y eso es nuevo para mí. Asher me sorprendió cuando se pasó anoche por mi casa, pero me alegro de que lo hiciera. Me saca sentimientos que no he sentido en mucho tiempo. Por primera vez en dos años, realmente quiero ver y sentir lo que es vivir de verdad.

Cuando volví anoche a casa, tenía otras dos llamas perdidas de Beau. El sábado cuando llamó no le atendí porque acababa de llegar del carnaval y sabía que si escuchaba mi voz en ese momento, vendría derecho a casa.

Y anoche tampoco le cogí el teléfono cuando llamó. No sé por qué. Me siento culpable porque parece como si pudiera estar reemplazando su ausencia por la presencia de Asher y no estoy preparada para explicárselo.

El trabajo ha sido lento hoy, pero por fin voy de camino a casa para prepararme para la sorpresa de Asher. No tengo ni idea de qué ponerme porque no sé qué es lo que vamos a hacer. Seleccione un vestido azul largo y le añado un cinturón marrón ancho por encima para adornarlo más. No me dijo a qué hora estaría aquí exactamente, así que rápidamente me hago un moño en lo alto de la cabeza y me pongo un poco de brillo de labios y de rímel.

Cuando el timbre suena, mi corazón empieza a acelerarse. Cuando abro la puerta, el muchacho que está delante de mí tiene el mismo aspecto que cualquier otro día con ese pelo rubio salvaje, pero perfectamente peinado. Lleva unos vaqueros desteñidos y un polo gris que se moldea muy bien a su cuerpo.

Y tampoco pierdo detalle del modo en que sus ojos recorren mi cuerpo.

—¿Estoy bien? —pregunto—. No sabía qué íbamos a hacer.

—Estás preciosa —observa, y yo aparto la mirada un instante. No suelo tomarme muy bien los cumplidos. Son indicativo de que alguien me está prestando atención y me ponen incómoda.

—¿Puedes decirme a dónde vamos? No es... ningún sitio privado, ¿no? Me gusta estar rodeada de gente —divago sin darle oportunidad de responder.

Me pasa el dorso de la mano por el brazo.

—Eh, cálmate. Si es importante para ti, te lo digo.

Asiento.

—Lo es.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? —pregunta ladeando la cabeza.

—No eres tú. Es que tengo esta cosa...

Coloca un dedo sobre mis labios.

—No pasa nada. No tienes que darme explicaciones. Vamos a Omaha a pasar el día.

—¿De verdad? —pregunto. Esperaba el cine o quizás ir a cenar, pero no me esperaba un viaje en coche.

—Sí, pensé que sería buena idea explorar un poco y ver qué hay fuera de este pueblo.

Ya somos dos, pienso para mí misma mientras me ayuda a subirme a su Mustang. El interior es agradable y limpio con asientos de piel impolutos. Solo vamos a estar los dos en el coche, pero confío en él. No ha hecho nada más que intentar ayudarme desde que lo conocí.

La conversación de camino a la ciudad es ligera. Me pregunta por qué alguien querría vivir en una granja, y yo le digo que a algunas personas les gusta la soledad, y todo desencadena una discusión sobre las diferencias entre la gente y los lugares tanto en Chicago como en Carrington. Yo nunca he estado en Chicago, pero me imagino que las cosas son un poco diferentes allí.

—¿Por qué te fuiste? —pregunto y me las ingenio para lanzarle una mirada fugaz.

Él vacila y se pasa la lengua por el labio inferior. Me he percatado de que lo hace muy a menudo.

—No estoy preparado para compartir ese dato todavía.

—¿Qué dato vas a compartir conmigo hoy? —pregunto.

—A ver... Dejé la universidad un semestre antes de graduarme en Ingeniería —dice, y me sorprende.

—¿Por qué lo hiciste? —indago. Ingeniería no es fácil, así que poner tanto esfuerzo en ello solo para dejarlo después sería trágico.

Suspira.

—Tampoco estoy preparado para compartir esa otra cosa.

—Vale —le digo girando la cabeza para mirar por la ventana. Puedo ver los edificios más altos que conforman el centro de la ciudad y caigo en la cuenta de que debemos estar acercándonos.

—Es tu turno —me contesta y vuelve a llamar mi atención.

—Bueno, mi plan original para este año era ir a la universidad y empezar Derecho —comento con la mirada fija al frente.

Siento que sus ojos miran momentáneamente en mi dirección, pero no me muevo para encontrarme con ellos.

—¿Por qué no fuiste entonces?

—Ese es un dato que no estoy preparada para compartir hoy —contesto, casi imitándolo. Las comisuras de su boca se enarcan y no puedo evitar dejar que las mías hagan lo propio. Puede que haya encontrado a mi media naranja con esto.

Me pregunta si he ido al zoo y le digo que no. Llevo viviendo a una hora de distancia de uno de los mejores zoológicos del país desde hace catorce años y no he ido ni una sola vez. Me dice que él tampoco ha ido nunca, así que ahí es donde nuestra

aventura da comienzo. Me encuentro relajada mientras caminamos de exposición en exposición. Nadie aquí sabe quién soy, que es lo mejor de todo.

De vez en cuando, Asher coloca una mano en la zona lumbar de mi espalda o me toca el hombro para llamar mi atención. Al principio me hace sentir un poco incómoda, pero cuanto más lo hace, más me empiezo a relajar.

Cometo un enorme error cuando accedo a ir con él al jardín de los reptiles. Debería haber sabido que se traía algo entre manos.

—¿Has tenido alguna vez una serpiente en las manos? —pregunta enarcando una ceja.

—No, y tampoco quiero —replico arrugando la nariz.

—Pues hoy sí —me dice y me agarra la mano.

—Ni de coña vas a conseguir que mi mano se acerque a la piel de una serpiente, y mucho menos cogerla.

Él se para y se gira para quedármeme de cara.

—¿De qué tienes tanto miedo?

—Nadie ha dicho nada de tener miedo —contraataco, y doy un pasito atrás.

—Ya lo decía yo —sonríe y me arrastra hacia adelante otra vez. La mano que me tiene agarrada me suda cuando paramos frente al vigilante que está toqueteando a una serpiente para entretener a unos pocos críos que se han amontonado a su alrededor.

Asher se acerca al hombre y le dice algo que no logro escuchar debido a los gritos de los niños. El vigilante mira por encima del hombro de Asher y me sonríe antes de hacerme señas para que me acerque. Juro por Dios que voy a matarlo con mis propias manos cuando nos vayamos de aquí.

Al principio no me muevo, pero todo el mundo me está mirando, así que siento que no tengo más opción. El estómago me da un vuelco cuando doy un paso adelante. Miro por encima del hombro cuando paso al lado de Asher y él me guiña un ojo. Pongo los míos en blanco y miro con respeto al reptil sin patas que tiene el vigilante alrededor del cuello.

—Hola, me llamo Mike. Ese joven de allí me ha dicho que querías coger una serpiente, y esta de aquí es una buena para empezar.

Me quedo paralizada en el sitio; no me puedo creer que siga adelante con esto.

—Ahora, si extiendes las manos, te la colocaré y empezaremos. Estaré justo aquí por si necesitas algo.

El miedo me está agujereando el cuerpo.

—Eh, si de verdad no quieres hacerlo, no tienes por qué —dice Asher en voz baja a mi espalda.

Miro a las caras emocionadas de los niños y niego con la cabeza.

—No, voy a hacerlo.

Extiendo las manos y espero a que Mike me coloque la serpiente en los brazos. El corazón me late a toda pastilla a la vez que intento controlar mi cuerpo para no asustar a la serpiente. Trago saliva exageradamente cuando siento la escamosa piel en

las palmas de mis manos.

—Ahora, cuando te acostumbres a ella, dímelo e intento hacer algo distinto — dice Mike mirándome atentamente.

Asher me acaricia la parte superior del brazo cuando empiezo a temblar para calmarme. En cuanto me tranquilizo, Mike me pasa la serpiente por los hombros.

—Agárrala por cada lado. No te hará daño.

Inhalo y exhalo por la nariz en un intento de calmar los nervios.

—Lo estás haciendo genial —susurra Asher. Observo a la serpiente culebrear en mis manos y tras un par de minutos de calma, empiezo a relajarme. No me he obligado a hacer algo como esto en bastante tiempo, pero superar el miedo sienta fenomenal.

Mike seguidamente agarra la serpiente con cuidado para quitármela de los hombros y me estrecha la mano.

—Lo has hecho muy bien. No te olvides de lavarte las manos.

Sonríe.

—Gracias —contesto y lanzo una última mirada a mi nuevo amigo reptil.

Asher coloca la mano en la parte inferior de mi espalda y me guía a través de la multitud. En cuanto salimos otra vez fuera, le rodeo el cuello con los brazos.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta, y me rodea la cintura con sus brazos.

—Por ayudarme a enfrentarme a mis miedos. —Me separo, pero me lo quedo mirando a esos brillantes ojos sonrientes.

—Ese era el objetivo, pero algo me dice que todavía nos quedan unos cuantos miedos más de los que ocuparnos.

—Te va a costar más que una serpiente que logre superar los otros —le digo, y aparto la mirada.

—Lo sé, pero voy a intentarlo. —Entrelaza los dedos con los míos y me lleva hasta la siguiente exposición de animales. A veces pienso que sabe exactamente qué llevo dentro, pero sé que la paranoia me tiene bien cogida. Aunque él me asuste, despierta algo en mi interior.

Después del zoo, vamos en coche hasta el centro de la ciudad para cenar en una pizzería pequeña. Ha pasado mucho tiempo desde que comí algo distinto a lo que ponen en el restaurante, a sándwiches y a la cocina ocasional de mi madre. Ahora mismo, cualquier cosa diferente sería un manjar.

Pedimos una pizza a los cuatro quesos y dos refrescos antes de encaminarnos hacia un reservado que hay junto a la ventana. Además de las cositas diarias que conozco de su vida, todavía sé muy poco de Asher.

—¿Tienes hermanos? —pregunto.

—Tengo una hermanastra. Vive con mi madre y mi padrastro en Chicago —dice y coge una servilleta entre los dedos.

—¿La echas de menos?

Sus ojos buscan los míos de golpe.

—Cada día.

—Yo no tengo hermanos, así que no tengo ni idea de lo que se siente. La mayoría de mis antiguos amigos no soportaba a sus hermanos y hermanas, así que casi que me alegraba no tenerlos.

—Mi hermana tiene diez años menos que yo, de modo que no tenemos mucho por lo que pelearnos.

—Cierto. ¿La podrás ver pronto? —Chicago no está tan lejos.

—Oye, ¿podemos hablar de algo distinto un rato? —pregunta sonando ligeramente irritado. Asiento, pero ojalá dejara de darme evasivas con su pasado, pero eso solo significaría que yo también tendría que dejar de darle evasivas con el mío, y no estoy preparada para hacerlo.

La camarera termina con el momento incómodo al poner la pizza sobre la mesa. Nos comemos nuestro primer trozo en silencio, estableciendo contacto visual de forma ocasional. Por regla general me gusta la tranquilidad, pero con Asher necesito más. Es como si cuanto más hablara con él, mejor me sintiera por dentro. ¿Cómo se ha enterado ya este tío de tantas cosas sobre mí? Pensé que era tan transparente como el metal, pero él ve a través de mí.

—¿Has ido alguna vez a pescar? —pregunta, rompiendo el silencio.

—Mi abuelo solía llevarme, pero no lo he hecho desde que murió. Creo que tenía diez años la última vez —digo, tirando de un poco de queso de mi segundo trozo de pizza.

—Mi padre tiene un pequeño muelle en el lago. Ven mañana conmigo —implora mirándome a los ojos verdes con los suyos gris azulados.

El lago está bastante solitario en esta época del año, pero vacilo.

—No sé.

—¿Trabajas mañana? —pregunta echando el brazo derecho por encima del respaldo del silloncito. Obtengo una mejor vista de su tatuaje porque la manga se le sube y deja a la vista una fecha terminada en 2011, hace dos años. Advierte la dirección en la que están mirando mis ojos y baja el brazo hacia su costado. Esa debe de ser otra cosa de la que no está preparado para hablar.

—Sí, trabajo otra vez hasta las dos —respondo.

—Te recogeré a las dos y media, entonces —dice, poniéndose de pie y alargando el brazo para cogerme la mano—. Vamos, te llevaré a casa. —No discuto con él. Creo que si puedo soportar un viajecito en coche fuera del pueblo, seguramente también pueda aguantar pasarme dos horas pescando con él.

El trayecto de vuelta hasta Carrington transcurre en silencio, y no pasa mucho tiempo antes de que sucumba al sueño y me quede dormida con la cabeza apoyada contra la ventana. Cuando Asher me despierta moviéndome la rodilla, ya estamos en mi casa y puedo ver la luz del salón brillar a través de las cortinas. Mamá debe de haber vuelto temprano esta noche.

Me restriego los ojos y extendo el brazo para abrir la puerta, pero Asher me agarra por el antebrazo y me detiene.

—Espera, Kate. Solo quería decirte que de verdad me lo he pasado muy bien contigo. Sé que no soy el chico más fácil de conocer, pero me gusta pasar el tiempo a tu lado.

Me giro hacia él y observo cómo su mirada vuela hasta mis labios y luego sube hasta mis ojos otra vez. He visto esa mirada antes y me asusta lo que no está escrito.

—Tengo que irme —digo, volviendo a girarme para abrir la puerta.

Cuando consigo llegar hasta la mitad de los escalones, me giro y lo veo fuera de su coche con el brazo apoyado sobre el vehículo. Hasta con la farola como única fuente de luz, puedo ver sus cejas enarcadas. Es la misma mirada preocupada que le vi el primer día en el restaurante.

—Te veo mañana —lo tranquilizo al tiempo que continúo acercándome a casa. En cuanto entro, me apoyo contra la puerta y cierro los ojos.

—¿Dónde estabas, Kate? Estaba muy preocupada por ti. Tu coche seguía aquí y normalmente no sales de noche —dice mi madre; su voz es una mezcla de enfado y preocupación. No estoy de humor para discutir con ella.

—Estaba con un nuevo amigo.

—¿Es el chico del restaurante? Ya oíste lo que dijo Diana —comenta con las manos en las caderas.

—Solo somos amigos —replico mientras empiezo a caminar hacia mi habitación. Mi madre no gasta mucho tiempo en comportarse como una madre, pero cuando lo hace suele elegir los momentos equivocados. Lloré desconsoladamente durante días cuando volví de casa de Drew aquella noche, pero ella no cuestionó mi «enfermedad» ni una vez. Me duché cinco o seis veces ese fin de semana, y ella pensó que solo lo hacía para reducir la fiebre que no tenía. He sido una parte de mi antiguo yo durante casi dos años, pero ella apenas lo nota. O bien no me conocía tan bien antes, o no pasa suficiente tiempo conmigo ahora.

O quizás es que no he cambiado tanto como pensaba.

—¿Qué sabes de él? —pregunta, siguiéndome de cerca.

—Que es encantador y divertido. Además, creo que ya soy lo bastante mayorcita como para elegir mis propios amigos —le suelto, abriendo la puerta de mi cuarto y cerrándola a mi espalda.

Ella pega en la puerta un par de veces, pero no me muevo para abrirla. Sabe que es mejor no entrar cuando tengo la puerta cerrada. Es mi espacio, el único lugar donde puedo revelar mis emociones sin que nadie las vea.

Por fin, cesa en su empeño.

—Solo quiero que tengas cuidado.

Me cambio la ropa por un pantalón corto de pijama y una camiseta antes de tumbarme en la cama y quedarme mirando a mi punto favorito del techo. Hay una mancha de humedad, y si me la quedo mirando durante el tiempo suficiente, parece

una flor en floración. Me he quedado tumbada aquí con frecuencia pensando en lo similares que son los humanos a las flores. Empezamos como semillas antes de empezar a crecer, y en nuestra cúspide, florecemos. He vivido la mayor parte de mi niñez en floración, todo era precioso y tenía una actitud positiva. Las cosas no han sido perfectas en mi vida, pero para mí era lo normal. Era inocente y Drew se aprovechó de eso para bloquearme el sol hasta que empezara a marchitarme. Me he pasado horas —días incluso— intentando averiguar qué es lo que le devuelve la vida a una flor.

Todavía no estoy segura.

Cuanto más días pasan, menos esperanza tengo. He tenido pocos y breves momentos donde los rayos del sol me han alumbrado; la graduación, todo el tiempo que he pasado con Beau y el viaje con Asher, pero el sol siempre vuelve a desaparecer. La oscuridad es demasiado poderosa.

Cuando Asher para el coche frente a mi casa diez minutos antes para llevarme a pescar, no estoy lista. Me pita un par de veces antes de que abra la puerta principal y saque la mano para hacerle saber que necesito cinco minutos más.

Él sale de su camioneta y se apresura a llegar hasta mi puerta, lo que hace que mi corazón se dispare.

—¿Puedo esperar dentro? —pregunta.

Mi mente empieza a pensar demasiado, y todas las vocecitas a las que les encanta hablarme están desenfrenadas en mi cabeza. No he estado sola en una casa con un tío, a excepción de Beau, desde que pasó todo. Si algo pasara ahora, mi madre no volvería a casa hasta dentro de ocho o nueve horas por lo menos y la mayoría de mis vecinos está en sus respectivos trabajos. Nadie me oiría si algo me pasara.

Pero sé que Asher es diferente, así que abro la puerta del todo y retrocedo para dejarlo pasar. Respiro hondo para calmarme y cierro antes de girarme para quedarme de cara a él. Siento el estómago como si me acabara de bajar de una montaña rusa, pero voy a superarlo. Es cuestión de ir dando pasitos pequeños.

—Tengo que acabar unas cosas. El mando de la tele está en el sofá por si quieres ver algo.

Sonríe.

—He llegado un poco temprano. Tómate tu tiempo.

Respiro hondo varias veces mientras me dirijo hacia mi habitación para quitarme el pijama. Ha estado nublado y con viento todo el día, así que me decanto por unos pitillos negros y un jersey gris largo que me cae por un hombro. Miro mi reflejo en el espejo y veo que mis ojos no están tan apagados ni tan hinchados como de costumbre. Resulta que he pasado menos noches con la mente merodeando por el pasado y más pensando en Asher. Hace que espere con ganas mis días venideros, y siempre me presiona para que pruebe cosas nuevas.

Me recojo el pelo para evitar que el viento me lo ponga en la cara y luego me cepillo rápidamente los dientes antes de bajar al salón con Asher. Parece cansado y agotado hoy. Si lo hubiera dejado solo unos pocos minutos más, probablemente se hubiera quedado frito.

—¿Listo? —pregunto, asustándolo.

Apaga la tele antes de levantarse y de caminar hacia mí. La respiración empieza a acelerárseme al tiempo que él se va acercando a mí con esa mirada tan intensa y apasionada en los ojos. En cuanto está al alcance, me coge de la mano, me guía a través de la puerta y me lleva hasta el coche. Apenas puedo seguirle el paso de lo

rápido que va. Abre la puerta del copiloto y espera a que suba antes de agacharse en el césped para que nuestros ojos queden a la misma altura.

—Tienes que entender que yo nunca te haría daño. Cada vez que estamos solos o me acerco demasiado a ti, se te ve muy asustada, y no soporto que me mires así, Kate.

No espera a que responda, se pone en pie y cierra la puerta. Me deja sin palabras. Creo que mucha gente malinterpreta mi miedo por tristeza. No soy una chica feliz, pero lo único que me retiene más que cualquier otra cosa en el mundo es la sensación de que algo o alguien está al acecho, esperando para hacerme daño. Me siento así todos los días, y es agotador. No me puedo creer la facilidad que tiene Asher para ver a través de mí. Se ha enterado de más cosas mías en una sola semana, que cualquiera en años.

No se molesta en mirarme cuando sube al coche y lo arranca. Me relajo y me arrellano en el asiento mientras conduce por el pueblo hacia el lago. Se tarda tan solo diez minutos andando en llegar desde mi casa, pero Asher parece estar muy unido a su coche. Nos vendría bien en caso de que llueva.

Dios, por favor, no dejes que empiece a llover.

Cuando paramos en el suelo de gravilla, advierto que el muelle de Asher está en el lado opuesto de la playa que Beau y yo frecuentábamos de pequeños. Este lado está lleno de casas; algunas grandes, propiedades de gente de negocios de la zona bastante adinerada, y algunas más pequeñas usadas en su mayor parte para pescar. Resulta que el padre de Asher tiene una de las cabañitas de madera. Es bonita, pero creo que el muelle que hay detrás es más grande que la casa entera.

Asher apaga el motor del coche y se gira para quedármeme de cara.

—¿Lista?

—Sí —contesto y sonrío.

Resulta que pescar es más relajante de lo que nunca pensé que pudiera ser. En vez de estar nerviosa porque solo estábamos los dos, me sentía cómoda, y creo que nos sorprende a ambos cuando me río ante el intento de Asher para que coloque mi propio gusano en el anzuelo. El sol puede que no haya salido hoy, pero siento un calor en el alma que me hace ser capaz de olvidarlo todo.

Se está tranquilo aquí. De vez en cuando escuchamos pájaros volar o el viento susurrar a través del alto césped, pero todo lo demás está en silencio. Si se viene durante el verano, el lago está abarrotado de barcos, pero hoy solo vemos un pequeño barquito de pesca a lo lejos.

Mi boya se hunde y yo grito como una colegiala. No recuerdo la última vez que estuve así de emocionada por algo. Empiezo a enrollar el carrete, pero debe de haberse quedado enganchado en algo porque la caña se me dobla, pero el sedal no se mueve.

Asher se coloca a mi espalda y me envuelve los brazos con los suyos para agarrar la caña a cada lado de mis manos. Respiro hondo unas cuantas veces para aflojar el nudo que se me ha formado en el pecho.

—Con calma. Vamos a moverlo un poco a la izquierda y lo intentamos de nuevo —susurra, su boca no está muy lejos de mi oído. Guía mis manos a la izquierda hasta que podemos enrollar el sedal. Cuando el anzuelo por fin sale del agua, todo lo que tiene son algas.

—Bueno, pues supongo que no tengo el primer pez del día —bromeo riéndome por segunda vez hoy.

—Supongo que no —se ríe. Deja una mano en la caña y me rodea la cintura con la otra para que mi espalda esté pegada contra su pecho. Cierro los ojos y me permito disfrutar de la calidez de su cuerpo contra el mío. Sus dedos me acarician el costado, gesto que hace que me revoloteen mariposas en el estómago.

—Eso implica que todavía puedo conseguirlo yo —dice, pegando la nariz a mi pelo. Me siento segura entre sus brazos, y por un segundo me imagino pasando más tiempo entre ellos, pero rápidamente descarto el pensamiento. Solo somos amigos, no puedo ser nada más con nadie ahora mismo.

Me sorprende dándome un beso en la coronilla antes de soltarme. Siento frío, ojalá tuviera el coraje suficiente para pedirle que me abrace otra vez. Asher sigue dándome recuerdos duraderos que me hacen ser plenamente consciente del corazón que todavía late en mi interior. No he tenido estos sentimientos en mucho tiempo, y no estoy del todo segura de cómo lidiar con ellos.

—Creo que ya es hora de que te diga mi dato de hoy. —Hago una pausa y miro al muelle—. Llevo dos años sin reírme tanto.

Él deja de trabajar en su anzuelo y parece reflexionar sobre lo que he dicho. Probablemente se esté preguntando qué pasó hace dos años, pero no me presiona. Él sabe lo que es tener que guardarse cosas dentro.

—Me alegro —dice y devuelve la atención al anzuelo. Saca el último trozo del alga resbaladiza antes de poner otro gusano en el anzuelo y de volverlo a lanzar al agua por mí.

—¿Cuál es el tuyo? —pregunto, girándome hacia él. Mete la caña en el portacañas al final del muelle junto a la suya y me mira como si algo lo estuviera desgarrando por dentro. Traga con fuerza, mira al cielo y luego de nuevo a mí. Quiero acurrucarme en sus brazos y hacer desaparecer esa inseguridad, pero no puedo solucionar problemas de los que no sé nada.

Tiene las cejas enarcadas cuando se acerca a mí y lleva una mano a mi rostro. No podría apartar la mirada ahora mismo ni aunque quisiera. Sus ojos me cautivan y atraen cada vez que los miro. Justo cuando su mano está a punto de tocarme la cara, la retrae hasta su costado. Sus ojos se mueven hasta mis labios antes de volver a encontrarse con los míos.

—Me muero por besarte... pero no quiero asustarte —susurra.

Retrocedo para hacer que haya más espacio entre nosotros de modo que pueda recuperar el aliento. Él cierra los ojos con fuerza y se gira para mirar el agua. La piel me hormiguea y el estómago se me vuelve a llenar de mariposas. Si me hubiera dado

un millón de intentos para adivinar qué es lo que me iba a decir hoy, nunca habría adivinado esto.

Quiero decir algo, pero todas mis ideas están borrosas. Empieza a enrollar nuestros sedales y a guardar las cosas en su bolsa de pesca antes de cerrarla. Me siento fatal, pero todavía no puedo hablar. Parece dolido, pero no sorprendido. Yo soy la que está sorprendida.

Se gira y mira a todos lados menos a mí con esos ojos severos.

—Deberíamos irnos. Se está poniendo negro al oeste. Creo que se acerca una tormenta —dice antes de pasar a mi lado para poner las cañas en el cobertizo. Se me cae el alma a los pies. ¿Habría dejado que me besara?

Camino hasta el coche y lo espero con la cabeza apoyada contra la ventana del lado del copiloto. Le lanzo una mirada cuando oigo que su puerta se abre, pero él no mira en mi dirección. Arranca el coche y no pierde tiempo llevándolo marcha atrás. Tiene los dientes apretados y se está agarrando al volante como si fuera su salvavidas. Quiero disculparme, pero no tengo ni idea de por dónde empezar, así que me centro de nuevo en la ventana y observo cómo las casas van pasando hasta que me espabilo y reconozco las de mi propia calle.

Pensé que me sentiría aliviada cuando me dejara en casa, pero me siento como una mierda porque todavía no le he dirigido ni una palabra. Si no le hablo ahora, todo se irá al traste.

Se para frente a mi casa y apaga el motor, pero no dice nada. Me desabrocho el cinturón, pongo la mano en el tirador de la puerta y me paro un segundo antes de abrirla.

—No te tengo miedo —susurro antes de abrir la puerta. No miro atrás para ver su reacción, mi corazón no me lo permite. No me paro hasta que estoy dentro de casa con la espalda apoyada contra la puerta principal. Solo entonces me percató de que sí quería que Asher Hunt me besara.

He estado dando vueltas por mi habitación desde que Asher me dejó en casa. Todo en lo que puedo pensar es en cómo voy a arreglar las cosas. Las últimas pocas veces que hemos estado juntos siempre ha hecho planes conmigo para el día siguiente antes de dejar que me apartara de su vista, pero esta vez no ha sido así. Debería dejar que venga a mí cuando esté preparado, pero me preocupa que nunca lo esté.

Mi teléfono empieza a sonar; rápidamente me voy al vestidor y descuelgo sin molestarme en mirar quién es. Quiero volver a escuchar la voz de Asher.

—Hola —digo, todavía yendo de un lado a otro.

—Por fin coges el teléfono.

Beau.

Mierda. Mierda. Mierda.

No estaba preparada para explicarle nada esta noche.

—Buenas —digo llevándome la palma de la mano a la frente. He sido una estúpida por haberlo estado ignorando tanto tiempo. Todo lo que he conseguido es hacer que tengamos una conversación incluso más incómoda.

—Mira, Kate, no sé qué te pasa, pero cuando no respondes mis llamadas, me preocupo por ti. ¿Qué pasa? —pregunta. Beau nunca se anda con rodeos, y siempre espera la verdad por mi parte. Ojalá supiera lo mucho que me aleja el que esté siempre esperando algo de mí. Asher me presiona para que haga cosas que normalmente no haría, pero Beau me presiona emocionalmente. Quizá, de forma inconsciente, lo estoy apartando de mí para poder averiguar quién soy ahora.

—Lo siento. He tenido muchas cosas en la cabeza últimamente —contesto. Se me da bien eso de decir medias verdades.

—Voy a volver a casa este fin de semana —dice con una voz que destila frustración.

—No. Quiero que pases un mes divirtiéndote, y luego si quieres venir a verme un finde, puedes hacerlo. Quizás hasta yo pueda ir a visitarte. —La última parte no iba a ocurrir porque demasiada gente de mi pasado va a la misma universidad; gente que hizo de mi vida un infierno los dos últimos años porque ya no era «yo».

—Maldita sea, Kate, ¿por qué estás haciendo esto? ¿Y qué es esa tontería de si quiero ir a verte? —pregunta con una voz más enfadada.

—Has estado conmigo casi constantemente durante dos años, Beau. ¡Ya es hora de que vivas tu vida y dejes que yo me regodee en la mía! —grito, más que un poquito frustrada con él.

—Hablé con Morgan el otro día —dice de repente.

—¿Qué tiene ella que ver con esto? —pregunto apoyando la cabeza contra la ventana con un golpecito. Él sabe cómo me ha tratado Morgan, y me sorprende que le diera siquiera la hora.

—Me paró en el centro de estudiantes para decirme que te vio el fin de semana pasado en el Carrington Days. Dijo que te vio muy bien... con tu nuevo amigo —dice poniendo mucho más énfasis en la última palabra.

Cierro los ojos con fuerza, me doy la vuelta en la ventana y me deslizo hasta el suelo. No quería que se enterara de Asher de esta forma. No quiero que piense que es reemplazable porque no lo es.

—Oh, era Asher. Es nuevo en el pueblo y le estaba enseñando un poco todo —replico y apoyo la frente sobre las rodillas.

—¿Yo apenas conseguía sacarte de casa cuando estaba allí y ahora te vas al Carrington Days con un tío que ni conoces? —Ahora su voz está llena de frustración.

Me encojo en el sitio.

—Me retó.

Se queda callado durante unos segundos. Intento pensar en algo más aparte de mi pobre excusa, pero no puedo.

—¿Sabes qué? Estoy demasiado cansado como para lidiar hoy con esto. Mañana

te mando un mensaje. —No espera a que le conteste antes de colgar el teléfono.

Me siento como si alguien me hubiera taladrado el corazón. No sé por qué lo mantengo a distancia cuando es obvio que quiere estar aquí para mí, pero tampoco sé por qué me deja que lo haga. Él solo quiere lo mejor para mí, pero odio que siga sacrificando su propia felicidad para dármela a mí. No me lo merezco. Le envió un pequeño mensaje antes de prepararme para irme a la cama.

Lo siento.

Empecé el día con un mejor amigo y un muchacho simpático al que me ha gustado conocer. Y ahora estoy bastante segura de que mi mejor amigo no me habla, y que ese chico al que me gustaría conocer mejor probablemente ha perdido la fe en mí.

¿Por qué las cosas no pueden volver a ser como eran antes?

Hoy tengo el día libre y todo en lo que puedo pensar es en cómo voy a arreglar el lío que armé ayer. Beau no me respondió al mensaje, pero dentro de un día o dos, espero que se le pase el enfado y me vuelva a hablar.

Asher es otra historia. No sé si está acostumbrado a huir de las cosas como hago yo, o si les planta cara, pero tengo la sensación de que soy yo la que tiene cogida la sartén por el mango. Me toca mover ficha a mí y decidir qué hacer ahora.

Después del almuerzo, pruebo suerte y me acerco a su casa para hablar con él. Necesito hacerle saber que lo que dijo ayer no afecta a nuestra amistad, pero que no puedo ser nada más que eso en estos momentos.

Cuando llego a su calle, advierto que su Mustang no se encuentra aparcado delante, así que corro hasta el restaurante y tampoco está allí. El único otro lugar que se me ocurre donde puede estar es la casa del lago. Aligero el paso. Necesito hablar con él y sacarlo todo fuera antes de que pierda el coraje de hacerlo. Cuanto más corro, más tiempo me da para pensar exactamente en lo que voy a decir.

En cuanto me acerco a la zona residencial junto al lago, veo que su coche está en la puerta y el corazón me empieza a latir con más fuerza en el pecho. Estoy a minutos de distancia de intentar salvar una de las pocas cosas buenas que han entrado en mi vida.

Ralentizo hasta ir andando cuando me acerco más. Puedo oír movimiento que proviene de detrás de la casa, así que vuelvo a aligerar el paso porque estoy ansiosa por volverlo a ver. Escucho su voz pero mis pies se paran en seco cuando veo que no está solo. Está de cara a mí, pero sus ojos están fijos en una mujer de pelo rubio y largo que mide menos de treinta centímetros que él. En la mano tiene un mechón de ese pelo dorado y lo acaricia con los dedos. Lo peor es que... parece estar disfrutándolo.

No la está mirando como me mira a mí, pero en su expresión hay una alegría que no veo normalmente. No sé quién es la chica, pero me irrita ver que le está prestando atención.

No puedo mirarlos más. Doy unos cuantos pasos hacia atrás antes de girarme para salir corriendo.

—¡Kate, espera! —grita Asher.

Oigo sus pies golpear la gravilla y me paro sabiendo que no le va a costar mucho alcanzarme.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta. Lo puedo sentir cerca de mí, a la espalda.

Me giro para quedar de frente a él e intento pensar en algún plan alternativo para disculparme. Sus ojos me atraviesan, y la alegre expresión que tenía hace apenas dos minutos parece desesperada ahora. En este momento solo nos separa medio metro, pero puedo escuchar cada respiración que toma. Me recuerda a cómo me miró en el muelle antes de que me dijera que quería besarme.

—He venido a disculparme por cómo actué ayer —digo, echando un vistazo detrás de él; la rubia nos está mirando—. Pero veo que estás ocupado, así que os dejaré a los dos.

Me vuelvo para encaminarme de nuevo hacia la carretera, pero él me agarra del brazo y me atrae hasta su pecho.

—No te vayas —susurra.

Intento moverme hacia adelante, pero sus brazos me rodean con demasiada firmeza.

—¡Por favor, suéltame! —grito e intento liberar mi cuerpo de entre sus brazos. Estar confinada al instante me pone tensa.

Afloja su agarre, pero sigue abrazándome y manteniéndome cerca.

—Quédate.

Cierro los ojos con fuerza y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué? No quiero hacer de dama de compañía.

—¡Para! Becca solo ha venido a saludar —dice. Puedo sentir su cálido aliento contra mi cuello.

—Asher, me voy a ir. Llámame o algo —dice Becca rodeándonos y encaminándose a la casa de al lado. Él levanta una mano para despedirse pero no afloja su abrazo.

—Parecía... —digo más mordazmente de lo que tenía intención.

—¿Por qué te importa? —replica con los dientes apretados.

Esa es una pregunta para la que ahora mismo no tengo respuesta. No entiendo por qué verlo con otra me ha afectado tanto cuando la razón por la que he venido era para decirle que quería que siguiéramos siendo solamente amigos.

—¡No lo sé!

No lo soporto más. Las últimas veinticuatro horas de frustración y arrepentimiento me pasan factura y todo lo que puedo hacer es caer en sus brazos. Estos últimos días empecé a sentirme más como una persona con un corazón vivo, pero ahora todo se está desvaneciendo otra vez. Asher me gira para que mi torso se quede pegado al suyo y me abraza firmemente con sus fuertes brazos mientras dejo que todo salga. Normalmente me encierro en mí misma hasta estar bien a salvo dentro de mi cuarto antes de venirme abajo, pero por alguna razón soy capaz de dejar que Asher lo vea todo.

—¿Vas a hablar conmigo? —pregunta al tiempo que me acaricia la espalda con cuidado.

Sacudo la cabeza contra su pecho. Solo porque le deje verme así no significa que

esté preparada para dejarle conocer a los feos demonios que viven en mi interior. Me abraza contra su cuerpo hasta que estoy lo bastante calmada como para que el mío haya dejado de temblar.

Da un paso atrás, pero me agarra de los codos para mantenerme cerca.

—Creo que ahora sería un buen momento para darte mi dato del día. He estado con muchas chicas, pero tú eres, de lejos, la más complicada y frustrante. Aun así, por alguna razón no puedo dejar de pensar en ti.

—Yo no estoy contigo —digo negando con la cabeza.

Él traga saliva y por un breve instante aparta la mirada.

—Lo sé.

Por primera vez caigo en la cuenta. La razón por la que mi corazón se alteró cuando lo vi con el pelo de Becca entre los dedos, y la razón por la que estoy tan frustrada... es la razón por la que he venido aquí hoy. Quiero que sea mi pelo lo que acaricien sus dedos.

Y ahora que estoy mirándolo fijamente a los labios, también quiero sentirlos.

Estoy celosa.

—¿Qué es Becca para ti? —pregunto e intento con todas mis fuerzas ocultar la acidez en la voz.

Mira al cielo azul antes de volver a buscar mis ojos.

—Ha vivido en la casa de al lado desde que tengo memoria. Cuando era pequeño y visitaba a mi padre, solíamos pasárnoslo muy bien juntos. Es solo una vieja amiga.

—¿Te gusta?

Cierra los ojos con fuerza y sacude la cabeza.

—No como crees. Vino... y pensé que podría perderme en ella... para olvidarme de ti. No funcionó, en caso de que te lo estés preguntando.

—Parecías bastante contento cuando me acerqué a la casa —digo arrastrando los pies por la gravilla hasta que una capa de polvo se destapa.

—Solo intentaba pasármelo bien —dice y levanta una mano para colocarme un mechón de pelo tras la oreja. Aparta el dedo lentamente, acariciándome la parte posterior de la oreja en el proceso. Cierro los ojos de forma instintiva y siento un cálido hormigueo que me recorre todo el cuerpo. Es increíble lo que un pequeño roce puede hacer.

Cuando los abro, veo la diferencia en el modo en que me mira a mí y en cómo lo vi mirando a Becca. Estaba siendo juguetón con ella, pero cuando lo miro a esos apasionados ojos azules, veo deseo, necesidad y dolor. Me está dejando ver cosas que no les muestra a los demás. Quiero ayudarlo con lo que sea que esté ocultando. Creo que quizás hasta podamos ayudarnos el uno al otro.

Me relamo los labios y advierto que sus ojos de inmediato se fijan en ellos.

—Creo que me toca darte mi dato del día —digo con suavidad, y vuelvo a atraer sus ojos hasta los míos.

—¿Y cuál es?

Me detengo y cojo aire profundamente.

—Quiero que me beses.

La mano que todavía agarra mi codo se tensa y sus ojos miran fijamente a los míos. Está manteniendo un debate interno consigo mismo; lo estoy viendo... sintiendo.

—¿Estás segura? —pregunta por fin.

Asiento.

—Como nunca.

—Si te beso, no habrá vuelta atrás —dice, tragando con dificultad.

No había pensado más allá del beso, pero ahora mismo haría cualquier cosa por sentir sus labios sobre los míos. Asiento.

Me suelta el brazo, salva la distancia que existe entre nuestros cuerpos y coloca las manos en cada una de mis mejillas. Cuando siento su cálido aliento contra mis labios, sé que está a punto de llegar. Y cuando por fin sucede, cierro los ojos y me permito sentir su piel sobre la mía y cada emoción que fluye por mi cabeza.

Sus labios son suaves y dulces; al principio apenas rozan los míos, pero después se vuelven más primitivos cuando me succiona el labio inferior. Y cuando me agarro a su camisa con ahínco, me pasa la lengua por ellos para convencerme de que los abra. Me dejo llevar y consiento que su lengua se enrede con la mía. En toda mi vida solo me han besado dos chicos, si no contamos al que me lo arrebató todo cuando le supliqué que no lo hiciera.

Algunos besos son solo besos, pero el de Asher es de los mejores. Es como estar en el cielo... y no quiero soltarlo nunca. Siento que he estado viviendo los últimos dos años para llegar a este momento... para que alguien me salvara. Es un nuevo comienzo para mí.

Ralentiza sus movimientos antes de separarse y de terminar con un suave roce más contra mis labios. Quiero agarrarlo y atraerlo bien cerquita de mí otra vez, pero me he quedado paralizada en el sitio.

—Ha sido... jodidamente dulce —dice y apoya la frente contra la mía.

Sonrío y balanceo mi cuerpo de un lado a otro. Está siendo modesto. El beso ha sido... de otro mundo.

—Asher, ¿me ayudas con la compra? —oigo gritar a una voz profunda y masculina a mi espalda.

—Mierda —murmura Asher, separándose de mí. Al instante echo de menos su contacto—. Sí, papá. Voy en un segundo. —Vuelve a mirarme con una sonrisa dibujada en la cara. Sé lo que está pensando porque yo estoy pensando lo mismo. Tenemos que repetirlo. Pronto—. Vengo enseguida.

El sol brilla con fuerza en el cielo y se refleja en el agua azul oscura. Hago de visera con las manos para poder disfrutar mejor de la vista. Esta semana ha sido una locura, pero aprecio mucho más todo lo que me rodea mientras cientos de pensamientos me inundan la cabeza. Sé que quiero explorar esto con él y ver a dónde

me lleva. Hay algo en cómo me mira que me dice que estoy a salvo con él. No creo que pudiera hacerme daño nunca de forma intencionada, pero todavía sigo yendo con pies de plomo.

Cuando han pasado varios minutos, camino hasta la fachada principal de la casa para ver si necesitan mi ayuda. Hay una vieja camioneta Ford roja aparcada junto al coche de Asher, pero no veo a nadie fuera. Camino hasta la puerta con tela metálica, pero me detengo cuando escucho a Asher gritar.

—¡No tengo por qué contárselo!

—¿Qué vas a hacer? ¿Engañarla hasta que ya no puedas evitarlo? —grita su padre.

—¡No es así! —chilla Asher.

Tengo una mala sensación en el estómago. No debería estar escuchando su conversación a escondidas, pero no puedo aguantarme, no cuando creo que están diciendo algo que me ayudaría a resolver el enigma que es Asher.

—Solo vas a terminar haciéndole daño. ¿Es eso lo que quieres?

—Es mi puta vida. ¡Déjame que la viva! —grita Asher.

Oigo lo que parece una silla deslizándose por el duro suelo y me aparto de la puerta. ¿Hablaban de mí? ¿O de Becca? ¿Y qué quiere decir con lo de engañarla hasta que ya no pudiera evitarlo?

No estoy segura de qué hacer, pero ya no me siento bienvenida. Estoy a punto de girarme sobre mis talones y salir corriendo a casa cuando la puerta se abre de golpe y sale Asher. Tiene la cara roja y tanta prisa que casi pasa por mi lado sin advertir mi presencia. Estoy acostumbrada a lidiar con el Beau cabreado, pero nunca he visto a Asher así.

—Te llevaré a casa —me dice desde atrás. Le ha cambiado tanto el humor que hasta casi da miedo.

Lo sigo hasta el Mustang, pero me detengo justo enfrente en vez de llegar hasta el lado del pasajero.

—Iba a volver corriendo. No te preocupes.

—Sube al coche —ordena y abre la puerta del conductor para quedarse entre ella y el coche. Su voz se ha vuelto tan fría como el invierno en Iowa, pero no dejo que me afecte. Está teniendo una lucha interna con lo que sea que su padre piensa que tiene que decirme. Me muero por saber qué es, pero no voy a presionarlo.

Doy unos cuantos pasos en su dirección con la mano extendida.

—Dame las llaves.

—¿Por qué? —inquire, cruzándose de brazos.

—Porque no parece que estés en condiciones de conducir ahora mismo —contesto acercándome unos cuantos pasos más.

Él se ríe.

—¿Y piensas que te voy a dejar conducir mi coche? —En realidad eso no se me había pasado por la cabeza. El plan era convencerlo para dar un paseo por el lago,

pero ahora que lo ha mencionado...

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunto parándome justo delante de él.

—Nunca dejes que nadie conduzca mi coche —contesta. Es como si me retara a que volviera a preguntarle. A estas alturas ya debería saber cómo reacciono ante los retos.

Ladeo la cabeza y me muerdo el labio inferior sin perder detalle de cómo se enarcan sus labios.

—Solo es kilómetro y medio. ¿Qué daño podría hacerle?

Su sonrisa se desvanece y abre la boca como si quisiera decir algo.

Cierra la puerta y suelta las llaves en mi mano cuando pasa junto a mí. Les doy una vuelta con el dedo antes de abrir la puerta del conductor y de subirme al vehículo. Asher se acomoda en el asiento de al lado con el codo apoyado en el borde de la ventana y la cabeza sobre su puño cerrado.

Arranco el coche y bajo la mirada para comprobar si es un coche convencional. Odio conducir los de control manual. Nos obligaron a hacerlo un día en la autoescuela y pensé que me iba a morir... es bueno que en nuestro pueblo no haya muchas señales de Stop. Me siento como si midiera dos meros centímetros porque he convencido a Asher para que me deje conducir y ni siquiera sé cómo poner el coche en marcha.

—Esto... Asher, no sé cómo conducir con marchas. O sea, sí sé, pero en realidad no —confieso arrugando la nariz.

Él sacude la cabeza y dibuja una levísima sonrisa en sus labios.

—Bueno, tú querías conducir este trasto, así que parece que vas a tener una clase rápida de transmisión manual.

Mierda.

—Vale, pero si te rompo el coche, no será culpa mía. Advertido quedas —digo ajustando el espejo retrovisor.

—Primero, pon la marcha y pisa el embrague y el freno. No quites los pies hasta que te lo diga. Ahora ve quitando poco a poco el pie del freno y pisa el acelerador mientras vas apartando el otro pie del embrague. —Lo hago exactamente como me indica y, tras dos intentos, por fin nos movemos—. Ahora frena un poco en el jardín y gira hasta la carretera.

El kilómetro y medio me llevó más de quince minutos, pero mereció la pena. No recuerdo la última vez que me reí tanto, aunque a Asher no le hizo demasiada gracia que se me calara dieciocho veces. Cuando me indicó cómo apagar el motor y dejarlo aparcado, creo que ambos soltamos un suspiro de alivio.

—Gracias por hacerme dejar de pensar en mi padre —declara sin venir a cuento. Mis habilidades conductoras deben de haber servido.

—Me alegro de haberte podido ayudar por una vez.

—¿Mañana trabajas? —pregunta.

—Sí, de siete a dos, como siempre —respondo volviéndome para quedarme

frente a él.

—Quizá me pase a verte —dice pasándose la lengua por el labio inferior. Me vuelve loca cuando lo hace.

—Eso me gusta. —Sonrío y me giro para caminar hasta la puerta principal. Estoy lista para dejar este día en el pasado y ver qué me depara el mañana.

—Eh, Kate —grita Asher a mi espalda. Me detengo y vuelvo a mirarlo.

—¿Sí?

Las comisuras de sus labios están arqueadas; está mostrándome la sonrisa que he estado echando de menos desde que salió de la casa del lago tras hablar con su padre.

—Solo he pensado que deberías saber que tu beso ha sido el mejor primer beso que he tenido nunca.

Me hace un guiño antes de subirse al asiento del conductor y desaparecer por la calle, dejándome allí sola con la mano sobre mis labios. Para mí también ha sido mi mejor primer beso.

A la mañana siguiente, el arrepentimiento me carcome por dentro. No porque besara a Asher, sino por lo que pasó o no pasó después. Debería haberle preguntado por las cosas que dijo su padre. Debería haberle preguntado qué era lo que le molestaba en el camino de vuelta a mi casa, pero no lo hice. Quizá simplemente me asustaba la verdad, pero ahora aquí estoy, tumbada en la cama y preguntándome cuál es la verdad y qué se le pasó a Asher por la cabeza después. Me está volviendo loca.

He dejado entrar en mi vida a un muchacho misterioso y aparentemente complicado, pero intentar descifrarlo está haciendo que deje de pensar en todos mis propios problemas. Quiero preguntarle por todo lo que le molesta, pero... ¿y si espera lo mismo por mi parte? ¿Y si no puedo lidiar con sus demonios?

Cuando era niña, me moría de ganas de crecer, pero ahora sé que no es tan bonito como lo pintan.

Llevo estancada en los diecisiete durante dos años. Mi vida no terminó esa noche en el sentido literal... Todavía respiro, pero es como si el tiempo estuviera en una pausa continua. No me sentía espectacular antes, pero ahora es que no me siento ni normal. No sé qué hacer a partir de aquí. No es que quiera vivir con mi madre y trabajar en el restaurante para siempre... pero no preveo mucho futuro para mí.

Todo lo que creía saber sobre la vida ha resultado ser erróneo. No puedo confiar en la gente solo porque conozca su nombre. Tengo que aprender a valerme por mí misma para poder superar los obstáculos que la vida me imponga.

¿Cómo? Todavía estoy intentando averiguarlo. A veces es más fácil vivir en la miseria que salir a rastras de ella. Cuando estoy con Asher, quiero intentarlo. Me agarra de la mano un poquito más fuerte cada día, cuando hago cosas que no me he permitido hacer en muchísimo tiempo. Me da un poco de la fuerza que no tenía antes, y me hace atisbar cómo podría ser mi vida si aprendo a dejar salir parte de la ira y la culpa que siento. Me debo a mí misma intentarlo al menos.

Cuando por fin salgo de la cama, solo faltan veinte minutos para que empiece mi turno en el trabajo. Me ducho en un santiamén y decido dejar que el pelo se me seque al aire. Salgo por la puerta con una camiseta roja de Bonnie's y unos vaqueros desteñidos a cinco minutos de empezar el turno. El aire está empezando a refrescar con cada día que pasa; no falta mucho para que cambie las camisetas por jerséis y un abrigo.

Me ducho sin dejar que el agua me escalde la piel y conduzco hasta el restaurante sin entrar en pánico. Va a ser una ardua batalla, pero sé que llegará el día en que pueda concentrarme más en las cosas positivas que en las negativas.

Cuando entro por la puerta trasera del restaurante, saludo a los cocineros y me gano unas miradas llenas de curiosidad por parte de ambos. Por norma general no hablo mucho con nadie, aparte de con mi madre o Diana; encerrarme en mí misma hace que mi vida sea más fácil, aunque no más feliz.

—¿Qué bicho te ha picado esta mañana? —inquire mi madre apareciendo por la esquina.

—Solo estoy intentando mirar la vida desde una perspectiva distinta —respondo al tiempo que me ato el delantal a la espalda.

Me pone la mano en el brazo para detenerme.

—Mira, Kate, siento haberte gritado la otra noche. Es solo que no quiero que cometas los mismos errores que yo. —Su voz es suave y tranquilizadora. Quiero decirle que no pasa nada; probablemente haya cometido errores que ella no cometió pero, como siempre, no pronuncio palabra.

—Solo somos amigos. No tienes de qué preocuparte —digo y sonrío al acordarme de todos y cada uno de los segundos en los que sus labios tocaron ayer los míos. Es un momento que no olvidaré fácilmente.

—Bueno, has cambiado a mejor desde que lo conociste, así que debe de estar haciendo algo bien. —Sonríe y se va.

Cuando la mañana llega a su fin, tengo los ojos pegados a la puerta, esperando a que entre Asher. Dijo que a lo mejor venía a verme, así que me he estado aferrando a la esperanza de que lo haga toda la mañana. El estómago se me encoge un poco más a cada minuto que pasa.

Cada vez que escucho el timbre de la puerta, giro la cabeza para ver si es él, pero nunca lo es.

Cuando termina mi turno, conduzco hasta casa con nada más que Asher en la cabeza; lo guapo que está cuando sonrío, su olor y cómo me hacer sentir cuando está cerca. Me muero de ganas de verlo otra vez, pero me temo que debe haber una razón por la que no se haya presentado hoy. Y si soy franca conmigo misma, le temo al rechazo.

Al entrar en la ducha para quitarme el olor a frito y a beicon del pelo, me acuerdo de todas las veces que Beau venía a casa cuando terminaba de trabajar. Se movería a propósito para acercarse todo lo posible a mí y me olería más de lo que yo nunca creí posible.

—Umm, hueles a beicon —diría.

Pensar en él me anima el corazón, pero también me trae tristeza. Lo he alejado de mí sin darle ninguna explicación y todo lo que he conseguido es hacerle daño. Puede que no sea capaz de explicárselo todo ahora mismo, pero tengo que dejar de alejarlo antes de que sea demasiado tarde y lo pierda para siempre. Ha sido una fuerza constante en mi vida y no me puedo permitir perderle. Ahora lo veo.

Mi primer instinto es acurrucarme en la cama y perder la tarde entera como haría normalmente, pero sé que no me ayudará. Volveré al mismo lugar al que siempre

vuelvo hasta quedarme dormida de tanto llorar. Por lo tanto, cojo un libro de mi escritorio y empiezo a leer. La lectura es algo que solía disfrutar cuando no tenía más preocupaciones en el mundo, pero no le he dedicado mucho tiempo en este último par de años. Nunca tendría que haberlo dejado porque es una buena vía de escape del mundo real... algo que he necesitado desesperadamente.

Voy a empezar el tercer capítulo cuando suena mi teléfono móvil y desvío la atención del libro. Oigo el trinar del tono de llamada, pero no lo localizo. Me fijo en que mis vaqueros medio sobresalen por debajo de la cama y los levanto para buscar en el bolsillo delantero. La pantalla muestra un número que no reconozco.

—¿Sí? —digo, vacilante y sentándome en el borde de la cama.

—Kate. —La agonía que escucho al otro lado del teléfono es suficiente para ponerme enferma.

—¿Asher?

—Sí, soy yo. Solo necesitaba escuchar tu voz.

—¿Cómo has conseguido mi número? —pregunto, dubitativa.

—Llamé al restaurante. Al principio no querían dármele, pero tengo mis métodos —dice, y suena como si estuviera sintiendo un dolor físico o emocional. Es duro oír a una persona así, pero cuando esa persona es alguien por el que estoy empezando a preocuparme, es incluso peor.

—¿Estás bien? —pregunto.

—No, no estoy bien —contesta—. Todo es una puta mierda. Y lo peor es que probablemente me lo tenga merecido.

—¿De qué estás hablando? ¿Dónde estás? —inquiero poniéndome de pie y empezando a dar vueltas por la habitación. No me gusta ese tono de voz que tiene; tengo que llegar hasta él.

—En Pete's —dice. Bien, está borracho o yéndosele la pinza. O quizás un poco de ambas cosas.

—En diez minutos estoy allí. No te muevas. —Pete's es el bar del pueblo, y donde mi madre trabaja por las noches. Solo he estado allí unas cuantas veces para llevarle algo que se le hubiera olvidado antes del trabajo, o para recoger mi cena de esa noche. No es un lugar para que una chica como yo vaya sin tener una buena razón para hacerlo.

—Kate, no. Solo... solo necesitaba oír tu voz —murmura.

—No discutas conmigo —digo y le cuelgo antes de que tenga tiempo de responderme. Ahora sé cómo se siente Beau cuando me cierro y no acepto la ayuda que me ofrece. Cuando te preocupas por alguien, querer ayudar a esa persona es algo instintivo, que sale pese a todo lo que haya que hacer para conseguirlo.

Me quito la sudadera, me enfundo un par de vaqueros ajustados y desteñidos, y seguidamente me pongo una camiseta negra larga por la cabeza antes de salir por la puerta. Me pregunto si esto tiene algo que ver con lo que ocurrió anoche entre él y su padre, o si ha ocurrido algo más hoy. No estoy convencida siquiera de que me lo vaya

a contar cuando llegue, pero si solo soy una fuente de calma para él, me parece bien.

Aparco en el aparcamiento de Pete's y me fijo en el trío de tíos que está justo fuera de la puerta, fumando. Cuando abro la puerta del coche, los oigo reírse y bromear; suenan tan bebidos como parecen, probablemente. Por norma general, ahora mismo me daría la vuelta y me marcharía lo más rápido que pudiera, pero Asher está ahí y me necesita.

Piso el suelo de gravilla y me concentro en el sonido que producen mis zapatillas al presionar los pequeños guijarros. Me ayuda a dejar de pensar en el desasosiego que se extiende como el fuego a través de mi cuerpo. Mantengo los ojos fijos en la puerta mientras voy contando los pasos que me acercan más y más. Solo diez pasos o por ahí, creo.

—Hola, preciosa, ¿por qué no te quedas aquí fuera con nosotros? —grita uno de los hombres dando un par de pasos inciertos hacia mí.

Mantengo la cabeza alta para evitar mirarlo y aligero el paso hasta tener la mano por fin en el picaporte. Tiro y cuando se abre dejo salir el aire de mis pulmones.

—Eh, ¿adónde vas? —lo escucho gritar cuando cierro la puerta a mi espalda. Nunca en mi vida pensé que pudiera sobrevivir a una situación como esa sin venirme abajo por completo, pero lo hago. Mis pensamientos sobre Asher son más fuertes que mis miedos.

Pete's está decorado a base de muebles de madera oscura, y las paredes están repletas de cabezas de animales disecados. Pero lo peor de todo es el abrumador olor a sudor y cerveza. Lo odio. Ese olor me trae tantos recuerdos que desearía poder olvidar, pero tengo que permanecer centrada.

Miro en derredor, buscándolo entre los reservados y las mesas de billar, pero no lo veo por ninguna parte. El estómago me da un vuelco. ¿Y si se ha ido antes de que llegara? En el teléfono parecía estar bastante borracho, y ni de coña está en condiciones para conducir él solito hasta su casa. Localizo a mi madre detrás de la barra; quizás ella sepa adónde se ha ido. Sus ojos se abren como platos cuando me ve.

—¿Qué estás haciendo aquí tan tarde? —pregunta secándose las manos en un trapo.

—Eh... en realidad estoy buscando a Asher. ¿Lo has visto?

Ella me observa con curiosidad.

—¿Quién?

—El chico con el que he estado hablando en el restaurante. ¿Lo has visto? —inquiero mientras muevo los dedos llena de nervios. Va a hacerme un millón de preguntas luego.

Levanta las cejas al tiempo que asiente en dirección al cuarto de baño.

—Entró allí hará unos diez minutos.

—¿Por qué no me has llamado? —Ella sabe que nos hemos hecho amigos, así que me cabrea que no me llamara para que viniera a ayudarlo. ¿No sabe que querría ayudarlo?

—No sabía que estuvierais tan unidos. Además, no te hace falta meterte en medio —dice, apoyando las palmas de las manos en la barra.

—Me necesita. —No espero a que conteste antes de encaminarme hacia el pasillito que se dirige a los baños.

Un tío barbudo con unos vaqueros desteñidos y una camiseta de coches sale todavía subiéndose la cremallera de los pantalones. Estoy más que asqueada, pero tengo que saber si Asher está dentro.

—¿Hay un muchacho rubio dentro? —pregunto tímidamente, pegándome a la pared.

Sus ojos deambulan por toda la extensión de mi cuerpo y sonrío.

—Sí, está echando las tripas por la boca. Alguien debería enseñarle a ese chico a beber.

—¿Hay alguien más? —Intenté mirar por encima de su hombro cuando había abierto la puerta, pero la pared divisoria bloqueaba mi visión.

Niega con la cabeza.

—Ahora mismo no.

—Gracias —digo al tiempo que lo aparto a un lado, ansiosa por ver a Asher.

En cuanto entro, puedo oír las arcadas seguidas por una tos. Camino hacia los dos retretes y me fijo en que huele mucho peor aquí que en el bar. No me imagino siquiera cuánto ha debido de beber para ponerse así de mal.

—Asher —digo abriendo la puerta del primer retrete. Está vacío. Oigo las arcadas otra vez justo cuando empujo la puerta del segundo. Ahí está, encaramado al váter con los codos apoyados a cada lado.

Se me encoge el estómago cuando me agacho detrás de él y, indecisa, muevo la mano para acariciarle la espalda con pequeños circulitos.

—¿Quieres agua? —pregunto en cuanto termina de dar arcadas.

—Te pedí que no vinieras —gruñe y apoya la frente sobre sus manos. Es tonto si piensa que lo iba a dejar aquí solo. Puede que pocas cosas me importen últimamente, pero no voy a dejar que se meta en líos, o peor aún, que conduzca estando borracho.

—No te voy a dejar aquí. ¿Puedes andar o necesitas un minuto? —pregunto, todavía masajeando su espalda.

—No eres responsable de mí —susurra. Respira con dificultad y puedo sentir su corazón latir contra su espalda.

—Sí, pero soy la única que está aquí para ti ahora mismo —digo intentando contener la frustración. La única razón por la que estoy aquí en este apestoso bar es para ayudarlo—. ¿Puedes levantarte? Creo que debería darte un poco el aire fresco.

—Por favor, espérame fuera. Saldré en un minuto. —Me mira con los ojos entrecerrados, pero yo solo puedo concentrarme en el tono pálido de su piel y en los goterones de sudor que le caen por la frente.

—No te voy a dejar aquí así. —Está loco si se piensa que voy a dejarlo con la cabeza sobre el váter.

—Joder, ¿no puedes darme algo de espacio? —gruñe, agarrándose el pelo con los dedos. Odio verlo así. Siempre parece muy fuerte, pero ahora mismo parece todo lo contrario, muy débil.

—Esperaré fuera del retrete, pero no me voy a ir —le advierto al tiempo que retrocedo. Me atraviesa con la mirada una vez más antes de apoyar los codos en la tapa del inodoro. Cierro la puerta a mi espalda para darle algo de privacidad. Todo se queda en silencio durante unos minutos mientras espero en el centro del baño procurando no tocar nada. Cuando por fin oigo que tira de la cadena, el alivio me invade. Estoy lista para sacarlo de este baño y de este bar.

La puerta del cuarto de baño se abre de repente, cosa que me hace dar un salto del susto. Uno de los tíos que estaba fuera entra, y los pelos se me ponen como escarpías. Aguanto la respiración y espero que simplemente pase a mi lado y me deje en paz.

—Eh, ¿por qué no me has dicho que me ibas a esperar aquí dentro? —sonríe.

El modo en que me está mirando me pone enferma. Me recuerda muchísimo a cómo me miraba Drew esa noche, con hambre en los ojos. Los oídos me empiezan a pitar y siento que el oxígeno poco a poco desaparece del aire.

Me está mirando fijamente con una asquerosa sonrisa en la cara al tiempo que mueve los pies un par de pasos. No oigo nada más que las furiosas voces de mi cabeza que me dicen que salga pitando de ahí. El único problema es que tengo los pies pegados al suelo; me pesan demasiado como para dar un solo paso hacia la puerta. Siento una mano firme en mi codo, que hace que vuelva a pegar un bote por segunda vez. Cuando echo una mirada por encima del hombro, veo a Asher de pie, pálido, sudado y preocupado, pero nunca he estado más contenta de ver a alguien en toda mi vida.

—¡Mantente alejado de ella, gilipollas! —clama Asher, dándole un empujón al tío en el pecho.

El tipo levanta las manos en el aire y retrocede, dándonos a Asher y a mí un espacio muy, muy necesitado. Sus ojos permanecen en Asher, cuyo pecho está moviéndose arriba y abajo. Si no lo conociera, también estaría asustada de él.

—Salgamos de aquí —dice apoyando una mano en la zona lumbar de mi espalda. No veo a donde voy. Sólo sigo caminando en la dirección que Asher me indica hasta que siento el aire fresco de otoño en la cara. Respiro hondo varias veces y el nudo que se me ha formado en los pulmones empieza a aflojarse y me permite respirar con normalidad otra vez. Se supone que he venido aquí por Asher, y mírame... estoy echa un desastre.

Alzo la mirada y veo que me está mirando con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —pregunta y me acaricia la mejilla con el revés de su dedo índice.

—No —admito en voz alta por primera vez. No estoy bien. No lo he estado en mucho tiempo.

Lleva la otra mano a mi otra mejilla y me sostiene la cabeza con las manos.

—¿Quieres hablarlo? —pregunta mirándome a los ojos a través de la oscuridad.

—Ahora mismo no —digo, apretando los ojos. No me presiona más cuando me acerca a su cuerpo y me abraza con fuerza.

Pasaron cuatro días hasta que volví a ver a Asher Hunt otra vez.

Intenté llamarlo una vez cuando no había oído noticias suyas ni lo había visto en el restaurante, pero la llamada se fue directa al buzón de voz. Me muero por verlo, pero quizás es hora de dejar que él venga a mí. Quizá simplemente necesite un poco de tiempo para solucionar lo que sea que le esté incordiando. Así que por cuatro largos y penosos días todo lo que hago es trabajar, correr e incluso avanzar en mi lectura. Estoy empezando a darme más y más cuenta de que cuanto más mantengo la mente ocupada con algo, menos pienso en todos esos recuerdos horribles que se han instalado permanentemente en mi cabeza.

Cuando abro la puerta principal para salir a dar mi carrera vespertina, me sorprendo al ver el coche de Asher aparcado en la calle, justo enfrente de mi casa. Está sentado sobre el capó vestido con unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga que abraza su pecho. Es difícil saber cuánto quieres que una persona esté en tu vida hasta que la pierdes.

—Hola —dice, poniéndose de pie con las manos en los bolsillos.

—Hola. —Camino con parsimonia hacia él, nerviosa por lo que pueda tener que decirme.

—¿Qué has hecho estos días? —pregunta, y deja que un lado de su boca se arquee hacia arriba. Tan solo una mirada hacia esos labios consigue que el pulso se me acelere.

—Sobre todo trabajar.

Me encojo de hombros y me paro frente a él.

Él alarga la mano hacia a mí, gesto que me pilla desprevenida. Sería fácil actuar resentida y echarlo de mi vida para siempre, pero ahora que estoy aquí, mirándolo, sé que no puedo.

Me hundo entre sus brazos y él me estrecha contra su cuerpo torneado y apoya su frente contra la mía.

—Te he echado de menos —susurra. El roce de su cálido aliento contra mi piel es suficiente para volverme loca. Odio que pueda afectarme con tanta facilidad.

—¿Dónde has estado? —lo interrogo, pasándome la punta de la lengua por el labio inferior para humedecerlo.

Niega con la cabeza y con su frente todavía en contacto con la mía.

—He estado intentando mantener un poco las distancias.

—¿Por qué? —Incluso el primer día que lo vi, ya me atraía. Sentí una conexión entre nosotros que me complicaba la tarea de permanecer separada de él aunque

supiera que era lo mejor.

—Porque voy a terminar haciéndote daño. Mira lo que ocurrió la otra noche en Pete's —dice.

—Pero tú no me hiciste daño —respondo, poniendo algo de espacio entre ambos.

—Podrías haber resultado herida por mi culpa. No ha ocurrido esta vez, pero... ¿y la siguiente? No podría vivir conmigo mismo si te pasara algo por mi culpa —dice, acercando mi rostro hacia él y acariciándome el labio inferior con su pulgar.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —pregunto.

—Te advertí que si me dejabas besarte, las cosas cambiarían entre nosotros. No puedo dejar de pensar en ti.

Me besa a lo largo del mentón, acercándose centímetro a centímetro a mis labios. No soy capaz siquiera de recordar ahora mismo si se supone que debo estar enfadada con él o no. O por qué habría de estarlo. No importa. El otro día quise que me besara, y ahora quiero que me bese.

Me estoy encariñando cada vez más con él. Si se va, o decide no aparecer otra vez durante días, no sé qué voy a hacer. Necesito a alguien alrededor con quien pueda contar y en quien pueda confiar. No volveré a ser una conveniencia para nadie. No quiero volver a sentirme usada jamás en la vida.

Él, o bien está conmigo, o no lo está.

No hay término medio.

Lo empujo por el pecho para romper el contacto entre sus labios y mi piel.

—No está bien que desaparezcas así durante días.

—Lo sé —dice tragando con dificultad.

Cuanto más lo miro, más me siento ceder a lo que siento en el corazón. La voz residente en mi cabeza me está diciendo que me proteja de lo que podría pasar si me enamoro de él y todo se va al garete. Pero la voz de mi corazón me está gritando que nunca lo deje escapar.

—Quiero hacer una excepción contigo, pero no sé si puedo. No seré capaz de soportarlo si esto acaba mal —digo taladrándolo con la mirada.

Él alza la suya hasta el cielo antes de volver a centrarse en mí.

—Quiero estar ahí para ti.

—¿Me lo prometes?

—No puedo hacer promesas, Kate. Quiero conocerte, y quiero estar ahí para ti, pero no creo que vaya a valerme ya lo de ser amigos. Quiero besarte cada vez que quiera. Quiero abrazarte. Quiero que me cuentes todos tus secretos y terminar contándote yo todos los míos. Te quiero en mi vida —dice y coloca su dedo índice bajo mi barbilla.

Se queda mirando fijamente mis labios durante unos pocos segundos antes de volver a desviar la mirada hasta la mía.

—¿Puedo besarte? He estado pensando en ello desde la primera vez que nos besamos, y, francamente, no sé qué voy a hacer si me dices que no.

Abro la boca e intento sacar las palabras que quiero pronunciar, pero no puedo. No sé qué responder a eso. Pero ahora mismo me está mirando como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida.

Creo que nuestra relación a partir de ahora solo puede ir a mejor.

Respiro hondo y asiento contra el dedo que todavía tiene pegado a mi barbilla. Él me mira con tantísimo fervor, casi como si fuera la única mujer sobre la faz de la Tierra. Cuando su rostro se va acercando al mío, yo cierro los ojos, preparada para deleitarme en todo lo que él pueda darme. Me sorprende al besarme suavemente en los párpados y luego mover sus labios hasta mi mejilla. Su lengua me lame la comisura de los labios y se queda ahí, jugueteando y saboreándome, durante un rato. Al tiempo sus manos bajan por la longitud de mi espalda, su lengua toca la unión de mis labios como suplicando poder entrar en contacto con la mía.

Poco a poco abro los ojos y lo veo mirarme con intensidad. Besar con los ojos abiertos es completamente distinto a besar en la oscuridad. Cuando lo miro, siento como si pudiera vislumbrar a través de él. Por una vez no estoy pensando en mí misma; solo me pregunto qué es lo que se le está pasando por la cabeza.

Cierro los ojos de nuevo y me permito sentir el calor que le transmite a mi cuerpo a la vez que enreda su lengua con la mía. Es el beso más largo que he compartido con nadie y puede que no esté lista nunca para que acabe.

Me acuna el rostro con las manos y ralentiza sus movimientos hasta separar sus labios de los míos. Levanto la vista para escrutarlo con curiosidad.

—¿Qué ibas a hacer ahora? —pregunta acariciándome los pómulos con sus pulgares.

—Iba a salir a correr.

Ladea la cabeza.

—Creo que eso puede esperar hasta más tarde. Además, estás demasiado delgada.

—Creí que a los tíos os gustábamos así —digo cruzándome de brazos. Sé que no me vendrían mal unos cuantos kilitos, pero nadie más se ha quejado.

—Bueno, no a este tío.

Abro la boca para decir algo, pero él se inclina y me besa antes de poder pronunciar palabra.

—Pasa el día conmigo —susurra contra mis labios.

—¿Quieres entrar y ver una película? —pregunto, separándome lo justo para mirarlo a los ojos.

Sonríe.

—Nada me apetecería más.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí plantados como pasmarotes? Entremos y elijamos una peli. —Me encamino hacia la casa y miro atrás para asegurarme de que me está siguiendo.

En cuanto entramos en la casa, le señalo el sofá y yo subo a mi cuarto para cambiarme de ropa.

—Estás en tu casa. Vuelvo en nada.

Me enfundo en unos vaqueros azul oscuro pegaditos y en un jersey térmico gris y me regalo un par de minutos extra para peinarme con los dedos y de ponerme un poco de rímel. No soy de esas chicas que se pasan horas arreglándose, pero a Asher no parece importarle.

Salgo de mi habitación y lo veo sentado en el sofá mirando la pantalla vacía de la tele. Cuando estoy lo bastante cerca de él, alarga la mano y tira de mí hasta dejarme sentada a su lado. Una vez acurrucada junto a él, me coge la mano y se la lleva a los labios.

—Hablé ayer con mi hermana.

Levanto la mirada y me percató de lo tenso que parece.

—¿Y cómo fue?

—Lloró. Me hizo sentir como una puta mierda —me confiesa.

—No entiendo por qué simplemente no vas a visitarla. Sería mejor para ambos.

Él desvía la mirada hacia mí por un breve instante antes de volver a fijar la atención en la pantalla.

—Ojalá fuera así de fácil.

—¿Por qué tiene que ser tan complicado? —cuestiono. Su voz siempre suena súper triste cuando habla de ella y no puedo evitar preguntarme qué es lo que puede pasar con su familia.

—A lo mejor voy, pronto —dice, ignorando mi pregunta.

—Si quieres que vaya contigo, puedo ir.

Me ofrezco y le aparto un mechón de pelo de la frente.

Me coge de la mano y entrelaza los dedos con los míos.

—Es algo que probablemente tenga que hacer solo.

—Asher, sabes que si alguna vez quieres o necesitas hablar de lo que sea, estoy aquí —susurro, centrándome en la evidente tristeza que destilan sus cristalinos ojos azules.

—Lo sé —dice y me acaricia la mejilla con el nudillo de un dedo—. Pero hay cosas que no pueden cambiar por mucho que hable de ellas.

Juro que este tío ha leído todas mis teorías sobre la vida. Es eso o bien es que somos dos personas con almas muy parecidas que por razones desconocidas han coincidido en el mismo lugar y a la misma hora.

—Sé perfectamente a qué te refieres. —Su rostro se eleva como si acabara de quitarse un gran peso de encima. Probablemente esperaba que lo presionara más, pero no puedo hacerle eso a él cuando sé que a mí no me ayuda.

—¿Quieres beber algo?

—Un vaso de agua.

—¿Seguro que no quieres una cerveza? —pregunto, intentando reprimir una sonrisa.

Él levanta las cejas y sacude la cabeza.

—No, creo que ya he bebido suficiente alcohol por una temporada.

—Yo nunca me he emborrachado —digo y me encojo de hombros.

—¿En serio? —cuestiona, levantando las cejas aún más.

—Sí, cuando estamos borrachos no tenemos control sobre lo que hacemos, o sobre lo que otros puedan intentar hacer. Me gusta tener el control.

—Entiendo lo que dices, pero nadie puede controlar por completo esas cosas ni estando sobrios —dice. Hay un deje de tristeza en su voz al tiempo que sus ojos se fijan de nuevo en la pantalla negra del televisor. Es la segunda vez esta noche que ha dicho algo que me hace reflexionar sobre cómo he estado viviendo mi vida estos dos últimos años. El pasado siempre está mucho más claro que el futuro.

—Por qué no eliges una peli del armario y yo voy a por las bebidas.

Apoyo las manos en la encimera de la cocina y respiro hondo unas cuantas veces para calmarme antes de abrir el frigorífico. Mi corazón se está enamorando tan rápido de él que no creo que el resto del cuerpo haya tenido tiempo de ponerse al día todavía.

Cuando vuelvo al salón, Asher está de rodillas frente al DVD pulsando el botón de expulsión con el pulgar.

—¿Cuál has elegido? —pregunto colocando los vasos en la mesita auxiliar.

—No logro que esta cosa se abra. O bien vemos lo que hay dentro, o hacemos otra cosa —dice al tiempo que se gira para mirarme.

—¿Qué peli hay dentro? —pregunto.

—*Magnolias de acero* —contesta arrugando la nariz. A mi madre le encanta esa película; juro que la ve por lo menos una vez en semana.

—Estás de coña, ¿no? —digo mordéndome la uña del dedo pulgar. Tenía muchas ganas de ver algo divertido.

Sopeso las opciones. Tengo una tele pequeñita y un DVD en mi habitación que compré cuando empecé a trabajar, pero no sé si estoy preparada para estar a solas con Asher en mi dormitorio.

Contemplo a Asher, que está esperando a que tome una decisión. Abro la boca para preguntarle si quiere verla en mi cuarto, pero no consigo que salgan las palabras. Solo pensarlo hace que se me forme un nudo enorme en el pecho. Va a saber que hay algo que no funciona bien en mí. Va a terminar dejándome porque no sé disfrutar de las cosas sencillas de la vida.

Unos brazos fuertes me envuelven y me atraen hasta su familiar aroma.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunta a la vez que me acaricia la espalda haciendo círculos.

Entierro la cara en su camiseta y me agarro a ella con firmeza.

—Todo pasa —digo con sinceridad.

—¿Quieres hablar de ello?

Niego con la cabeza pegada a su pecho. La presión de sus brazos afloja la arrolladora tensión que se me ha instalado en el pecho.

—No tienes por qué quedarte conmigo —murmuro tras unos momentos de silencio.

—Eh, mírame —dice y usa mis codos para apartarme de él. Yo fijo los ojos en el suelo y me quedo contemplando la punta de mis zapatillas negras. Lleva un dedo bajo mi barbilla para obligarme a levantar la mirada—. Sigue mirándome con esos ojazos verdes tuyos y escucha lo que voy a decir —ordena dando un paso hacia mí. No sé si sigo respirando siquiera, pero ha conseguido llevarse toda mi atención—. »No voy a ser el tío que se pira cuando las cosas se ponen feas. Has pasado por un infierno, lo veo en tu cara, pero quiero intentar hacer que todo vaya mejor, Kate. Te mereces ser feliz.

Ahora sí que siento cómo me late el corazón; tan rápido que lo noto en el cuello. No ha parpadeado ni una vez durante su mini discurso, y estoy bastante segura de que yo tampoco. Asher es como una grúa que me levanta de mis restos.

—No creo que puedas hacerlo —admito con sinceridad.

Me coge el rostro entre sus manos y se mueve de manera que su cara solo esté a unos pocos centímetros de la mía.

—Voy a intentarlo.

Sus labios acarician los míos tan ligeramente que creo que tan solo me lo he imaginado.

—En realidad estoy bastante cansada. ¿Te importa si damos por acabado el día e intentamos el plan de la peli en otro momento?

Asiente y aparta las manos de mi rostro.

—Te recojo a las tres mañana. Vamos de pesca.

—Vale —susurro. Recuerdo la última vez que fuimos y cómo casi me besa. Las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—¿Estás segura de que estarás bien aquí sola? —Sus ojos rebuscan en los míos para ver si encuentran algo escondido en sus profundidades.

—Estaré bien. —He fingido estarlo durante mucho tiempo; ahora eso no va a cambiar, seguramente.

Asiente y luego se inclina para depositar un beso en mi mejilla. Mientras se aleja, sus manos viajan en dirección sur por mi brazo hasta que solo la punta de nuestros dedos se tocan. Me mira una vez más antes de romper la conexión.

Lo echo de menos en el mismo instante en que la puerta se cierra.

Eh, cielo, ¿a dónde vas hoy? —me pregunta mi madre cogiendo una taza del armario. Le corresponde una tarde libre a la semana en Pete's, y hoy es su día de suerte.

—Asher vendrá ya mismo a por mí. Nos vamos de pesca —contesto al tiempo que me recojo el pelo en un moño suelto en lo alto de la cabeza.

—¿Estás yendo con cuidado?

—No tienes de qué preocuparte cuando estoy con él. Es un buen chico —digo y me cruzo de brazos.

Ella se precipita a mirarme.

—Beau también lo es.

Sus palabras son como una guantada bien dada en la cara. Beau es una de las personas más buenas que he conocido nunca, pero es más fácil para mí dejar que sea Asher el que cruce mis barreras. Asher intenta entenderme capa a capa, mientras que Beau va directo al centro. Además, Asher parece tener sus propios secretos, cosa que me ayuda a no sentirme tan culpable sobre los míos.

—No puedo explicarlo, pero estar con Asher me hace sentir diferente.

Ella mira al techo y sacude la cabeza.

—Y Beau es el chico que solía venir para quedarse contigo cada vez que estabas mala. Es el muchacho que te llevó a la graduación cuando no tenías a nadie más con quien ir. No le des la espalda porque nunca se sabe cuándo lo vas a volver a necesitar; cuándo te puede volver a necesitar, Kate. Los amigos así son raros de encontrar.

—Mamá... —Un golpe de nudillos en la puerta desvía nuestra atención hasta esta—. Mira, tengo que irme. Podemos volver a hablar de esto luego. —Cojo mi bolso y me dirijo hacia la puerta antes de que a mi madre le dé tiempo de hincarle el diente a Asher. Me encantaría que lo conociera para que pueda ver lo que yo he visto en él, pero no va a funcionar si solo ve a Beau en mi futuro.

—¿Tienes prisa? —pregunta Asher al ver que cierro la puerta de un portazo.

Bajo las escaleras sin mirar atrás, excepto una vez para asegurarme de que mi madre no nos sigue.

—Es que tengo muchas ganas de ir de pesca otra vez —digo abriendo la puerta del copiloto de su coche.

—¿Estás bien? —pregunta, enarcando una ceja.

—No me he sentido así de bien en mucho tiempo. —Me vuelvo y le sonrío al tiempo que él arranca el motor. Niega con la cabeza y me coge de la mano.

El camino hasta el lago es corto y silencioso. Estoy intentando centrar mis

emociones, y Asher seguramente esté intentando averiguar qué es lo que me está pasando por la cabeza. Ni siquiera sé si yo misma podría responderme. Mi madre me ha hecho sentir como una mierda por dejar entrar en mi vida a otra persona que no sea Beau. Quiero a Beau, pero es a Asher a quien necesito ahora mismo.

—¿Vas a salir del coche? —inquire Asher, interrumpiendo mis pensamientos.

Lo miro.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí sentada?

—Lo suficiente como para ver lo guapa que estás cuando piensas en las musarañas. —Sonríe.

Vuelvo la cara para que no vea el ligero rubor que ha aparecido en mis mejillas. Asher Hunt siempre me mantiene alerta.

—Vámonos a pescar antes de que empieces a leerme la mente.

Lo oigo reírse mientras salgo del coche y camino hacia el lago.

Cuando llegamos al lago, él señala a una barquita vieja que hay a un lado del muelle.

—Hoy vamos a ir en eso.

—¿De verdad vamos a pescar sobre una barca esta vez? —pregunto, escrutando la vieja barca destartada, que solo tiene dos asientos.

—Pues claro, mi padre dijo que podíamos usarla siempre y cuando volviéramos con ella de una sola pieza —responde al tiempo que coloca las cañas y su equipo de pesca en el interior de la barca.

Cuando miro la barca otra vez, no puedo evitar reírme. No creo que esté siquiera de una sola pieza ya que se encuentra atada al muelle. Asher sube primero y me tiende la mano para ayudarme a hacer lo propio. Vacilo por como se balancea la barca cuando pongo un pie dentro, pero Asher me toma de las caderas y me levanta hasta situarme de pie a su lado.

—No dejaré que te pase nada. —Me besa antes de volverse para desatar los nudos que mantienen amarrada la barca.

Me siento con cuidado en uno de los dos asientos y contemplo cómo los músculos se flexionan bajo su camiseta gris ajustada. Es una distracción más que bienvenida para no pensar en ese trozo de madera que vamos a sacar en medio del lago. Ha estado nublado y ventoso todo el día con temperaturas rondando los quince grados. Mi abuelo solía decir que este tiempo es perfecto para pescar, pero yo no termino de ver la perfección.

—¿Lista? —pregunta Asher limpiándose las manos en los vaqueros.

—Ehh... Sí.

Él sonrío ante mi reticencia y señala.

—Hay un chaleco salvavidas debajo de cada asiento, pero mi trabajo es asegurarme de que no lo necesites.

—¿Has sacado esta cosa tú solo antes? —pregunto, mordiéndome las uñas de los nervios.

—Kate, confía en mí —dice, lanzándome una mirada de advertencia.

—No eres tú en quien no confío... sino en la barca.

Niega con la cabeza y devuelve la atención a la cuerda que mantiene atada la barca al muelle. En el fondo sé que no me sacaría al lago si no pudiera devolverme a tierra firme intacta y de una sola pieza.

Da un pequeño empujoncito al muelle y se sienta en su sitio a la vez que agarra los dos remos que hay en un lateral. *¡Esta cosa ni siquiera tiene motor!*

—¿Quieres que te ayude a remar? —pregunto mientras lo veo mover los brazos adelante y atrás, alejándonos cada vez más de la orilla.

—Lo tengo controlado —me dice con una sonrisa y sin dejar de mirarme. La forma en que me mira me produce un aleteo constante en el estómago. Cuanto más tiempo paso con Asher, más me doy cuenta de que podría hacerme mucho daño si las cosas no terminan bien entre nosotros.

—Bueno, ¿quién es el que va a pescar más peces hoy?

—No sabía que estuviéramos en una competición —contesto, colocándome más mechones sueltos de mi pelo castaño cobrizo detrás de la oreja.

—Conmigo todo es una competición. Es la única forma que tengo de motivarme para hacer las cosas —dice, dedicándome una sonrisa torcida.

Me echo hacia adelante y apoyo los codos sobre mis rodillas para que mi cuerpo esté un poquito más cerca del suyo.

—¿Ah, sí? ¿Qué otras competiciones tenemos de las que no sé nada?

Deja de mover los brazos y suelta los remos en la barca. Miro en derredor y advierto que ya estamos en el centro del lago; la barca parece mucho más pequeña y muchísimo más vulnerable aquí fuera.

Él también se echa hacia delante y agarra mi barbilla entre sus dedos índice y pulgar.

—También vamos a ver quién roba más besos hoy —gruñe y acaricia mis labios con los suyos—. Yo ya voy ganando. Y no me gusta perder.

Tengo el corazón acelerado cuando se vuelve a echar hacia atrás y agarra los remos de nuevo. Su sonrisa arrogante y el modo en que se pasa la lengua por el labio inferior antes de aparcarla entre los dientes son suficientes para revolucionarme las hormonas. Él se ríe y sacude la cabeza. Este chaval sabe perfectamente lo que se hace.

—Atrapemos algunos peces. Creo que este es un buen sitio —dice y suelta un ancla de metal en el agua—. Mi padre dice que este es el mejor lugar, así que pongamos a prueba esa teoría y veamos si tiene razón.

Mis temores con respecto a la barca han empezado a esfumarse; parece que no pasa nada siempre y cuando no nos movamos mucho. Asher ni siquiera me pregunta si quiero poner el cebo en mi anzuelo esta vez. Simplemente lo hace y me tiende mi caña, cargada con la boyita y todo. Su mano roza la mía cuando agarro el mango y me envía un cosquilleo por el brazo. Él parece percibirlo porque una sonrisa llena de

hoyuelos enciende su rostro cuando alarga la mano para coger su propia caña.

—¿Quieres apostar? —pregunta sin venir a cuento.

—Depende de la clase de apuesta que quieras hacer, señor Hunt.

Sonrío. Tiene una forma especial de hacerme pensar solamente en él. En el fondo me gusta que se adueñe de esa parte de mí.

—Bueno, señorita Alexander, creo que la persona que coja más peces debería ganarse un pequeño premio.

—¿Y cuál es el premio? —inquiero contemplando el brillo que ilumina sus ojos azules.

—Lo que elija el ganador. —Se encoge de hombros. La sonrisa de mis labios decae cuando pienso en lo que probablemente quiera de mí si gana. No estoy preparada para nada más de lo que ya le he dado. No sé si alguna vez lo estaré.

—Eh, vuelve. ¿En qué piensas? —pregunta al tiempo que me acaricia la mejilla con el pulgar.

Busco su contacto e inspiro hondo para calmarme.

—Lo siento. A veces me pierdo entre pensamientos.

—Cuando propuse la apuesta, no lo hice por lo que sea que estés pensando —susurra y baja la mano de mi rostro.

—No...

—No todo el mundo va a por ti, Kate. No soy de los tíos que necesitan apuestas para conseguir algo así de una mujer —dice; sus ojos me atraviesan cual cuchillo.

Alzo la mirada hasta el cielo gris para apartarla de él.

—No conoces la historia entera. No lo entenderías ni aunque te la contara.

—Aunque no la entienda, sé escuchar —dice a la vez que se pasa la mano por la nuca.

—Entonces dime por qué estás realmente en Carrington, porque no me creo toda esa mierda de la vida sencilla, Asher —digo sin intentar siquiera controlar el enfado que está creciendo en mi interior.

—¿Sabes qué? Olvida lo que he dicho sobre escuchar, o sobre cualquier otra cosa, y pesquemos. La persona que coja menos peces tendrá que remar para devolver la barca al muelle. —No espera a que responda antes de darse la vuelta para mirar por el lateral de la barca. No sé cómo espera que me abra a él si él no parece hacer lo mismo conmigo.

Encuentro mi boya flotando en el agua y centro los ojos en ella. Cuando por fin vuelvo a mirarlo, sus hombros están claramente tensos. Estoy empezando a enfadarme conmigo misma porque siempre hago de sus dulces gestos y coqueteo algo que no es.

—Bueno, parece que los dos vamos a perder —digo para romper el incómodo silencio.

Mueve la cabeza en mi dirección.

—A este ritmo, seguramente tengas razón —declara. La expresión seria de su

rostro me hace sentir como si no se estuviera refiriendo a los peces.

Durante mucho tiempo me he obligado a creer que no pasa nada por alejar a la gente que se preocupa por mí. Lo hice con la mayoría de amigos que tenía en el instituto, aunque ahora que lo pienso, no creo ni que fueran amigos de verdad desde un principio. Y Beau... bueno, lo he tenido pendiendo de un hilo durante dos años, y todavía sigue aguantando.

Todavía no he averiguado dónde encaja Asher. Lo único que sé con seguridad es que soy más libre y más feliz cuando estoy con él que cuando no lo estoy.

Algo frío me golpea la nariz como una daga y rompe el hilo de mis pensamientos. Nubes mucho más oscuras se han acercado y advierto que en la distancia está lloviendo. Estoy atrapada en una situación en la que nunca me había imaginado estar. Ni siquiera soporto estar encerrada en mi habitación cada vez que llueve, mucho menos en medio de un lago y atrapada en una barquita que solo se mueve de un lado a otro si remamos.

Gotas de agua empiezan a caer más asiduamente y siento como si alguien me hubiera quitado la habilidad de respirar. La mente me lleva de vuelta al pasado y siento otra vez los repulsivos dedos de Drew por todo el cuerpo. Oigo su voz gritándome cosas que nunca olvidaré. Lo huelo... hasta por encima del olor de la lluvia y del agua del lago. Cierro los ojos con fuerza, me tapo los oídos con las manos y escondo la cabeza entre las rodillas mientras dejo que las lágrimas se mezclen con el agua acumulada dentro de la barca. La lluvia cae con tanta intensidad que no me doy cuenta siquiera de que una mano se mueve de arriba abajo suavemente por mi espalda.

Asher. Casi me he olvidado de que estaba aquí porque todo lo que era capaz de ver era a Drew.

—Estás temblando. Por favor, dime qué te pasa. Dime lo que necesitas —suplica, inclinándose totalmente hacia mí para que su boca quede lo más cerca posible de uno de mis oídos tapados. Oigo su voz, pero no soy realmente capaz de procesar sus palabras. El sonido de la lluvia al caer y golpear el agua del lago sofoca todo lo que esté saliendo de sus labios.

—Sácame de la barca. Por favor, necesito entrar en la casa —le pido, aterrorizada. Nada es más importante para mí en este momento que escapar de la lluvia.

Mi vida es como un trompo, que gira y gira hasta que ya no puede girar más y no tiene más remedio que caer. Yo no tengo a nadie que me coja, pero ¿cómo van a poder si yo no los dejo?

La mano de Asher sigue en mi espalda, lo que me dice que la barca no se ha movido todavía de sitio.

—Asher, por favor. Necesito salir de la barca —suplico entre lágrimas—. Por favor. —Mi cuerpo entero está temblando.

La adrenalina me atraviesa y lucho por agarrar un remo. Hay tantas cosas que

debería haber hecho de un modo distinto esa noche. Dios... Drew lo echó todo a perder.

—¡Kate! —oigo gritar a Asher.

No puedo levantar la mirada. Voy a ponerme malísima dentro de poco, y todo por culpa del cabrón que se llevó mi vida.

—Escúchame, Kate. Mírame —dice casi gritando.

Sigo ignorándolo. No puedo dejar de temblar, de bloquearlo, al sentir la lluvia mojar mi cuerpo.

—¡Maté a mi mejor amiga el año pasado! —oigo gritar a Asher—. Fue por mi puta culpa. Si no hubiera sido tan estúpido, ella todavía seguiría viva.

Dejo de llorar cuando oigo su confesión alto y claro en mis oídos, como una sirena. Salgo de mi aturdimiento y lo miro. Baja el mentón hasta su pecho y lo veo luchar contra la emoción que quiere salir a la superficie. El corazón me da un vuelco cuando lo miro; nunca he visto a nadie tan destrozado en mi vida.

—Asher. —Lo llamo suavemente, alargando la mano poco a poco hasta él y acariciándole el pelo con los dedos.

Levanta la cabeza de golpe y yo reacciono apartando la mano.

—Estaba borracha en una fiesta, y la dejé conducir hasta casa. ¿Quién hace eso? ¿Quién deja que alguien que significa tanto para uno conduzca cuando apenas puede mantenerse en pie? —pregunta a la vez que se agarra el pelo con los puños.

Se me parte el corazón al ver tal angustia cernirse sobre él.

—¿Por qué dejaste que condujera?

Se encoge de dolor y se toma unos cuantos segundos para tranquilizarse antes de fijar sus ojos en los míos.

—Era un estúpido y estaba borracho. La dejé subir y conducir su cochecito rojo sin abrocharle siquiera el cinturón. No duró ni diez manzanas al volante antes de estamparse de cabeza contra un árbol.

Todavía sigue tirándose del pelo con fuerza. Quiero tocarlo, pero da demasiado miedo mover la mano.

—Escuchamos las sirenas y decidimos ir a ver qué pasaba. —Traga saliva. Las lágrimas humedecen sus ojos, pero mira constantemente al cielo para contenerlas—. ¿Sabes lo horrible que es llegar al lugar de un accidente y darte cuenta de que la persona que está dentro del coche machacado es tu mejor amiga? Megan era la persona más amable y cariñosa que he conocido nunca, y ahora ya no está.

He estado tan ensimismada con su historia que me he olvidado de las gotas que todavía caen contra mi cuerpo. Sé lo que es vivir con la culpa y los secretos. Pesan tanto que las fuerzas para luchar contra ellos se desvanecen.

Dubitativa, apoyo la mano en su hombro y le doy un leve apretón.

—Si ambos estabais borrachos, ¿cómo puede ser culpa tuya? Tienes que perdonarte.

Mueve la cabeza de golpe.

—Nos prometimos que uno de nosotros siempre se quedaría sobrio para cerciorarnos de que ambos llegábamos bien a casa. Esa noche cambié las reglas. Había tenido una discusión con mi madre y mi padrastro y necesitaba desfogarme. Ella ya se había tomado un par de copas cuando yo probé mi primer sorbo —dice cerrando los ojos con fuerza—. Fui de lo más egoísta. Nos creí invencibles y aprendí por las malas que no éramos una mierda. Ahora estoy pagando por ello.

—¿Esa es la razón por la que estás en Carrington? —inquiero.

Niega con la cabeza lentamente.

—Esa es una historia para otro día.

Me está mirando atentamente cuando abro la boca para decir algo, pero no sale nada. Hay una batalla que está teniendo lugar en mi interior. ¿Es Asher la persona a quien puedo confiarle mi secreto? Una vez lo suelte, ya no podré volver a aferrarme a él. Es posible que me sienta mejor si tengo a alguien con quien hablar cuando los recuerdos me invadan.

—Kate, di algo, por favor. No me mires así. Sé que lo que hice está mal, pero ya no puedo hacer nada para remediarlo. ¡Es demasiado tarde! —grita Asher. Sus ojos llenos de preocupación me atraviesan.

El cuerpo entero comienza a temblarme e intento recobrar el aliento. El sonido de la lluvia me perfora los oídos otra vez. Yo solo quiero que todo esto acabe.

—Me violaron —murmuro y veo cómo sus ojos se abren el doble.

—¿Qué? —pregunta, aparentemente sorprendido por mi admisión. Cierro los ojos con fuerza y lucho por encontrar las palabras para explicar quién soy hoy por hoy. Ya era hora de que se lo contara a alguien.

En cuanto abro la boca para hablar, él me agarra la cara con las manos.

—Lo siento mucho.

—¿Qué? —pregunto a la vez que retrocedo.

Reafirma su agarre y me atrae junto a él otra vez.

—Lamento que te ocurriera. Nadie debería pasar por eso. —Y no me hace falta nada más para echarme a llorar a sus brazos—. No pasa nada. Ya te tengo.

—Nunca debí haber entrado en su cuarto —lloro y me agarro a la empapada camiseta de Asher.

Él me ase de los brazos y me separa para mirarme a los ojos.

—No es culpa tuya. ¿Me oyes? Nada de esto es culpa tuya.

Me estrecha fuerte contra su pecho mientras le cuento lo que ocurrió esa noche. Le cuento lo del partido de fútbol y lo de la hoguera de después. Le explico cómo me sentí cuando el popular quarterback se sentó a mi lado y centró toda su atención en mí. Me cuesta admitir en voz alta lo que ocurrió cuando entramos en casa de Drew.

Cuando le cuento cómo la lluvia se reía de mí mientras Drew me tenía atrapada bajo su cuerpo, sus brazos se tensan. Pensé que desvelar mi historia me asfixiaría, pero me siento como si me hubieran quitado un enorme peso de encima. Ahora Asher lo sabe todo y es libre de hacer lo que quiera con la información, aunque siento que

mi secreto está a salvo con él.

Tras haber dejado mi doloroso secreto en sus manos, se sienta a mi lado y me atrae hasta su regazo, cuidando de centrarnos en el asiento para que la barca no se tambalee mucho.

—¿No deberíamos volver a la orilla? —pregunto al tiempo que le rodeo el cuello con los brazos.

—Hay algo más que tengo que hacer primero —susurra y coloca una mano en mi nuca. Sus ojos se concentran en mis labios a la vez que me va acercando a él. Veo cómo el agua gotea de su pelo y resbala por su rostro.

Cuando sus labios por fin tocan los míos, cierro los ojos e intento pensar únicamente en lo que Asher me está haciendo, pero se aparta antes de poder hacerlo.

Me echa el pelo hacia un lado y me besa en el cuello.

—Eres preciosa —me dice al oído, y manda escalofríos por toda mi espalda. Ladeo la cabeza y dejo que vaya depositando besos por toda la longitud de mi cuello antes de capturar mis labios.

—De ahora en adelante...

Beso.

—Cada vez que llueva...

Beso.

—Piensa en mí.

Juro que el corazón se me acaba de derretir entero. Es un momento que nunca olvidaré... el momento en que Asher Hunt me alivió los miedos a base de besos. Me he pasado dos años esperando al sol, y todo lo que me hacía falta era él.

Sus cálidos labios continúan deslizándose sobre los míos al tiempo que yo entierro los dedos en su pelo. Su contacto calienta mi cuerpo, incluso bajo la lluvia fría. Cuando se incorpora y me sonrío, al instante lo echo de menos.

—Deberíamos salir de aquí y secarnos antes de que cojas un constipado —dice, acariciándome el labio inferior con su dedo pulgar.

—Gracias —digo y sonrío.

—¿Por qué?

—Por darme una razón para sonreír otra vez —contesto, mordiéndome el labio.

—Quiero que siempre tengas algo por lo que sonreír, niña preciosa —dice ladeando la cabeza. Desliza sus labios sobre los míos una vez más y luego me levanta de su regazo.

Contemplo cómo se acomoda bien en el asiento y levanta el ancla. Nos lleva hasta la orilla mientras yo dejo que el sonido de la lluvia penetre mis oídos.

En cuanto llegamos junto al muelle, ata la barca y salta a la plataforma antes de tenderme el brazo.

—Vamos, hay que buscarte ropa seca.

Me ayuda a salir y tira de mí hacia la cabaña.

—¿Qué haces? —chillo.

—Cuido de ti.

Y lo hace. Una vez dentro, me da unos pantalones de chándal gris, un par de calcetines secos y una sudadera con capucha de los Chicago Bears. Hasta me deja que me duche primero mientras prepara algo de comer. Se está haciendo tarde y debería volver pronto a casa, pero no estoy preparada para que este día acabe.

Me paso unos pocos minutos mirándome a mí misma en el espejo mientras se calienta el agua. Mi pelo oscuro y largo es un auténtico lío de enredos, pero mi piel tiene un brillo especial que no he visto en mucho tiempo. Me sonrío y luego me quito la ropa mojada del cuerpo y entro en la ducha.

Mientras el agua caliente me limpia la piel, pienso en todo lo que ha ocurrido hoy. Todavía puedo oír las palabras de Asher en mi cabeza y siento la necesidad de guardarlas en algún lugar seguro.

El hecho de que me haya confiado su secreto me otorga un sentido de importancia en su vida. Siento como si me necesitara tanto como yo lo necesito a él.

Cuando me siento limpia, cierro el grifo y me envuelvo en dos toallas, una para el cuerpo y otra para el pelo. La piel de los dedos todavía la noto seca y arrugada contra la toalla, pero había merecido la pena quedarme atrapada bajo la lluvia.

Un golpecito en la puerta hace que dé un bote.

—Eh, ¿has terminado ya? Tengo sopa de tomate y queso gratinado.

—Salgo en un minuto —grito y me apresuro a ponerme la ropa.

Abro la puerta y me encuentro de inmediato con Asher. Me besa en la punta de la nariz antes de agarrarme de la mano y de guiarme hasta la cocina. Huele delicioso. No hay nada mejor que sopa y sándwiches en un día frío.

—¿Quieres quedarte aquí esta noche? —me pregunta mientras nos sentamos a la mesa.

El cuerpo entero se me tensa.

—No creo que sea una buena idea.

Ladea la cabeza.

—Puedes dormir en mi cama. Yo lo haré en el sofá —dice, cogiéndome de la mano—. Fuera está diluviando, y me sentiría más cómodo si te quedaras conmigo esta noche.

Asiento y uso mi mano libre para llevarme a los labios una cucharada de sopa. Estoy demasiado cansada emocionalmente como para discutir. Además, ahora siento como si nada malo pudiera ocurrirme cuando estoy con Asher.

—¿Estás bien? —me pregunta acariciándome la mano con el pulgar.

—Sí, ¿y tú?

—No sé si alguna vez volveré a estar bien, pero me siento mejor cuando estoy contigo.

—Yo me siento igual —admito. Lo ayudo a limpiar los platos y miro el reloj; ya son las ocho pasadas—. Voy a decirle a mi madre dónde estoy.

—¿Quieres ver una peli cuando acabes?

—Estoy muy cansada, y solo me apetece irme a la cama.

Él baja la cabeza.

—Vale, prepararé el sofá.

Encuentro mi bolso en la silla situada junto a la puerta y cojo el teléfono para enviarle a mi madre un mensaje de texto. Todavía está en el trabajo, y probablemente no se dé cuenta de que no estoy hasta por la mañana, pero no quiero que mande una partida de búsqueda para localizarme.

Kate: Me quedo esta noche con Asher.

Pulso enviar y advierto que tengo dos llamadas perdidas de Beau y varios mensajes. Vuelvo a guardar el teléfono en el bolso sin molestarme en escuchar los mensajes de voz ni leer sus SMS. Pueden esperar hasta mañana. Estoy demasiado exhausta como para lidiar con más cosas hoy.

Asher aparece en la esquina y señala con su pulgar el dormitorio.

—Todo listo. Te he dejado dos almohadas. Espero que sean suficientes.

—Gracias —digo y camino hacia él—. Te agradezco todo lo que has hecho por mí hoy. —Acaricio su mejilla con mis labios antes de encaminarme hacia su cuarto.

No he llegado muy lejos cuando me agarra de la mano y me hace pararme en seco.

—Haría cualquier cosa por ti —dice y me acaricia el dorso de la mano con su dedo pulgar.

Me sonrío y yo le correspondo antes de dirigirme hacia el dormitorio vacío y de tumbar mi cuerpo agotado sobre la cama. Entierro la cabeza en la almohada; huele como el jabón de la ducha. Me encanta que Asher no se embadurne en colonia. Siempre huele fresco y natural.

Cuando me acomodo, escucho la lluvia golpear el revestimiento metálico de la casa. Estar en una habitación a oscuras, tumbada en una cama que no es la mía, me trae algunos recuerdos poderosos a la mente. Soy consciente de que me llevará algún tiempo deshacerme de mis miedos, pero ahora sé que no tengo que hacerlo sola.

Salgo de puntillas de la cama por si Asher ya está dormido. Cuando giro en la esquina, veo que no es el caso. Está mirando al techo con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¿Asher? —lo llamo suavemente.

Mueve la cabeza en mi dirección al momento.

—¿Sí?

—¿Te tumbas a mi lado? Está lloviendo y... —Mi voz decae. Odio sonar como una niña pequeña asustada.

Rápidamente se pone de pie y avanza en mi dirección.

—¿No te acabo de decir que haría cualquier cosa por ti?

Está tan cerca de mí que nuestros pechos prácticamente se están tocando, y todo

mi cuerpo se pone en alerta. Su boca está tan próxima que puedo sentir su aliento sobre mis labios. La respiración se me acelera cuando sus labios descienden sobre los míos. Me pregunto si habrá alguna vez en la que no posea este efecto sobre mí.

—Vamos a la cama —susurra, apartándose y cogiéndome de la mano.

No vacila mientras me guía de nuevo hasta la habitación y cierra la puerta a su espalda. Se vuelve, me ase suavemente de las caderas y me pega a él. Cierro los ojos cuando sus labios por fin tocan los míos. Los siento como algodón de azúcar caliente sobre mi piel. Se toma su tiempo lamiéndome, saboreándome y mordiéndome hasta que ya no soy capaz de sentirlos.

—¿Qué tal el beso de buenas noches? —pregunta, mordiéndose el labio inferior.

—Creo que ya lo sabes. —Sonrío y me subo a la cama. Asher no me hace esperar mucho antes de unirse a mí.

Me acurruco bajo el cálido edredón, pero me mantengo de espaldas a él. Tengo miedo de lo que podría ocurrir si sigo mirándolo. Percibo movimiento en su lado de la cama, seguido de una mano que me agarra la cadera.

—Kate, ¿puedo abrazarte? Quiero saber cómo es dormirme contigo entre mis brazos.

Tengo la mirada fija en la ventana mientras contemplo cómo la lluvia resbala por los cristales.

—Creo que sí —susurro. Pone un brazo bajo mi cabeza y el otro alrededor de mi cintura. Me estrecha contra él y nos convertimos en uno. Oigo la lluvia caer con fuerza contra la ventana y me concentro en lo bien que me siento estando entre los brazos de Asher. Es como una mantita protectora, que me mantiene segura y satisfecha. Es esto en lo que tengo que pensar exactamente cuando oiga llover.

—¿Por qué te decidiste a contarme tu secreto? —pregunto entrelazando mis dedos con los suyos.

—Porque sabía que era la única forma de que me desvelaras tú el tuyo.

Despertar de la mejor noche de sueño que he tenido en mucho tiempo rodeada por dos brazos fuertes, no es nada de lo que me vaya a quejar nunca. Me he estado perdiendo algunas de las mejores cosas de la vida. El momento crítico que marcó la mía y que duró unos meros minutos se ha alargado a años... y Asher es el único que ha logrado pararlo.

La presencia de Asher es como ese momento en el que abrimos un regalo y todo lo que queda es la caja blanca sin envoltorio y no tenemos ni idea de la sorpresa que nos depara dentro. Me pongo así de ansiosa y emocionada cada vez que lo veo.

Y si se pensaba que su secreto iba a hacer que lo viera de un modo distinto, se equivocaba. De hecho, creo que me siento más ligada a él. Ambos tenemos pasados horribles que estamos intentando superar, y ahora nos tenemos el uno al otro para conseguirlo.

Siempre parece que las cosas por las que más me preocupo nunca salen tan mal como pienso en un principio. Son las cosas que no me espero las que me tumban de culo. Soy consciente de que la clave para vivir es aceptar y superar las cosas que no puedo cambiar y poner más empeño y energía en las que sí. Ojalá me hubiera dado cuenta de ello hace mucho tiempo.

—¿Estás despierta?

Me bajo de mi tren de pensamientos y giro la cabeza para ver los preciosos ojos azules de Asher devolviéndome la mirada. El sol brilla a través de la ventana y hace que sus ojos parezcan brillar más de lo que recordaba.

—Supongo que sí —le contestó y sonrió.

—Me alegro, porque aunque estás preciosa cuando duermes, todavía lo estás más cuando estás despierta —dice y me acaricia el mentón con los dedos.

—Pues yo estaba pensando lo mismo de ti. —Su pelo rubio, demasiado largo, le cae por todos lados, pero le pega, y no puedo evitar peinárselo con los dedos.

—¿Estás coqueteando conmigo, Kate?

—No sé cómo se coquetea. —Mis mejillas se encienden al instante y me muerdo el labio.

—Estás muy mona cuando te sonrojas —observa mientras coloca la almohada de manera que su cabeza esté más cerca de la mía—. Y todo el mundo sabe coquetear... solo hay que encontrar a la persona que nos inspire a hacerlo.

—¿Te estás echando flores ahora? —pregunto intentando contener la risa.

Él sonríe y me besa en la comisura de los labios.

—Tómatelo como quieras.

—Tienes un pico de oro, Asher Hunt. —Asher dice cosas que la mayoría de los tíos que conozco no pensarían nunca en decirme.

Durante unos minutos, nos quedamos tumbados ahí mientras él me acaricia la mejilla, los labios y la piel sensible bajo mis orejas con las yemas de sus dedos, como si estuviera memorizando cada parte. Poco a poco desliza la mano hacia mi nuca y me acerca. Cuando sus labios tocan los míos, cierro los ojos y disfruto del hormigueo que recorre mi cuerpo. Sus dedos danzan por mi espalda y bajan por mi brazo desnudo antes de pararse sobre mi cadera. Sorprendentemente, no pienso en lo que ocurrió. Por primera vez desde que me robaron la inocencia, me siento cómoda dejando que alguien me toque. El modo en que su mano acaricia mi piel no es brusco, ni bruto... es reconfortante. Lo siento tan perfecto, justo como un hombre debería tocar a una mujer.

Cuando rompe el contacto, quiero protestar. Nunca pensé que sería capaz de llegar a tanto sin salir huyendo en busca de la salida más cercana, pero ahí estaba.

Y quiero más.

Mis ojos se ciernen sobre el tatuaje que tiene en la parte interna del brazo y no puedo evitar tocarlo con los dedos.

—Es la fecha en la que Megan murió. Me la puse ahí como recordatorio —dice mirando mis dedos.

—Nunca la olvidarás. Está aquí.

Susurro y apoyo la mano sobre su pecho.

—Gracias por confiarme tu secreto. Lamento que te ocurriera eso. Si pudiera retroceder en el tiempo y cambiarlo, lo haría —comenta y me pasa los dedos por la clavícula.

—Pero lo malo del pasado es que no se puede reescribir. De alguna manera yo tengo que aprender a lidiar con él y tú tienes que aprender a perdonarte por lo que le pasó a Megan.

—A veces siento que me están castigando por lo que ocurrió esa noche —confiesa Asher con voz suave, solo a unos centímetros de mis labios.

—¿Qué quieres decir? —pregunto echando la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—No lo sé. Supongo que tengo la sensación de que todo lo malo que me ocurre no es más que lo que Dios está queriendo hacerme pagar. —Hace una pausa y mueve sus dedos en dirección norte para acariciarme la mejilla—. Pero desde que te he conocido, siento como si me hubieran dado una segunda oportunidad. Ha pasado mucho tiempo desde que sintiera que vivía con algo más que arrepentimiento, y eso te lo debo a ti.

—Y yo te debo a ti mi felicidad —susurro antes de darle un beso en los labios—. Ya me has hecho abrir los ojos sobre muchísimas cosas que antes no quería ver.

—No sé qué he hecho para merecer momentos como estos —dice, acariciando unos pocos mechones de pelo que me caen por la frente. Entiendo su dolor porque yo

misma estaría fatal si algo le pasara a Beau, pero tiene que abandonar la culpa a la que se está aferrando. No puede cambiar lo que sucedió... nadie puede. También me doy cuenta de que estoy siendo una hipócrita porque yo me he pasado los últimos dos años aferrándome a un pasado que no puedo cambiar.

—Te mereces una vida entera llena de momentos así —digo, y lo beso otra vez. Él coloca una mano en mi nuca para profundizar el beso, primero prestando atención a mis labios y luego adentrando su lengua en mi boca. El corazón se me acelera cuando desliza una mano bajo mi camiseta para masajear mi zona lumbar. Gimo al tiempo que ralentiza el beso y atrapa mi labio inferior entre sus dientes.

Cuando lo vuelvo a mirar a los ojos, veo lujuria mezclada con preocupación.

—Si alguna vez te presiono demasiado y quieres parar, todo lo que tienes que hacer es decírmelo. No soy de esa clase de tío que coge cosas a la fuerza de una mujer. Yo no soy él —dice, acariciando mi nariz con la suya—. Necesito que recuerdes que tú siempre tienes el control. Siempre.

Alzo la cabeza y beso suavemente su mejilla.

—Me gustaría continuar con lo que estábamos haciendo.

—Eso puedo hacerlo —comenta y apoya la cabeza en su mano. Estoy muriéndome de anticipación mientras espero a sentir más de esos besos delicados suyos.

Asher no decepciona. Vuelve a cogerme de la nuca y enreda sus dedos en mi pelo. Espero ansiosa esa explosión que siempre ocurre en mi interior cuando su piel toca por primera vez la mía. Tiene alguna forma de sacarme del agujero negro, oscuro y tan profundo, en el que pensé que me perdería para siempre. Con cada día que paso con él, me acerco un poquito más a la superficie y por fin soy capaz de ver la luz del sol vislumbrar por encima.

Si hubiera sabido que la vida podía ser así para mí, incluso después de todo lo ocurrido, me habría esforzado un poco más para conseguirlo. Pero quizás él sea el único que puede traer la transparencia de vuelta a mi vida. Es algo que no habría encontrado sola.

—¿Dónde quieres que te bese primero? —gruñe, y mi corazón empieza a latir a la velocidad de la luz. Me está dando el control. Y por primera vez me siento lo bastante cómoda como para tomar el mando.

—El cuello, debajo de la oreja —jadeo a la vez que cierro los ojos y espero a que me bañe de besos. Nunca he querido algo tanto en toda mi vida.

Empiezo a sentir dificultades respiratorias cuando su lengua roza mi delicada piel. Cuando sus labios tocan por fin ese mismo lugar, se quedan pegados allí para dejarme atesorar ese momento y guardarlo en mi memoria.

—¿Y ahora dónde? —me susurra al oído. Su voz me envía una corriente eléctrica de los pies a la cabeza.

—Los labios. Necesito sentir tus labios.

Me tienta acariciando mi nariz con la suya antes de darme lo que realmente

quiero. Cuando por fin sucede, es como si flotara en una nube solitaria en medio de un día soleado. Y cuando su lengua empieza a bailar en círculos con la mía, siento un pinchazo en el corazón y le rodeo el cuello con los brazos para acercar más nuestros cuerpos.

No obstante, mi sueño no tarda en volverse una pesadilla cuando se inclina sobre mí y me atrapa entre su cuerpo y el colchón. De la nada, todo lo que siento es a Drew y el cuerpo entero se me paraliza.

No siento los labios de Asher. En cambio, sí que siento el dolor que me provocó Drew cuando me besó a la fuerza. De repente, no es el cuerpo de Asher el que está sobre el mío, sino el peso de Drew manteniéndome presa. Cuando siento su dureza contra mi muslo, el momento justo antes de que Drew se abriera paso en mi interior, esa noche se reproduce en mi mente. Puedo sentir el dolor físico y emocional como si estuviera pasándome otra vez ahora mismo.

Miedo.

—Kate —dice Asher sacudiéndome los brazos. Estaba tan consumida por mis demonios interiores que no me di cuenta de que había dejado de besarme.

—Sal de encima mío —digo llorando y empujándolo en el pecho—. Ya. —Todo el control se ha desvanecido de nuevo y la impotencia es el terrorista que juega con mi felicidad.

Hay una expresión de puro horror en el rostro de Asher cuando rápidamente se aparta a un lado. Me siento como si me hubiera convertido en alguna clase de monstruo. Sé que no, pero sí que hay uno viviendo dentro de mí que me recuerda constantemente por qué no puedo disfrutar de las cosas sencillas de la vida, como tener un momento pasional con el increíble chico que está tumbado a mi lado.

Asher me aparta con cuidado el pelo de las mejillas llenas de churretes y acaricia el perfil de mi rostro con el nudillo de un dedo.

—Por favor, dime lo que he hecho mal —suplica mirándome con ardiente intensidad—, porque no quiero volver a ver esa expresión de miedo en tu cara otra vez.

Siento el pecho como si lo tuviera comprimido por una abrazadera, y todo lo que puedo hacer para aliviar la presión es respirar hondo varias veces. Debería estar disfrutando esto. Estoy con un chico paciente y cariñoso, pero todo lo que veo es al cabrón que me violó. Algunas cosas no salen como se supone que deben hacerlo, lo pillo, pero esto...

Esto va más allá de cualquier castigo que alguien pueda merecerse.

—No me gusta tener a nadie encima de mí. Me trae demasiados recuerdos que me gustaría olvidar. Pero no tiene nada que ver contigo —le digo llorando. Coloco la palma de una mano contra su mejilla.

—¿Estás segura? —pregunta cerrando los ojos con fuerza—. Porque no ha sonado así. —Puedo sentir que mi historia va a tener un efecto negativo en él. Es la razón por la que, para empezar, nunca debería haber comenzado esta relación. De

alguna manera u otra, terminaré alejándolo y arruinando lo que sea que haya entre nosotros.

Pero siento demasiadas cosas por él como para rendirme ahora.

—Siempre te has comportado bien conmigo; más que bien, en realidad. Pero si vamos a hacer esto, tienes que entender que no solo vas a quedarte conmigo. También con mi pasado. Ojalá pudiera hacer desaparecer todo lo malo, pero así es como soy.

Pasa sus dedos entre el cabello que enmarca mi rostro.

—Quiero que las cosas mejoren para ti, no que empeoren. No quiero ser un mal recuerdo. Me gusta quien eres. Me encanta todo lo que veo en ti cuando te miro.

Si mi corazón pudiera derretirse, ahora mismo estaría hecho puré a mis pies. Está claro que este chaval es de importación... no los crían así en Carrington. Bueno, a menos que estemos hablando de Beau. Solía pensar que él era el único que hacía girar la Tierra sobre su eje. Quizá todavía seguiría pensando lo mismo si las cosas no hubieran cambiado tan drásticamente.

—Tú también me gustas —digo intentando acompasar mi respiración.

—Entonces no tenemos nada de lo que preocuparnos. —Me aparta unos cuantos mechones más de los ojos.

—¿Dónde te encontré? —pregunto, regalándole un amago de sonrisa.

—Bueno, creo que técnicamente yo te encontré a ti. —Sonríe.

—Sí que entraste en mi territorio —comento, sonriendo ahora de oreja a oreja.

—Esa sonrisa es la que quiero ver más a menudo. —Me da un beso en la frente, luego en la punta de la nariz y termina sobre mis labios.

Tengo que recordarme a mí misma que solo he tenido un ligero contratiempo, pero no dejaré que me lo estropee todo. No dejaré que arruine nuestra relación. Aprender a olvidar es difícil, pero Asher ya ha demostrado ser un profesor excelente.

—Probablemente debiera volver a casa. Mi madre y yo siempre vemos pelis los domingos.

—¿Es obligatorio? A mí no me importaría ver películas contigo todo el día —dice besándome ligeramente en los labios.

—Te tomaré la palabra algún día, pero hoy no es ese día. —Sonrío.

—Como quieras. Si cambias de idea luego, tienes mi número.

Me guiña un ojo, aparta los brazos y se sienta en la cama. Al instante echo de menos su calor.

—Voy a por tu ropa a la secadora —dice, poniéndose de pie y estirando los brazos por encima de su cabeza.

La verdad es que no me importaría volver a casa vestida con su pantalón de chándal y su camiseta; conservan el silvestre olor de Asher que hace que mis músculos se relajen. Me impresiona lo mucho que me fijo en él y en sus detalles, cosa que no hago con los demás... es una colorida pintura abstracta que no puedo dejar de contemplar.

Su cuarto, por otra parte, es cualquier cosa menos una obra de arte. Las paredes

son de un color blanco estéril y nada cuelga de ellas. Tiene un escritorio pequeño de madera de roble pegado a la pared opuesta a la cama, pero lo único que hay encima es una libreta. Hay una ventana con unas cortinas antiguas de color marfil cubriéndola a la izquierda de la cama, y un armario bastante viejo y usado a la derecha. Aunque está claro que vive allí, no hay nada que me permita vislumbrar cómo es su vida.

—Todo limpio —dice Asher mientras vuelve a entrar en la habitación. Se ha cambiado la sudadera por unos vaqueros y una camiseta azul marino, que resalta perfectamente cada músculo de sus brazos y de su pecho.

—Gracias.

—No hay problema. Te esperaré en el salón mientras te cambias.

Me da un beso en la parte superior de la cabeza antes de salir del dormitorio. Me pongo la ropa limpia y me peino el pelo con los dedos rápidamente mientras le doy vueltas a los acontecimientos de la mañana. Ahora que Asher y yo nos entendemos el uno al otro, es más fácil ser sincera con él cuando algo pase que haga de detonante de algún recuerdo.

Yo había creído que solo venía a pescar; en la vida hubiera pensado que le contaría a Asher mi secreto. Cuando él me contó el suyo, no pude contenerme más. De hecho, salió como si el destino hubiera querido que así ocurriera. Y no me juzgó. No me dijo todo lo que había hecho mal. Simplemente intentó hacer desaparecer mi miedo dándome recuerdos que atesorar durante el resto de mi vida. Está eliminando parte del dolor y del miedo que siente mi corazón.

No me van mucho los superhéroes, pero si así fuera, Asher sería el mío.

Tras vestirme, entro rápidamente en el baño para arreglarme la cola y cepillarme los dientes con el dedo y un poco de pasta que he encontrado en el cajón. Al acabar, me tomo unos minutos extra para mirarme en el espejo. Noto que algo ha cambiado en mi rostro, y lo veo, y me siento, bien.

Ojalá pudiera sentirme así cada minuto de cada día durante el resto de mi vida. Pero si lo que ha pasado con Asher es indicativo de algo, llegará el día en que vuelva a llover y todo regrese para atormentarme de nuevo. Cuando lo haga, sé que Asher y sus labios suaves y cálidos serán lo bastante fuertes como para expulsar todo lo malo de mis recuerdos.

En cuanto salgo del cuarto de baño, hallo a Asher dormido en el sofá. Parece estar muy tranquilo con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza apoyada contra el respaldo. Odio tener que molestarlo, pero mi madre enviará a una partida de búsqueda si me pierdo el día de pelis con ella.

—Asher —digo con suavidad y moviéndole ligeramente el hombro.

Él ni siquiera parpadea.

—Asher —repito, meneándolo un poco más fuerte esta vez.

Abre los ojos y le lleva unos cuantos segundos acostumbrarse a la luz.

—Debo de estar agotado. ¿Lista? —pregunta a la vez que estira los brazos por la

parte superior del respaldo del sofá.

—Pareces cansado. Puedo llamar a mi madre para que me recoja si quieres dormir —le ofrezco mientras me froto las manos. A mi madre no le haría mucha gracia tener que salir de casa un domingo, pero solo estamos a cinco minutos en coche. Que se resigne.

—Lo siento. Supongo que se me ha ido el santo al cielo —dice poniéndose de pie frente a mí—. Pero voy a llevarte yo a casa, nadie más. —Acerca sus labios a los míos y succiona mi labio inferior lo suficiente como para volver a mi cuerpo completamente loco. Se separa con una sonrisa traviesa en la cara—. Además, si te acompaño a casa, tendré otra excusa para volver a hacer esto una vez más.

—¿Solo una vez más?

Salva de nuevo la distancia que hay entre nosotros y coloca sus manos grandes sobre mis mejillas.

—Te besaré tanto como quieras. Todo lo que tienes que hacer es pedírmelo.

—Bésame —susurro y veo cómo sus labios acortan la distancia que hay hasta los míos.

—¿Me lo estás pidiendo u ordenando? —pregunta. Su boca está tan cerca que su cálido aliento acaricia mis labios y nuestros pechos se tocan.

—Te lo estoy ordenando —digo, tragando con dificultad.

Se acerca incluso más a mí. Juro que casi siento sus labios sobre los míos... a un mero susurro de distancia.

—¿Y si no lo hago? —inquire mirándome con tanta intensidad que hasta puedo ver mis propios ojos reflejados en los suyos.

—Entonces tendré que besarte yo —respondo poniéndome de puntillas para atrapar su labio inferior entre los míos, como ya me había hecho él a mí antes. No estoy segura de si es mejor dar o recibir, pero de una forma u otra me siento increíblemente bien.

—Solucionado —le digo y sonrío.

—Eres muy traviesa, ¿lo sabías? —bromea y me agarra de la mano.

—Eso es nuevo. Nunca me han acusado de ser tal cosa —digo al tiempo que lo sigo hasta la puerta. El aire fresco de otoño me golpea en las mejillas en cuanto salimos fuera. El cielo está despejado y las hojas están empezando a caer sobre el césped con una vibrante tonalidad de rojos, naranjas y amarillos. Mientras me deleito en el cambio de estación, pienso que ojalá todos los días pudieran ser como este.

—¿Y a qué hora suele terminar el día de pelis? —inquire Asher en cuanto ambos estamos seguros dentro del coche.

—Cuando nos quedamos sin pelis que ver. —Me encojo de hombros. No creo que haya muchas más que no hayamos visto ya.

—Hay algo que me encantaría hacer contigo esta noche. —Puedo saltar a toda clase de conclusiones con ese comentario, pero mantengo en mente que él solo parece querer siempre lo mejor para mí. No me ha demostrado lo contrario desde el día que

lo conocí.

—¿Y qué es? —pregunto mirándolo con intensidad. Las mariposas comienzan a revolotear por mi estómago cuando veo una media sonrisa aparecer en su rostro.

Apoya el brazo en la parte de atrás de mi asiento y mira atrás para salir del aparcamiento. No obstante, lo pillo lanzándome alguna que otra miradita de reojo.

—Vas a tener que venir luego para averiguarlo.

—No me hacen mucha gracia las sorpresas —digo cruzándome de brazos.

—Vamos a tener que cambiar eso. —Me vuelve a lanzar otra mirada breve y me pone la mano sobre la rodilla antes de centrar la atención nuevamente en la carretera. Tiene razón. Por norma general no reacciono bien a las sorpresas, pero el muchacho sentado a mi lado conseguirá que a las suyas sí.

—Inténtalo. —Sonrío y giro la cabeza para mirar a través de la ventana del lado del copiloto. Entramos en el pueblo y vamos pasando casa por casa. La mayoría de los hogares son más o menos igual de antiguos que el pueblo en sí, pero la gente siempre se ha sentido muy orgullosa de sus casas y de sus terrenos aquí. Crea la ilusión de una de esas retransmisiones perfectas de *La tribu de los Brady*, pero lo que esas series de televisión no saben ilustrar es la verdad que existe de puertas adentro en cada casa. No están llenas de gente que cena junta cada noche a las seis; está llena de gente que vive una vida real con problemas reales. Drew creció en una de esas casas tan espléndidas que hay en el pueblo, pero la belleza de la casa no refleja la clase de chico que es dentro.

Al menos algunos somos lo bastante afortunados como para conocer la verdad.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que no me doy cuenta de que hemos llegado a mi casa hasta que el coche no se para del todo. Es la pequeña de paredes blancas, con la pintura desportillada y las malas hierbas creciendo en los arriates. La imagen da a entender que no nos importa, o que no tenemos el dinero para que nos importe. Creo que es una combinación de ambas cosas, pero está claro que no refleja cómo somos de verdad.

Siento una mano grande y callosa envolver la mía.

—Eh, ¿en qué piensas?

—Estaba pensando en las casas y en la gente que vive en ellas.

Le cuento a Asher mis pensamientos y él abre y cierra la boca una y otra vez.

Cuando lo miro, él se recupera enseguida y me besa cada nudillo de la mano que tiene agarrada.

—No puedes seguir obcecándote en cosas que no puedes cambiar —me dice con una sonrisa triste.

—Sé que tienes razón, pero es más fácil decirlo que hacerlo.

—Deberías hablar con alguien sobre lo que te pasó. Con un psicólogo o algo. No puedes seguir acarreado el peso de ese secreto sobre los hombros. Te está comiendo por dentro —comenta y me da un apretón en la mano.

Tiene razón, y yo lo sé, pero eso no significa que esté preparada para dar ese

paso.

—Lo pensaré.

—Si alguna vez necesitas hablar otra vez, estoy aquí —dice, y se lleva mis dedos a sus labios.

—Gracias... por todo.

Nos quedamos sentados en silencio, mirándonos el uno al otro a los ojos. Me estoy dando cuenta de que hay muchísimas cosas que decir de una persona con solo mirar sus ojos. Me gusta lo que veo en los de Asher, pero quiero despojarlos de su dolor.

—Entonces, ¿te veo esta noche? —pregunta acercándose a mí.

—Supongo que sí. —Me muerdo el labio inferior y espero a que sea él el que mueva ficha. Sus ojos están fijos en mis labios cuando se acerca incluso más a mí. Me besa largo y tendido y no me aguanto las ganas de hundir mis dedos en su pelo.

Rompe el beso y apoya la frente contra la mía.

—¿Eres consciente siquiera de lo especial que resultas?

—Lo soy cuando estoy contigo —susurro.

Me acaricia el brazo y un escalofrío me recorre toda la espalda.

—Quiero que te sientas así todo el tiempo, con o sin mí. —No me gusta ese tono serio, y odio que haga mención a que alguna vez tenga que estar sin él.

—También me gusta estar contigo —digo, tragando con dificultad.

Asher abre la boca para decir algo, pero un golpecito en la ventana de mi puerta lo interrumpe.

Cuando levanto la mirada, todo lo que veo son dos ojos azules llenos de dolor atravesándome el pecho.

Siento como si estuviera en un tiovivo que no dejara de girar y girar sin parar. Estoy sentada junto al hombre del que creo que me estoy enamorando mientras el hombre que siempre ha estado ahí cuando lo he necesitado me mira con rabia e ira contenidas. No es una situación muy cómoda en la que encontrarse, la verdad.

—¿Quién es ese? —pregunta Asher echándose hacia adelante para obtener una mejor vista de Beau.

—Eh... es mi amigo, Beau —respondo intentando controlar mi respiración.

—¿Y por qué tu amigo tiene toda la pinta de querer matar a alguien ahora mismo?

No soy estúpida; sé exactamente por qué Beau tiene una mirada asesina en la cara. Le dije que no estaba preparada para hacer las cosas que estoy haciendo con Asher, y ahora acaba de ser testigo de lo contrario. ¿Cómo se lo explico? ¿Cómo le digo que Asher es diferente sin que lo malinterprete?

Es como si estuviera en medio de una carretera, entre dos carriles en sentido contrario, esperando a que alguien se acerque a mí. Esta vez, por desgracia, tengo que salvarme mientras pienso cómo hacerlo sin herir a ninguno de estos dos hombres en el proceso. No sería capaz de vivir conmigo misma si lo hiciera; son los únicos amigos que me quedan.

—Tengo que ir a hablar con él —digo al tiempo que agarro la manilla de la puerta. En el fondo creo que Asher va a estar bien, pero tengo que hacerle entender a Beau que esto no tiene nada que ver con él.

Asher no me deja ir demasiado lejos antes de volver a atraerme hacia él.

—Quiero ir contigo. —Sus ojos me penetran con casi tanta intensidad como los de Beau. ¿En qué me he metido?

—No creo que sea muy buena idea. —De hecho, creo que sería lo equivalente a dispararle a Beau en el corazón estando ya derribado en el suelo. Yo he provocado esto y soy yo la que tiene que ocuparse de la situación.

—Por favor. Deja solamente que lo conozca y luego me iré —suplica, desviando la mirada de nuevo hacia Beau.

De una manera u otra he estado con Asher durante las últimas semanas. Le he dado parte de mi confianza, y cada día se gana un poquito más de ella. Puedo confiar en él para esto... espero.

—Vale, pero no me metas en problemas. Beau es la única persona que tengo aparte de ti y de mi madre. No puedo perder a nadie ahora mismo.

—Y yo no querría que lo hicieras —susurra y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Solo prométeme que no vas a empezar nada, aunque él lo intente —le ruego, mirándolo a los dos ojos de forma intermitente.

—Te lo prometo.

—Vamos, entonces —digo, alargando la mano hacia la manilla otra vez. Beau retrocede un par de pasos para dejarme suficiente espacio para salir.

Todo se mueve a cámara lenta cuando piso el bordillo y veo a Beau abrir las fosas nasales al advertir que Asher está rodeando el coche. A lo mejor no ha sido una buena idea. Quiero fusionar lo antiguo con lo nuevo, pero puede que ahora no sea el mejor momento para hacerlo. A lo mejor debería haberle explicado todo primero yo sola para darle la oportunidad de procesar la información.

—¿Y tú quién coño eres? —pregunta Beau, atravesando a Asher directamente con la mirada. Entonces su atención regresa a mí y siento unos cuchillos perforar mi corazón—. ¿Quién cojones es este, Kate, y qué hace aquí?

—Beau, este es Asher —asiento vacilante en dirección a Asher, que está a mi izquierda.

Beau lo ignora por completo.

—¿Y dónde leches estabas? He estado llamándote y mandándote mensajes durante estas últimas veinticuatro horas. —Está rechinando los dientes en un intento de mantener su cabreo bajo control, pero no le está funcionando mucho.

—Estaba conmigo —dice Asher, colocando una mano de forma protectora en la zona baja de mi espalda.

Beau no se mueve, ni tampoco lo vuelve a mirar. Está de pie, con las manos en las caderas y penetrándome con la mirada.

—Me dijiste que Asher era tu amigo, Kate —dice con la nuez palpitándole en la garganta.

Me pongo en pie y empiezo a jugar con los dedos de las manos mientras pienso en la forma correcta de contárselo.

—Asher era mi amigo, pero las cosas han cambiado y no puedo...

—¿Es posible que podamos hablar de esto sin que tenga que estar él aquí delante? Tengo algunas cosas que necesito decirte —dice Beau, dando un paso hacia mí.

No sé cómo enfrentarme a esta situación. Tengo visto y comprobado que la vida es mucho más fácil cuando dejo entrar a las personas, pero era mucho menos complicada cuando solo estaba yo conmigo misma.

Asher me sobresalta al cogermelo de la mano y al tirar de mí hacia la puerta del conductor. No tengo ni idea de lo que está haciendo, pero me encuentro demasiado perdida en el fuego cruzado como para preguntar. Se echa contra la puerta del coche y me acuna el rostro entre sus manos.

—No voy a dejarte sola con este tío.

—Tengo que hablar con él unos minutos. Si te quedas solo vas a empeorar las cosas —respondo con sinceridad. Cuando vuelvo a mirar a Beau y nuestros ojos se encuentran, me destroza la mirada de dolor que tiene plasmada en la cara. Cuando

rompe el contacto visual, el dolor punzante de mi corazón casi me mata. Me giro de nuevo hacia Asher con la intención de hacer las cosas bien con ambos.

—Kate... —empieza con voz insegura.

—Todo irá bien —digo, cortándolo. Coloco las manos sobre las de él y siento sus manos frías pegadas contra mis mejillas y mis dedos.

Asiente y mira por encima de mi hombro para atisbar a Beau.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame. Puedo venir en menos de cinco minutos. —Roza mis labios con los suyos antes de desaparecer dentro del coche. La ansiedad me consume al pensar en lo que a Asher debe de estar pasándole por la cabeza mientras se prepara para dejarme, y en lo que Beau debe de estar pensando al verme con él. En cuanto se va, me rodeo con los brazos con la intención de protegerme del frío. Puede que sea debido a la temperatura de fuera, o al vacío repentino que siento por dentro, pero no puedo deshacerme de él.

Cuando fijo los ojos nuevamente en el jardín, Beau ya no está ahí. De hecho, no lo veo por ninguna parte. Tengo un nudo enorme en la garganta cuando me encamino hacia el único lugar al que sé que escapa cuando necesita pensar o tranquilizarse. Es el mismo lugar al que iba cuando se enfadaba con su madre o su padre cuando éramos más pequeños. Es el mismo lugar al que fue cuando ambos teníamos doce años y su abuelo murió. Probablemente sea el mismo lugar al que se fue cada vez que intenté alejarlo de mí durante los dos últimos años de instituto, solo que todas aquellas veces no tuve el valor suficiente para ir a buscarlo.

En cuanto la cama elástica entra en mi campo de visión, Veo tumbado bocarriba en medio del enorme círculo negro. Verlo ahí tumbado, sin moverse, hace que el estómago se me revuelva. No voy a aguantar los próximos minutos sin venirme abajo ni de coña... No me puedo siquiera imaginar lo que todo esto le está provocando por dentro. Yo soy la que tiene la sartén por el mango y a él no le queda más remedio que vivir con la decisión que yo tome, por mucho que le duela. Toda esta situación me hace querer ponerme de rodillas y suplicarle que me escuche. Y cuando pienso en lo que va a ocurrir si no lo hace... no puedo siquiera poner en palabras lo que supondría esa clase de dolor para mí. Sabía que antes lo quería, pero al verlo ahora, sufriendo tanto, me doy cuenta de lo lejos que llegan en realidad esos sentimientos.

—¿Puedo acompañarte? —pregunto tocando el aro de metal que rodea la cama elástica. Hay tanto silencio que el único ruido que se escucha es el débil sonido del teléfono al sonar en la casa de los vecinos.

Cuando no responde, me subo poco a poco a la cama elástica de rodillas con la esperanza de atraer su atención. Necesito que diga algo. No me importa si es ira lo que oigo; solo necesito saber que no va a perder la fe en nuestra amistad. El silencio no dice nada y a la vez lo dice todo.

Imito su posición y me pongo las manos debajo de la cabeza y cruzo las piernas a la altura de los tobillos. Miro a todos lados menos a él en un intento de controlar mis emociones y trato de pensar en qué decir para mejorar la situación. El sol que se

refleja en las fibras negras de la cama me proporciona un poco del calor que había perdido mi cuerpo, pero necesito que el muchacho que se encuentra tumbado a mi lado me dé el resto. Cuando por fin me armo de valor para mirarlo, todo lo que veo es el perfil de su rostro. No sé cuánto silencio más voy a ser capaz de soportar. Necesito sentirlo respirar, y daría lo que fuera por oír el sonido de su voz.

—No quería quedarme y ver cómo lo besabas otra vez —dice en voz baja. Me sorprende que él haya roto el hielo primero, pero sus palabras me hunden más en la miseria. No se me pasó por la cabeza siquiera que Beau nos estuviera mirando cuando besé a Asher en la mejilla, pero ahora que lo dice, me siento como una zorra insensible. No se lo merecía. No se merecía nada de esto.

—Beau, lo siento. No estaba pensando. —Me lo quedo mirando para intentar leer lo que se le está pasando por la cabeza ahora mismo.

—En realidad no debería importarme tanto. Nunca fuiste mía —dice cerrando los ojos con fuerza.

—Mi intención nunca fue hacerte daño. Es lo último que querría, y el hecho de que haya sido así... lo siento de veras —comento y siento una lágrima caer por un lado de mi rostro.

—Hazme entender, Kate. ¿Por qué él? Apenas hace unas semanas me dijiste que no estabas preparada para nada de eso —dice, mirándome por fin con ojos llorosos. Escuchar su dolor es como si una apisonadora me aplastara el corazón una y otra vez.

—No creí que estuviera preparada, pero...

—¡Dilo, Kate! Te diste cuenta de que no me querías a mí. ¿No soy lo bastante bueno para ti? —Parpadea con rapidez, pero no es suficiente para detener la primera humedad que cae de sus ojos. Tengo el corazón roto y hecho pedazos, sin posibilidad de recuperarlo. No hay palabras para describir lo mucho que lo quiero... pero no es la misma clase de querer que él siente por mí.

—No, no es eso. —Lloro y uso la manga de mi camiseta para limpiarme las cálidas lágrimas que bañan mis mejillas—. Las cosas son diferentes con él... es difícil de explicar. No está intentando traer de vuelta a la chica que era antes de que D...

Casi lo digo. Casi le suelto mi secreto a la segunda persona en dos días.

Se pone de lado y apoya la cabeza en la mano.

—¿Antes de qué, Kate? —Niego con la cabeza y miro hacia otro lado—. Él lo sabe, ¿no? Se lo has contado a él que apenas lo acabas de conocer, pero a mí no puedes. —Se sienta de golpe y hace que la cama elástica se agite bajo nuestro peso. Siento como la ira abandona su cuerpo y me golpea directamente en la cara.

—No es así. Él compartió algo conmigo de sí mismo, y luego salió solo. —Hago una pausa e intento buscarle el sentido a por qué me pareció bien contárselo a Asher, pero no a mi mejor amigo. A lo mejor debería decírselo sin más y dejar que las cosas caigan por su propio peso. Quizá, si se lo contara, las cosas serían menos tensas entre nosotros porque entendería por qué no soy la de antes. Pero al fin y al cabo, todo lo

que tengo son un montón de «quizá» sin garantía ninguna y no puedo arriesgarme a dañar nuestra amistad más de lo que ya lo he hecho. No estoy preparada para contárselo, no así, y francamente no sé si lo estaré algún día.

—Algún día, cuando llegue el momento, espero ser capaz de contártelo. Pero ahora mismo no puedo.

Nos quedamos ahí tumbados en silencio, evitándonos el uno al otro.

—¿Recuerdas aquella vez que vinimos aquí en primero de secundaria para mirar las estrellas? —me pregunta, inclinando la cabeza hacia atrás para mirar al cielo.

—Sí —digo, y me siento a su lado. Hacía una noche preciosa aquel día y todo estaba absolutamente perfecto. También fue la noche en la que me di cuenta de que me estaba enamorando de él.

—Quería besarte aquella noche, y cada noche después de esa, pero no lo hice porque tenía miedo. Tenía miedo de estropear la única oportunidad que tenía contigo, pero ahora... Joder. Ahora ni siquiera tengo una oportunidad, ¿no? —Se tapa la cara con las manos y yo intento recuperar el aliento—. Solo respóndeme a una pregunta. Si te hubiera besado entonces, ¿las cosas entre nosotros serían diferentes ahora?

—Nunca te habría dejado marchar.

Lloro. El cuerpo entero me está temblando y no tiene nada que ver con el intenso frío del ambiente.

—Dime por qué ya no podemos llegar a nada más —me pide sentándose junto a mí. Estoy acostumbrada al Beau fuerte y seguro de sí mismo, pero el muchacho sentado a mi lado, cuyos hombros no dejan de temblar, no se parece en nada a él y es por mi culpa.

—No puedo explicarlo. Las cosas cambian. La gente cambia.

Si Beau y yo hubiésemos sido pareja aquel viernes por la noche, es bastante probable que no hubiera ido a aquella hoguera, y obviamente no le habría alegrado el día a Drew. Beau habría sido el centro de mi universo.

—¿Y eso dónde nos deja? —pregunta lo bastante alto como para que lo escuche.

—Eres mi mejor amigo. Espero que siempre lo seas —susurro y alargo el brazo para cogerle la mano. Él la aparta antes de que pueda hacerlo y se me cae el alma a los pies. Está poniendo distancia entre nosotros a propósito.

—Tú misma lo has dicho. A veces las cosas cambian. Solo recuerda que fuiste tú la que elegiste, no yo —dice con una voz tan distante que bien podría estar a millones de kilómetros de distancia. Me lo quedo mirando mientras se larga hacia el borde de la cama elástica y se baja. Las cosas no pueden acabar así.

—¡Beau! —grito. Él se para en seco, pero sus hombros siguen temblando—. Tú siempre serás el primer chico del que me enamoré. Eso no lo olvidaré. Nunca. —Lagrimones feos y enormes me caen por las mejillas.

Él se vuelve lentamente y me deja entrever sus ojos enrojecidos.

—Hasta hace unos minutos pensaba que tú serías mi última.

La visión se me emborrona al tiempo que Beau desaparece en el interior de su

casa sin volver a dirigirme una sola mirada.

Sus palabras de despedida me vibran en los oídos. Se había imaginado un para siempre entre nosotros, y yo acabo de mandar a la mierda cualquier esperanza que le quedara para esa clase de futuro. Si hubiera sido capaz de comunicarme mejor, las cosas habrían sido diferentes entre nosotros. A veces siento como si la vida fuera un cúmulo de oportunidades fallidas. Siempre me arrepentiré de la que perdí con Beau. Creo que ambos lo haremos.

Siento el corazón como un trozo de cristal que han estampado contra el suelo. Está completamente hecho añicos. Le he hecho daño a la única persona de mi vida que siempre ha estado a mi lado. Es posible que se le pase el enfado, pero una voz en mi cabeza me dice que es bastante probable que no pueda ser capaz de deshacer este lío.

Lo he llevado demasiado lejos esta vez.

—Kate, ¿eres tú? —Mi madre se encuentra entre nuestra casa y la de Beau vestida únicamente con la bata y unos pantalones de pijama.

—Sí, soy yo —contesto a la vez que me bajo de la cama elástica—. Ya voy, mamá. —Todavía no estoy preparada para el interrogatorio.

—Vale, pero date prisa. Ya casi es la hora de comer. —Me limpio las lágrimas de los ojos con la ayuda de las mangas de mi sudadera y respiro hondo varias veces con la esperanza de poder calmar a mi acelerado corazón. Lo que menos me apetece ahora mismo es ponerme a ver un puñado de pelis románticas. Están llenas de mentiras y falsas esperanzas.

Una parte de mí desea haberse quedado con Asher esta mañana en vez de haber venido corriendo a casa. A lo mejor entonces no me habría tenido que enfrentar a Beau de esta manera. Pero bueno, seguramente era inevitable. No podía ignorarlo para siempre.

Camino con parsimonia hasta mi casa e intento tragarme la pelota de tenis que tengo estancada en la garganta. Va a ser un día muy largo. Cuando piso el segundo escalón, escucho un portazo y levanto la mirada para ver a Beau subiéndose a su camioneta. La arranca y deja que el sonido del viejo silenciador llene el barrio entero. Su mano derecha agarra el reposacabezas del asiento del copiloto y gira el cuello hacia atrás para salir del aparcamiento, pero sus ojos se desvían rápidamente para penetrar los míos. Todavía siguen rojos e hinchados, pero sus demás rasgos están completamente vacíos de expresión.

Todo lo que quiero es correr hacia él y pedirle un poco de comprensión. Hay tanto que desearía poder decirle.

—¿Vas a entrar? Va a empezar una peli nueva —me grita mi madre a través de la rendija que ha dejado libre al abrir la puerta un pelín.

—Sí, ya voy —digo y me giro para volver a mirar la camioneta de Beau. En cuanto nuestros ojos vuelven a encontrarse, él mira por la ventana trasera y sale del aparcamiento. Me froto el pecho a la altura del corazón con la palma de la mano al

tiempo que su camioneta acelera por nuestra calle y desaparece de mi vista. Hoy lo he dejado marchar y le he dado el cierre emocional que necesitaba para seguir adelante con su vida.

Mi madre me mira con los ojos entornados cuando cierro la puerta de casa. Tiene los labios sellados mientras escruta mi rostro.

—Beau vino buscándote antes. Parecía bastante preocupado —comenta, centrándose de nuevo en la pantalla de la tele.

—¿Sabes? No me encuentro muy bien. Creo que voy a echarme un rato. Y de todas formas tampoco sería muy buena compañía hoy.

Recorro el pasillo apresuradamente y cierro la puerta de mi dormitorio de un portazo. Ella grita mi nombre un par de veces, pero la ignoro. Necesito espacio; tiempo para aclararme las ideas.

Sí que quiero a Beau... no es solamente mi pasado, también lo quiero en mi presente y en mi futuro. Pero no de la misma forma que él nos había visualizado.

Voy a pie al trabajo para dejar que el aire fresco me ayude a aclararme las ideas. Las coloridas hojas susurran en los árboles cuando una fuerte ráfaga de viento arrecia. A estas horas de la mañana no hay ni un ruido en el pueblo aparte del de los coches y los camiones que de vez en cuando pasan. No es que sea una playa paradisíaca, pero es como yo mejor consigo darle vueltas al gran laberinto que tengo en la cabeza.

Al despertarme esta mañana, caí en la cuenta de que yo ayer no hice nada malo. Me sentiría mejor si supiera lo que anda haciendo Beau ahora mismo y si está bien. Tarde o temprano iba a ocurrir, pero odio haberlo destrozado de esa manera. Solo me basta con recordar la cara que tenía cuando se alejó de mí para que se me revuelva el estómago.

Yo sigo diciéndome que es lo mejor.

Ahora podrá pasar página.

Espero que un día Beau sea capaz de aceptar mi decisión y que podamos volver a estar como antes de que hiriera sus sentimientos y las cosas se complicaran. Quiero a Beau. De verdad que sí, pero el amor es algo muy confuso y a veces es muy difícil ver la diferencia entre querer a alguien y estar enamorada. Alguien que haya vivido sesenta años y haya querido y amado muchas veces probablemente no sepa explicarlo con precisión. ¿Cómo esperan que una mujer de diecinueve sí lo haga? En lugar de intentarlo, estoy confiando en las voces de mi cabeza, que me señalan a Asher una y otra vez. Él me hace desear cosas que nunca antes había deseado, y eso no lo puedo pasar por alto.

Llego al restaurante justo a tiempo y corro a atarme el delantal y a fichar. Está más tranquilo de lo normal porque los granjeros se encuentran en plena cosecha y andan yendo de un lado para otro antes de que el sol haya salido siquiera. Me doy cuenta de que echo de menos la cháchara y las risas tan habituales.

—Hola, Kate —grita Diana a mi espalda.

—Hola. ¿Has tenido mucha faena? —Empiezo a preparar la cafetera para hacer más café y me aseguro de que las jarras de agua están llenas.

—No mucha. Aunque qué ganas tengo de que los granjeros salgan de sus tierras. No soy muy de madrugar, así que intentar mantener una conversación antes de que salga el sol no es que me haga mucha gracia. —Suspira y alarga el brazo por encima de mi hombro para coger una taza—. ¿Y tú qué tal?

Me encojo de hombros.

—Todo bien. —Todo iría genial si oyera la voz de Beau ahora mismo y supiera

que va a estar bien. Imágenes de Asher también se me reproducen en la cabeza. ¿Qué pensará ahora después de todo lo que aconteció al dejarme en casa? Probablemente esté confuso. En cuanto pueda, voy a aclarar las cosas con él.

—Tu madre me ha dicho que tuviste un pequeño rifirrafe con Beau. ¿Quieres hablar del tema?

Pongo los ojos en blanco y me giro para quedar de cara a ella.

—¿Hay algún cotilleo que no os contéis las dos?

—Me temo que no —dice, y me pone una mano sobre el hombro—. Pero déjame que te diga que toda mujer de entre trece y cien años babea por ese chico. Alégrate de que te haya escogido a ti para discutir. —Me deja ahí plantada, totalmente anonadada. Aprecio a Beau, y lo respeto por ser la persona que es. Esa es la razón por la que necesito hacer todo lo posible para arreglar las cosas con él o me arrepentiré después.

Cuando abro la puerta metálica que separa la cocina del comedor, me encuentro sentado en uno de los reservados de mi sección y mirando por la ventana a Asher. Suele venir mucho cuando trabajo, pero por norma general solo a la hora del almuerzo. Esta es la primera vez que viene para desayunar.

Le mandé un mensaje anoche y le dije que no me sentía muy bien. Físicamente estaba perfecta, pero emocionalmente estaba fatal. Al mirarlo ahora sé sin duda alguna que el corazón me ha llevado en la dirección correcta. Tiene algo que hace que no pueda mantenerme lejos de él.

Solo cuando me encuentro a unos pasos de distancia advierte mi presencia. Espero ver una sonrisa desplegada en su rostro, pero solo frunce el ceño mientras se pasa la mano por el pelo. Miro en derredor y al instante caigo en la cuenta de que esa expresión, en realidad, va dirigida a mí.

—Has venido temprano hoy —digo a la vez que me seco el sudor de las manos en el delantal.

—Quería cerciorarme de que estabas bien. ¿Qué te pasó anoche?

Su voz es neutra, imposible de leer entre líneas.

No puedo mirarlo a los ojos y decirle una media verdad. Asher me hace desear tener una vida real, pero me siento culpable porque Beau significa muchísimo para mí. No puedo decir que esté entre los dos porque el corazón no deja de repetirme que es Asher a quien quiero. Pero una persona no puede haber compartido tantas cosas con alguien como Beau, y no tenerlo también en su presente.

Nerviosa, me siento frente a él y apoyo las manos en la mesa.

—Necesitaba tiempo para pensar.

—Lo sé —dice inclinándose sobre la mesa. Baja los ojos hasta la servilleta que ha estado partiendo en pedacitos.

—Entonces, ¿por qué me has preguntado?

—Para ver si me decías la verdad —declara al tiempo que su mirada se reencuentra con la mía. No parece que haya dormido mucho esta noche y me pesa en el corazón pensar que también le he hecho daño a él de alguna manera. Últimamente

se me da muy bien hacer daño porque sí.

—No tenía nada que ver contigo. Estaba agotada emocionalmente y necesitaba tiempo para darle vueltas a todo lo que se me pasaba por la cabeza. Beau es amigo mío desde hace mucho tiempo y le hice daño.

—Dale un poco de tiempo. Se le pasará.

—Eso espero. —Quiero ser optimista, pero necesito una señal de que algo mejor vendrá antes de poder avanzar. Casi puedo atisbarla, pero cuando parece que la veo, desaparece.

—Sabes que está loquito por ti, ¿no? —me espeta Asher mirando por la ventana. Es temprano y las calles están casi vacías a excepción de los pocos coches que hay aparcados frente al restaurante.

—¿Cómo lo sabes? —inquiero, curiosa por saber cómo pudo ser capaz de darse cuenta si solo estuvo con Beau cinco minutos.

—Los tíos tenemos una forma especial de mirar a la mujer sin la que no podemos vivir —revela, todavía sin mirarme.

—¿Y cómo es? —Trago con dificultad. No tengo ni idea de a dónde quiere ir a parar.

Sus ojos atrapan los míos y se me hace imposible moverme.

—Como si ella fuera todo lo que necesitamos en la vida.

No podría articular palabra ahora mismo ni aunque quisiera. El calor corre por mis venas como un tren descarrilado mientras nos miramos fijamente el uno al otro. Me pregunto si él también lo siente... Obviamente lo ha tenido que sentir en algún momento de su vida o no sería capaz de explicarlo con esas palabras.

—¿Cómo te has vuelto tan sabio? —pregunto e intento decelerar los latidos de mi corazón.

—Vivir la vida es lo que tiene —dice desviando nuevamente la atención hacia la ventana antes de centrarse en mí otra vez—. ¿Le quieres?

—No de la misma forma que él a mí —respondo mientras jugueteo con los dedos nerviosa—. Mira, no sé qué crees que pasó ayer, pero ahora mismo tú eres el único con el que quiero pasar las horas. No me he sentido así en mucho tiempo. —Quiero extender el brazo por la mesa y agarrarle de la mano, pero estoy indecisa porque no tengo ni idea de qué es lo que se le está pasando ahora mismo por la cabeza. Me asusta.

—¿A qué te refieres?

Su pregunta denota entusiasmo y esperanza.

—Estoy feliz —digo simplemente.

—Y espero que sigas estándolo —dice con voz suave y cogiéndome de la mano. Esa es la realidad con él... no tiene miedo de hacer las cosas que a mí me asustan.

—Contigo, por fin siento que eso es posible. —No se me escapa la bajada de su mirada ni el apretón que me da en la mano. Es posible que esté yendo demasiado rápido o revelando demasiadas cosas.

—Eh, Kate, la mesa cuatro ya sabe qué va a querer —me grita Diana cuando pasa junto a nuestra mesa con una bandeja llena de platos.

Intento desasirme de la mano de Asher, pero me tiene bien sujeta.

—Debería volver al trabajo.

—Tengo que ir hoy a la ciudad. No volveré hasta más tarde.

—¿Qué se te ha perdido allí? —pregunto.

—Hay unas cuantas cosas de las que tengo que ocuparme —responde acariciándome el dorso de la mano con el dedo pulgar antes de soltarme por fin. Ayer estaba segurísima de saber en qué dirección iba encaminada nuestra relación, pero ahora todo lo que pende entre nosotros es inseguridad. Parece que esté manteniendo las distancias conmigo.

—Entonces... ¿te veré pronto? —pregunto y me meto las manos en los bolsillos del delantal.

—Eso espero —responde a la vez que ladea la cabeza—. Por cierto, ¿me puedo llevar un taquito de servilletas? —Coge la servilleta que ha mutilado antes y me la tiende. Tengo la extraña sensación en el estómago de que es posible que no vaya a volver a verlo, y me está matando por dentro.

—¿Te preocupa algo más?

—Nada por lo que tengas que preocuparte tú ahora mismo —contesta y apoya la palma de una mano contra mi mejilla. Quiero que se abra a mí. Quiero que me necesite de la misma forma que yo lo necesito a él.

Inspiro hondo y le rodeo la muñeca con los dedos para separarlo de mi mejilla.

—Asher...

—Ahora no —zanja inclinándose hacia mí. La expresión de su cara está más relajada, pero el desasosiego todavía me consume por dentro como un tsunami. Daría lo que fuera por saber qué es lo que está pensando ahora mismo. ¿Y si también he mandado al traste mi oportunidad con él? A lo mejor ha decidido que no merezco la pena. Cierro los ojos y digo en silencio que esto sea lo último.

Oigo a alguien aclararse la garganta a mi lado. Me giro y veo a mi madre señalándome con la cabeza la mesa cuatro.

—Kate.

—Ya voy —le espeto y me pongo de cara a ella—. ¿Puedes traerle a Asher servilletas, por favor? —La mano de Asher roza la mía cuando paso por su lado y envía una ola de calor por todo mi brazo. Miro atrás y veo aparecer hoyuelos en sus mejillas, señal de que a lo mejor todo se arregla. Pero ahora mismo necesito más que una señal. Necesito una promesa porque en cuanto le regale a alguien mi corazón, no quiero que me lo devuelva nunca.

Tiro la servilleta rasgada a la basura y me precipito hacia la mesa cuatro.

Cuando salgo del trabajo, todavía sigo dándole vueltas a lo raro que estaba Asher

cuando vino antes. ¿Está preocupado por mi relación con Beau? ¿He hecho algo más que le molestara? Ojalá lo supiera porque odio estar en esta especie de limbo.

Conforme me voy acercando a mi coche, veo algo blanco enganchado bajo el limpiaparabrisas. La gente siempre me deja papelitos en el coche ofreciéndome servicios de niñera o jardinería. Me molesta porque todos acaban en el suelo del coche hasta que toca la limpieza semianual. Cuando levanto el limpiaparabrisas y cojo el papel entre mis dedos, advierto que es una servilleta con la caligrafía de Asher en el centro.

Ven a la casa del lago esta tarde a las 7. Abrígate.

Me siento de repente de lo más espabilada tras el día agotador que he tenido porque voy a ver a Asher en apenas unas horas. Creo que esa es la clave para vivir una vida plena; tener una razón o un propósito. Ahora lo tengo y voy a aferrarme a él tanto como pueda.

Arrojo el teléfono sobre la cama y me visto con mis vaqueros favoritos y una camiseta de manga larga blanca. Me pongo encima una segunda camiseta y seguidamente saco un jersey azul marino gordito de cuello vuelto holgado del armario y completo el modelito con el abrigo de marinero marrón caramelo que tengo.

Cuando aparco frente a la casa unos minutos más tarde, el olor a madera quemada me da la bienvenida. Solía pensar que era uno de los mejores olores de la Tierra, seguido del pan recién hecho y del pavo del Día de Acción de Gracias, pero en vista de cómo acabó la última hoguera, no he podido aguantarlo desde entonces.

Salgo del coche y me dirijo al jardín de atrás para ver si encuentro a Asher. No tengo que esperar mucho porque está sentado frente a una pequeña fogata moviendo con un palo largo los leños. La luz de las llamas ilumina su rostro, por lo que sé perfectamente cuándo advierte mi presencia.

—Hola, ¿cuánto tiempo llevas ahí de pie? —pregunta y me dedica esa sonrisa genuina propia de Asher Hunt.

—Acabo de llegar. —Meto las manos en los bolsillos delanteros de los vaqueros y me acerco al fuego. Es de un color naranja brillante, y el olor a madera quemada es arrollador. Me recuerda al momento en el que Drew se sentó a mi lado. Pero no dejo de repetirme que Asher está aquí y no se parece a Drew ni en el blanco de los ojos. No debería tenerle miedo a hacer cosas como esta, y si puedo dar un primer paso hacia la superación con alguien como él, no voy a desaprovechar la oportunidad.

Deja el palo en el suelo, se acerca a mí y me rodea con sus brazos. El resplandor del fuego se refleja en sus ojos cuando me besa y va haciendo desaparecer lentamente la tensión de mi cuerpo. Es algo que echo de menos en el mismo momento en que sus labios abandonan los míos.

—¿Qué es todo esto? —pregunto rodeándole el cuello con los brazos.

—Quiero reescribir otro de tus recuerdos —me susurra al oído—. Pensé que podríamos sentarnos junto al fuego y tostar quizás algunas nubes con chocolate.

—¿En serio? —pregunto. Esta es, literalmente, una de las cosas más dulces que nadie ha hecho por mí. Debe de haber publicado un manual que explique cómo devolver a la vida a Kate Alexander, porque Asher nunca falla ni una.

—Mierda, te estoy asustando, ¿verdad? Pensé que te ayudaría, como cuando fuimos a pescar y empezó a llover —dice mientras me acaricia los pómulos con las yemas de sus pulgares—. Has sido una persona distinta desde entonces, y quería ver más de ese lado tuyo.

—Solo estoy sorprendida, nada más. —Echo la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo nocturno y respiro hondo. Durante estos dos últimos años he estado escondiéndome tras una máscara para que nadie pudiera reconocer todas esas cosas dolorosas que suceden en mi interior. Ahora ya toca quitarse la máscara y descubrir quién soy realmente tras haberme bajado de la brutal montaña rusa que es la vida. No puedo dejar que lo único sobre lo que no tuve control ninguno me arruine para siempre.

Toma mi barbilla entre sus dedos y acerca mis labios a los suyos para saborearlos durante un poco más de tiempo esta vez. Cuando termina, el sabor a menta todavía permanece en mi boca y hace que lo vuelva a desear otra vez.

—Tengo una manta en el suelo por si te quieres poner cómoda.

Señala la manta roja que hay sobre un trozo de césped. En el centro veo una cesta llena de malvaviscos, galletas crujientes, chocolate y un termo negro. Lo cierto es que ha pensado en todo.

Es perfecto este momento.

—¿Cómo sabes siempre lo que necesito antes de que yo misma lo sepa siquiera? —inquiero y apoyo la mejilla contra su pecho musculoso.

—Simplemente lo sé —dice estrechándome con más fuerza—. Me gusta hacerte sonreír. Y si al mismo tiempo consigo ponerte un poquito a prueba, pues eso que me llevo.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —susurro antes de levantar la cabeza para darle un beso en la barbilla.

—Si me lo dijera otra persona, no me lo creería. Pero es diferente cuando lo dices tú. —Me aparta un mechón de pelo de la frente y me suelta. Por primera vez siento el frío glacial de octubre contra mis mejillas; acurrucarse sobre la manta ahora mismo suena muy, muy bien.

Ya sentados sobre la suave manta de lana, Asher saca dos palillos de metal y pincha dos nubes.

—¿Quieres hacer tú una? —pregunta y me tiende un palillo. Lo acerco al fuego y dejo que se tueste hasta conseguir esa capa quemada que tanto me gusta.

—No las comía desde que era una enana —admito, llevándomela cerca de la boca

para soplar la pequeña llama.

—Yo tampoco. —Me pasa una galleta con dos onzas de chocolate encima. Meto la nube entre esa y otra galleta y noto los dedos pegajosos.

—¿Cómo te ha ido en la ciudad? —pregunto con curiosidad.

Se encoge de hombros y aparta sus ojos de los míos.

—No ha sido como esperaba, pero bueno, se solucionará.

—Creo que deberías volver a la universidad —le espeto—. Me refiero a que... ¿no te aburres aquí?

—Carrington no está tan mal —responde con solemnidad.

—Asher...

—¿Te he dicho que tengo otra sorpresa? —Alarga el brazo para coger una guitarra española que no me había fijado que estaba a un lado de la manta. Me molesta que haya cambiado de tema, pero como estoy bastante intrigada por la guitarra, me olvido de ello por unos minutos.

—¿Tocas?

—Un poco. —Sonríe, tímido. Normalmente Asher se muestra de todo menos nervioso... Es agradable pillarlo fuera de su elemento. Cruza las piernas y coloca la guitarra en su regazo—. He estado practicando esta canción, pero no me tires muchos tomates si no sale perfecta. Es de The Calling; la he ralentizado un poco y la he convertido más en una canción acústica.

Me rodeo las rodillas con los brazos y espero pacientemente a que empiece. Coloca el pulgar sobre las cuerdas y cierra los ojos cuando la primera nota toca el aire nocturno y se hace eco en mis oídos. Sus dedos crean una melodía preciosa en la que me sumerjo cual sirena en un océano.

Cuando su voz se funde con la base de la guitarra, el resultado es mágico. Centra la atención de forma intermitente entre la mano que tiene bajo las cuerdas y yo, pero no falla ni una nota. Mantengo los ojos fijos en él. Veo las llamas del fuego reflejarse en sus ojos mientras dejo que el tono ronco de su voz acaricie mis oídos. Es una canción que habla sobre disfrutar la vida al máximo y compartir lo que pensamos libremente. Nunca antes la había escuchado, pero acaba de convertirse en mi nueva canción favorita, y cuando cierro los ojos para concentrarme bien en su voz, siento que algo despierta en mi interior.

En cuanto toca la última nota, me pongo de pie y me arrodillo frente a él; soy incapaz de resistir la necesidad de tocarlo de alguna forma. Me ha desplegado su alma y ahora quiero sentir el corazón que lo creó todo. Se descuelga lentamente la guitarra y la vuelve a colocar junto a la manta.

—Necesito tocarte —digo y, vacilante, acerco una mano hasta su pecho.

—Puedes tocarme, abrazarme. Puedes hacer lo que quieras conmigo —suelta en un suspiro y baja la mirada hacia mis labios—. Esta noche es toda para ti.

Pongo la mano sobre su corazón y siento sus latidos acelerados. Coloco la otra mano sobre mi propio pecho y advierto que el mío está latiendo igual de rápido; no

obstante, una fuerza interior me impulsa hacia adelante. Nunca he querido saborear algo tanto como ahora mismo quiero hacer con sus labios. Lo agarro de la cara y salvo la distancia que hay entre nosotros hasta cubrir su boca con la mía. Todavía distingo el sabor del chocolate y la nube, que hace que él sepa casi igual de dulce. Tomo la iniciativa y llevo la lengua a la hendidura entre sus labios. Él no se doblé y me invita a jugar a una sensual variante del juego de la cuerda.

Le rodeo el cuello con los brazos y antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, me encuentro sentada a horcajadas sobre su cuerpo con él en el suelo. Todo tiene que ver con el control. Yo controlo el ritmo, el movimiento, y lo lejos que llegamos... Todo depende de mí. Me siento bien, liberada en realidad, al permitirme aceptar lo que Asher me está ofreciendo. Es lo opuesto completamente a lo que experimenté en casa de Drew.

Separo los labios de los de Asher y los muevo para darle besitos en las mejillas, en la frente, y luego en el cuello. Sus manos no me tocan mientras yo exploro cada centímetro de su piel que mis labios encuentran. El calor me inunda el cuerpo entero; una sensación completamente nueva para mí. Cuanto más lo toco, más ganas tengo de que sus manos me acaricien. De hecho, no creo que pueda vivir ni un minuto más sin sentir sus manos sobre mi piel.

—Creo que te toca —declaro, y coloco las manos a cada lado de su cabeza para impulsarme hacia arriba.

—No quiero obligarte a hacer nada para lo que no estás preparada —dice acunándome el cuello con las manos.

—Asher, lo necesito —respondo antes de morderme el labio inferior—. Lo quiero. —Es mi declaración de libertad. Estoy preparada para pasar página en mi vida.

—¿Estás segura? —pregunta acariciándome el mentón con los pulgares.

—Sí, quiero que me beses y me toques. No te contengas —le ruego, loca por sentir su pasión—. Yo te diré cuándo parar.

Tira de mi cara hacia abajo y pega sus labios a los míos. Es increíble, pero yo quiero ir más allá. Me deshago de su agarre, levanto las piernas de sus caderas y me tumbo de espaldas junto a él.

—¿Qué haces?

—Tumbarme —respondo. Noto cómo el corazón me late contra el pecho. Necesito saber que soy capaz de hacer esto con alguien. Y para mí Asher es ese alguien.

Enarca ambas cejas al tiempo que se gira hasta quedar tendido de lado con el torso pegado a mi brazo. Rota un poquito más para quedar medio encima de mí.

—¿Estás bien? —inquire a la vez que me peina con los dedos el cabello que tengo desparramado por la manta.

—Lo estaré —respondo intentando centrarme en su contacto y no en el peso de su cuerpo.

Él baja su cabeza y alinea su ojo izquierdo con el derecho mío.

—¿Alguna vez te han dado un beso de mariposa? —susurra agarrándome suavemente de la cadera.

Niego con la cabeza y me percato de cómo brillan sus ojos bajo la luz de la luna.

—Pues vamos a cambiar eso ahora mismo. —Baja la cabeza un pelín más y deja que nuestras pestañas se rocen. Esa delicada caricia es la cosa más romántica que he sentido nunca en la vida. Continúa con mi otro ojo y repite el mismo aleteo. Se me escapa una risilla de los labios.

Cuando se echa hacia atrás y dibuja otra línea entre sus ojos y mi boca, abro los labios y espero a que los fuegos artificiales den comienzo en mi estómago. Y cuando ya no queda espacio entre nuestros labios, estos empiezan a explorar una y otra vez. Me regala unos minutos de puro gozo al no dejar intacto ni un milímetro de piel de mi rostro. Cuando mueve los labios hasta ese lugar especial que hay bajo mi oreja, me agarra un pecho con la mano. Hay por lo menos tres capas de ropa entre nosotros, pero me es imposible recuperar el aliento.

Casi puedo sentir a Drew invadiéndome, pero lo bloqueo rápidamente manteniendo los ojos clavados en el dulce muchacho que me ha dado tanto. Quiero esto, así que no voy a dejar que Drew me lo siga arrebatando. No voy a dejar que dicte el resto de mi historia... ya me ha quitado demasiado.

Nos quedamos así hasta que se nos congela tanto la nariz que ni la sentimos siquiera. No va más allá de unas cuantas caricias y una docena de besos apasionados. Está reescribiendo con éxito mi espantosa noche.

Asher Hunt está trayendo de vuelta a la verdadera Kate.

No he visto ni hablado con Beau desde hace un par de meses. Dicen que el tiempo cura todas las heridas y yo espero que eso sea cierto en nuestro caso. Lo echo de menos, pero tengo la esperanza de que algún día todo vuelva a ser como antes.

Asher dice que tengo que darle espacio, y odio admitirlo pero generalmente siempre tiene razón.

Asher me ha enseñado muchas cosas.

Me ha enseñado que siempre y cuando siga respirando, la vida no se ha acabado y que no debería tener tanta prisa en darme por perdida. Puede que no tenga la capacidad de controlar todo lo que me ocurre, pero sí que puedo decidir ahora cómo reaccionar a ello. Me ha enseñado que cuanto más me arriesgue, menos miedo sentiré con el tiempo. Si me da pánico hacer algo mínimamente fuera de lo que estoy acostumbrada, nunca seré capaz de vivir la vida como se supone que debo hacerlo.

Y me ha enseñado lo que es el amor de verdad.

El amor es el sentimiento más poderoso que reside en nuestro interior. Y cuando lo tienes, ayuda a reducir todo el dolor escondido en lo más recóndito de nuestro corazón.

Las cosas están cómodas y emocionantes entre nosotros. Me hace sentir protegida y a salvo. Ladrillo a ladrillo, está derribando todas mis barreras, y cuanto más cerca está de echarlas completamente abajo, más rápido quiero que lo haga.

Esta noche me ha invitado a la casa del lago con la excusa de que quiere hacer la cena y ver una peli. Hace un par de meses le habría dicho que no. La mera sugerencia de pasar tiempo con él a solas ya me habría provocado un miedo atroz en todo el cuerpo.

Las cosas son diferentes ahora.

Aprieto las manos sobre el volante mientras conduzco hasta su casa. Me dijo que también tenía una sorpresa para mí esta noche, y no tengo ni idea de qué podría ser. Asher puede llegar a ser muy misterioso, así que nunca sé exactamente qué as tiene guardado en la manga.

Aparco mi viejo Honda detrás de su coche y lo localizo a través del parabrisas, concentrado y trabajando diligentemente en la cocina. Nunca antes ha cocinado para mí, así que todavía me queda por ver si de verdad tiene talento en la cocina. No puede ser mucho peor que yo.

Cuando me ve por la ventana, asiente antes de desaparecer de mi vista. Salvo los tres pasos que me separan de la puerta principal y alzo la mano hacia el pomo, pero se abre antes de que yo pueda tener la oportunidad de apoyarla. Ahí está Asher,

enfundado en una camisa negra con las mangas remangadas hasta los codos y unos vaqueros descoloridos, y con una enorme sonrisa plantada en la cara. Me encanta cómo me está mirando. Solo con verlo sonreír la tensión arterial se me pone por las nubes.

—Hola —dice, asiéndome de la mano y guiándome a través del umbral. En cuanto echa el pestillo, me envuelve la cintura con los brazos y entierra la nariz en mi pelo—. Siempre hueles bien —murmura.

—Solo es el champú —digo, riéndome y rodeándole el cuello con mis brazos. En cuanto levanta el rostro de mi pelo, utilizo mis manos para atraer sus labios hacia los míos. Me he vuelto adicta a sus besos.

Ese momento en que conectamos es como si un millón de flashes se dispararan en mi cabeza. Saca a flote cada parte de mí y no tengo nunca suficiente. Me hace hacer cosas que no pensé que haría nunca. Su beso siempre es muy dulce al principio, pero sé el hambre que tiene de mí en cuanto su lengua toca mis labios. Se lo doy porque yo lo necesito tanto como él. No hay nada que tenga Asher Hunt que no haya aprendido a necesitar.

Y cuando termina, vuelve a depositar otro beso largo más suave sobre mis labios antes de retroceder y mirarme con tanta adoración en los ojos que no quiero romper el contacto visual con él nunca. Me da valor y un propósito para vivir. Sé que me estoy enamorando de él, pero tengo miedo, al menos hasta que él sienta lo mismo por mí.

—¿Lista para comer? —pregunta, tirando de mí hacia la cocina.

—Me muero de hambre —respondo y lo sigo paso a paso. La mezcla de ajo y queso me golpea las fosas nasales y hace que me gruñe el estómago. He trabajado por la mañana y no he tenido tiempo de pegar bocado en el almuerzo, y cuando llegué a casa estaba tan nerviosa por la sorpresa de Asher que no pude ni pensar siquiera en comer nada.

La cocina es pequeña, del estilo a las que tienen los barcos, pero al fondo hay una mesa con dos sillas. Ha dispuesto dos platos y dos copas de vino llenas de agua. No puedo evitar sonreír al ver la decoración.

—Espero que te guste la comida italiana. He estado todo el día liado con la lasaña —me dice sonriendo y me indica que me siente.

—Huele genial. ¿Qué le has puesto? —pregunto tomando asiento.

—Bien... déjame ver —dice mientras se acerca a la basura. Saca una cajita roja y empieza a leer la parte de atrás—. Bechamel, puré de tomate...

Me río hasta que me duelen los abdominales.

—Con que Knorr, ¿eh?

—No esperarías en serio que fuera a hacer la lasaña entera, ¿no?

—No sabía a qué atenerme cuando me invitaste a cenar, pero para serte sincera sí que me esperaba algo parecido a la lasaña congelada.

Bromeo y lo pillo poniéndome los ojos en blanco antes de volverse hacia el fogón.

—Eh, también he hecho el pan de ajo y la ensalada —dice, ladeando la cabeza

con una sonrisa burlona. Me pregunto si se da cuenta siquiera de lo sexy que está cuando se pone a la defensiva. Me siento tentada de preguntarle qué marca de ensalada y pan de ajo ha comprado, pero decido portarme bien. La intención es lo que cuenta.

Me reclino en la silla y admiro las vistas que me da cuando saca la cena del horno e intenta servirnos. La forma en la que frunce el ceño al intentar partir la lasaña en cuadrados perfectos es una de las cosas más graciosas que he visto nunca. Sé que fue a la universidad para estudiar ingeniería, y creo que habría sido verdaderamente bueno en ello por lo minucioso y perfeccionista que es. Quizá pueda convencerlo de que vuelva.

—Aquí tienes. Espero que esté bueno, si no, la culpa la tienen los fabricantes de la comida congelada —dice en broma y colocando dos platos sobre la mesa.

—Tiene buena pinta. —Sonrío. Y es verdad. Mis papilas gustativas se derriten con todo, especialmente si lo comparo con los fríos sándwiches que normalmente suelo cenar.

—¿Qué has hecho después de trabajar? —pregunta y le da un mordisco a un trozo de pan de ajo.

—No mucho. Me duché, leí unos cuantos capítulos de mi libro, y luego vine aquí. Lo mismo de siempre. ¿Y tú qué? —inquiero.

—Ya lo verás luego —dice tratando de evitar el contacto visual conmigo. Daría lo que fuera por saber ahora mismo cuál es esa gran sorpresa. Odio las sorpresas.

—¿Cuando terminemos de cenar?

—No. Había pensado limpiar la cocina, luego ver la peli y luego dártela —comenta, alcanzándome la comisura del labio con su pulgar antes de apartar la mano rápidamente—. Tenías salsa ahí.

—A lo mejor deberíamos saltarnos la película —sugiero y me como el último trozo que me queda en el plato. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero coquetear con Asher me parece lo más natural del mundo.

—¿Ah, sí? A mí también se me ocurren mejores cosas que hacer que ver una peli. Quizá podamos llegar a un acuerdo. —Se inclina hacia mí y apoya la mano sobre mi muslo.

Me ruborizo y cojo aire unas cuantas veces para calmar los nervios. Asher no es un chico tímido, pero a veces su descarado me pilla por sorpresa. Hemos hecho cosas que nunca imaginé ser capaz de hacer antes de conocerlo. Él logra que todo sea natural, y lo hace con tanta bondad que mi cuerpo ha empezado a disfrutarlo en vez de encogerse ante su contacto.

—Te ayudaré a limpiar para que podamos hablar sobre ese acuerdo —digo al tiempo que me levanto para recoger la mesa.

Me agarra de la muñeca para detener mi progreso.

—Deja eso ahí un momento.

Envuelve mi mano en la suya, mucho más grande, y tira de mí hacia el salón. La

respiración empieza a acelerárseme un poco a medida que avanzo hacia el sofá con rodillas temblorosas. Está tan serio, algo tan raro en él, que me pone nerviosa.

—Vuelvo enseguida —dice justo antes de adentrarse en la parte trasera de la casa. Lo espero con las manos contraídas entre mis rodillas temblorosas. La casa entera se encuentra en silencio a excepción del leve zumbido proveniente del frigorífico y de las pisadas de Asher sobre los tablones de madera.

Cuando sale de su cuarto con su guitarra, una sonrisa se me dibuja al instante en la cara. Todavía tengo presente la última vez que tocó para mí, y si su sorpresa es un bis, es la mejor que he tenido en muchísimo tiempo.

—Llevo queriendo decírtelo durante un tiempo, pero no estaba muy seguro de cómo hacerlo, así que he aprendido a tocar otra canción para ti —admite, nervioso, antes de sentarse a mi lado en el sofá.

Me quedo sentada en silencio y con la boca abierta cuando empieza a tocar los primeros acordes en su guitarra. Al principio no reconozco la canción, pero en cuanto canta el primer verso, «*Find me here, and speak to me*», advierto que es *Everything*, de Lifehouse. He escuchado esta canción muchísimas veces; la letra y el significado que hay detrás son absolutamente preciosos. Y cuando Asher me las canta sin dejar de mirarme... se me corta literalmente la respiración.

Durante un parón en la letra, se pasa la lengua por el labio superior y todo en lo que puedo pensar es en reemplazar su lengua por la mía. Su voz, tan suave como los pétalos de una rosa, vibra por toda la estancia. Cuando la canción está terminando, me fijo en que tiene los ojos brillantes y al instante las lágrimas empiezan caer de los míos.

Asher es todo lo que necesito.

Estoy segura.

Tras tocar la última nota, deja la guitarra contra un lateral del sofá y se vuelve hacia mí para limpiarme la humedad que tengo en las mejillas con las yemas de sus pulgares.

—Gracias —articulo al tiempo que coloco una mano contra su pecho.

Inclina la cabeza y me da un besito en la mejilla.

—No hay nada en esa canción que no me haga pensar en ti —susurra. Su cálido aliento me acaricia la oreja y hace que un escalofrío me recorra todo el cuerpo.

Pego los labios a su cuello y los mantengo quietos durante unos pocos segundos antes de dejar un reguero de besos por su piel caliente. Hunde la punta de su nariz en mi pelo y luego levanta la cabeza para poder obtener una mejor vista de la expresión de necesidad que tengo estampada en la cara. Me roza el mentón con la punta de sus dedos y cierro los ojos con fuerza para poder concentrarme únicamente en el contacto de sus dedos contra mi piel. Cuando llegan hasta mi nuca y me atraen hacia él, puedo sentir el latido de mi corazón en la garganta mientras espero a que me bese.

Cuando sus labios entran en contacto con los míos, el tiempo parece transcurrir a un ritmo más lento para ambos. Sus labios están declarándole su amor a los míos,

igual que la canción. Se mueve y coloca la rodilla entre mis piernas para que nuestros cuerpos queden conectados. Estoy tan inmersa en el momento y en su beso, que no me doy cuenta de que tengo la espalda apoyada cómodamente sobre los cojines del sofá, hasta que su pecho no está completamente pegado al mío. Ya hemos hecho esto antes, venerarnos el uno al otro con los labios y los dedos sin tener que quitarnos una sola prenda de ropa. Sin embargo, esta noche... esta noche todo parece distinto. Esto parece totalmente distinto.

Me tiemblan las manos cuando las alzo hasta su camisa y lentamente empiezo a desabotonarla. Asher deja de moverse y carga todo el peso de su cuerpo sobre los codos para poder mirarme a los ojos. Tiene el cejo fruncido y se le forman arrugas en la frente. Lo sabe todo sobre mi pasado... mis preocupaciones, y mi vergüenza. Sabe que llevar nuestra relación al siguiente nivel no va a ser fácil para mí. Ha sido testigo día tras día del miedo paralizador y de la culpa que se alojan dentro de mí. Cogida de su mano, he intentado escapar de la oscuridad durante este último par de meses. De hecho, de no ser por él todavía seguiría hundida en mi propia miseria.

Tiene las manos sobre mi cabeza y usa las yemas de los dedos para masajearme el cuero cabelludo con círculos pequeñitos. Le desabrocho el último botón y le paso las manos por el torso, deslizándolas por encima de sus hombros y bajándole la camisa por los bíceps. Él se inclina hacia mí y me besa en el mentón.

Cuando rompe el contacto, se sienta sobre las rodillas y tira de mí hasta dejarme frente a él. Sus ojos miran fijamente a los míos. Sé qué es lo que busca; lo mismo que yo he estado buscando.

Decisión y seguridad.

Me encuentro en una encrucijada; puedo elegir vivir todo lo que tenía planeado en la vida, o permitir que Drew me controle otra noche más. No puedo seguir dejando que Drew dicte los detalles de mi futuro. No cuando Asher es capaz de borrar ese pasado con sus actos.

Asiento y estiro los brazos por encima de la cabeza. Al instante se le ilumina el rostro y me levanta la camiseta hasta dejar a la vista el sujetador blanco de encaje que llevo debajo. Se me derrite el corazón de ver cómo me mira con esos ojos azul grisáceo. No tiene nada que ver con la monstruosa expresión que vi en la cara de Drew aquella noche. Esta es mi oportunidad para sacármelo todo por fin de la cabeza.

Estoy preparada.

Acaricia mis brazos con el dorso de sus manos y luego delinea mi clavícula con la punta de los dedos. Sus movimientos son lentos para ir comprobando en todo momento mi nivel de confort. Cada vez que levanta los dedos de mi vientre o de cualquier otra parte desnuda de mi cuerpo, deseo que me dé más.

—Hazme el amor. —Hablo en voz baja porque estoy intentando contener los nervios que están apoderándose de mí.

Abre los ojos como platos, pero al instante se recupera.

—Voy a hacer más que eso, Kate. Voy a besar cada centímetro de tu piel, y

cuando acabe lo vas a sentir aquí —susurra colocando una mano sobre mi pecho desnudo.

Apoyo la frente contra la suya y reprimo los sentimientos que amenazan con inundarme los ojos y las mejillas de lágrimas.

—Hazme olvidar. Quiero sentir tus manos sobre mi piel. Quiero oír tu voz en mi cabeza una y otra vez diciéndome palabras que quiero recordar en vez de las que quiero olvidar. Quiero que me toques por dentro... por todos lados.

Pega sus labios contra los míos y me tumba poco a poco sobre el sofá sin dejar de mirarme ni un segundo.

—Confía en mí. Cuando haya acabado contigo, todo en lo que serás capaz de pensar seré yo. —Se inclina para volver a besarme. Esta vez el beso dura un poquito más y me ayuda a calmar los nervios—. Y quiero que recuerdes que nunca cogeré nada de ti que tú no me quieras dar. Tienes todo el control.

Cierro los ojos y cojo tanto aire como mis pulmones me permiten. Ya es hora de dejar que los últimos recuerdos insoportables se reescriban.

Siento sus manos sobre mi vientre, así que vuelvo a abrir los ojos y lo veo mirarme con ardiente intensidad. Ya no queda duda alguna. El camino entre nosotros está claro, y yo quiero esto. Quiero esto con Asher; soy incapaz de imaginarme compartiendo este momento con alguien que no sea él.

—Si quieres parar en cualquier momento, solo dímelo. No quiero que te arrepientas. —Mi cuerpo empieza a relajarse antes de que yo repare siquiera en ello—. Ven —dice, poniéndose en pie y alargando los brazos para agarrarme de las manos. Cuando me alzo, me envuelve entre sus brazos y apoya las manos en mi zona lumbar.

Asiento y me coge de la mano para guiarme hasta el dormitorio. En cuanto cruzamos el umbral, cierra la puerta y se queda detrás de mí con las manos colocadas sobre mis caderas. Me echa el pelo hacia un lado y deja que sus dedos me rocen la piel, cuyo contacto me envía una sensación de hormigueo por todo el cuerpo. Siento unos besos dulcísimos en la nuca y sobre los hombros. Asher usa sus labios para acariciar mi espalda al tiempo que sus manos cubren mis senos y la yema de sus pulgares juegan con mis pezones. Me relajo y dejo que me abrace mientras el deseo inunda mi cuerpo.

Devuelve las manos a mis caderas y las utiliza para girarme y que quedemos frente a frente otra vez. No puedo aguantarme las ganas de besarlos cuando sus dedos empiezan a toquetear el botón de mis vaqueros. Me los baja por las piernas sin perder la conexión que he creado con nuestros labios.

La pura agonía que sentí aquella noche cuando Drew me bajó los pantalones resurge en mi pecho, pero la exilio con facilidad. Me saco los vaqueros y bajo la cremallera de los suyos. Sus manos acunan mi rostro a la vez que deposita sensuales besos en cada una de mis facciones: mejillas, nariz, justo encima de los ojos y en la comisura de los labios.

—Eres tan preciosa, Kate. Tan jodidamente preciosa —dice contra mis labios antes de besarlos una vez más.

Sus dedos desabrochan rápidamente mi sujetador mientras yo hundo los míos en su alocada cabellera rubia. Tras deslizar los tirantes lentamente por mis brazos, me empuja hacia atrás hasta que mis rodillas chocan contra el borde de la cama. Me siento y me impulso hacia atrás hasta tener la espalda completamente apoyada contra el cabecero. Ver cómo le brillan los ojos cuando se acerca reptando hacia mí hace que el corazón se me ensanche en el pecho. Su cuerpo es perfecto; musculoso pero no demasiado grande, y esos pelos que le caen por la frente me gritan que los aparte con los dedos.

Dedica varios minutos a cubrir cada centímetro de mi piel con su boca, tal y como había prometido, antes de acariciarme el cuello con la nariz. Cada vez que toca ese lugar especial bajo mi oreja, un escalofrío me recorre la espalda.

Mete dos dedos por debajo del elástico de mis bragas y me las desliza por las piernas al tiempo que siento que se me acelera la respiración. Cada movimiento que hace, lo hace por amor. No solo va a tener sexo conmigo. No va a tomar nada de mí que yo no quiera darle. Va a hacerme el amor, lento y suave, prestando atención a todas y a cada una de las partes de mi cuerpo.

Cuando sus labios acarician con suavidad la cara interna de mis muslos, cierro los ojos para concentrarme por entero en su contacto. Entonces los abro de golpe en cuanto su boca abandona mi piel y veo que se echa hacia atrás para bajarse los vaqueros y los bóxers. Cierro los puños con fuerza y me trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

Me quedo quieta mientras él alarga el brazo hasta el cajón de la mesita de noche y saca un condón. Cuando oigo ese sonido conocido del envoltorio al rasgarse, cierro los ojos y respiro hondo. Pero poco a poco vuelvo a abrirlos, y me encuentro con los suyos azules llenos de cariño.

—¿Estás bien? —susurra inclinándose para depositar un beso en mi barbilla.

Asiento y le aparto un mechón de pelo de la frente.

—Más que bien.

Voy a hacer esto de verdad. Voy a tener sexo con Asher.

Puede que no sea el primero en invadir mi cuerpo, pero sí que es el primer chico con cuyo cuerpo he querido sentirme conectada. Así es como me había imaginado que sería perder la virginidad.

Cubre mi cuerpo con el suyo y me deja palpar lo mucho que me desea. Su rostro se cierne sobre el mío y puedo ver sus ojos iluminados por el suave resplandor de la luna.

—Eliminaré todo lo que él dejó en tu interior —susurra contra mis labios deslizando una mano entre nuestros torsos y colocándola sobre mi palpitante corazón.

Cuando la desplaza hasta mi vientre y se para entre mis piernas, vuelvo a respirar hondo.

—Relájate —dice rozando sus labios con los míos—, voy a cuidar de ti. —Desliza paulatinamente un dedo en mi interior, luego dos y mi cuerpo se tensa otra vez, pero tras unos cuantos movimientos suaves, comienzo a relajarme.

Todo lo que me está realizando me hace sentir muy bien.

Una lágrima se desliza por mi sien cuando aparta el dedo y se coloca bien entre mis piernas. Me va llenando poquito a poco para dejar que me acostumbre a la invasión. Cojo aire varias veces y vuelvo la cara hacia un lado en un intento por concentrarme en cualquier cosa menos en los viejos recuerdos que estoy tratando de dejar atrás.

—Sigue mirándome —dice girándome la cara de nuevo con su dedo índice. Se mueve lentamente y poco a poco, nunca tomando más control del que estoy dispuesta a darle. Es un baile de toma y daca; de placer y curación.

—¿Estás bien? —pregunta a la vez que se detiene para acunarme el rostro entre sus manos.

Una sola mirada a esos ojos preocupados y la pregunta se vuelve fácil de responder.

—Sí —susurro, y tiro de su cuello hacia abajo. Necesito que se relaje y disfrute del momento conmigo. Esta es la experiencia con más sentimientos y emociones de por medio que haya vivido nunca; una experiencia maravillosa que está sustituyendo a otra aterradora e inolvidable.

Permanece quieto sin desviar los ojos de los míos ni una sola vez. Empieza a moverse paulatinamente de nuevo mientras me besa. Siento un aguijonazo de incomodidad por mi inexperiencia y por la novedad de saberlo en mi interior, pero tras unas cuantas arremetidas lentas y tranquilizadoras se calma y permite que me concentre en él por completo. Intento leer su preciosa expresión y dejo que mis pensamientos se hagan con el control que mis viejos y dolorosos recuerdos quieren conseguir.

Su cuerpo permanece sobre el mío. Mantiene un ritmo controlado y apenas parpadea cuando perfora mi alma con los ojos. Me mira como si me quisiera y me necesitara, como si a pesar de lo que haga o me hayan hecho, él siempre me fuera a apoyar. Me mira como si nunca tuviera suficiente de mí.

Su mano se adentra nuevamente entre nuestros cuerpos unidos.

—Quiero que lo sientas, Kate. Quiero sentir que lo sientes —gruñe acariciando dulcemente mi carne sensible y caliente. Lo que me está haciendo me hace sentir auténtico placer. Está haciendo desaparecer la tensión de mi cuerpo. Estoy acercándome cada vez más al filo de un precipicio desde el que en realidad quiero saltar... y la siguiente vez que me embiste, lo hago. No se parece a nada que haya experimentado antes. Me siento ingrávida cuando mi cuerpo se contrae alrededor del suyo.

Asher acelera el ritmo y su propia respiración hace lo propio. Justo cuando me estoy recuperando de la caída, su cuerpo se tensa encima del mío y veo cómo separa

los labios.

—Kate. —Le cuesta respirar cuando se tumba junto a mi cuerpo, me acuna el rostro entre sus manos y apoya la cabeza entre mis senos.

Estoy deleitándome en el momento, acariciándole la espalda de norte a sur con las puntas de mis dedos. Si todas las cosas pudieran ser como esta, nunca habría tenido nada que olvidar. No quiero separarme nunca de Asher. Tengo la sensación de que lo enviaron aquí para despertar mi alma, pero decidió no quedarse solo ahí.

Lo ha despertado todo.

Levanta la cabeza para darme un beso largo y firme en los labios. Cuando se aparta, se muerde el labio inferior y todo en lo que puedo pensar es en volver a besarlo. Le rodeo el cuello con las manos y atraigo su boca hacia la mía.

—Tus besos son increíbles —susurro sonriéndole.

—No, la velada entera ha sido increíble —me corrige—. Más que increíble, en realidad.

—Gracias —susurro.

—Yo soy el que debería estar dándote las gracias. Eres una auténtica preciosidad.

—Tú no estás del todo mal tampoco —respondo antes de besarlo una vez más.

—¿Te quedas conmigo esta noche? —pregunta rozándome la frente con la yema de su dedo pulgar.

—Me quedaría contigo cada noche si me lo pidieras. —Se pone bocarriba y me estrecha contra su pecho.

Podría acostumbrarme fácilmente a dormir así cada noche.

Despertarse entre los brazos de Asher es como despertarse en una nube donde nada puede hacerme daño. He dormido mejor esta noche que en estos dos últimos años juntos. No me quedé tumbada dándole vueltas a nada. No hubo pesadillas. Solo estábamos él y yo.

La noche entera ha sido como un sueño para mí y tengo miedo de abrir los ojos; todavía puedo sentir el constante subir y bajar del pecho de Asher bajo mi mejilla. Estiro el brazo para entrelazar nuestros dedos, y él me estrecha aún más fuerte contra sí. La vida debería estar siempre llena de mañanas como esta.

—Eh... ¿qué haces despierta tan temprano? —pregunta con una voz ronca y profunda de recién levantado.

—Casi es mediodía —respondo antes de darle un besito en el pecho.

—¿Hoy trabajas?

—Si lo hiciera, estaría metida en un buen lío, ¿no crees? —digo coqueta y apoyando la barbilla sobre su torso.

—Sí, porque Kate no es de las que se meten en líos, ¿verdad?

La estancia se queda en silencio cuando me concentro en la barba incipiente de su mentón. Sí que me he visto metida en problemas antes... más que suficientes. De los peores.

—Lo siento. No quería que sonara así.

—Lo sé. Odio que mi mente siempre quiera jugármela —digo intentando obligarme a sonreír. Asher nunca me haría daño malintencionadamente. Ni físico, ni emocional. Cada día busco consuelo en eso.

—Eh, céntrate en mí. No en lo que pasó —susurra al tiempo que me acuna el rostro con su mano izquierda.

—Lo intento —digo buscando su contacto.

—A lo mejor puedo ayudarte con eso... —sugiere girándome hasta quedar bocarriba. Nuestros cuerpos todavía siguen desnudos de las actividades de anoche, así que cuando sus labios tocan los míos, el deseo comienza a correr enérgico por mis venas. He degustado lo que es estar con Asher y ahora me he vuelto adicta a ello. No creo poder tener nunca suficiente de él ni de la fantástica sensación de que su piel esté en contacto con la mía.

Primero me hace el amor con las manos poco a poco, llevándolas desde mis tobillos hasta mis muslos. Las puntas de sus dedos recorren toda mi piel prestando especial atención a la zona sensible entre mis piernas, y no paran hasta haberme dibujado circulitos alrededor del ombligo. Cuando sus labios entran en contacto con

la base de mi cuello, rodeo sus hombros con mis brazos y lo atraigo hacia mí. No creo que sea consciente de que soy yo la afortunada en esta situación. Yo he sido la salvada por un hombre que ha arrasado mi vida como un ciclón.

Empieza a separarse de mí, pero yo lo agarro del brazo y lo paro en seco.

—¿Adónde vas?

—Tengo que coger una cosa del cajón —dice sonriendo y me acaricia el pómulo con el pulgar.

—Tomo la píldora —suelto de sopetón, todavía agarrando su brazo.

La sonrisa desaparece de sus labios pero no rompe el contacto visual conmigo en ningún momento.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

Aflojo la presión sobre su brazo y él apoya las manos en mis caderas al tiempo que me penetra con suavidad. Esta vez me concentro en la sensación de tenerlo dentro de mí, en cómo me llena por completo. Cuando deja un reguero de besos por la línea de mi barbilla, aprovecho para cerrar los ojos y permitir que las sensaciones se adueñen de mí. Es la sensación más increíble del mundo, y esta vez mi cuerpo llega él solito hasta el borde de aquel precipicio. Arqueo la espalda a la vez que me contraigo a su alrededor.

—Abre los ojos. Necesito ver tus ojos —dice mientras pasa los dedos por entre mis senos. Cuando los abro, veo los suyos azules mirándome fijamente.

—Asher...

—Kate —gime y arremete contra mí un poquito más fuerte.

—Te quiero —suelto en voz baja mientras dejo que se corra dentro de mí. Su cuerpo se convulsiona repetidamente antes de quedarse totalmente quieto. No sé si lo he dicho demasiado pronto, pero en ese momento estuve perdida en él, era lo que justamente sentía. Llevo sintiéndolo durante mucho tiempo, pero me daba demasiado miedo admitirlo en voz alta.

—Kate —dice, y abre y cierra la boca un par de veces para tratar de recuperar el aliento.

Niego con la cabeza y me quedo mirando el techo nerviosa, perdida.

—No hace falta que digas nada. Solo necesitaba que lo supieras.

—Una gran parte de mi corazón es tuyo. Nunca he sentido nada así por nadie, y no quiero que pienses que no me importas solo porque no pueda decirlo todavía. — Me acaricia las mejillas con los dedos y cierro los ojos de forma instintiva. Asher no es el primer chico del que me he enamorado, pero sé lo confusos que esos sentimientos pueden llegar a ser. Cuando le abres tu corazón al amor, también lo estás exponiendo al dolor. El dolor producido por el amor es la peor de todas las agonías. Lo sentí cuando le rompí el corazón a Beau, y espero no tener que volver a hacerlo.

—No pasa nada —digo tratando de ocultar la decepción de mi voz. Sus palabras significan mucho para mí, pero no eliminan el mal palpito que ha empezado a

resurgir en mi interior.

—Me gustas mucho. Mucho, mucho —coquetea acariciando mi nariz con la suya.

—Supongo que tú a mí también me gustas mucho —le sigo el juego y hundo mis dedos en su pelo. Sus mechones rubios están más descontrolados que de costumbre tras una noche de sueño y dos muestras de amor desenfrenado entre las sábanas. Le va de perlas a su lado salvaje e incontrolable.

—Necesito ir al baño. No te muevas de aquí —dice trasladando ese culo firme y desnudo hacia el pasillo.

Me llevo las manos detrás de la cabeza y me quedo mirando el techo rugoso que cubre la vieja casa del lago. No se parece en nada al de mi casa, lleno de humedades, pero me ofrece algo nuevo en lo que concentrarme. En vez de darle vueltas a las mismas cosas que antes, reproduzco de nuevo en mi mente los acontecimientos de la noche anterior y de esta mañana. Las cosas no podrían ir mejor.

Nuevo techo.

Nuevos recuerdos.

Una nueva yo.

Oigo la puerta principal cerrarse de golpe y mi paraíso interno desaparece hasta quedar reducido a nada.

—Asher, ¿estás aquí? —grita una voz madura de hombre.

Asher sale volando del cuarto de baño y abre uno de los cajones de su armario antes de sacar unos pantalones de chándal grises y de ponérselos.

—Quédate aquí. Vengo en unos minutos. —Camina hacia la puerta y se vuelve hacia a mí en cuanto apoya la mano en el pomo—. Vístete... por si acaso.

No me da la oportunidad de preguntarle nada. Simplemente sale del dormitorio y cierra la puerta suavemente a su espalda. Nerviosa, me pongo la ropa de la noche anterior y me dirijo de puntillas al cuarto de baño atusándome el pelo.

Cuando abro la puerta del baño, oigo gritar a Asher. Sé que no debería escuchar a escondidas, pero no puedo evitarlo, odio oírlo tan molesto.

Dejo la puerta entornada y pego la oreja contra la rendija.

—¡Por qué no me dejas en paz! ¡Es mi vida! ¡No la tuya! —grita Asher. El dolor está patente en su voz. El corazón me ordena a voces que salga de aquí y vaya a consolarlo, pero sé que puede ocuparse de todo él solo. Ya le he visto hacerlo antes.

—También es su vida. Ni siquiera se lo has dicho, ¿verdad? —le devuelve su padre igual de fuerte. Reconozco su voz del par de veces que lo he visto; no está contento.

—No puedo. Solo quiero estar con ella. Si se lo cuento lo mandaré todo a la mierda —responde Asher tan bajito que apenas puedo oírlo. Siento como si me estuvieran comprimiendo los pulmones dentro del pecho. Estoy teniendo un *déjàvu* de la primera conversación que oí entre él y su padre, y esta vez no creo que pueda quedarme al margen y fingir que no la he escuchado. Asher seguramente se dé cuenta de la preocupación que porta mi rostro nada más verme.

—Vas a hacerle más daño si esperas. ¿Es eso lo que quieres, Asher?

—¡Te importé una mierda de pequeño! ¿Y ahora decides empezar a preocuparte por lo que hago o dejo de hacer en mi vida? —grita Asher. Oigo pisotones sobre los tablones de madera del suelo y corro a cerrar la puerta antes de apoyar la espalda contra ella.

El corazón me late veloz contra el tórax y los pensamientos se me disparan cuando intento decidir qué hacer ahora. ¿Debería quedarme aquí y simular que no he escuchado nada? ¿Debería volver a su habitación e interrogarlo sobre ese secreto que tanto guarda?

Cuando oigo el portazo que da al entrar en su dormitorio, pego un bote y cierro con fuerza los ojos. Quizás este no sea el mejor momento para confrontarlo. Quizá debiera esperar hasta mañana, cuando ya haya tenido tiempo de calmar los humos.

No lo sé todo de Asher, y cuando le doy vueltas a qué podría ser peor que acarrear consigo la culpa por la muerte de Megan, se me revuelve el estómago. Abro poco a poco la puerta del baño y miro a ambos lados del pasillo para cerciorarme de que no hay nadie, antes de cruzarlo para llegar al cuarto de Asher. A medida que voy abriendo la puerta, lo atisbo sentado en un lateral de la cama con los codos apoyados en las rodillas y la frente oculta entre sus manos. Está completamente destrozado.

Cierro la puerta y espero a que alce la mirada y repare en mí. Se vuelve en mi dirección con los ojos enrojecidos y llenos de tristeza y pone una mueca de dolor antes de relajar los hombros. No quiere que lo vea así, nunca quiere, pero no voy a dejarlo.

—¿Quieres hablar de ello?

Sacude la cabeza en triste silencio sin siquiera mirarme. Me siento en la cama igual de sigilosa mientras lidio con la cantidad de sentimientos que están apoderándose de mí. Quiero darle mi apoyo, pero no puedo huir de esa sensación extraña que siento en el estómago y que me está diciendo que sea lo que sea que me esté ocultando tiene la capacidad de hacer mi mundo añicos. Una voz dentro de mi cabeza me grita que huya antes de que tenga la oportunidad de decírmelo... puede que sea mejor que no lo sepa. ¿Es posible que haya alguien más en su vida de la que no tenga constancia? ¿Tiene planeado marcharse pronto? Todo lo que se me viene a la mente me asusta sobremanera y necesito tiempo para procesarlo.

—Voy a ir tirando para casa. Mi madre seguro que está preocupada por mí — anuncio al tiempo que me pongo en pie.

Espero, pero todo lo que recibo es un completo silencio; un silencio ensordecedor que hace que me ansíe todavía más. Cierro los ojos con fuerza y me giro para encaminarme hacia la puerta.

Su mano envuelve la mía y me detiene en el sitio.

—Kate —susurra.

—¿Sí? —Mi voz es moderada, solo está medio tono por encima del susurro.

—Gracias por esta noche. Ha significado tanto para mí como para ti —dice

sonriéndome con tristeza y poniéndose en pie. Me levanta la barbilla con un dedo y pega sus labios a los míos. Siempre que Asher me besa, el calor y la felicidad recorren mi cuerpo, pero esta vez... esta vez solo parece un adiós. Sus labios se aferran a los míos como una nube de tormenta al día lluvioso. Se aparta, pero seguidamente pega su nariz a mi cuello para olerme. Cuando alza la cabeza, vuelvo a empezar a caminar hasta la puerta. Dejo la mano en la suya hasta el último momento y luego salgo de la habitación con lágrimas cayéndome por el rostro. ¿Cómo puede terminar de forma tan abrupta una de las mejores noches de mi vida?

A medida que avanzo por su casa, hallo a su padre sentado en el sofá en la misma posición que Asher en su cama. Hay dos hombres heridos dentro de esta casa, y, directa o indirectamente, yo soy la causante de su dolor. Cuanto más pienso en ello, más me afecta, porque siento como si me hubieran arrastrado a algún tema que no tiene nada que ver conmigo, pero al mismo tiempo sí.

El camino de vuelta a casa transcurre en silencio a excepción de todos los sollozos incontrolables que se hacen eco en mi cuerpo. Cuando aparco frente a mi casa, las lágrimas me emborronan la visión antes de caer en cascada por mis mejillas. Me he perdido a mí misma. He perdido a Beau. Y ahora siento como si estuviera perdiendo también a Asher. El mundo siempre va en la dirección contraria a la mía.

Ojalá alguien me dijera cuál es el motivo de mi castigo.

Cuando entro por la puerta de mi casa, sé sin un atisbo de duda que mi día no va a mejorar mucho. Mi madre se levanta nada más verme de una de las sillas de la mesa de la cocina y prácticamente echa a correr hacia mí antes de asirme de las muñecas.

—Por Dios, Kate, ¡no me vuelvas a hacer esto! ¿Dónde estabas? ¡He intentado llamarte! ¡Te he mandado como veinte mensajes! —grita al tiempo que me separa los brazos del cuerpo para obtener una mejor visión de mí. Sus ojos hinchados son como un puñal para mi corazón. No quiero hacerle daño a mi madre. No se merece mi ira porque ella no es la causante de la misma.

—Estaba con Asher —susurro, reparando en la cafetera vacía que se halla frente a la silla. Como tenga que seguir viéndola con esa expresión sombría en el rostro, va a darme algo.

—Bueno, la próxima vez que decidas pasar la noche fuera, ¿puedes al menos tener la decencia de llamarme y decirme que estás bien?

—No creo que vaya a haber una próxima vez —murmuro al tiempo que me empieza a temblar el labio inferior.

Me pone una mano en la mejilla y me obliga a mirarla.

—¿Te ha hecho daño?

—No. Solo hemos tenido una mañana difícil. —Me suelta y me pone unos cuantos mechones de pelo detrás de la oreja—. Voy a irme a mi habitación. Estoy muy cansada.

Asiente y deja caer las manos contra sus dos costados mientras paso por su lado. Estoy en mitad del pasillo cuando vuelve a pegarme una voz.

—Por cierto, no te olvides de que hoy es el cumpleaños de Beau. Si lo llamas a lo mejor puede hacerte sentir mejor.

Sigo andando, no porque no me importe, sino porque estoy a punto de desmoronarme y hacerme totalmente pedazos. Quiero desaparecer tras mi puerta durante días. Quiero tumbarme de espaldas y quedarme mirando la mancha de humedad del techo mientras reproduzco de nuevo en mi cabeza cómo me ha hecho sentir Asher esta noche y esta mañana.

Desde que entró en mi vida, Asher ha sido un elemento permanente en mi cabeza. Desde aquel día que nos llovió sé que siempre lo voy a querer en mi vida. Quiero que esté conmigo en todos los días malos porque nadie puede cogerme de la mano como él. No quiero vivir otro día más sin escuchar el sonido de su voz.

Siento como si estuviera dejándome marchar, pero si no le dejo alejarse de mi vida, quizá pueda aferrarme a él durante mucho más tiempo. A lo mejor las voces negativas de mi cabeza solo están llenándome de mentiras y malentendidos. ¿Podría ser de verdad así de simple?

Y Beau... Me he olvidado completamente de que hoy era su cumpleaños.

No me reconozco.

Algunos días me gusta la chica que me devuelve la mirada en el reflejo del espejo, pero hoy quiero que todo vuelva a empezar de cero.

Sin siquiera pensar en lo que estoy haciendo, saco el móvil e intento llamar a Beau por primera vez en dos meses. Me pidió espacio y se lo he dado, pero hoy necesito oír su voz.

—Hola —dice en un susurro.

—¿Beau? —El sonido de su voz me recuerda lo mucho que lo he echado de menos. Mil «te he echado de menos» no serían suficientes para expresar lo mucho que lo he echado en falta en mi vida.

—¿Qué quieres Kate?

—Te llamo para desearte feliz cumpleaños —contesto tratando de controlar el temblor de mi voz. Tenía la estúpida esperanza de que se alegrara aunque fuera un poco de oírme, pero parece todo lo contrario.

—Gracias —suspira y deja que su voz se vaya apagando.

—¿Qué has hecho estos meses? —pregunto en un intento de hacer que las cosas entre nosotros vuelvan a ser como antes.

—Espera un segundo. —Espero y escucho pasos al otro lado de la línea—. Tengo que cogerlo. Salgo en unos minutos, Jess.

Su voz suena amortiguada, pero aun así distingo cada palabra.

—¿Con quién hablas? —pregunto antes de darme cuenta siquiera de qué palabras han salido de mi boca.

Lo oigo coger aire a través del teléfono.

—Jessica.

—¿Es una amiga? —No sé por qué me importa. No debería importarme.

—Algo así —dice en voz baja, como si tuviera miedo de que lo escuche. Una parte de mí quiere saber más, pero la otra prefiere vivir en la ignorancia. Beau es libre de hacer lo que quiera. Ahora tengo a Asher.

O al menos espero que así siga siendo.

—¿Cómo te va todo en la universidad? —pregunto, desesperada por cambiar de tema.

—Bien —dice como si prefiriera estar en cualquier lugar menos aquí hablando por teléfono conmigo.

Espero a que añada algo más, pero no lo hace.

—¿Así es como van a ser las cosas entre nosotros ahora? Te echo de menos.

—Yo...

—Beau, ¿estás listo? Tenemos reserva para las siete —grita una voz de mujer, dulce y animada, sonando cada vez más cerca con cada palabra. Definitivamente este es uno de los peores días de mi vida. ¿Por qué todo parece estar desmoronándose?

—No te retengo más. Me ha gustado oír tu voz —digo tratando de mantener mis emociones bajo cuerda.

—Kate, espera...

—¿Estás hablando con la famosísima Kate? Salúdala de mi parte —dice la voz azucarada antes de mandarme un beso sonoro a través del teléfono.

Cuelgo. Ya no puedo seguir escuchando. Me lo merezco... Sabía que Beau me quería y le hice sentir como si no fuera lo bastante bueno para mí. No hay nada que no esté dispuesta a hacer para recuperarlo, pero parece que está más que preparado para pasar página y dejar nuestra amistad atrás.

Tras repasar una y otra vez en mi mente los sucesos del día, por fin puedo tranquilizarme. Asher solo necesitaba espacio esta mañana, y supongo que Beau también lo necesita. Eso es todo. Abro el grifo de la ducha y cojo una toalla del armario del pasillo antes de adentrarme en ella y dejar que el agua caliente me caiga por todo el cuerpo.

Todo lo que puedo hacer es esperar y ver qué me depara el mañana.

Anoche no tuve noticias de Asher, pero yo tampoco intenté ponerme en contacto con él. Es la primera noche que hemos pasado separados desde hace semanas y no pude odiarla más, sobre todo después de haber pasado la noche anterior envuelta entre sus brazos.

Pensé en llamar al trabajo para decir que estoy mala e ir hasta su casa para hablar con él, pero algo me retuvo. Voy a intentar ser paciente y ver cómo se suceden las cosas.

Ficho, y advierto que mi madre está de pie junto a la puerta del comedor mirándome con una expresión de preocupación en el rostro. A lo mejor sí que debería haber dicho que estaba enferma y haberme pasado el día bajo la colcha de la cama. No quiero la compasión de nadie hoy.

—¿Te sientes mejor esta mañana? —pregunta al tiempo que se acerca caminando a mí.

—Estoy bien. Creo que solo necesitaba dormir —respondo mientras me ato el delantal alrededor de la cintura.

Me mira de hito en hito.

—Si necesitas hablar de lo que sea, siempre estoy aquí —dice dándome un apretón en el hombro.

Asiento.

—Gracias, mamá.

Vuelve a darme otro apretón en el hombro antes de salir al comedor. Me pregunto si alguna vez me ve como una decepción; su hija con tantísimo potencial ha decidido quedarse encerrada en este pueblo trabajando como camarera en vez de irse a la universidad. Conociéndola, probablemente esté resignada a dejarme que yo sola enmiende mis propios errores. Un día puede que me despierte soñando con algo mejor que esto.

Sirvo mesa tras mesa sintiéndome como aquella chica que solía trabajar aquí antes de conocer a Asher Hunt. Es una estupidez en realidad, y me doy cuenta de ello cuando cierto rubio de ojos azules entra con una sonrisa sexy y cómplice dibujada en el rostro. Tiene las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros descoloridos. En cuanto nuestros ojos se encuentran, empieza a andar hacia mí y su sonrisa se desvanece.

—¿Qué te pasa? —inquire a la vez que me pasa el pulgar por la arruga de la frente.

Proceso el hecho y la sorpresa de que está realmente frente a mí.

—Nada, es solo que no esperaba verte hoy. Estaba preocupada.

—Con respecto a lo de ayer... —empieza, pero enseguida lo detengo colocándole un dedo sobre los labios.

—Aquí no. ¿Podemos hablar cuando salga?

Mira en derredor y levanta las cejas al otear el abarrotado salón.

—Supongo que ahora estás un poco ocupada. ¿Puedo acercarme a tu casa cuando acabes?

—Sí, ya sabes a qué hora termino. —Sonrío, refiriéndome con ello a sus inclinaciones acosadoras—. ¿Quieres comer algo mientras? Llevas tiempo sin beberte un batido.

—No, voy a volver casa, pero quería dejarte esto —dice antes de meter la mano en el bolsillo de su abrigo gordo y negro y sacar una servilleta doblada—. Te veo luego. —Me besa en la mejilla y me guarda la servilleta en el bolsillo del delantal para después salir por la puerta casi tan rápido como entró.

Sonrío y noto que ahora tengo un andar más ligero mientras sigo trabajando. Daría lo que fuera porque hoy fuera un día tranquilo y pudiera irme a casa antes y poder perderme en los brazos del hombre por el que he perdido la cabeza.

Cuando la última mesa de mi sección se va, recojo los platos y los cubiertos y ficho. Mientras me subo al coche, la servilleta blanca que Asher me ha dado se cae de mi bolsillo y aterriza a mis pies. Me había olvidado de ella, pero ahora que la tengo frente a mí no dudo en desdoblarla.

Siento que ayer te fueras de casa sin una sonrisa
en la cara. No dejaré que vuelva a ocurrir.

Asher

La nieve empezó a caer antes hoy cuando una tormenta de invierno empezaba a asentarse en el cielo. Este tipo de días me hace querer meterme en una sudadera y acurrucarme en el sofá junto a una taza de chocolate caliente y un buen libro. Quizá pueda convencer a Asher para que pasemos la tarde viendo pelis en el sofá.

Me pongo una sudadera gris y me recojo el pelo en una cola de caballo mientras lo espero. Siempre tengo ganas de verlo, pero desde que estuvimos juntos hace un par de noches, me siento hasta más conectada a él. Le regalé lo único que me quedaba por darle, y él lo aceptó con tanto cuidado... Nunca olvidaré la expresión de sus ojos cuando nos fundimos en uno. Nunca olvidaré la suavidad con la que sus manos y sus labios me cubrieron el cuerpo entero. Fue tal y como imaginé que sería mi primera vez.

El cansancio de las últimas veinticuatro horas hace mella en mí y me quedo frita. Cuando me despierto son las cuatro y media y Asher todavía no ha venido. Nunca llega tarde cuando tenemos planes. Saco el móvil del bolso y miro si tengo mensajes,

pero no hay ninguno. Marco su número, pero tampoco responde.

No tengo el número de su padre, así que no puedo llamarlo. Quizás haya tenido algún problema con el coche de camino aquí y se haya quedado tirado en algún sitio; no es que tenga el mejor coche para andar por carreteras heladas y llenas de nieve.

Tras unos cuantos minutos preocupándome y debatiendo qué hacer, cojo el abrigo y las llaves del coche y salgo de casa. No voy a ser capaz de concentrarme en nada hasta que no lo encuentre, así que... Conduzco con cuidado por las calles nevadas tomando el mismo camino que él tomaría para llegar a mi casa. Cuando llego a su calle, veo que su coche todavía sigue aparcado frente a su casa. Al menos no se ha quedado atrapado en la carretera.

Aparco en la calle junto a su casa y camino detenidamente por el pasillito helado que conduce hasta su casa. No han quitado la nieve de los escalones que dan acceso a la puerta principal, así que presto especial atención al pisar en ellos antes de llamar vehemente a la puerta de cristal. Cuando nadie responde, la golpeo con más fuerza luego retrocedo un paso y espero con impaciencia a que se abra. Pero de nuevo nadie responde.

Algo me dice que tengo que entrar. Miro a ambos lados de la calle para asegurarme de que nadie está mirándome, y luego intento girar el pomo de la puerta de cristal. Sorprendentemente, se abre. ¿Por qué no está cerrada con llave? Una vez dentro del salón, no oigo nada a excepción del tic-tac del viejo reloj de madera que hay encima de la cadena de música.

—¡Asher! —grito. De nuevo, nada excepto el sonido del reloj haciéndose eco en la habitación. A medida que me voy acercando a su habitación, el corazón me empieza a latir más rápido. Tengo los pelos como escarpas cuando giro en la esquina y me adentro en el pasillo. Oigo agua correr en el cuarto de baño, así que pego suavemente con los nudillos en la puerta y espero alguna respuesta, pero no recibo ninguna.

Giro poco a poco el pomo y abro la puerta despacito. El agua está saliendo del grifo pero nadie se encuentra frente a él. Abro la puerta un poco más y encuentro a Asher abrazado al retrete con los codos apoyados sobre la tapa.

—Asher. —Justo cuando pronuncio su nombre empieza a tener arcadas otra vez. Me arrodillo detrás de él y le pongo una mano en la espalda para hacerle saber que estoy aquí—. No pasa nada —susurro una y otra vez para intentar calmarlo.

Cuando su cuerpo por fin le da un respiro, coge un pañuelito de la caja que tiene a un lado y se limpia las lágrimas de los ojos. Al momento cojo una toalla y la humedezco con agua para poder limpiarle el sudor que tiene en la frente. Busca mi mano y por una vez deja que cuide de él.

—¿Cómo has entrado? Mi padre no te habrá abierto, ¿no? —pregunta al fin con una voz claramente molesta.

—No, llamé a la puerta pero nadie respondía, así que simplemente entré. No me cogías el teléfono. ¿Qué pasa? —inquiero subiendo la mano por su cuello y

hundiéndola en su desordenada cabellera rubia.

—No quiero que me veas así. ¿Por qué no te vas a casa? Te llamaré cuando me sienta mejor.

—¿Cuánto tiempo llevas vomitando? —pregunto ignorando sus comentarios. Está loco si piensa que voy a dejarlo aquí como si nada.

—Unas cuantas horas. Creo que tengo la gripe o algo —dice al tiempo que se coge el vientre con una mano.

—¿Me dejas que me quede y cuide de ti?

—Deberías irte a casa. Ahora mismo no soy muy buena compañía —responde mientras echa hacia atrás la cabeza y la apoya contra el armarito del baño.

—Me voy a quedar —insisto y cojo la toalla para mojarla en agua fría otra vez.

—Te propongo un trato. Espérame fuera mientras me ducho, y cuando acabe puedes arroparme y demás. Creo que lo que necesito es dormir —dice a la vez que poco a poco se pone de pie frente a mí. Tiene un aspecto horrible; tiene la piel pálida, fría y húmeda, los ojos inyectados en sangre y el pelo que delinea su semblante empapado de sudor.

Le paso otra vez la toalla por la frente y las mejillas con toquecitos pequeños y suaves.

—¿Necesitas ayuda para ducharte?

—En otro momento te tomaría la palabra, pero ahora mismo solo quiero entrar y salir. ¿Por qué no me esperas en mi dormitorio? Saldré enseguida.

—Vale, pero no eches el pestillo por si me necesitas —digo acariciándole la mejilla con los dedos. He necesitado muchísimo a Asher y ahora es él el que me necesita a mí.

Doy vueltas en su habitación mientras espero a que salga de la ducha. Si tengo suerte, podré convencerle de que me deje quedarme al menos hasta que su padre regrese. Odio que esté solo cuando claramente se encuentra fatal. Es fuerte, lo sé, pero a veces incluso las personas fuertes necesitan que alguien cuide de ellas.

He estado varias veces en su cuarto en la casa del lago, pero esta es solo la segunda que estoy en el de la casa de su padre. Es bastante sencillo, pero supongo que ya me lo esperaba porque no lleva viviendo aquí mucho tiempo y tampoco ha pasado su infancia en él. Lo único que me llama la atención es la foto de él con su madre y su hermana que se yergue en la mesita de noche junto a su cama. Su madre tiene el pelo rubio y largo hasta la barbilla y los ojos de un azul brillante, mientras que su hermana tiene la cabeza llena de rizos pelirrojos. Están los tres de pie fuera de casa, rodeándose mutuamente con los brazos y con un aspecto feliz y despreocupado. No me imagino posible poder abandonar esa vida. Obviamente debe de preocuparse muchísimo por ellas si ha colocado la foto justo al lado de su cama. Ojalá pudiera entender por qué no quiere hablar de ellas.

La puerta del baño se abre, y de la impresión aparto la mirada de la fotografía. Asher entra vestido con unos pantalones de chándal negros y una camiseta de manga

larga gris. Todavía está pálido, pero se ha deshecho de los otros signos de enfermedad. Tiene el pelo húmedo, de punta y totalmente despeinado.

—¿Listo para irte a la cama? —le pregunto con una pequeña sonrisa.

—Sí, la idea me suena a gloria —responde mientras se acerca a mí despacio. Apoya las manos en mis caderas y me da un beso en la mejilla—. Gracias.

—Tú harías lo mismo por mí.

—Haría cualquier cosa por ti —me susurra al oído.

Aparto el edredón verde oscuro y espero a que se meta en la cama.

—Deja que me quede un rato contigo, por favor. Al menos hasta que llegue tu padre.

Asiente una vez y se desliza hacia un lado de la cama. No me estaba refiriendo a que quería la otra mitad de su cama, pero si eso es lo que me ofrece, no le voy a decir que no. En cuanto estoy acurrucada junto a él, pega su cuerpo contra el mío y me envuelve. No pasa mucho rato antes de que ambos nos quedemos dormidos.

Cuando me despierto de la siesta, todavía sigo abrazada a Asher. No quiero despertarle, así que me deshago despacio de su agarre y me deslizo fuera de la cama. Se lo ve tan tranquilo, que no puedo aguantarme las ganas de darle un besito en la frente antes de marcharme.

Me encamino de vuelta a la entrada y veo a su padre sentado a la mesa del comedor. Tiene la mirada puesta en mí y los labios apretados en una fina y pensativa línea. Abre la boca pero enseguida la vuelve a cerrar.

—Asher no se sentía bien, pero ya está dormido —le digo mientras juego con los anillos de mis dedos.

Asiente y le devuelve la atención al sándwich que tiene delante. Veo cómo hunde el rostro entre sus manos y cómo sus hombros empiezan a sacudirse.

—¿Está bien? —pregunto vacilante y sin estar segura de que sabe que sigo ahí.

Sorprendido, me mira con ojos melancólicos.

—Lo estaré. Tengo muchas cosas en la cabeza. —Utiliza el dorso de sus manos para secarse los ojos.

—Si necesita algo, llámeme. —Cuando me acerco a la puerta, me siento culpable... quizá debería quedarme para asegurarme de que están bien. Quizá debería haberle preguntado a Daniel qué es lo que ocurre entre los dos.

Me lleva un buen rato quitarle todo el hielo a mi coche. Cuando por fin llego a casa, me acurruco en la cama e intento leer, pero todo en lo que puedo pensar es en Asher. Mi mente sigue desviándose hacia él hasta que ya no soy capaz de permanecer con los ojos abiertos.

No he tenido noticias de Asher desde que lo dejé en la cama. Sí que le envié mensajes

de texto para ver si se encontraba mejor, pero no he obtenido respuesta. No me quito esta sensación de encima... la sensación de que algo va muy mal.

Tras arrancar el coche para que se caliente, saco el móvil y marco su número. Da tono varias veces antes de que una voz que no suena para nada a la de Asher conteste.

—Hola.

—¿Asher? ¿Estás bien?

—No, soy su padre. —¿Por qué está su padre respondiendo el teléfono de Asher?

—¿Está Asher? Quería preguntarle cómo estaba —inquiero antes de morderme el labio muerta de nervios.

Lo oigo suspirar de forma exagerada y la línea se queda en silencio durante varios segundos antes de que vuelva a hablarme.

—Kate, Asher está en el hospital —dice en voz baja.

—¿Qué? ¿Por qué no me ha llamado? —El miedo me atraviesa como un cohete al tiempo que con la mano libre me agarro firmemente al volante.

—Lo siento. Ha sido una mañana difícil y conociendo a mi hijo, seguramente no quiere que lo veas así.

—No me importa que quiera que esté allí o no. Llego en quince minutos.

—No puedo detenerte —suspira—, pero Kate, tienes que estar preparada. No tiene muy buen aspecto.

Cierro los ojos con fuerza e inspiro todo el aire que puedo por la nariz.

—Llego en nada.

Conduzco de vuelta a casa y me cambio lo más rápido posible antes de volver a subir al coche. Por favor, que esté bien.

En cuanto las puertas del hospital se abren, me recibe el olor estéril de los hospitales y las típicas baldosas blancas que tanto odio y desprecio. Estuve aquí cuando me partí el brazo en tercero de primaria, y luego otra vez cuando me tuvieron que operar de apendicitis en sexto. No es un sitio que tenga asociado con la felicidad, y tampoco es un lugar al que venga si no es por fuerza mayor, pero Asher me necesita. Me acerco al pequeño mostrador de recepción que hay justo frente a la puerta y espero a que la recepcionista repare en mí.

—¿Te puedo ayudar en algo? —pregunta por fin, aunque mirándome con una expresión molesta.

—Sí, estoy buscando a Asher Hunt —digo, tamborileando los dedos sobre la mesa.

—¿Eres familia?

—No, bueno, más o menos. Soy su novia.

—¿Nombre?

—Kate Alexander.

Escribe algo en el ordenador y niega con la cabeza.

—Lo siento, señorita Alexander, pero no está en la lista de visitantes.

—Su padre sabe que vengo. Acabo de hablar con él por teléfono.

Mi voz suena alta, pero no me podría importar menos.

Aprieta los labios en una línea y se inclina más hacia mí.

—Siéntese y veré qué puedo hacer.

—Gracias.

Me siento en el filo del asiento más cercano al mostrador de recepción y jugueteo nerviosa con el tirante de mi bolso. La sala de espera es pequeña y en la esquina se oye un irritante programa de debates en la tele, pero no podría darme más igual porque solo tengo cabeza para Asher. Otra pareja está esperando en las sillas que hay frente a la mía con las manos unidas. Ambos parecen nerviosos; me pregunto por quién estarán aquí.

Mantengo los ojos fijos en la puerta con la esperanza de ver salir a Asher o a su padre y poder dejar todo esto atrás. Si no lo veo pronto, voy a volverme loca. La puerta se abre y una enfermera vestida con una bata azul la atraviesa. Aguanto la respiración y rezo porque venga a hablar conmigo, pero pasa precipitadamente por mi lado en dirección a Urgencias.

—Señorita Alexander —me llama la recepcionista. Me levanto de la silla de un salto y doy dos pasos hacia la recepción—. Puede entrar. Está en la habitación ciento

doce, al final de ese pasillo.

No pierdo tiempo dándole las gracias antes de salir pitando hacia el largo pasillo. Cuando alcanzo su puerta, echo un ojo primero por la ventanita y veo al padre de Asher de espaldas a mí. Está mirando a su hijo, cuya cabeza esta vuelta hacia el lado opuesto. Asher tiene aspecto cansado y triste; quiero irrumpir en la habitación y lanzarme a sus brazos, pero abro la puerta despacio para no interrumpir sea lo que sea que estén haciendo.

—Díselo tú, o lo haré yo —exige Daniel en cuanto se cierra la puerta.

Los ojos de Asher se fijan en mí y su padre se da la vuelta.

—Lo siento, no quería interrumpir. ¿Quieres que espere fuera? —pregunto nerviosita perdida. El hospital en sí ya es suficiente para aterrorizarme, pero cuando está mezclado con la tensión palpable de esta habitación, es difícil de digerir.

—No, yo ya me iba. Tengo que ocuparme de unas cosillas en casa y luego volveré —dice Daniel girándose nuevamente hacia su hijo—. Igualmente, creo que Asher tiene algo que comentarte.

Asher, desaprobador, niega con la cabeza y gira la cabeza hacia la única ventana que hay en la habitación. Daniel se detiene a mi lado y me da unos golpecitos en el hombro antes de salir por la puerta. Tengo una mala sensación en el estómago al observar a Asher. Todavía no tengo ni idea de por qué está aquí, pero es evidente que sea lo que sea, es algo grande.

Me acerco poco a poco a la cama y en cuanto está al alcance le agarro la mano.

—¿Cómo estás? —pregunto acariciándole el dorso con el pulgar.

No dice nada. No me mira. No me aprieta la mano. Aguanto la respiración y espero a que comparta conmigo ese trocito de sí para poder empezar a armar el rompecabezas y dejar de sentirme tan mal. Quiero que se abra a mí y deje que lo ayude. Él lo ha hecho conmigo una y otra vez.

Sacude la cabeza y cierra los ojos con fuerza antes de volver a clavarlos en mí.

—Lo eres todo para mí —contesta por fin. Solo con mirarlo se me llenan los ojos de lágrimas. He sido partícipe del dolor muchas veces, pero Asher está agonizando—. No llores por favor —me pide acariciándome la mejilla con el pulgar.

—Me estás asustando. ¿Qué pasa? —inquiero, secándome un par de lágrimas de las mejillas. Él ignora mi pregunta y gira nuevamente la cabeza para mirar otra vez por la ventana—. ¿Vas a hablarme?

—No puedo...

—Asher, sea lo que sea, dímelo ya, por favor —le ruego al tiempo que vuelvo a cogerle la mano.

Se queda en silencio, negando sin parar con la cabeza al tiempo que se le llenan los ojos de lágrimas. Lo veo tan frágil... guapo, sí, pero también frágil. Cuando más lo presiono, más lo veo. ¿He estado demasiado centrada en mí misma y en mis problemas como para reparar en los suyos?

—Por favor —suplico otra vez.

—Tengo cáncer —suelta de sopetón.

Trago con dificultad y transformo sus palabras en otras completamente distintas. No puedo haberlo escuchado bien. Esto no puede estar pasando. Ahora no, no a él.

—¿Que qué?

Me mira y veo las lágrimas caer de sus ojos. Odio verlo así. Lo odio.

—Me estoy muriendo, Kate. Tengo cáncer.

—Estás de coña, ¿no? Por favor dime que me estás gastando una broma —me oigo preguntar a través del pitido que resuena en mis oídos.

Sacudo la cabeza y retrocedo un par de pasos. El cuerpo entero me empieza a temblar descontroladamente a medida que las emociones toman posesión de mí. Debo de estar en mitad de la vida de otra persona... Esto debe de ser una pesadilla. No puedo perderlo.

—No... no... no... esto no puede estar pasando —sollozo y siento las rodillas cada vez más débiles.

—No llores. Verte me está destrozando. No quería hacerte daño. —Llora y alarga la mano hasta la mía—. Lo siento mucho. Sé que te lo tendría que haber dicho antes.

Me echo hacia delante y apoyo los codos en la cama antes de hundir los dedos en mi pelo.

No puedo moverme.

No puedo pensar.

No puedo respirar.

Cuando por fin siento que puedo volver a hablar, no sé qué decir. ¿Qué se dice cuando alguien te acaba de confesar que se está muriendo? No hay palabras en este mundo que lo hagan sentir mejor. Me quedo mirándolo a esos ojos tristes y reproduzco repetidamente sus palabras en la mente.

Me vuelvo a poner de pie junto a la cama y le acaricio la mejilla con manos temblorosas. Esta vez él busca mi contacto en vez de apartar la cara.

—Hay tratamientos y medicamentos que puedes probar, ¿verdad?

Traga saliva.

—Ya no hay nada que puedan hacer por mí. Tengo leucemia y he probado todo lo que me han sugerido, pero nada parece funcionar.

—Pero al menos puedes intentarlo, ¿no? ¿Has pedido una segunda opinión? Debe de haber algo que puedan hacer.

—Lo he intentado todo, Kate. Solo me hacen enfermar y prolongar lo inevitable. Fui ayer a la ciudad para probar un nuevo medicamento y mira lo que me ha hecho. No quiero vivir así...

—Pero ¿y si uno de esos tratamientos puede curarte? Te necesito, Asher. —Lloro y apoyo las manos en el borde de su cama para sostenerme.

—¿Y tú crees que yo quiero dejarte? Quiero vivir lo que me queda de vida... contigo. No la quiero pasar aquí. —Pone la mano sobre la mía y yo alzo la mirada y veo un riachuelo de lágrimas deslizarse por su rostro.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Mira hacia la ventana un momento y luego otra vez hacia mí.

—Desde hace casi un año —dice, vacilante.

Si dijo algo más después de eso, no lo escuché. Creí conocer lo que era el dolor, pero nada que haya sentido hasta ahora se parece a lo que estoy sintiendo ahora mismo. Es una tortura demoledora, insoportable y abrumadora. Me atraviesa todo el cuerpo junto a la ira y la confusión.

Lo sabe desde hace casi un año, y yo lo conocí hace unos pocos meses. Dejó que me enamorara de él cuando sabía que se estaba muriendo. Dejó que me enamorara de él cuando sabía que no iba a ser mío «para siempre». ¿Por qué? ¿Por qué dejar que me enamorara de él si sabía que pronto me dejaría?

—¿Por qué no me lo dijiste? —sollozo a la vez que me llevo una mano a la boca.

—¿Qué querías que dijera? Hola, me llamo Asher y tengo cáncer. No quería que te compadecieras de mí. Luego llegué a conocerte y no pude reunir el coraje suficiente para contártelo. No quería que me miraras como lo estás haciendo ahora mismo —dice con la voz apagándosele para ocultar las emociones que parecen estar hirviendo en su interior.

Estoy perdidísima. Estoy dividida entre gritarle o ir a consolarlo. ¡Odio esta situación! Otra vez tengo el mundo patas arriba, y esta vez no hay nada que pueda hacer para arreglarlo.

Siento que voy a vomitar. Es demasiado para mí. Es egoísta por mi parte estar pensando en mí misma, pero no puedo evitarlo. Asher lo sabía y me lo ocultó. Me precipito hacia la puerta y salgo de la habitación sin pronunciar palabra. No puedo mirar atrás. Simplemente, no puedo. Paro a la primera enfermera que veo bajando por el pasillo.

—¿Dónde está el baño? —pregunto, hiperventilando casi.

—Ve al final del pasillo y gira a la derecha.

Me cubro la boca con la mano e intento navegar por los pasillos con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Estás bien? —oigo que una enfermera me pregunta, pero yo sigo avanzando hasta que estoy encerrada dentro del cuarto de baño con el pestillo echado a mi espalda. Me acuclillo frente al retrete y comienzo a vaciar el contenido de mi estómago. Quizá todo esto no sea más que un mal sueño del que vaya a despertar pronto. No puedo perderlo. Es que no puedo. Me asusta cómo será la vida sin él.

Cuando termino, me echo hacia atrás hasta pegar la espalda a la pared y me abrazo las rodillas. Siento una compresión enorme en el pecho. La cabeza me duele tanto que no me deja ni ver bien.

Cáncer. Asher tiene cáncer. Nunca he querido que nadie a quien quiero mencionara esa palabra. Y Asher... es demasiado joven. Tiene mucho por vivir todavía, pero no va a tener la oportunidad de hacerlo. A lo mejor si rezo se obre un milagro. A lo mejor si cierro los ojos todo desaparezca.

Esta es la peor pesadilla que haya tenido nunca.

La conmoción del principio está empezando a desvanecerse, y sé que Asher va a necesitarme. Él ha estado apoyándose una y otra vez y ayudándome a superar mis miedos. El cáncer es difícil de combatir, pero la muerte... no me lo puedo siquiera imaginar.

Me seco los ojos, me pongo de pie y me apoyo contra la pared. Cojo un trozo largo de papel higiénico para secarme la cara y luego me enjuago la boca con agua del grifo. Cuando contemplo mi reflejo en el espejo, todo lo que veo es a la chica triste y perdida que vuelvo a ser de repente. Creí tener la vida toda solucionada hasta hace unos cuantos minutos, cuando las palabras «Asher» y «muriendo» se han usado en la misma frase. Me he pasado los últimos meses levantando ladrillo a ladrillo una torre, para que ahora venga el cáncer y me la eche abajo.

¿Por qué?

¿Por qué Asher?

No me puedo creer que esto esté pasando de verdad. Ahora no. No a él.

Me seco los bordes de la boca con una servilleta de papel y abro la puerta. No tengo ni idea de cuánto tiempo he estado ahí dentro, pero ahora me siento zombi total cuando voy de regreso a la habitación de Asher. Alguien me dice algo, pero lo ignoro. Solo quiero volver con él; sentir su piel contra mi piel y el latido de su corazón contra la palma de mi mano.

Apoyo la mano en el pomo de la puerta y respiro hondo unas cuantas veces antes de abrir la puerta que da a su habitación. Estoy intentando con todas mis fuerzas no llorar, pero cuando abro la puerta no puedo remediarlo. Está de cara a la ventana con lágrimas resbalando por sus mejillas. No puedo controlarme, aunque no es que a estas alturas quiera intentarlo siquiera. La ira ha sido reemplazada por un dolor atroz en el corazón, la emoción más dolorosa de todas las que he sentido.

Cojo su mano derecha entre las mías y miro atentamente al muchacho que pensé que sería mío «para siempre». Ahora sé que es bastante probable que ni siquiera él tenga un futuro, y eso es lo más grande que haya tenido que asimilar nunca.

Se limpia las lágrimas antes de mirarme. Pone una mueca de dolor cuando ve mi cara enrojecida y llena de churretes.

—Por favor, no llores. Odio verte llorar.

—¿Puedo tocarte? —pregunto mientras intento ver dónde tiene colocados todos los tubos. No sé por qué, pero necesito tocarlo, asegurarme de que todavía sigue existiendo del mismo modo que lo recuerdo.

—Todo me duele, pero tú eres la única que puede aliviar ese dolor —dice al tiempo que se mueve hasta un lateral de la cama y da unos golpecitos con la mano en el espacio vacío que acaba de crear—. No tengas miedo. El único lugar donde tengo cosas es en el brazo. —Lo levanta y me enseña la vía intravenosa que tiene insertada en el dorso de la mano.

Me siento con cuidado en el borde de la cama y levanto las piernas una tras otra

antes de retroceder hasta apoyar la cabeza junto a la suya en la almohada. No quiero pegarme demasiado, pero no hay nada en este mundo que pueda mantenerme alejada de él en estos momentos.

—¿Por qué te han ingresado hoy? —pregunto. No había pensado en ello antes, pero lleva enfermo meses. ¿Por qué lo han ingresado ahora en el hospital?

—Estaba deshidratado. Quieren que esté veinticuatro horas en observación para que mi cuerpo recupere líquidos. Pero me dan morfina, así que tampoco se está tan mal... —Levanto la cabeza y lo atravieso con la mirada; odio que intente bromear con el tema. No hay en toda esta situación nada que me haga querer sonreír, mucho menos reír.

—¿Te duele? —pregunto al tiempo que le paso la punta de los dedos por el pecho y el vientre ocultos bajo la bata.

—Lleva doliéndome tiempo. Empezó incluso antes de saber que estaba enfermo —declara. Se me forma un nudo en la garganta mientras lo escucho. Ha estado lidiando con todo esto mientras me ayudaba a mí con mis problemas. Debo de haber parecido de lo más egoísta por no haberme dado cuenta siquiera de que le pasaba algo.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes.

Me acerca a él con su brazo libre y me besa en la cabeza.

—Es mi castigo por dejar que Megan muriera. Algunos días siento que me lo tengo merecido.

Levanto la cabeza de golpe y lo miro a esos ojos sombríos.

—Escúchame —le ordeno mientras le agarro el rostro con mis manos—. Tú no dejaste que Megan muriera. Ella también tomó una decisión esa noche, Asher, y tienes que superarlo.

Cierra los ojos con fuerza y sacude la cabeza lo mejor que puede entre mis manos.

—No te mereces esto. Nadie se lo merece. ¿Me estás escuchando? —pregunto tratando de ocultarle mi frustración.

—Si la culpa no es mía, entonces, ¿de quién? Siempre hay una razón para todo, y yo soy la razón de que ella no esté en la universidad ahora mismo —solloza. Quiero borrarle todas las lágrimas y la culpa. Asher es un tío increíble que no se merece tener que estar acarreado todo ese peso sobre los hombros.

—Tienes que dejar de culparte. Eso te comerá vivo y no va a hacer que ella regrese.

—¿Te crees que no lo sé? Pero eso no lo hace más fácil —dice mirando al techo.

—Asher, tú me salvaste. Cada día que he estado contigo, me has mostrado una nueva parte de mí que creí haber perdido. No lo olvides —le pido acercando el rostro al suyo.

—Eres más fuerte de lo que crees —dice pegando mi frente contra la suya.

—Gracias a ti —susurro.

Está teniendo dificultades para mantener los ojos abiertos, y no mucho después oigo cómo su respiración se acompasa y empiezo a sentir el constante subir y bajar de su tórax.

Intento dormirme, pero no puedo. No quiero malgastar ni un solo segundo de estar con él. Dicen que todo ocurre por una razón. Yo no le veo la razón a esto. No quiero pensar en lo que pasará cuando ya no esté. Me agarro a su bata con el puño y escondo la nariz junto a su cuello para intentar olerlo a través del olor estéril del hospital.

No puedo.

Solo por eso los ojos se me anegan en lágrimas otra vez.

Cuando el padre de Asher volvió al hospital la noche que supe lo del cáncer, él todavía seguía dormido. Tenía unas cuantas preguntas que no me harían sentir cómoda si intentaba que Asher me las contestara, así que saqué una libretita y un bolígrafo del bolso y rápidamente escribí la pregunta que más me hostigaba.

¿Cuánto tiempo le queda?

Se la pasé a Daniel y vi cómo cerró los ojos con fuerza tras leerla. Cuando volvió a abrirlos, me miró con el par de ojos más triste que haya visto nunca. Cogió el bolígrafo de mi mano y garabateó algo antes de devolverme la libreta.

No lo sé al 100%. Probablemente algunas semanas. El cáncer ha reemplazado las células buenas en la sangre por otras más débiles.

Me quedo mirando su caligrafía y releo el mensaje una y otra vez. Por qué razón, ni idea. No quería creerlo, pero cuanto más lo leía, más consciente era de que no me quedaba otra salida.

Sé que siempre hay esperanza, pero después de los últimos días ya no soy tan optimista. Le dan el alta al día siguiente por la noche, pero está tan débil que nos hemos pasado los últimos dos días tumbados en la cama, durmiendo y viendo películas. Ninguno de los dos ha mencionado nada con respecto a su enfermedad, o lo que va a pasar en el futuro. Es agradable fingir por un ratito.

He hablado con mi jefe sobre lo de darme unas cuantas semanas de vacaciones, y me dijo que no hasta que le expliqué por qué. No es solo porque quiera pasar tiempo con Asher, sino porque aunque fuera al trabajo, lo más seguro es que no sirviera de mucha ayuda. Me rondan demasiadas cosas por la cabeza.

Esta mañana cuando desperté en la cama de Asher, él no se encontraba a mi lado. Me entra el pánico porque apenas sale de la cama sin que yo o su padre lo ayudemos un poco. Compruebo primero el cuarto de baño, pero está oscuro y la puerta totalmente abierta. Oigo música provenir de la entrada de la casa y cuando giro en la esquina veo a Asher sentado con la guitarra sobre su regazo. Recuerdo todas las veces que ha tocado para mí y se me inundan los ojos de lágrimas. No quiero tener que decirle adiós a esto. Su voz es suave y preciosa... no me imagino vivir sin escucharla todos los días.

Repara en mí y de inmediato deja de tocar.

—No pares por mí; me encanta cuando tocas.

—¿Te he despertado? —pregunta dejando la guitarra apoyada contra el sofá.

—No, no estabas a mi lado cuando desperté, así que vine a buscarte —respondo al tiempo que me siento a su lado. Entrelazo los dedos con los suyos y dejo caer la cabeza sobre su hombro.

—¿Quieres hacer algo hoy? No creo que pueda pasarme otro día más tumbado en la cama. —Me pasa el brazo por detrás de la espalda y me estrecha contra sí. Sus brazos no son tan fuertes como antes por culpa de todo el peso que ha perdido y de haberse pasado la mayor parte del tiempo metido en la cama.

—¿Qué quieres hacer? —pregunto apoyando la cabeza contra su hombro.

—Baila conmigo —susurra a la vez que me acaricia el pelo con los dedos.

—¿Aquí? —inquiero al tiempo que levanto la cabeza para mirarlo de frente. Parece muy serio.

—Es algo que todavía no hemos tenido la oportunidad de hacer juntos y solo puedo pensar en hacerlo todo contigo. —Por primera vez en días, me recuerda que no nos queda mucho más tiempo juntos. Hay tantas cosas que Asher no llegará a vivir... Siento como si alguien me diera un puñetazo en el estómago cada vez que pienso en ello. Hay gente mala en este mundo que vive toda su vida y Asher, un hombre lleno de tantas cosas buenas, va a perder la suya demasiado pronto. La vida no tiene sentido; es exasperante. Todo el mundo debería poder vivir una vida llena de amor, matrimonio y niños. Todo el mundo debería poder elegir una profesión y conseguir su sueño.

—Ahora mismo haría cualquier cosa que me pidieras. Cualquier cosa —digo tratando de contener las lágrimas que amenazan con caer. Esta probablemente sea la única vez que pueda bailar con Asher Hunt. No termino de decidir si es mejor saberlo o no.

Se pone en pie despacio y alarga el brazo hacia mí.

—Kate, ¿me concedes este baile?

Coloco la mano sobre la de él y él me lleva de nuevo a su dormitorio antes de detenerse para encender su iPod. Respiro hondo varias veces para intentar calmar la energía nerviosa que está fluyendo por mi cuerpo.

Cross That Line de Joshua Radin empieza a sonar al tiempo que Asher se gira

para quedar de frente a mí. Tiene una expresión relajada en el rostro cuando extiende el brazo para tocarme la cara y acariciarme el pómulo con su dedo pulgar. Ladeo la cabeza para darle un beso en la palma de la mano y luego cierro los ojos y me pierdo en el suave contacto de sus dedos cuando se pasean por la línea de mi mentón. En cuanto me pasa los brazos por la cintura y empezamos a mecernos, me parece lo más natural del mundo. Me dejo llevar y le rodeo el cuello con los brazos antes de apoyar la mejilla contra su torso.

Mi cuerpo está completamente sincronizado con el de Asher mientras escucho la preciosa letra y dejo que me llegue al alma. Este debe ser uno de los poquitos momentos memorables de mi vida. Es tranquilo. Como si fuéramos las únicas dos personas vivas sobre la Tierra y nada pudiera hacernos daño. Es como si el mundo entero estuviera moviéndose a cámara lenta.

Cuando era pequeña solía creer en los cuentos de hadas y uno de los sueños que tuve fue un día que bailaba junto a mi príncipe. Asher es esa persona para mí. Él es mi sueño y mi deseo hecho realidad. Es mi príncipe.

—Me encanta esta canción.

—Es una de mis favoritas —admite apretando los brazos un poco más.

La canción cambia a *18thFloor Balcony* de Blue October y alzo la cabeza para mirarlo a los ojos. Hay tanta tristeza, adoración y dolor en ellos. Quiero curarlo a base de besos, pero esta enfermedad es una de las cosas que el amor no puede arreglar.

—¿En qué estás pensando ahora mismo? —pregunto.

Me acuna el rostro.

—Que ojalá pudiéramos congelar el tiempo y quedarnos en este momento para siempre. ¿Y tú?

—Pensaba en que este es el mejor primer baile que he tenido nunca.

—Lo eres todo para mí, lo sabes, ¿verdad? —dice en voz baja contra mis labios.

Asiento y salvo la pequeña distancia que hay entre nosotros para juntar mis labios a los suyos. Los dejo ahí pegados tanto como puedo. Cuando me separo, apoyo la frente sobre la de él y sigo bailando hasta que termina la canción. Ha sido probablemente el mejor baile que haya compartido nunca con nadie, pero también el último.

Durante estas últimas semanas he pensado mucho en cómo será mi vida cuando ya no esté Asher. Es un espejo en el que no quiero tener que mirarme nunca... No estoy preparada para perderlo. No quiero ni imaginármelo siquiera, ¿cómo voy a lidiar con la realidad? Siento que estoy en un estado constante de tristeza, pero no es así como quiero recordar el tiempo que nos resta juntos.

Lo peor es que creo que Asher lo percibe. He pensado mucho en lo que yo querría ahora mismo si los roles estuvieran revertidos y me es casi imposible ponerme en su piel. Nadie tan joven debería encontrarse nunca en esa tesitura. Me cuesta seguir viendo el lado bueno de las cosas, pero no quiero que sus últimos días sean solo un recordatorio de lo que va a pasar; quiero que sean sobre el aquí y el ahora. Creo que ambos lo necesitamos.

Ya es hora de que hagamos que los recuerdos sean memorables.

Pasamos tiempo montando el árbol de Navidad porque falta una semana y un día para que llegue la fecha. Asher parece debilitarse más a medida que pasan los días, así que se sienta en el suelo y me va pasando los adornos. Yo estoy contenta de pasar simplemente tiempo con él.

—Odio que tengas que hacerlo tú todo —dice con tristeza a la vez que me tiende un adorno grande de cristal rojo.

Lo cojo y lo coloco en la punta del árbol.

—A mí lo que me importa es que estamos juntos. En realidad estas son las mejores Navidades que he tenido en mucho tiempo. Ya ni me acuerdo siquiera de cuándo fue la última vez que mi madre y yo dedicáramos tiempo a poner y decorar el árbol.

Sonrío y retrocedo para admirarlo.

—Estas también han sido mis mejores Navidades... incluso con todo lo que está pasando —comenta correspondiéndome a la sonrisa.

Terminamos nuestro proyecto de decoración poniendo palomitas en una cuerda finita antes de envolver el árbol con ella. Es algo que mi madre y yo solíamos hacer siempre cuando era niña porque no teníamos dinero para ir a comprar los ornamentos decorativos más caros. Me acuerdo más de eso que de ningún regalo que me haya dado por esas fechas.

Y quiero tener ese recuerdo con Asher.

Cuando terminamos, vemos una de sus comedias favoritas en Netflix y nos reímos más que todas estas últimas semanas juntas. La risa es la mejor medicina, de verdad; nos hace olvidar las cosas que nos han tenido de bajón, al menos

temporalmente.

Ahora ambos estamos tumbados en la cama escuchando cómo el iPod de Asher suena flojito por los auriculares. La lámpara pequeñita que tiene en la mesita de noche ilumina la estancia con una tenue luz anaranjada. Solo hablamos, pero me gusta mirarlo siempre que no estoy dormida. Quiero grabarme cada pequeño detalle en la mente: el tacto de sus labios, el color único de sus ojos, la sedosa textura de su pelo en mis dedos. Tengo miedo de levantarme un día y no ser capaz de recordarlo.

—¿Dónde crees que estaremos dentro de cinco años? —pregunta deslizando una mano bajo mi camiseta para acariciarme el vientre.

Vuelvo a apoyar de golpe la cabeza en la almohada para poder obtener una mejor vista de él. Está completamente serio, pero no estoy segura de querer jugar a este juego.

—¿Qué?

—Solo por esta noche quiero hacer como que somos una pareja normal haciendo planes de futuro. Eso es lo que hacen las parejas normales, ¿no? —pregunta y dibuja una pequeña sonrisa en los labios.

—Asher, no...

—Por favor, ayúdame a olvidar durante un ratito —suplica a la vez que acerca su rostro más al mío. Solía jugar a las casitas todo el tiempo cuando era pequeña, pero esto es distinto. Todo lo que imaginemos no será posible. Pero si es lo que necesita ahora mismo, se lo daré. Caminaría sobre el fuego con tal de que su corazón latiera para siempre contra mi mano.

A menos que ocurra un milagro, todo lo que me va a quedar de aquí a cinco años es el recuerdo de haber jugado a este juego. Tendré recuerdos de las únicas Navidades que compartimos. Siempre me quedará el viaje al zoo, la vez que fuimos a pescar, la noche en la que nos sentamos juntos ante el fuego y la primera vez que hicimos el amor, pero no podré revivirlos... no con Asher.

—Vale. —Me muerdo el labio y me dejo llevar por la imaginación—. Creo que estaremos viviendo en algún lugar lejos de aquí. Sé que te vas a cansar de este pueblo después de un tiempo y yo solo sigo aquí porque me da miedo empezar de cero. Pero no estoy segura de adónde nos iríamos. ¿Dónde quieres vivir? —pregunto tratando de dejarme llevar por el momento.

—Ummm —dice mirando al techo—. Siempre he querido vivir en Colorado. Podríamos hacer senderismo, ir de pesca y hacer rafting. Quizás hasta podríamos comprar una casita en un vecindario rural. Sería como en Carrington, pero con muchas más cosas que hacer.

Apoyo la cabeza sobre su hombro, y la mano sobre su corazón.

—Suena bien. ¿Qué harías allí?

—Bueno, además de recordarle a mi chica todos los días que es la mujer más preciosa y guapa del mundo, seguramente terminaría la carrera de ingeniería y buscaría trabajo de lo mío. ¿Y tú qué? —pregunta colocando su brazo sobre mis

hombros.

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Puede que estudie Derecho, o incluso he pensado que molaría tener mi propia cafetería en algún sitio. Ese pueblo tuyo en Colorado parece el lugar ideal —continúo agarrando su camiseta. Fingir que todo va bien no es tan fácil como pensaba, pero al menos ahora puedo visualizar un futuro. Antes no me importaba lo que pasara mañana, y mucho menos dentro de cinco años... hasta que conocí a Asher.

—¿Y dentro de diez años? —pregunta subiendo y bajando los dedos por mi brazo.

—He pensado en tener hijos, pero todavía no lo sé seguro. Es demasiado pronto. Sé que al menos tendré un perro.

—Yo sí quiero tener hijos. No tuve a mi padre a mi lado, así que quiero ser esa figura para alguien —comenta en voz baja. Se me forma un nudo en el estómago. Hay tantas cosas que la gente da por hechas que este precioso hombre que tengo frente a mí nunca podrá hacer... cosas sencillas que todo el mundo debería tener la oportunidad de vivir y experimentar.

—Yo solo quiero ser feliz. No me importa si solo estamos tú y yo, o si tenemos cinco hijos. Quiero sentirme bien con mi vida —replico.

Los ojos se me empiezan a anegar en lágrimas cuando nos imagino a Asher y a mí sentados en el porche, bebiendo café mientras vemos cómo juegan nuestros hijos. Esa imagen, con un hombre como Asher como protagonista, es el sueño de cualquier mujer.

Se echa hacia atrás y me ase del mentón para que nuestros ojos se encuentren.

—Necesito que me prometas algo. —Asiento e intento contener las lágrimas antes de que prosiga—. Cuando me haya ido, necesito que sigas adelante. Solo porque ya no esté... —Se detiene, cierra los ojos con fuerza e intenta reprimir el torrente de emociones que está patente en la expresión de su semblante—. Necesito saber que puedes hacer todas esas cosas sin mí. No des por terminada tu vida cuando la mía lo haga —dice; la voz se le va resquebrajando a medida que avanza con cada palabra.

—Asher...

Coloca un dedo sobre mis labios.

—Necesito saber que vas a hacer todo lo que me acabas de decir que querías hacer y más. Y no quiero que lo hagas por mí. Necesito que lo hagas por ti.

Ahora mismo no puedo concebir siquiera la idea de amar a otro hombre como lo amo a él. ¿Cómo voy a encontrar a alguien mejor si ya he tenido lo mejor? Saber que está enfermo y que yo no puedo hacer nada para salvarlo cuando más me necesita me está comiendo viva. Recorre mi cuerpo como ácido. ¿Quién va a quererme cuando me siento tan rota y dañada?

Me está dando la oportunidad de tener un futuro y no voy a desperdiciarla. No cuando cada minuto que pasa es una batalla para él.

—Te lo prometo —susurro.

—Hay algo más que me aseguraría de hacer dentro de cinco o diez años. Te haría el amor largo y tendido todas las noches, y cuando terminara te abrazaría hasta que te quedaras dormida. Y cuando saliera el sol volvería a repetirlo todo otra vez, porque eso es lo que se merece una chica como tú... un hombre que la venere. De pies a cabeza.

—No querría que dejaras de hacerme el amor nunca —susurro a la vez que sigo conteniendo las lágrimas.

—Primero haría esto. —Se inclina sobre mí y me deja un reguero de besos por el lateral del cuello. Unos escalofríos más que conocidos me recorren frenéticos la espalda cada vez que me toca allí. Envuelvo los brazos alrededor de su cabeza y hundo los dedos en su larga y sedosa cabellera.

Se aparta, roza mis labios con los suyos y recorre el ligero arco de los míos con su lengua.

—Pero siempre volvería aquí... —afirma contra mi boca.

No quiero soltarlo nunca. Si pudiera congelaría este momento, con su cuerpo bien pegado al mío, nuestros labios rozándose con suavidad y el tono sexy de su voz jugueteando en mis oídos. Esto es justo lo que guardaría en mi baúl de los recuerdos.

—Necesito sentirte cerca de mí —gruñe antes de besarme en la punta de la nariz—. Voy a hacerte el amor. —La voz no me sale de la garganta cuando me pone de espaldas y se coloca sobre mí. No hace mucho esta posición me habría echo salir pitando de aquí, pero cuando es Asher quien lo hace, lo deseo con ansias. Tiene una forma especial de tocarme que me despoja de toda inquietud y me llena a su vez de pasión. Arqueo la espalda y dejo que me levante la camiseta hasta dejar mi abdomen a la vista. Mueve la mano de mi cadera hasta mis senos y luego realiza ese mismo trayecto con la boca.

No hemos hecho nada de esto desde la mañana aquella en la casa del lago. Asher ha estado demasiado débil, y aunque hubiera hecho lo que fuera por volver a experimentarlo otra vez, no quería presionarlo. Me he estado aferrando a esa única noche todo este tiempo. Ser capaz de recrearla lo significaría todo para mí, pero saber que esta podría ser nuestra última vez me duele en el alma.

—Ven aquí... esta ropa se está interponiendo en mi camino —dice tirando de mis brazos y quitándome la camiseta por encima de la cabeza antes de desabrocharme rápidamente el sujetador. Me acaricia los pezones con las manos y la respiración empieza a acelerármeme. Me había resignado al hecho de que ya nunca volvería a sentirlo de nuevo en mi interior, pero está a punto de ocurrir y no podría encontrarme más ansiosa e impaciente. Me agarra de la cara y me besa como nunca nadie me había besado antes. Empieza con suavidad y luego sus labios toman una posesión más firme de los míos, casi como si nunca estuvieran lo bastante cerca. El contacto empieza cálido y luego se torna ardiente, pero poco a poco se va enfriando cuando le presta atención a las comisuras de mi boca. Es tierno, apasionado e intenso... todo lo

que un beso debería ser.

Y todo lo que Asher es.

Siempre recordaré la expresión de su cara cuando sus ojos se encuentran con los míos. Hay luz suficiente en la habitación como para dejarme atisbar qué es lo que está sintiendo; todas esas emociones se funden con mi corazón. Verlo sufrir —a la persona a la que le debo todo— es la peor clase de dolor que haya padecido nunca. Se está ahogando y no hay nada que pueda hacer para salvarlo.

—Eres perfecta. No dejes que nadie te haga sentir menos que eso —susurra antes de darme un beso en la punta de la barbilla. Lleva las manos hasta mi trasero y me atrae hacia él para no dejar ni un solo milímetro de espacio entre nuestros cuerpos mientras me inspecciona el cuello con la boca. Me muero por sentirlo moviéndose en mi interior, pero también necesito esto. Quiero sentirlo por todas partes.

Desliza los dedos por debajo de la cinturilla de mis pantalones y me los baja por las piernas sin despegar la boca de mi piel. Su ropa corre la misma suerte que la mía y desaparecen las barreras entre nosotros. Le envuelvo la cintura con las piernas y hundo mis manos en su pelo cuando su lengua lame mi pezón izquierdo y luego el derecho. Su contacto envía un cálido hormigueo hasta la zona donde convergen mis piernas y demuestra una vez más que Asher es mi sol.

Cuando lo siento pegado a mi abertura, cierro los ojos y espero a ese momento en el que los fuegos artificiales explotan y mi cuerpo se enciende. Noto como una de sus manos calientes me acuna el rostro y me acaricia los labios con el dedo pulgar.

—Mírame, Kate —me ordena en voz baja.

Abro los ojos y veo el dolor grabado en todo su semblante. Ojalá tuviera algo mágico que pudiera ayudarlo a deshacerse de él.

—¿Estás bien? —pregunto a la vez que le acaricio el mentón con los dedos.

—No —susurra, inclinándose para depositar un ligero beso en mis labios—. Nunca debería tener que dejarte.

Las lágrimas inundan mis ojos y me dificultan la tarea de seguir mirándolo. Es súper injusto, pienso mientras trato de tragarme el dolor que se me ha instalado en la garganta.

—No tienes por qué. No importa si estamos juntos o separados, siempre estaré contigo. Estoy viva gracias a ti —sollozo y le coloco una mano en el pecho.

—La razón por la que vives no soy yo. Vives porque me dejaste quererte. Tomaste la decisión de respirar por ti misma... Yo solo te ayudé a encontrar el aire.

—¿Qué acabas de decir? —pregunto tras haber cogido aire para tranquilizarme.

—Que yo no soy la razón por la que vives.

—No, antes que eso —digo envolviéndole el cuello con mis manos.

—Te quiero —susurra. Me penetra despacio sin dejar de mirarme ni un solo segundo—. Estaba preparado para abandonar el mundo hasta que te conocí, y ahora no quiero irme a ninguna parte, quiero quedarme aquí contigo. Te quiero muchísimo, Kate.

—Yo también te quiero —susurro y siento cómo el corazón se me encoge en un puño.

Se retira lentamente antes de volver a deslizarse en mi interior. Una fusión de sentimientos me parte el cuerpo en dos a la vez que nos movemos al unísono. Siento como si Asher estuviera dejando una interminable cicatriz dentro de mí y mi corazón resbalara por el borde de un oscuro y profundo abismo. Esta es la experiencia más bonita y dolorosa que he vivido nunca.

Nuestros cuerpos conectan mientras me besa a lo largo de la barbilla y me recorre la parte posterior de los muslos con las manos. Él es el único amante que he tenido en la vida, así que no voy a poder evitar compararlo con todos los que vengan después.

Mis dedos tocan toda la piel que puedo alcanzar. Memorizo todos los bultitos de su columna vertebral, los músculos definidos de sus brazos, la barba incipiente de su mentón, pero siempre acabo con las manos enredadas en su pelo.

Siempre que perdemos a alguien que amamos lamentamos las mismas cosas. Desearíamos poder abrazarlos, o besarlos, o hablarles... No quiero tener que lamentarme. Quiero hacerlo todo con él esta noche, pese a lo mucho que me duela por dentro, ya que seguramente sea la última oportunidad que nos quede.

Pensar que no hay un mañana solo hace que me aferre con más fuerza a su pelo para no tener que soltarlo nunca.

—Me encanta cuando haces eso. —Su voz tiembla y me abre una pequeña ventana hacia lo que está sintiendo. Mueve las manos hasta mi cabeza y me acaricia los labios con los suyos antes de dejar un reguero de besos por mis mejillas y mi nariz. No habla mucho de todo por lo que está pasando, pero tiene que estar matándolo por dentro. ¿Cómo no?

Sus movimientos se ralentizan al tiempo que deja caer su frente contra la mía. Cuando de repente su pecho se sacude sobre el mío y sus lágrimas aterrizan sobre mi rostro, me duele respirar, literalmente. Esto es demasiado.

—Por favor, no llores —le suplico asiéndole del rostro con las manos. Me siento una completa hipócrita porque mis propias lágrimas se están mezclando con las de él.

—Es que esto parece una despedida, y no estoy preparado. Joder, no estoy listo —dice cerrando los ojos con fuerza. Aún sigue completamente enterrado en mi cuerpo, pero nuestros cuerpos permanecen inmóviles.

Quiero ayudarlo pero no sé cómo.

Quiero hacer desaparecer su dolor, pero no puedo.

—No es una despedida. Lo que importa es el presente. El aquí y el ahora —replico a la vez que le limpio las lágrimas con los pulgares.

—Te quiero... No estoy preparado... No estoy preparado para quedarme sin ti.

Sus palabras me están cerrando tanto la garganta que me es imposible llenar de oxígeno los pulmones. El cáncer nos tiene a ambos presos.

—Nunca estarás sin mí porque siempre te llevaré aquí —digo poniéndome la mano en el corazón—. Siempre —añado con un hilo de voz y empujándolo con el

pecho para que ruede y se quede tumbado bocarriba. Me siento a horcajadas sobre sus caderas y vuelvo a acogerlo entero en mi interior.

—Estás aquí conmigo. Para siempre. Cada vez que cierro los ojos, solo te veo a ti —susurro depositando un besito en cada uno de sus párpados—. Cuando el corazón me late, lo hace por ti. Aunque ya no puedas tocarme, yo seguiré sintiéndote —sollozo y voy dejándole un reguero de besos por todo el pecho—. Pero ahora mismo estamos los dos aquí, en esta cama —susurro.

Nos estamos tocando, respirando y sintiendo. Quiero quedarme aquí, en este momento, y hacer como que nada más importa porque ahora mismo, cuando lo siento en mi interior, nada más lo hace.

Asiente y a medida que me elevo me mira detenidamente; inmediatamente después, vuelvo a deslizarme hacia abajo y disfruto de cada segundo de este momento. Repito el movimiento unas cuantas veces mientras sus manos se apoderan de mis senos. Nos miramos fijamente a los ojos y ninguno de los dos parpadea cuando siento la presión acrecentarse entre mis piernas y una fogata se enciende en mi interior.

Dejo todo lo demás a un lado y me centro solamente en la vida que tengo frente a mí. Deduzco por la dulce expresión de su rostro y por el cariñoso contacto de sus dedos sobre mi vientre y mis muslos, que él está haciendo lo mismo.

Cuando mi cuerpo llega al clímax al mismo tiempo que el de Asher, es como si estuviera flotando sobre la nube más alta del cielo. Nada puede alcanzarme... nada puede alcanzarnos. Pero entonces la realidad consigue sacarme del ensimismamiento y comienzo a empaparle el rostro con mis lágrimas.

—Lo siento mucho.

Se sienta y me pasa los brazos por la cintura.

—¿Por qué?

—Por dejar que te enamoras de mí cuando sabía que esto llegaría —murmura antes de besarme en la piel de entre mis pechos.

Uso las manos para levantarle el rostro.

—No me arrepiento de nada.

Me besa con cariño, ternura y amor... mientras susurra mi nombre una y otra vez.

—Lo eres todo para mí —musita contra mis labios.

Enrosco los brazos alrededor de su cuello y lo abrazo como si nunca tuviera que dejarlo marchar.

Asher

En el instituto y en la universidad pensaba que tenía todo el tiempo del mundo por delante. No me importaba mucho lo que hacía o a quién le afectaban las consecuencias de mis actos. Fui un insensato hasta que una mala decisión lo cambió todo.

Tras la muerte de Megan, intenté pasar página, pero siempre tuve la sensación de que de alguna manera u otra, lo que le pasó fue culpa mía. Cuando el médico me dio la noticia de que tenía cáncer, no escuché lo que dijo detrás. Estaba en *shock*.

Entonces caí en la cuenta.

A lo mejor me lo merecía.

Era mi castigo por no estar ahí cuando mi amiga me necesitaba. Yo soy la razón de que ella ya no esté aquí, y lo tenía completamente asumido hasta que me enamoré de Kate hasta las trancas. Me cuestioné todas y cada una de las veces que entré a ese restaurante, pero algo tiraba de mí hacia ella y no podía hacer nada para remediarlo.

Ahora tumbado aquí con ella entre mis brazos, me alegro de que esté conmigo, pero me cabrea que vaya a tener que pasarse la mayor parte de su vida sin mí... y pronto. No va a ser justo para ella, pero el cáncer es lo único en mi puta vida sobre lo que no tengo control alguno.

—¿Estás despierto? —pregunta Kate apoyando la barbilla sobre mi pecho.

Recorro su espalda en dirección norte hasta sentir su sedoso cabello entre mis dedos.

—Llevo ya un rato. Iba a tomarme los medicamentos.

—¿Estás bien? ¿Necesitas que llame al médico? —me interroga a la vez que se apresura a incorporarse.

—Estoy bien —miento, y me levanto con cuidado para sentarme a su lado.

—¿Seguro? ¿Quieres agua o alguna otra cosa?

Le acaricio la mejilla con la nariz y desciendo hasta besar ese lugar especial bajo la oreja.

—No, quédate aquí conmigo —musito contra su cuello.

—No voy a irme a ninguna parte —dice a la vez que se apoya contra mí y su pelo cubre mi hombro. Sigo besándola por el cuello e inhalo el dulce olor de su piel. Daría lo que fuera por poder recordar ese olor... Nunca fui consciente de los tantísimos detalles que se pueden amar de una persona hasta que conocí a Kate.

Le aparto suavemente el pelo del hombro para otorgarme mejor acceso a su clavícula y bañar su dulce piel de más afecto. La primera vez que la vi me atrajo el color único de su pelo y el contraste de este con sus ojos. Luego tras mirarla fijamente a esos preciosos ojos esmeralda, reparé en que había algo diferente en ella. Tenía que conocerla, ya fuera durante dos semanas o dos años... de alguna manera sabía que merecería la pena.

Le acaricié ligeramente el centro del cuello con la lengua y me detuve para besarla en la barbilla y luego en las comisuras de los labios.

—Te quiero —musito, por fin capturando sus labios.

Un dolor intenso de repente me atraviesa el cuerpo y me hace echarme hacia delante para esconder la cabeza entre las rodillas.

—¡Asher! ¿Estás bien? ¿Llamo a alguien? —pregunta asustada ella poniéndome una mano en el hombro.

Niego con la cabeza y me esfuerzo al máximo para hablar pese al dolor atroz que me abrumba.

—Solo agua... y un calmante.

—Vuelvo enseguida —dice apresurándose a salir de la habitación.

El tiempo que me queda no debería estar eclipsado por toda esta miseria. Debería ser capaz de sentarme en la cama junto a mi chica y hacer las cosas que las parejas normales hacen.

Pero no puedo.

El cáncer es un auténtico cabronazo... y no existe cura para el tipo que está creciendo en mi interior día tras día.

¿Por qué se ha vuelto mi vida tan perfecta ahora, cuando lo único que me queda es una cita con Dios? Kate será la última persona a la que bese. Será la última mujer a la que le haga el amor... la única mujer a la que le haga el amor. Ella me ha dado una razón para vivir cuando no pensé que hubiera ninguna. Me ofrece la oportunidad de vivir una vida que nunca pensé que tendría, aunque tenga que acabar antes de lo debido.

—Toma —dice con un hilillo de voz cuando vuelve a entrar en el cuarto.

—Gracias. —Cojo las dos pastillas que tiene en la mano y me las meto en la boca. Las trago con unos cuantos sorbos de agua y vuelvo a apoyar la cabeza sobre la almohada.

—¿Mejor? —pregunta a la vez que se tiende a mi lado.

—Lo estaré —respondo con sinceridad extendiendo una mano sobre su vientre.

A veces me duele tanto el cuerpo que solo me apetece acabar con todo, pero luego miro a Kate a los ojos y recupero las ganas de vivir. Daría lo que fuera por tener un «para siempre» con ella.

Su para siempre... no el mío.

—¿Necesitas que te traiga algo más? —pregunta al tiempo que, indecisa, apoya una mano sobre mi pecho.

—Estoy bien; vamos a quedarnos tal y como estamos. —Me gusta estar así tumbado con ella. De todas formas tampoco es que me quede energía para hacer mucho más.

Anoche quise hacerle el amor. Es duro mirarla todos los días y sentir esta conexión sin ser capaz de estar lo más cerca posible de ella. He tenido sexo con muchas chicas, pero ella es diferente. Es la elegida.

Hoy estoy pagando las consecuencias. Sabía que anoche no tenía la fuerza física y emocional necesarias para estar con ella, pero lo hice igualmente. Kate es mi adicción. No puedo dejarla.

—¿Quieres que ponga una peli?

—Vamos a quedarnos así un ratito más —susurro.

—Vale, hablemos entonces. ¿Quién fue tu primera novia? —pregunta arrimando su cabeza a la mía.

Me río solo con pensar en ello.

—Se llamaba Lana Richards. Yo tenía catorce años y ella quince.

—¿Cuánto durasteis?

—Creo que unas dos semanas. —Sonrío al pensar en aquel día que me lanzó las patatas fritas a la cabeza en la cafetería del colegio.

—Debió de ser una relación súper seria. —Kate se ríe y traza pequeños circulitos sobre mi pecho desnudo.

—Todo lo que me llamó aquel día fue completamente en serio. ¿Y tú qué? ¿Quién fue tu primer novio?

La sonrisa desaparece de su precioso rostro y en su lugar aparece la expresión triste que casi siempre veía cuando la conocí por primera vez.

—Nunca he tenido novio —musita, y para los dedos de golpe—. Tú eres el primero.

El pecho se me inunda de dolor al escucharla admitir aquello. Ha perdido tantísimo tiempo por culpa de un gilipollas... Haría lo que fuera por poder devolverle esos años perdidos. Sé que no puedo, pero al menos puedo darle esperanza para un futuro.

Le pongo un dedo debajo de la barbilla y atraigo esos ojos verdes nuevamente hacia los míos.

—Me alegro de ser el primero, pero quiero que me prometas que no seré el último.

—Asher...

—No —la corto poniéndole un dedo sobre los labios—. No quiero que me lo discutas. Necesito saber que vas a estar bien. Necesito saber que eres feliz.

—Ahora mismo ni me lo planteo siquiera. ¿No lo entiendes? Te quiero tanto, tanto... no veo más allá de ti, Asher —replica cerrando los ojos—. No puedo.

—Eres especial, Kate. Alguien lo verá, igual que yo —digo en voz baja y acariciándole el pómulos con mi dedo pulgar—. No quiero irme hasta saber que

puedes vivir sin mí. Y cuando digo vivir, me refiero a sonreír. Solo quiero que seas feliz.

—Para. Por favor, para —murmura a la vez que se lleva las manos a la cara.

Haciendo acopio del último ápice de fuerza que me queda, tiro de ella hacia mí y la abrazo contra mi pecho. Odio verla así, y más sabiendo que he sido yo el causante de su inquietud. Nadie debería tener nunca que hablarle a su novia de estas cosas. El dolor que siento ahora mismo es acojonante, pero lo soporto porque sé que necesita mi fuerza.

No quiero que se sienta culpable. No quiero que su vida termine conmigo. Ya lo hizo una vez y perdió muchísimo por ello.

—Lo siento. No por lo que te he dicho, sino por tener que decirlo —digo a la vez que le atuso el pelo.

—¿Podemos hablar de otra cosa? Por favor.

Hago uso de la mano que tengo a su espalda para arrimarla más a mí y siento cómo nuestros alientos se funden.

—Quererte es fácil, pero hace que ahora esto sea mucho más difícil.

Sus labios rozan los míos una y otra vez.

—Te quiero.

La abrazo contra mi pecho y siento cómo los párpados cada vez me pesan más. No quiero cerrar los ojos. Odio quedarme dormido porque pierdo muchísimo tiempo del que me queda con ella, pero apenas tengo ya control sobre mi cuerpo.

Me está preparando para lo que viene.

Quiero que esté bien... Siempre le pido a Dios lo mismo cada vez que siento el sopor adueñarse de mí. Pido poder despertarme y ver su precioso rostro una vez más. Pido un milagro, pero cuanto más pienso en ello, más consciente soy de que en realidad ya me han concedido uno.

Kate.

Lo primero que me llama la atención cuando llego a mi calle es el antiguo Chevy destartado de Beau. No he hablado con él desde que supe que Asher estaba enfermo. No porque no quiera, sino porque no he tenido tiempo para nadie más.

Asher y yo hemos estado pasando cada momento juntos, pero algunas veces, cuando se queda dormido, tengo que irme para ir a hacer recados. Odio cada minuto y segundo que pasamos separados. Siempre estoy temiendo perderme uno de los raros momentos que está despierto, o que se ponga peor y yo no esté allí con él.

Mientras aparco frente a mi casa, recuerdo el alivio que solía sentir cada vez que veía que Beau estaba en casa. Ahora mismo lo siento un poquito. Estoy medio esperando que salga por la puerta de su casa como siempre hacía, pero no lo hace.

Aquellos días se terminaron.

Cuando entro en casa, todo está sumido en un silencio sobrecogedor. El sitio de mi madre en la mesa de la cocina está vacío, y la televisión apagada.

Metó rápidamente algunas ropas dentro de mi bolso de lona, sin prestar atención en si casan o no. Me tomo un par de minutos para escribirle a mi madre una nota disculpándome por toda la ropa sucia que le he dejado en el lavadero y vuelvo a salir por la puerta.

El aire frío me da de lleno en la cara cuando bajo los escalones de la entrada y me dirijo de vuelta a mi coche. Con suerte, todavía seguirá caliente.

—¡Kate! —oigo gritar a mi espalda a una voz conocida.

Me paro en seco y dudo en si darme la vuelta y quedar de frente a él o no.

—¡Kate! —Esta vez percibo que está más cerca.

Respiro hondo y me giro para contemplar al hombre que no sabía lo mucho que lo había echado de menos hasta este mismo momento.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Vacaciones de Navidad —contesta pasándose la mano por el pelo—. Tenía la esperanza de verte.

—Siento no poder quedarme. Tengo un montón de cosas en la cabeza ahora mismo —digo mientras toqueteo nerviosa la correa del bolso.

Beau salva el espacio que hay entre nosotros y me quita el pesado bolso del hombro y se lo cuelga él en el suyo.

—Lo sé. Tu madre me ha contado lo de Asher. Yo... no sé qué decir. ¿Quieres hablar del tema?

—No —respondo al tiempo que niego con la cabeza.

Asiente, desvía la mirada hacia la calle, e inmediatamente después, hacia mí.

—Si necesitas cualquier cosa, estoy aquí.

—Gracias. Significa mucho para mí —digo a la vez que me abrazo para mantenerme caliente—. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—Hasta el próximo domingo. Oye, si tienes un rato, podríamos pedir alguna pizza o algo antes de que tenga que volver. Solo para ponernos al día.

—Lo siento, pero no creo que vaya a poder. No me gusta separarme de él —respondo hundiendo la punta de mis zapatos en la leve capa de nieve que hay en el suelo.

—¿Quieres que lo deje en el coche? —inquire levantando la correa del bolso—. Tengo una cosa para ti en casa. Te la voy a dar ya.

Antes de tener tiempo de responderle siquiera, Beau abre el maletero de mi coche y lanza la bolsa dentro, luego abre la puerta del lado del conductor y enciende el motor.

—Espera dentro del coche. Hace demasiado frío como para que estés aquí fuera —me ordena mientras se baja del vehículo y me aguanta la puerta abierta.

Me deslizo dentro. No tengo la energía ni el tiempo para discutir con él.

—No tenías por qué haberme comprado nada. Yo no...

Cierra la puerta y desaparece corriendo en el interior de su casa. Me siento fatal porque yo no le he comprado a él ningún regalo. No he tenido tiempo para pensar en nadie más que en Asher.

Me echo hacia delante y me agarro con fuerza al volante mientras observo cómo vuelve a salir con una cajita rectangular en la mano. Las cosas ya no son tan fáciles entre nosotros como solían serlo antes.

Abre la puerta del copiloto y se sube.

—Toma. Ábrelo.

Vacilante, cojo el paquetito de su mano y paso los dedos por encima del lazo rojo antes de deshacerlo. Rompo el papel y descubro una cajita blanca. Levanto la tapa con cuidado y aparto el papel cebolla que cubre la parte superior.

Lo que veo al fondo me quita la respiración.

—¿Te gusta?

Paso los dedos por las esquinas de madera lisa y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Es preciosa. ¿Dónde la has conseguido?

—Llevo ya un tiempo con ella. Yo también tengo una en mi habitación para acordarme de casa y pensé que a lo mejor a ti también te gustaría tener una. Ya sabes, como recordatorio de tiempos mejores —comenta en silencio y sin despegar los ojos de la foto—. Es nuestro sitio.

Es una foto del lago, tomada desde el mismo lugar en la playa donde nos solemos sentar y mirar el agua.

—Gracias —susurro tratando de contener las lágrimas.

—Ahora ya puedes ir cada vez que quieras —dice y me pasa el pulgar por debajo

del ojo—. No quería hacerte llorar.

—Me siento mal por no haberte comprado nada.

—No te preocupes. Sé que has estado liada.

Por cómo me está mirando ahora mismo, me entran ganas de abrazarlo, pero tengo que irme... Asher me necesita.

—Debo marcharme, por si Asher se despierta.

En cuanto las palabras salen de mi boca, él gira la cabeza para mirar por la ventanilla.

—Bueno, llámame si me necesitas —dice volviéndose hacia mí otra vez—. Te echo de menos, Kate.

Asiento, incapaz de hablar, al tiempo que lo veo apearse del coche y alejarse de mí.

Ojalá pudiera ponerme en el lugar de Asher... Creo que sería más fácil morir que vivir sin él. Significa tanto para mí... es el arquitecto de la persona en la que me he convertido estos últimos meses. No quiero vivir esta vida sin él. No quiero pasar una sola noche sin él.

Yo vivía entre horribles pesadillas cuando él apareció de la nada y me dio una razón para volver a soñar. ¿Cómo voy a soñar cuando se vaya?

¿Por qué siempre se tienen que ir los mejores? Porque eso es Asher para mí claramente.

Lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿Necesitas algún otro calmante? —pregunto sosteniéndole la mano. Ha tenido puesta una vía intravenosa con morfina estas últimas dos semanas. Está tan débil que se ha quedado confinado en la cama. Ya no habrá más salidas de pesca. Ni viajes al restaurante.

Asiente y vuelve a cerrar los ojos. Está tan delgado y pálido... pero lo que más se ha atenuado es la luz de su sonrisa. La echo de menos.

Ya han pasado cuatro semanas desde aquella noche en la que hicimos el amor... en la que planeamos el futuro que nunca tendremos juntos. Cada día su espíritu se desvanece un poco más, junto con su fuerza. Cada día duerme un poco más que el anterior.

Hoy lleva dormido todo el día.

Me tumbo a su lado y observo cómo la vida se esfuma de su cuerpo. Con ella se marcha un trocito de su alma. Se está desvaneciendo y dentro de poco no podré siquiera tocarlo con las manos, o sentir el calor de su piel contra la mía. Quiero saborearlo. Para siempre.

—Ven aquí conmigo —murmura. Yo escucho cada palabra que dice porque sé que el día que pronuncie las últimas va a ser como un puñal en mi corazón.

—¿Estás seguro de que quieres...? —pregunto, vacilante. No quiero hacerle más

daño del que él ya siente.

—Tú eres lo único que me hace sentirme vivo. Ven aquí —ordena sin abrir los ojos en ningún momento.

—Vale, pero recuerda que tú lo has pedido —respondo y me quito las zapatillas de andar por casa. Me meto bajo la colcha calentita y me acurruco a su lado. Su cuerpo ahora siempre está frío, pero yo no tengo problema alguno en calentarlo.

—¿Qué día es hoy?

—Catorce de enero.

—Quiero salir y mirar las estrellas —dice pasándome el brazo por la espalda.

—Estamos a once grados bajo cero, Asher —digo mientras le trazo circulitos en el pecho con el meñique.

—¿Crees que habrá estrellas en el cielo?

—¿Qué?

—¿Crees que hay estrellas en el más allá? —se detiene y traga saliva con tanta fuerza que hasta yo lo oigo—. Estaba pensando en cómo sería levantar los ojos y no verlas nunca más. Ellas son las que conectan el mundo, ¿sabes? No importa si estamos aquí o en la otra punta del mundo... todos vemos las estrellas. Algún día, dentro de poco, ya no volveré a verlas, Kate.

Se me cae una lágrima, pero me la limpio rápidamente con la manga del jersey. He intentado ser fuerte por él, pero cuando dice cosas como esa me derrumbo totalmente.

—Asher...

—No. —Me levanta la barbilla y me obliga a mirarlo directamente a los ojos—. No quiero que me digas que todavía hay esperanza. No quiero que me digas que todo irá bien —dice con tristeza y con los ojos anegados en lágrimas—. Me estoy muriendo. Me muero, Kate. Me muero.

Me pongo de rodillas para tener el rostro unos centímetros por encima del suyo y le toco con las manos las mejillas.

—Ahora mismo estamos aquí los dos. No quiero que pienses en lo que pueda pasar mañana, o pasado mañana. No se trata de jugar a fingir que todo va bien. Se trata de vivir el momento, y es como quiero pasar cada última hora, minuto o segundo que nos quede juntos.

Se le escapa una lágrima y yo la detengo con un beso. Si pudiera curarlo a base de besos, lo haría. El cáncer es una oscuridad que se extiende por dentro de su cuerpo... matándolo lentamente... privándolo de luz, y todo lo que puedo hacer yo es cruzarme de brazos y rezar porque se obre el milagro que seguramente nunca llegue.

Se queda dormido no mucho después. A él el sueño le viene fácil, pero yo no consigo conciliarlo. Tengo miedo de perderme algo si me quedo dormida, pero sobre todo tengo miedo de no sentir su corazón latir contra mi mano al despertar. No creo que nunca llegue a estar preparada para ese momento.

Me bajo de la cama despacio para llamar a mi madre y pedirle un favor. Ha sido

bastante comprensiva con todo esto y no ha puesto en duda mi decisión de pasar cada minuto del día con Asher.

Un ratito después, tocan a la puerta suavemente. Salgo con cuidado de debajo de las mantas y me pongo otra vez las zapatillas. Abro la puerta una cuarta y veo a Daniel ahí con el brazo apoyado en el quicio de la puerta.

—Kate, tu madre está en el salón. Dice que te ha traído algo —anuncia antes de retroceder para que pueda salir de la habitación.

—Gracias. —El padre de Asher ha estado muy perdido. Cuando empecé a quedarme aquí, todos cenábamos juntos con un poco de conversación aquí y allá. Ahora Asher ya no come, y los dos rara vez hablan. Su padre comprueba cómo está cada mañana antes de irse a trabajar, cuando vuelve del trabajo y antes de irse a la cama. Quiero ayudarlos a que remienden su relación antes de que sea demasiado tarde, pero los dos son tan cabezotas que parecen incapaces de dar el primer paso.

Mi madre se halla de pie tras el sofá, mirando fotos antiguas de Asher y de su padre. La distancia entre los dos es incluso más evidente en las imágenes; llegan hasta cuando Asher es muy pequeño y luego dan un salto a tan solo unos meses antes, cuando llegó a Carrington.

—Gracias por hacer esto por mí —digo, abrazándola. Son las pequeñas cosas como esta las que me demuestran lo mucho que se preocupa por mí. Haría cualquier cosa por su hija.

—No hay de qué. Lo que sea que necesites, Kate —responde achuchándome.

—Gracias. —Huelo su perfume y los ojos se me llenan de lágrimas. Pasar esto con Asher me ha hecho apreciar más a la gente que tengo alrededor, especialmente a mi madre. Pese a todas nuestras riñas, sé lo mucho que me quiere y lo mucho que yo la quiero a ella.

—¿Cómo está Asher? —pregunta echándose hacia atrás para mirarme a mí y a mis mejillas llenas de churretes. Frunce el ceño al tiempo que me acuna el rostro entre sus manos—. Ay, mi niña, ojalá pudiera hacer desaparecer todo ese dolor que tenéis los dos. Te quiero mucho y verte así me parte el corazón.

—Es que me siento tan impotente. Ojalá pudiera hacer más por él —sollozo cerrando los ojos con fuerza.

—Eres más fuerte de lo que crees, Kate. Me enorgulleces como madre —dice dándome un beso en la mejilla.

—Te quiero, mamá, por si no te lo digo lo suficiente.

—Yo también te quiero.

Dos palabras nunca han sido tan poderosas.

—Debería volver con Asher antes de que se despierte. Quiero darle una sorpresa con esto —digo echándole una mirada a la caja de cartón que hay en la mesita auxiliar.

—¿Quieres que me quede? —pregunta dándome un apretón en el brazo.

Niego con la cabeza.

—No, estaré bien.

—Lámame si necesitas algo —dice dulcemente a la vez que me envuelve en sus brazos para darme otro abrazo.

—Lo haré. —La acompaño hasta la puerta y siento la presión en mi pecho acrecentarse. Quiero que esté aquí conmigo. Recorre el caminito nevado y me mira una vez más para regalarme una sonrisa alentadora. Esa es la sonrisa que me hace sentir como en casa. Esa es la sonrisa que muy pronto voy a necesitar ver constantemente.

Cuando entro de nuevo en el dormitorio, Asher está hablando por el móvil.

—Yo también te echo de menos —dice con tristeza al auricular—. ¿Puedes poner a mamá otra vez?

Cierro la puerta a mi espalda sin hacer mucho ruido y dejo la caja que me ha traído mi madre en el armario. Asher me ve y da golpecitos con la mano al espacio vacío que hay junto a él en la cama.

—Hola, mamá, solo llamaba para saber cómo iba todo —Lo veo asentir y cerrar los ojos—. Mamá, por favor, no llores. A mí tampoco me gusta, pero no puede verme así.

Sacude la cabeza y se pellizca el puente de la nariz.

—Lo siento. No puedo. —Se queda callado durante un rato con la vista fija en la ventana. Haría cualquier cosa por hacerle esto más fácil para él. Es duro ver cómo la persona a la que amas se derrumba por completo frente a tus ojos—. Vale, hasta luego. Te quiero —dice antes de soltar el teléfono en la mesita de noche. Le concedo unos pocos minutos de silencio para que piense en todo lo que se le está pasando por la cabeza, antes de subirme a la cama junto a él y rodearle la cintura con los brazos.

Ambos nos quedamos dormidos en silencio. Cuando por fin me despierto, fuera está oscuro y los ojos de Asher siguen cerrados a mi lado. Levanto los brazos con cuidado de su cintura y le pongo una mano sobre el corazón para verificar, como siempre, que sigue durmiendo cada vez que me quedo dormida. Bajo de la cama y abro la caja que me trajo mi madre antes. Espero que lo que hay dentro lo haga feliz, aunque solo sea durante unos pocos minutos.

Saco la figurita en forma de tortuga de la caja y la dejo sobre la mesita de noche antes de enchufarla a la luz. Hace justo el efecto que esperaba. Ahora solo tengo que esperar a que se despierte y lo vea.

La apago y voy a la cocina para cogerme algo de beber. No me sorprende ver a Daniel sentado a la mesa con la mirada perdida.

Se sobresalta cuando oye mis pisadas sobre el suelo de madera.

—Hola, ¿qué tal está Asher esta noche?

—Está durmiendo —respondo con una sonrisa triste. Dormir es lo que más cómodo le hace sentir, pero echo de menos las cosas sencillas como hablar con él.

—Su madre llamó antes. Ella y su hija vienen mañana de visita —comenta mientras se masajea las sienes con las yemas de los dedos—. Sé que no quiere que su

hermana lo vea así, pero creo que se arrepentirá si no lo hace.

Asiento.

—¿Crees que deberíamos contárselo?

—¡No! —exclama sacudiendo la cabeza—. Solo discutiría. No merece la pena.

—¿Sabes a qué hora llegarán?

—A mediodía más o menos.

—Vale. —Cojo un vaso del mueble y lo lleno de agua. Cuando me vuelvo a girar, el padre de Asher tiene el rostro hundido en las manos. Me acerco a él y, vacilante, le pongo una mano en el hombro—. ¿Estás bien?

—No —solloza, y da un manotazo sobre la mesa—. Ningún padre debería tener que ver morir a su hijo. Se supone que soy yo el que tiene que morir antes que él, joder.

Mis propios ojos empiezan a inundarse de lágrimas.

—No es justo, Daniel, pero tenemos que centrarnos en el tiempo que le queda.

—Estaba tan deprimido antes de conocerte. Gracias por estar ahí para él. Creo que estos han sido algunos de los mejores meses de su vida, incluso con el cáncer —admite con tristeza—. Yo no siempre he estado ahí para apoyarle, pero no porque no haya querido.

—Quizá debieras hablar con él. Decirle que lo quieres.

Cierra los ojos con fuerza y sacude la cabeza.

—No sé si quiere oírlo.

—Necesita oírlo —digo con un hilo de voz antes de ver cómo vuelve a abrir los ojos.

Asiente y me enseña una de las sonrisas más tristes que haya visto nunca.

—Voy a ver si está despierto —anuncio dándole una palmadita en el hombro.

Él me cubre la mano con la suya.

—Gracias por todo.

Le doy un apretón en el hombro y camino hacia el dormitorio de Asher, ansiosa por darle la sorpresa. Cuando abro la puerta, lo veo medio incorporado sobre la almohada contemplando el cielo nocturno.

—¿Qué tal la siesta?

—Igual que las otras tres que he tenido hoy —bromea para tratar de aligerar la situación.

—Tengo una sorpresa para ti.

Sonrío y me acerco despacio hacia la ventana.

—¿Y qué es? —inquire antes de regalarme una sonrisa torcida.

Cierro las cortinas para bloquear las luces de fuera y me dirijo a la cama.

—Cierra los ojos —le indico al mismo tiempo que estiro el brazo para llegar al interruptor de la tortuga. En cuanto lo hace, lo enciendo y me acurruco junto a él en la cama—. Vale, ya puedes abrirlos.

Parpadea varias veces antes de abrirlos por completo y al instante se lleva una

mano al corazón.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta con una voz emocionada.

Señalo a la tortuga que está en la mesita de noche.

—La tortuga proyecta las constelaciones en el techo. Quería que vieras las estrellas.

Me abraza y me aprieta contra su pecho tanto como puede.

—Eres increíble.

—Todo es por ti —replico, y siento su corazón latir contra mi mejilla. Veo la Osa Mayor y la Osa Menor... sí que parece que estemos fuera bajo una manta y observando el cielo estrellado.

—Ven aquí. —Levanto la cabeza y atisbo el resplandor de las estrellas reflejarse en sus ojos antes de pegar mis labios a los suyos. Los acaricia y me besa en ambas comisuras.

Es un momento precioso que puede añadirse a mi cuento de hadas.

A la mañana siguiente me cuesta concentrarme en nada porque tengo miedo de cómo va a reaccionar Asher al ver a su madre y a su hermana. Daniel se ha ido alegando que no es muy buena idea que estén todos en la misma casa, y eso me deja a mí aquí para lidiar con las consecuencias en caso de que algo vaya mal.

Apenas unos minutos después de que den las doce del mediodía, el timbre suena. Asher se despierta y mira la hora en su despertador.

—¿Esperas a alguien?

Vacilo, no sé muy bien cómo responder a eso.

—Sí, pero es una sorpresa. Quédate aquí y ahora vengo.

—Kate, ¿por qué no puedes decírmelo?

—Ahora vengo. —Respiro hondo varias veces y camino hacia la puerta principal. Dejo la mano apoyada sobre el pomo unos segundos antes de girarlo. En cuanto lo hago, dos sonrisas tristes me reciben al otro lado.

—Vosotras debéis de ser la madre y la hermana de Asher —digo extendiendo el brazo para saludarlas.

—Sí, llámame Anna —responde la rubia más mayor—. Y ella es Aubrey. —La chica más joven tiene un parecido impresionante con Asher. Es preciosa con ese pelo rubio ondulado y esos ojos azules del mismo tono que los suyos.

—Yo soy Kate. Pasad —digo mientras les indico con un gesto que entren.

Quiero hablar con ellas y conocerlas mejor, pero noto que se están muriendo por ver a Asher.

—Seguidme —les indico antes de guiarlas a través del salón y del pasillo. De nuevo vacilo antes de abrir la puerta. Esto puede salir o muy bien o muy mal.

Menos mal que Asher sigue despierto cuando abro la puerta, pero en cuanto las ve en el umbral, sus ojos comienzan a anegarse en lágrimas.

—¿Qué están haciendo aquí? —inquire mirándome. El miedo me atraviesa. A lo mejor no ha sido tan buena idea. Observo cómo la estancia se sume en un completo silencio. Miro a Anna, que tiene lágrimas surcándole las mejillas. Así no es cómo me había imaginado que se reencontraran.

Tras unos segundos, Aubrey corre hacia él y apoya su torso sobre el suyo. Asher parece molesto al principio, pero cuando mira a su hermana, se derrite y la rodea con sus brazos. Anna se queda rezagada un rato, pero luego camina hasta su hijo con una mano sobre la boca. Está desmoronándose, y por desgracia yo sé exactamente cómo se siente. Duele... mucho.

Me quedo lo suficiente como para verla agarrarle la mano con las dos suyas antes de salir del cuarto para concederles privacidad. Me alegro de que estén teniendo este momento, y a juzgar por la cara de Asher, creo que él también.

Me siento tranquilamente en el sofá y me quedo escuchando el tic-tac del reloj de pie. Tengo la sensación de que pasan horas, pero solo es porque quiero saber qué está pasando ahí dentro. Rezo porque hayamos tomado la decisión correcta.

Cuando la puerta del dormitorio se abre, me pongo de pie y veo a las mujeres salir de la habitación. Anna viene hacia mí y me da un abrazo.

—Gracias por dejarnos venir. Lo necesitábamos.

—Haría cualquier cosa por ayudarlo.

Me suelta y me agarra de los brazos.

—Lo sé, y nunca podré agradecértelo lo suficiente. Cuídate, Kate, y, por favor, infórmame de cualquier cambio —me pide mientras busca en su bolso y me tiende una tarjeta de contacto.

—Gracias, lo haré —contesto cogiéndole la tarjeta de la mano.

Le apunto mi número de móvil en una tarjetita y se la doy.

Me envuelve con sus brazos para darme otro abrazo más y sale por la puerta principal. Caigo en la cuenta de que esta bien podría ser la última vez que vea a Asher vivo. Tan solo pensarlo hace que el pecho se me contraiga de dolor.

Cuando entro nuevamente en la habitación de Asher, me sorprende ver que su ira ha sido reemplazada por felicidad. Parece... agradecido.

Da golpecitos con la mano en el lado vacío de su cama.

—Gracias —musita al tiempo que me acomodo a su lado.

Kate, no está bien. Lo siento, pero no creo que vaya a durar mucho más. Tendrá suerte si aguanta toda la noche —anuncia Mary, la enfermera de Asher, con clara preocupación en los ojos. Ha sido muy dulce durante toda esta dura experiencia, recordándome un montón a mi abuela con esos abrazos constantes y esas palabras tranquilizadoras. Ha habido días que he querido llorar, pero de alguna forma he encontrado la fuerza para contener el llanto porque no quiero que Asher me vea tan abatida. Pero en cuanto Mary me estrecha entre sus brazos, ya no puedo seguir siendo esa chica fuerte que he sido hasta ahora. No solo está cuidando de Asher... también está guardando bajo llave mi propia locura.

—¿Hay algo más que puedas hacer por él? —pregunto sin ser capaz de esconder lo mucho que mi corazón suplica por más tiempo. Ahora mismo no hay nada que pueda aliviarme por muchos abrazos que me dé.

Levanta el brazo y me pasa una mano por el pelo.

—Me temo que no. Lo siento. A estas alturas ya solo podemos controlarle el dolor.

El suelo se hunde bajo mis pies cuando la realidad comienza a golpearme de lleno. Ya hayamos amado a alguien por tan solo diez mil minutos o diez mil días... por mucho que nos preparemos para lo inevitable, pensar en ello nunca será tan devastador como escuchar la verdad.

Se repite una y otra vez en mis oídos como si lo hubiera dicho alto y despacio. Quiero que se retracte, o que me diga que todo ha sido un mal sueño, pero sé que no lo es. No voy a despertarme de esta realidad. No puedo esconderme de ella. No puedo ignorarla.

Esta es mi vida.

Es la vida de Asher.

A Asher lo ingresaron en el hospital la semana pasada con neumonía. Su sistema inmunitario es tan débil que ha estado siendo incapaz de combatirla. Es como si estuviera observando un reloj de arena conteniendo la respiración y deseando con todas mis fuerzas que el último granito no cayera nunca. Es una carrera contra el tiempo la que se está sucediendo en mi interior... una que seguro que no puedo ganar.

Necesito a Asher.

Él me da fuerza y coraje. Me ha devuelto la vida. Pero haga lo que haga, no parece que yo vaya a poder devolverle la suya. Daría mi último aliento si con ello quedara exento de tener que entregar el suyo.

Lo amo.

Sé que lo amaré siempre y para siempre.

Anna se ha estado quedando en el pueblo desde que lo ingresaron en el hospital. Del poquito tiempo que he pasado con ella, he disfrutado contemplando su relación con Asher. Es duro ver la tristeza de sus ojos cada vez que viene a verlo.

Me deslizo dentro de la cama, a su lado, y me acurruco contra su costado. Está tan delgado y tan frágil... De vez en cuando, le paso los dedos por el pelo y le dibujo corazoncitos en el pecho para recordarle que estoy cerca. Me lo quedo mirando durante horas enteras intentando memorizar cada rasgo de su cara. A menudo le sostengo la mano, cierro los ojos y me permito sentir la leve calidez de su piel.

Me acuerdo del primer día que entró en el restaurante y llamó mi atención. Recuerdo la segunda vez que entró y me dejó la primera nota en una servilleta. Recuerdo la primera vez que hablamos, la primera vez que me hizo reír, la primera vez que nos besamos.

Nunca lo olvidaré.

Hubo un día en el que hablamos de la muerte. Por aquel entonces no sabía que tenía cáncer, pero ahora, cuando vuelvo a pensar en ese momento, me doy cuenta de que era un presagio.

Estamos sentados en el filo del muelle, mirando al agua. No estamos pescando; hoy simplemente queremos relajarnos y disfrutar de nuestro tiempo juntos.

—Hace un día precioso. Podría pasarme el resto de mi vida despertándome aquí cada día —comento al tiempo que apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Alguna vez piensas en la muerte? Me refiero a que... ¿cómo crees que es? —pregunta Asher rodeándome la espalda con el brazo.

No es algo en lo que haya pensado mucho. No creo que a nadie le guste hacerlo.

—No sé. Supongo que siempre he tenido la esperanza de que sea como empezar otra vida. —Me detengo e intento ordenar mis pensamientos—. Espero que sea como despertarse en otro lugar.

—Yo también —responde besándome en la sien.

—Aunque todavía nos queda mucho tiempo antes de que tengamos que pensar en ello. No vamos a irnos a ninguna parte. Tenemos toda una vida por delante.

—Sí —musita y aparta su cara de la mía.

Debería haberme dado cuenta ese día, pero estaba demasiado metida en mis cosas.

Echaré de menos su voz. Echaré de menos ese sentimiento de paz que me recorre cuando lo miro a los ojos. Pero más que cualquier otra cosa, echaré de menos el alivio de saber que cuando el sol se alce por la mañana, Asher seguirá estando a mi lado.

Solemos lamentarnos de nuestros días pasados, vivir en el presente y olvidarnos del futuro, pero yo estoy tratando de abrigoarlos todos. Rezo cada noche antes de

quedarme dormida acurrucada contra Asher. Pido fuerza; no solo para mí, sino también para él. Cada noche, pido esperanza porque no estoy preparada para despedirme. Quiero despertar y verlo correteando por ahí con esa radiante sonrisa de nuevo estampada en el rostro.

—¿Kate? —murmura Asher despertando de un sueño profundo.

Es genial poder escuchar su voz por primera vez hoy. Cierro los ojos y la retengo como si fuera mi canción favorita. Memorizo el tono y me aferro al modo en que pronuncia mi nombre.

—¿Estás bien? —pregunto tocándole la barbilla con un dedo.

Me pasa el brazo por la espalda e intenta con todas sus fuerzas atraerme contra sí.

—Solo quería asegurarme de que seguías aquí.

—No voy a dejarte —musito antes de rozar sus labios con los míos.

—¿Hace bueno hoy para salir a mirar las estrellas? —pregunta esforzándose por respirar. Ha estado confuso y desorientado a veces cuando se despierta.

—Hoy no —respondo y apoyo la cabeza sobre la almohada. Le dibujo corazoncitos y las palabras «te quiero» en el pecho con la punta de un dedo.

—Debo de haberme quedado dormido viendo la peli, ¿no? —pregunta tratando de tragar con dificultad.

—Sí —digo siguiéndole el juego. Es más fácil así.

—He soñado contigo —me confiesa con un hilo de voz e intentando recuperar el aliento.

—¿Sí?

Asiente ligeramente.

—Estabas tan preciosa como siempre y venías hacia mí vestida de blanco. —Se detiene y se toma unos cuantos segundos para respirar hondo varias veces—. Cuanto más te acercabas, más llorabas. Y cuando estabas a mi alcance te agarré la mano. —Se para. Siento bajo mi mano lo mucho que le cuesta hablar y respirar.

—No pasa nada. Deberías intentar descansar. —Quiero oír todo lo que tiene que decir, pero cada palabra que pronuncia lo está drenando de energía. Me duele el corazón; quiero aferrarme a él todo el tiempo que pueda.

Gira el cuerpo lo suficiente como para quedar de cara a mí y agota sus fuerzas con ese simple movimiento.

—Escúchame —susurra y me pone la palma de su mano en la mejilla—. Después de que el cura lanzara una plegaria, yo te dije lo preciosa que estabas. —Se vuelve a parar y esta vez cierra los ojos.

—Asher...

—No, por favor —musita, volviendo a abrirlos por mí—. Te dije que cada estrella en el cielo brillaba por ti, y es cierto, Kate. Iluminas mi mundo hasta en los momentos más oscuros.

Las lágrimas surcan mis mejillas al mismo tiempo que las suyas. Esto no tendría que pasar de esta manera. Este momento debería ser en una iglesia, ante nuestras

familias y amigos. Pero debido a una estúpida palabra de seis letras, estas palabras la está diciendo en la cama... en la noche en la que seguramente pierda a mi alma gemela para siempre.

Respira hondo y me acaricia la mejilla.

—Te dije que te quería una y otra vez porque es cierto, Kate. —Se detiene. Está luchando por respirar. Ojalá pudiera hacerlo yo por él. Ojalá pudiera darle mi fuerza —. Te quiero muchísimo, y la idea de dejarte sola me está matando más que el propio cáncer.

Jadea en busca de aire y todo lo que puedo hacer es esperar mientras sigo acariciándole la mejilla.

—Necesito saber que vas a estar bien. —Le pesa la respiración y lucha por pronunciar cada palabra—. Necesito saber que pensarás en los buenos momentos que hemos compartido y que nunca te conformarás con menos de lo que sentiste en esos momentos.

—Lo haré —sollozo al tiempo que le doy un beso en la punta de la nariz.

—Te lo mereces todo, con o sin mí —susurra contra mis labios.

Las lágrimas ya no están surcando mis mejillas, están inundándolas. Asher intenta secarlas pero se da por vencido cuando se percata de que es inútil.

—Ojalá pudiera tener este momento, y el siguiente, pero esto es lo que Dios ha querido darnos —dice con dificultad. Está tan pálido... tan débil—. Quiero abrazarte. Por favor, no me dejes —llora y entierra la cara en mi camisa.

—Nunca. —Me uno a su llanto y lo aprieto contra mí—. Nunca.

—Odio tanto esto... pero necesito sobreponerme por él. Hay tanto que quiero decirle.

—Me has devuelto la vida. Te preocupaste lo suficiente por mí como para traspasar mis demonios. Me hiciste querer estar contigo cada minuto del día porque me hiciste sentir cosas que nadie más logró. Bien, aquí conmigo o en mis recuerdos, te amaré. Siempre y para siempre.

Coge aire unas cuantas veces entre sollozos. Está luchando por respirar, literalmente, y cada vez que lo consigue, deseo con toda mi alma que no sea su último aliento.

No

Estoy

Preparada...

Poco a poco se queda dormido con la mejilla apoyada en mi hombro. Lo escucho tomar aire mientras me quedo ahí tumbada, en silencio, ansiosa porque nunca pare de hacerlo. Cuando pasa un rato, empiezo a contar las respiraciones, y por cada hora que pasa, noto cada vez más y más la lucha. El reloj de arena se está agotando, pero no puedo darle la vuelta... la vida no funciona así.

Su madre y su padre entran a la habitación de vez en cuando para ver como está. No dicen mucho, pero a juzgar por las expresiones destrozadas de sus caras deduzco

que lo están pasando fatal. Ninguno parece saber qué decir, pero se sientan junto a la cama y observan a Asher. Él abre los ojos muy de vez en cuando y comparten unas cuantas miradas cómplices. Sabe que se preocupan por él, pues de lo contrario no estarían aquí cuando las cosas se han vuelto tan complicadas.

Asher empieza a removerse a mi lado otra vez, y yo levanto la cabeza para mirar a sus cautivadores ojos azules en caso de ser esta la última vez que los abra. La luz en su mirada ya no está, pero ese color azul cristalino único permanece. Una lágrima se desliza por mi mejilla y cae en sus labios, pero se la limpio con un beso y logro saborear el líquido salado. Los dejo allí pegados durante unos cuantos segundos, no quiero que el momento acabe nunca. Cuando me vuelvo a echar hacia atrás, tiene los ojos cerrados y le cuesta respirar.

Su cuerpo ha estado sometido a muchísimas cosas, y su espíritu lleva mermado días. Ha llegado a un punto en el que sé que esto es lo mejor para él. Las personas tenemos un límite antes de que el dolor y la agonía empiecen a corromper quienes somos en realidad.

Y yo ya no doy más de mí física y emocionalmente.

Su padre, que se halla sentado en la silla junto a la cama, también se da cuenta. Se desmorona y se cubre el rostro con las manos. Nunca he visto tan destrozado a un hombre. Es triste que esto haya sido el causante de su acercamiento y que no hayan tenido tiempo de arreglar todas las rencillas entre ellos. Se acerca más a la cama y le agarra una mano a Asher con las dos suyas.

Ojalá fuera lo bastante fuerte por todos nosotros, pero no lo soy.

Apoyo la mejilla al lado de la de Asher en la almohada y dejo que las lágrimas empapen la tela de algodón. Esta imagen se quedará grabada para siempre en mi mente.

Asher coge una bocanada de aire.

—Cada vez que llueva, Kate. Recuérdame. —Su voz es apenas un suspiro, pero entiendo cada palabra. Es su adiós. Lo sé. Se esfuerza por respirar cuando apoyo la mejilla contra su hombro.

—Te quiero, Asher —susurro al tiempo que paso los dedos por entre sus cabellos. No se mueve, pero mis súplicas continúan con la esperanza de que pueda oírme—. Me alegro tanto de que me encontraras. Eres lo mejor que me ha pasado nunca. Siempre te recordaré. —Sollozo y me acerco un poquito más—. Permanecerás por siempre en mi corazón —musito justo en su oído con la esperanza de que pueda oírme.

Su respiración se ralentiza más incluso. Me agarro a su camiseta con desesperación, cierro los ojos con fuerza y dejo que su aroma me llene por dentro. Paso las puntas de mis dedos por sus facciones y las memorizo todas y cada una de ellas. Si no puedo tenerlo aquí conmigo para siempre, voy a guardar cada detalle de él en mi mente para que esté conmigo siempre que lo necesite.

—Lo eres todo para mí —susurro.

Daniel grita desde la silla al otro lado de la cama. Ha estado tan callado, que hasta me olvidé de que seguía aquí.

—Se ha ido, Kate.

Levanto la cabeza y miro al hombre cuya alma sigue conectada a la mía. Se está poniendo más pálido, y cuando le pongo una mano sobre el corazón que salvó al mío, no percibo nada. Se ha ido. El hombre que me devolvió la vida acaba de perder la suya.

El tiempo se detiene.

Me siento perdida, como si no estuviera realmente dentro de mi propio cuerpo.

Llevo un tiempo sabiendo que este día llegaría, pero nunca dejé que calara hasta el corazón lo suficiente como para sentirlo realmente de verdad. La realidad me ha sorprendido de golpe y me ha dejado inconsciente.

—Voy a hacer unas llamadas —dice Daniel sin apenas vocalizar.

Yo no miro siquiera en su dirección. Mantengo los ojos fijos en Asher. Creo que lo quiero más ahora que esta mañana cuando me levanté. Se lo ve tan tranquilo, tal y como las otras incontables veces que lo he visto dormir, pero esta vez es diferente.

Nunca volveré a ver sus ojos.

Todavía sigo respirando, la sangre todavía sigue recorriendo mi cuerpo, pero todo lo demás... vacío. Sin Asher se me hace difícil afrontar el futuro. No sé qué voy a hacer a partir de ahora. Sí sé que le debo él no caer de nuevo en mi antigua rutina de autodesprecio. Mi manera de mantener vivo su recuerdo es vivir yo mi propia vida. Tengo una oportunidad de hacer las cosas que él no podrá hacer ni experimentar nunca.

—Voy a ir a pescar el verano que viene. —Lloro y vuelvo a dejar caer la cabeza sobre la almohada—. Y voy a probar las patatas fritas mojadas en helado.

Le acaricio el pelo con los dedos para poder sentir esa textura sedosa una vez más.

—Y cuando coma nubes con chocolate, prepararé una extra para ti. Cuando escuche nuestras canciones favoritas, bailaré por ti. Haré lo que sea por ti. Lo haré todo por ti.

Junto mis labios con los suyos una última vez antes de esconder el rostro en su camiseta.

Podría haber sido dos minutos después, o dos horas, cuando Daniel entra y dice algo sobre llevarse a Asher. Yo no me muevo cuando dos manos me separan suavemente de él. Observo cómo lo cubren con una sábana blanca y lo sacan de la habitación.

Me siento en silencio en la silla de la esquina y balanceo las piernas mientras contemplo cómo el mundo se mueve a cámara lenta a mi alrededor. Esta gente no me conoce, ni conocieron tampoco a Asher. La mayoría de ellos parece triste, pero no sienten lo que yo estoy sintiendo ahora mismo. No acaban de despedirse de alguien a

quien aman.

Este es el lugar más triste y solitario en el que he estado nunca.

Darí­a mi vida por tener un baile o día de pesca más... otra oportunidad de hacer el amor, quizá bajo las estrellas esta vez. Es increíble la de veces que he dicho en la vida «Algún día quiero hacer eso» sin pensar en que ese día puede que nunca llegue. Nunca volveré a dar la vida por sentada.

Lo he abrazado por última vez.

Lo he besado por última vez.

Pero siempre pensaré en él y lo amaré para toda la eternidad.

Cuando entro en casa de Asher más tarde, mis ojos se clavan en la puerta de su habitación. Quizá si me la quedo mirando lo suficiente, él saldrá por ella y todo esto habrá sido un terrible malentendido. Pero no es más que una ilusión; una enorme y falsa ilusión.

Las lágrimas me caen por las mejillas. No me molesto siquiera en limpiármelas porque sé que seguirán empapándome la cara. No tengo la energía ni la fuerza suficientes para que me importe. Estoy bloqueada física y emocionalmente.

Una vez que se llevaron a Asher, su madre se fue. Quería volver a casa para recoger a Aubrey y así poder empezar a planear el funeral. No estoy muy segura de saber cómo, pero al final terminé yéndome a casa con Daniel.

Mirando las paredes desnudas de su cuarto, vuelvo a rezar para que la pesadilla termine, pero en el fondo sé que es un sueño imposible. Daría lo que fuera porque regresara. Cualquier cosa.

Daniel se sienta a mi lado, pero yo no consigo mirarlo a la cara. Él es la única otra persona en este pueblo que conocía a Asher. Y ahora somos las dos únicas personas en este pueblo que están llorando su pérdida. Él puede que sea la única persona que entienda por lo que estoy pasando ahora mismo. Es un vínculo que nos unirá para siempre.

Me muerdo el labio y contemplo sus zapatos marrones de piel cuando se pone de pie y camina a través del salón. En cuanto desaparece de mi vista, oigo un llanto; chillidos profundos y llenos de dolor. Me derrumbo otra vez. Ojalá fuera lo bastante fuerte como para consolarlo en estos momentos, pero ni siquiera puedo hacer nada por mí y mi torturado corazón roto. En cambio, me hace sentir la extrema seriedad de la situación.

Asher se ha ido para siempre.

La vida no es justa. La vida a menudo es complicada y deja que tengamos que lidiar con cosas con las que no tendríamos por qué lidiar. La vida puede hacerte sonreír un día, solo para hacerte añicos el corazón al siguiente.

Me abrazo las piernas y apoyo la barbilla sobre las rodillas. Llora desconsoladamente a la vez que cierro los ojos y me imagino su rostro.

El padre de Asher debió de haber llamado a mi madre porque entra en la casa no mucho después. En cuanto la vi, me derrumbé. Nunca había necesitado más a mi madre. Ella corre a mi lado y me estrecha entre sus brazos.

—Lo siento mucho —me dice apoyando la cabeza sobre la mía—. Lo siento muchísimo.

Soy incapaz de formar palabras, así que me agarro a su jersey verde de punto y hundo la cara en el tejido.

—Ya no sufre —dice y me pasa los dedos por el pelo. Nos quedamos así, abrazadas la una a la otra, durante unos minutos. Estoy intentando procesar todo lo que ha pasado hoy, ahora que me ha ofrecido un lugar mullido donde asentarme.

—Vamos a superar esto —me susurra al oído.

—Te quiero —digo y entierro mi rostro en su jersey. Quiero asegurarme de que lo sabe, hoy más que nunca. Nunca volveré a dar a nadie que quiero por sentado.

Ella retrocede y me sostiene la cara entre sus manos.

—Te he querido desde el día que el médico me dijo que estaba embarazada. Y con cada día que pasa ese amor se fortalece, especialmente cuando veo la mujer cariñosa y solícita en la que te has convertido.

Nos quedamos en medio del salón abrazándonos un poquito más. Cuando mi cuerpo deja de temblar, mi madre me limpia la cara con un pañuelito y me ayuda a sentarme nuevamente en el sofá.

—Voy a ver si Daniel necesita algo y luego te llevo a casa.

Asiento; soy incapaz de hablar a través de todos los hipidos. Cuando desaparece dentro de la cocina, aprovecho para escabullirme en el dormitorio de Asher una última vez. No me espero la gran avalancha de emociones que se me echa encima nada más abrir la puerta. La habitación alberga muchísimos recuerdos, y mientras se me van reproduciendo a cámara rápida en la mente, apoyo la espalda contra la pared y me hundo en el suelo. Los ojos se me llenan de lágrimas cuando miro en derredor. Es el lugar donde compartimos nuestro primer y único baile. Es el lugar donde hicimos el amor por primera y última vez. Es donde hablamos del futuro que nunca tendríamos la oportunidad de vivir juntos. Donde aprendí lo que era la felicidad. Donde aprendí que la vida hay que vivirla.

Dios, voy a echar de menos a Asher. Voy a echarlo muchísimo de menos.

—Kate, ¿dónde estás? —me pregunta mi madre desde el pasillo. Me pongo de pie y, antes de responderle, cojo la bolsa llena de ropa que había dejado allí.

—En el cuarto de Asher —contesto al tiempo que me siento en el filo de su cama. Reparo en su guitarra, que está apoyada contra su armario, y más recuerdos preciosos me invaden. Eso también voy a echarlo de menos.

—Eh, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunta a la vez que abre la puerta. Me lanza una mirada y se sienta antes de estrecharme de nuevo entre sus brazos—. Eh, no pasa nada. Sé que ahora mismo duele. Si hubiera algo que pudiera hacer para aliviarte el dolor, lo haría. Odio verte tener que pasar por esto.

Daniel entra y apoya el hombro contra el quicio de la puerta. Sus ojos están tristes e inyectados en sangre. Lo oigo hablar con mi madre, pero mi pena ahoga sus voces. Es difícil concentrarse en nada más que en lo que acabo de perder.

Las lágrimas se deslizan por mi rostro al ver a Daniel con mi madre y reconocer en él cada rasgo que compartía con Asher. Ambos tienen los mismos pómulos

definidos, los mismos labios perfectos y carnosos, y el mismo tono de azul en sus ojos.

No quiero olvidarme de él nunca.

—Me alegro de que te conociera, Kate —dice Daniel secándose una lágrima de debajo del ojo. Sale de la habitación sin decir una palabra más.

Miro en derredor e intento distinguir el entorno a través de mis ojos borrosos. Veo una de sus camisetas raídas tirada bajo la cama. La levanto y me la llevo a la nariz para inspirar su familiar olor. Hasta que se le vaya, planeo dormir agarrada a ella cada noche.

—Creo que ya estoy lista —susurro, de pie y de espaldas a la pared.

—Vale. Te llevo a casa.

—No, yo puedo... Además, necesito estar sola unos minutos.

Se planta delante de mí y me vuelve a rodear con sus brazos.

—No discutas conmigo. No estás en condiciones de conducir.

Es inútil discutir con ella. No tengo la fuerza necesaria, y en el fondo sé que tiene razón.

—Vale.

—Te quiero, Kate —dice antes de besarme en la frente.

—Yo también te quiero.

Sale de la habitación y me deja sola para que me despida. Vuelvo a lanzarle una mirada a las conocidas cortinas color marfil y veo la lluvia pegar contra la ventana.

Ahora mismo me hace mucha falta Asher.

Es como si estuviera flotando en el aire, observando a todo el mundo seguir con sus vidas mientras la mía parece estar en pausa. La gente sonrío cuando no creo que deban hacerlo. ¿Cómo puede alguien estar tan feliz cuando yo estoy tan perdida? Toda esta experiencia me ha hecho ser más consciente de lo que me rodea.

Odio cuando me acerco a alguien y me preguntan: «¿Qué tal?». ¿Cómo se supone que debo responder a eso? ¿De verdad espera la gente que los demás estén bien todo el tiempo? Estoy segura de que nadie quiere oír cómo me han arrancado el corazón del pecho para aplastarlo luego contra el suelo.

No lo entenderían.

Ayudo a Daniel a organizar el funeral. Me pregunto si Asher había mencionado algo sobre cómo quería que fuera su funeral. Nos pasamos más tiempo planeando nuestro futuro que su muerte, pero lo iba a tener un poco complicado para explicarle eso a su padre. En cambio, lo ayudé a elegir la música y los mejores versos que podían leer. La vida de Asher fue corta, pero no insignificante. Quiero asegurarme de que cada segundo de su conmemoración esconde un significado especial en relación a su pasado.

Todo el mundo está de acuerdo en que Carrington es el mejor lugar para enterrar a

Asher. Es donde se hallan sus raíces. Mañana va a ser mi segundo peor día cuando tenga que ver bajar su ataúd hasta su tumba. Será la última vez que pueda estar físicamente cerca de él.

Nada puede prepararme para ese momento.

La madre de Asher volvió a Carrington en coche con su hija, y se quedaron en el pueblo desde entonces. Hemos pasado tiempo juntas, recordando momentos con Asher y ayudando a Daniel a empaquetar algunas de sus cosas.

—¿Te importa si me llevo un par de cosas? —le pregunto a Daniel aquella tarde. Ya me llevé unas cuantas el otro día, pero tengo la sensación de que por mucho que me lleve, nunca tendré suficientes para sentirme más cerca de él.

—Coge lo que quieras. Igualmente, creo que a él le gustaría que fueras tú la que se quedara con sus cosas. Te quería de verdad —dice al tiempo que me tiende una caja vacía.

Lo primero que llama mi atención es la tortuga que le había dado no hace mucho. Aquella noche fue muy especial para ambos, y cada vez que miro a las estrellas, pienso en él. Me acerco a la mesita de noche y la desenchufo de la pared antes de meterla con cuidado dentro de mi bolsa.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta mi madre acercándoseme por la espalda.

—No, necesito hacerlo yo. —Lloro antes de limpiarme los ojos con las mangas—. Dame unos minutos.

Retrocede y apoya el hombro contra el quicio de la puerta.

A continuación localizo su iPod enchufado en el cargador, lo cojo con cuidado y lo guardo dentro de mi pequeño bolso. La música formaba una gran parte de nosotros, y hay canciones en ese reproductor que me recuerdan algunos de los momentos más felices que compartimos.

Espero que tener estas pequeñas cosas de Asher me ayude. Cada día es difícil y está cargado de nuevos retos, pero rodearme de gente que esté pasando por lo mismo que yo ayuda.

Mirar a Aubrey me hace pensar en Asher. Me gusta ver en ella esos pequeños detalles que me encantaban de él. Lo veo en su sonrisa, sus ojos, en cómo intenta cuidar de su madre e incluso en los abrazos cariñosos que le da a Daniel.

—Kate, ¿quieres venir a comer conmigo? —pregunta Aubrey.

Lo último que me apetece ahora mismo es comer, pero es mirarla una vez y no poder decirle que no. Asher habría querido que fuera.

—Claro —respondo acariciándole la sedosa cabellera rubia. Tiene el mismo tacto que la de Asher.

—¿A dónde quieres ir? ¿Hay algún Starbucks por aquí?

Eso me hace enarcar ligeramente las comisuras de los labios hacia arriba.

—No, el único sitio que está abierto ahora mismo es Bonnie's, pero tienen batidos buenos. Y si lo que de verdad quieres es un café, da la casualidad que sé que siempre lo tienen recién hecho.

—Suenan bien, pero hace un poco de frío para pedir un batido, ¿no crees? —pregunta al tiempo que enarca una ceja.

—Nunca hace demasiado frío para un helado.

Recorro una última vez el dormitorio con la mirada, nos ponemos los abrigos y nos encaminamos hacia mi coche. Hace demasiado frío hoy como para ir de paseo por Carrington. Conducimos las diez manzanas o así en silencio, escuchando una antigua canción country en la radio. Siempre que la escucho me acuerdo de Beau. Sé que suena egoísta, pero ojalá estuviera aquí conmigo ahora mismo. Solo poder ver su cara me haría sentir mejor.

Sin Beau o Asher... bueno, no termino de saber bien a dónde pertenezco.

Aparcamos en el tan conocido aparcamiento y entramos en el restaurante. Aubrey parece maravillada con la decoración. Parece sacado directamente de los años cincuenta o sesenta con esos sillones rojos y ese suelo lleno de baldosas blancas y negras. He estado tantas veces aquí que ya no es especial para mí, pero sí que entiendo por qué le impresionaría a una chica de ciudad.

—¿Los rollos de canela están buenos? —pregunta levantando la mirada de la carta.

—Creo que sí, pero son los únicos que he comido en toda mi vida, así que no puedo compararlos con nada más.

—¿Qué vas a pedir tú?

La observo leer rápidamente la carta antes de centrarme yo en la mía.

—Creo que voy a pedir un batido y patatas fritas —digo recordando cómo Asher siempre mojaba las patatas en su batido.

—Esa era la comida favorita de Asher. Solía llevarme a comer patatas fritas con batido después del colegio —dice llena de tristeza.

—Sí. Es lo que solía pedirse cuando lo conocí. —Alzo la vista hasta la puerta y recuerdo el sentimiento que me barrió entera el día que entró por primera vez aquí. Por aquel entonces era un extraño, pero sabía que se convertiría en mucho más. Es difícil de explicar, pero es como si nuestras almas estuvieran predestinadas a estar juntas.

—Le gustabas mucho —me dice.

—Sí, y él me gustaba mucho a mí también —respondo correspondiéndole la sonrisa. No sé si entiende el profundo concepto del amor. No estoy segura siquiera de haberlo entendido yo hasta hace unos meses.

—Ya lo echo de menos —dice, y se le llenan los ojos de lágrimas.

Esa niña pequeña me está partiendo lo que me queda de corazón.

—Yo también lo echo de menos —digo con un hilo de voz y apoyando los codos sobre la mesa—, pero él siempre estará aquí con nosotros. Cuando lo necesites, un trocito de él siempre estará contigo.

Una única lágrima cae de mis ojos cuando proceso mis propias palabras. Mañana, cuando estemos en el funeral de Asher despidiéndonos de él, no será necesariamente

una despedida. Él siempre será la razón por la que respiro para vivir mi vida y no simplemente para sobrevivir. Es la persona que me mostró que se puede superar todo lo que una vez me retuvo.

Me dio una segunda oportunidad.

Sabía que este día llegaría, pero eso no lo hace más fácil. El dolor físico es molesto, pero el emocional es asfixiante. Es como si alguien me estuviera aprisionando el cuello con toda la fuerza posible. No puedo respirar. No puedo pensar. Yo solo quiero que Asher vuelva. No quiero ver su cuerpo sin vida dentro de un ataúd de madera de caoba; ni siquiera parece él. Quiero que vuelva, que me abrace y me diga lo mucho que me quiere.

Aun así, aquí estoy. De pie frente a la caja rectangular. Paso la mano a lo largo de la seda que reviste el interior mientras las lágrimas me caen por las mejillas. Reconozco algunas de sus facciones, pero otras no se parecen en nada a como yo las recuerdo. Tiene la piel pálida, y al no poder verle los ojos, apenas se lo reconoce. Tengo miedo de marcharme porque sé que ya nunca lo volveré a ver.

Se convertirá en solo un recuerdo, en alguien a quien únicamente podré ver en fotos. Es una realidad que me cae encima cual bloque de cemento. Me cuesta seguir de pie, así que me alegro cuando dos manos me agarran de los hombros y me ayudan a soportar el peso de mi débil cuerpo. Cuando giro el cuello, veo a mi madre llorando igual que yo. Aparta las manos y me rodea la cintura con los brazos. Su cálida y cómoda cercanía me consuela y me otorga el permiso que necesito para sacar fuera de mí cada ápice de dolor y aflicción que me queda dentro.

—Todo irá bien. Superaremos esto —musita apretujándome un poquito más.

—Lo echo de menos, mamá —le digo llorando y colocando mis brazos sobre los suyos—. ¿Por qué se ha tenido que ir? Yo lo quería.

Se me doblan las rodillas, pero su fuerza me mantiene erguida.

—Siempre estará aquí con nosotras, Kate.

Si cierro los ojos con fuerza, soy capaz de verlo. Llevo memorizándolo todo durante los últimos meses.

Solo espero no olvidarlo nunca.

De un modo u otro siempre estará conmigo.

—Vamos a retirarnos para que los demás también puedan despedirse —dice pasándome las manos por los brazos repetidamente. Cuando vuelvo a abrir los ojos, respiro hondo varias veces para recuperar la compostura lo suficiente como para poder regresar a mi asiento, pero no puedo evitar contemplarlo una última vez.

—No sé si puedo hacerlo —sollozo al tiempo que me agarro al borde del ataúd.

Apoya las manos sobre mis hombros y los aprieta suavemente.

—Vamos a sentarnos —dice con un hilo de voz antes de desasirme y cogermelo de la mano. Cuando me giro para seguirla, me encuentro con unos ojos azules que no he

visto en meses. Están tristes, pero a la vez llenos de inseguridad. Mi primer instinto es correr hacia ellos, pero entonces recuerdo todo lo que ha pasado entre nosotros este último año, y vacilo.

No lo he visto desde Navidad, e incluso entonces, solo fue por unos meros minutos. Pero ahora, pese a todo, mirarlo me calienta el corazón. Durante muchísimo tiempo ha sido un recordatorio de todas las cosas buenas de la vida.

Al mirarlo desde la otra punta de la iglesia, esos sentimientos me vuelven a embargar.

Necesito a Beau. Si alguna vez pensé lo contrario, me engañé a mí misma. Ha estado apoyándose desde el principio. Nunca me abandonó, ni siquiera después de lo que pasó la última vez que hablamos.

Suelto la mano de mi madre y doy un par de pasos indecisos hacia donde se encuentra apoyado contra la pared al fondo de la iglesia. Cuando veo que no se mueve, continúo caminando hacia él.

Aparte de mi madre, él es todo lo que me queda.

—Te he guardado un sitio —oigo decir a mi madre a mi espalda.

Cuando estoy a un par de pasos de él, alarga la mano y me estrecha entre sus brazos expectantes. Me derrumbo por completo. No sé qué he hecho para merecer a alguien como él en mi vida.

—Lo siento. Vine en cuanto me enteré —me susurra al oído—. Lo siento mucho.

—Lo echo de menos —sollozo al tiempo que me aparto de él para mirarlo a los ojos—. Te he echado de menos.

Beau me vuelve a estrechar contra su pecho y me acaricia el pelo con los dedos.

—No pasa nada. Todo se arreglará.

Nos quedamos así durante un buen rato, entrelazados el uno en los brazos del otro.

—¿Por qué no me llamaste cuando lo ingresaron en el hospital? Habría venido enseguida —susurra junto a mi oído.

Cierro los ojos con fuerza para combatir las abrumadoras emociones que están intentando salir al exterior. Soy incapaz de formar palabras, y tras unos minutos, Beau se separa y me obliga a soltarle la camisa.

—No te vayas. Por favor, quédate conmigo —le suplico, desesperada por tenerlo cerca de mí tanto como pueda.

—Voy a sentarme detrás. Tú deberías estar con tu madre, delante —responde levantando el pulgar para limpiarme las lágrimas.

—Beau...

—Kate, la misa está a punto de empezar —dice mi madre a mi espalda.

Izo un dedo para indicarle que necesito un minuto, pero la música empieza a sonar por los altavoces y me paran en seco. Nuestros ojos se encuentran brevemente antes de que Beau se gire y camine hacia el fondo de la iglesia. Hay tantas cosas que quiero decirle, pero hoy no es el mejor día para ello. No obstante, no puedo dejarlo

mucho más tampoco.

Sé que el mañana nunca está garantizado.

Cuando me siento, cierro los ojos y me concentro en la música que llena la estancia. Es una canción que he estado escuchando muchísimo estos últimos días. La escogí solo por Asher. Es una canción que sé que le encantaba y que significaba mucho para él.

Y ahora lo significa todo para mí.

Aleluya de Jeff Buckley suena a la vez que una presentación de diapositivas nos muestra la vida de Asher desde que nació hasta hace unos pocos meses antes de morir. Es duro mirar, pero forma parte de mi despedida. Asher vivió tanto antes de que yo siquiera lo conociera que ver todas esas fotos me ayuda a comprender cómo fue verdaderamente su vida.

Era un bebé feliz de pelo rubio rizado y con claros hoyuelos en las mejillas gracias a su constante sonrisa. De pequeño le encantaba su pijama de los Power Rangers, y ya había perdido la mayor parte de sus rizos cuando su madre le tomó la foto el primer día de guardería. Le encantaba el béisbol, el fútbol americano y construir torres con el lego. Cuando sale la foto en la que sostiene a Aubrey en brazos por primera vez en el hospital, ya no puedo seguir mirando. Ahora ya no va a poder verla crecer.

Quiero huir a algún lugar lejos donde la muerte no exista. Todo el mundo debería poder vivir una vida completa. Él debería poder casarse, tener hijos y cumplir su sueño de vivir un final feliz.

Yo quería que él fuera mi final feliz.

Mi madre me agarra la mano y me da la fuerza necesaria para volver a alzar la mirada. Hay tantas cosas que nunca llegué a ver, y ahora ni siquiera está aquí para contármelas en persona.

La siguiente foto es de él y una muchacha bonita de pelo largo rubio y ojos verdes penetrantes. Asher tiene el brazo sobre los hombros de ella y ambos están arreglados. «Baile de bienvenida 2007» reza al pie. Las siguientes fotos también son de ellos, seguidas por una de él solo el día de su graduación en el instituto. La chica debe de ser Megan; la amiga que perdió demasiado pronto. La razón por la que pensaba que lo estaban castigando.

Las siguientes tres me traen recuerdos de nosotros. Por primera vez veo desde fuera cómo me miraba, siempre inclinando el cuerpo hacia el mío. Por primera vez veo mi sonrisa brillar un poquito más con cada foto. La primera es de nosotros dos en el zoo, subidos en el carrusel. Pensé que era infantil, pero cuando paró, no podía borrármeme la sonrisa de la cara. La segunda es de la noche que Asher montó la hoguera para mí. Había insistido en que nos hiciéramos una foto con una nube en los labios. Me lo pasé muy bien... mejor de lo que lo he pasado en mucho tiempo. La tercera es de la última vez que fuimos a pescar. No recuerdo haber visto a nadie hacernos la foto, pero Asher me está mirando mientras yo estoy de pie rebobinando el

carrete de la caña. A juzgar por la expresión de su cara, se podría pensar que nada en el mundo le importaba más. En aquel momento me quería... puedo verlo.

Y la última es una foto de Asher sentado en el sofá tocando la guitarra para mí. Me trae recuerdos de la noche en la que me hizo el amor por primera vez y me enseñó cómo podrían ser las cosas si me dejaba llevar.

El resto de la misa es un borrón. Estoy en mitad de un aluvión de recuerdos, demasiado consciente de lo que fue y nunca podrá volver a ser. Oigo una voz provenir de la parte frontal de la iglesia, pero no escucho realmente las palabras. La música suena en diversas partes, pero no podría decirte qué canciones eran. Y cuando todo el mundo se pone en pie y sale de la iglesia, yo me quedo inmóvil. Ya está.

Se ha ido.

Mi madre se agacha frente a mí y me ase de las manos.

—Sé que es duro, pero ¿estás lista? La familia de Asher nos ha invitado a que vayamos con ellos al cementerio, y ya se van.

No estoy preparada, pero no es que importe mucho ahora mismo.

Asiento y acepto el pañuelito que me está ofreciendo. Lloro y apoyo la cabeza contra el banco. Tras cerrar los ojos y respirar hondo, me pongo de pie y me encamino hacia la salida. En cuanto abro la puerta, veo a Beau de espaldas a mí con la mirada fija en la ajetreada calle.

—Beau. —Me sorbo la nariz mientras observo cómo se gira para mirarme.

Camina hacia mí y me acuna el rostro entre sus manos antes de acariciarme los pómulos con sus pulgares. Abre la boca dos veces pero no dice nada... Nunca lo he visto tan apurado.

—Tengo que irme. El coche me está esperando —digo a la vez que desvío nerviosa la mirada hasta la calle.

Me suelta al instante y se pasa la mano por el pelo. Se lo ha cortado desde la última vez que lo vi y lo hace parecer más mayor. Cuanto más lo miro, más me parece una persona distinta. Ambos somos ahora distintos.

Aparta la mirada y con ello abre un agujero más grande en mi ya dañado corazón.

—Tengo que volver a la universidad. Solo quería asegurarme de que estabas bien. —Se detiene. Sus ojos conectan brevemente con los míos antes de volver a desviar la mirada—. Si necesitas cualquier cosa, llámame, por favor.

Lo veo alejarse unos cuantos pasos. Se me encoge el corazón en un puño cuanto más distancia pone entre ambos. No quiero que se vaya.

—¡Beau! —grito.

—¿Sí? —dice girándose hacia mí otra vez.

—¿Puedes quedarte para el entierro? —pregunto desviando la mirada hacia un lateral de la iglesia para esconder las lágrimas.

No se mueve. No pronuncia palabra.

—Por favor, no puedo hacerlo sin ti —le ruego.

Se me queda mirando unos segundos antes de volver a acercarse a mí. El corazón

me late con fuerza en el pecho debido a la anticipación de que diga que sí y al pensamiento de que pueda decir que no.

—No puedo, Kate. De verdad que tengo que volver a la universidad. —Hace una pausa para respirar hondo.

Impresión, sorpresa, confusión... corren por mis venas. ¿Por qué venir hasta aquí si no tenía intención de quedarse?

—Acabas de llegar. ¿Por qué has venido si no podías quedarte? —susurro a la vez que jugueteo nerviosa con los dedos.

Usa su dedo índice para obligarme a mirarlo a los ojos.

—Necesitaba asegurarme de que estabas bien.

—¿Por qué?

—Porque me preocupo por ti —dice mirándome atentamente.

—Entonces, ¿por qué no te quedas? —inquiero y trago con dificultad. Lo necesito, pero tengo la sensación de que he perdido el derecho de suplicarle.

—No puedo —repite al tiempo que me recorre la línea del mentón con la punta de los dedos—. Lo quieres... lo llevas escrito en la cara. Kate, haría cualquier cosa por poder ser capaz de borrarle la tristeza de la cara. Pero...

—Beau, por favor. Por favor, quédate conmigo.

Suspira y ladea la cabeza hacia atrás para mirar al cielo. Mi corazón retumba cuando lo veo cerrar los ojos con fuerza. Cuando vuelve a bajar la mirada sin crear contacto visual conmigo, ya sé cuál es su respuesta.

—Parece que tu madre te está esperando —dice, y señala a mi madre, que está esperándome junto al coche—. Lo siento, Kate.

Retrocedo y evito su mirada. No es la hora ni el lugar para mantener esta conversación.

—Entonces será mejor que me vaya.

—Hasta luego —se despide y se mete las manos en los bolsillos. Da un paso hacia mí y me besa en la frente. Cuando se aparta, me acaricia el pómulo con el pulgar—. Te quiero.

Me quedo inmóvil mientras lo observo desvanecerse. Las cosas se han vuelto distintas entre nosotros. Haría lo que fuera por volver a cómo eran antes, pero ahora mismo somos dos extraños confundidos.

El trayecto hasta el entierro transcurre en silencio. Aubrey apoya la cabeza en mi hombro y yo me echo contra ella para apoyar la cabeza sobre la suya. Pienso en lo que estamos a punto de hacer... Y me consume por completo.

Los padres de Asher y mi madre permanecen callados mirando por el parabrisas. Es un ambiente tranquilo, pero casi me deja demasiado tiempo para pensar. Mi corazón necesita un descanso.

Cuando llegamos al cementerio, Aubrey me agarra con fuerza de una mano y mi madre de la otra. Nadie está preparado para moverse porque cada paso que demos hacia adelante es uno que nos acercará más a la inminente despedida.

Se me forma un nudo en la garganta cuando nos detenemos frente al ataúd. Ha llegado la hora. Es el final de otro capítulo... el mejor capítulo de mi vida. Las rodillas se me doblan cuando el cura empieza a rezar la última oración. Su voz retumba en mis oídos, pero no soy capaz de repetir una palabra de lo que está diciendo. Hay algunos momentos en la vida que todos tenemos que vivir aunque no queramos. Este es uno de esos momentos.

Este siempre será ese momento para mí.

Mi madre me pasa el brazo por la espalda para sostenerme cuando las lágrimas surcan mi rostro. Aubrey me aprieta la mano, pero no me importa. Alguien podría dispararme una bala al corazón ahora mismo y no me daría ni cuenta.

Bajan el ataúd de Asher a la tumba cuando el sacerdote termina la oración con un «Hasta que nos volvamos a encontrar».

Cuando ya no puedo seguir mirando, cuando sé sin ningún atisbo de duda que nunca volveré a verlo en esta vida, caigo sobre mis rodillas. Nunca en la vida me he sentido tan paralizada.

Asher era el suelo bajo mis pies, el aire que respiraba y el sol que brillaba en el cielo. Me salvó de que me ahogara. Llevaba bajo el agua cuatro minutos y cincuenta y nueve segundos cuando lo conocí. Estaba a un segundo de desvanecerme.

Entierro la cara en las manos a la vez que jadeo en busca de aire. Quiero que vuelva. Haría lo que fuera, daría lo que fuera, por volver a tenerlo conmigo.

Dos brazos delgados me abrazan y me estrechan contra un pecho que conozco muy bien.

—Ay... todo irá bien —musita mi madre—. Todo irá bien.

—¡No, no irá bien! No. ¿Por qué no podría haber sido yo? —grito, histérica y cayendo sobre ella.

—No digas eso —llora. Me consuela lo mejor que puede pasándome las manos por la espalda, pero nada puede penetrar la pena que siento ahora mismo.

El cuerpo me tiembla pegado al suyo a la vez que le empapo la camisa con mis lágrimas.

—Quiero que vuelva. Quiero que vuelva, mamá —digo sollozando y agarrándome a su camisa con los puños.

—Si hubiera alguna manera de hacerlo, lo haría.

—Lo quiero tanto —me lamento. No presto atención a nada de lo que me rodea—. ¿Por qué? —grito al mismo tiempo que apoyo la cabeza sobre sus rodillas.

—No lo sé —dice en voz baja pasándome los dedos por el cabello.

Ninguna de las dos se mueve. El miedo a quedarme sola y una tristeza que no termino de entender me han paralizado.

Cuando se me agota toda la energía, me quedo mirando directamente a la tierra que ahora cubre la tumba de Asher. Mantengo los ojos fijos allí mientras persona tras persona tira un puñado de tierra sobre la madera de caoba. Sé que es lo que se suele hacer, pero yo no puedo hacerlo. Me haría sentir como si lo estuviera enterrando, y

aunque ese sea exactamente el motivo por el que estamos aquí, yo no puedo.

Me levanto con cuidado y no me molesto en limpiar la humedad de mis mejillas. Hay una última cosa que tengo que hacer antes de que nos vayamos. Cojo el ramo de flores del suelo y salvo la pequeña distancia que me separa de su tumba. Una a una, saco cinco flores y me las quedo en la mano mientras decido cuál colocar primero.

Separo la salvia azul y me la llevo a los labios.

—Siempre pensaré en ti —musito al tiempo que la coloco sobre su tumba.

Después cojo el aloe. No es una planta que se deje comúnmente en las tumbas, pero tiene el significado de curación, protección y afecto... tres cosas que Asher me enseñó.

—Gracias —susurro y la dejo junto a la primera flor.

Atrapo el tallo de la margarita entre mis dedos e inhalo su fresco aroma. La margarita es el símbolo de la esperanza.

—Gracias a ti soy capaz de reconocer los buenos momentos. Y gracias a ti hay buenos momentos.

Solo me quedan dos. Coloco primero el romero, el símbolo de la remembranza.

—Siempre vivirás en mi corazón.

Y entonces me queda la última flor, una rosa roja... la flor que más significado tiene para mí.

—Te quiero. —Es la flor más difícil de la que me tengo que desprender, pero sé que la seguiré sintiendo poderosamente en mi interior tras soltarla. La pongo con cuidado en el centro y rozo ligeramente la tierra con los dedos.

Bajo la mirada y veo eternidad, gratitud, esperanza, remembranza y amor.

Veo todo el tiempo que pasé con Asher.

—Kate.

Cierro los ojos y cojo aire profundamente antes de volverme. Daniel se encuentra frente a mí con un gran sobre amarillo en las manos.

—Sé que puede que este no sea el mejor momento para dártelo, pero Asher quería que tuvieras esto.

—¿Qué es? —inquiero mirándolo a él y al sobre de forma intermitente. Hay algo escrito encima, pero es difícil de distinguir con mis ojos llorosos.

Niega con la cabeza.

—No lo sé. Me lo dio hace unas semanas y me pidió que te lo diera cuando ya no estuviera.

—Gracias. —Le cojo el sobre de la mano y me pongo en pie.

—Si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírmela —me dice al tiempo que centra los ojos en la tierra que destaca con respecto al resto del paisaje.

—Tú también —respondo con tristeza. Me da una palmadita en el hombro cuando pasa por mi lado, y ahora las dos únicas personas que quedamos somos mi madre y yo.

—¿Lista?

Sí.

Pero no.

Siento como si lo estuviera dejando solo.

—Sí —gimoteo—. Pero ¿puedes darme un minuto más?

Ella asiente y me besa en la mejilla; después se encamina hacia el coche. En cuanto sé que estoy fuera del alcance de sus oídos, me agacho y me beso las yemas de los dedos antes de colocarlas sobre la tumba de Asher.

—Todas las estrellas brillan por ti, Asher.

En cuanto llego a casa y cierro la puerta de mi cuarto, abro el sobre que Daniel me ha dado. Las manos me tiemblan sin parar; el día de hoy me ha drenado toda la energía del cuerpo, pero esto no puede esperar. Saco con cuidado el contenido, asustada de lo que puedo encontrar... de cómo va a hacerme sentir.

Lo primero que saco es una nota escrita sobre un papel en blanco. Reconozco la caligrafía de Asher al instante y el corazón me da un vuelco. Al menos durante un segundo siento como si estuviera aquí conmigo. Respiro hondo y empiezo a leer.

Kate,

Hace unos meses vivía una vida tan vacía que nada podía llenarla. Luego te conocí a ti, a una chica tan preciosa y a la vez tan perdida. Intenté con todas mis fuerzas mantenerme alejado de ti, pero obviamente perdí esa batalla. Quería ayudarte a llegar a dónde sea que estuvieras yendo aunque no pudiera quedarme contigo durante todo el camino.

Eres increíble, y quiero que lo recuerdes siempre. Sé que hay días en los que solo quieres mandarlo todo a la mierda, pero eres fuerte, Kate. Puedes superar esto.

La primera vez que te vi, quise hacer desaparecer la tristeza de tus ojos. No obstante, dudé porque sabía que el tiempo que me quedaba no nos permitiría estar juntos para siempre, y tú te mereces un para siempre. Tenía una voz dentro que me decía que estarías mejor conmigo que sin mí. Me alegro de haberle hecho caso porque adoro tu sonrisa; todo el mundo debería poder verla alguna vez en la vida.

No conocí a la chica que eras antes de tu lucha, pero seguramente también me habría gustado. Esa lucha no merece que des tu último aliento. Nunca te olvides de respirar.

Si cierras los ojos, serás capaz de verme donde sea que estés. Recuerda siempre cómo bailamos, lo que sentías cuando nos besábamos, y lo bien que sienta vivir y amar. He dejado un par de cosas en este sobre para ayudarte con eso. Por favor, no las uses para quedarte rezagada en el pasado. Úsalas para

recordar cómo pueden ser las cosas buenas. Te mereces el mundo. Las mejores partes del mundo.

Eres lo mejor que me ha ocurrido en la vida. He vivido más en los últimos meses que en todos los que le han precedido. Quiero que aceptes estos consejos y vivas por mí, Kate.

Cada vez que llueva, piensa en mí. Yo seré tu paraguas. Seré tu barrera contra la tormenta cuando la vida se vuelva copiosa. No dejes que la tormenta se te lleve. Empieza una nueva vida.

Eres fuerte. Eres preciosa. Lo eres todo. Nunca lo olvides y no dejes que nadie te diga lo contrario.

Con amor,

El chico que sigue sonriendo gracias a ti...

Nuevas lágrimas caen por mi rostro. ¿Cómo es posible siquiera que pueda seguir llorando? Todo lo que me ha dicho me ha llegado al alma. Nunca podría arrepentirme de haberlo conocido. ¿Cómo puedo arrepentirme de conocer a alguien que sabía cómo pegar todos mis pedacitos para que volviera a estar entera?

Y la lluvia... lo único en lo que pienso ahora cada vez que llueve es en sus besos. Cualquier cosa que hubiera ocurrido antes ha desaparecido gracias a las nuevas tormentas, mucho más agradables, que azotan mi vida.

Luego, introduzco la mano y saco una cajita que repiquetea cuando la agito. Me tiemblan los dedos cuando abro la tapa y lo que veo me encoge el pecho en un puño. Paso los dedos por la cadenita de plata sin ser capaz de apartar los ojos del mini paraguas o de la lágrima azul de cristal que cuelgan de ella. Es preciosa. La desabrocho y me la coloco alrededor del cuello antes de devolver la atención al sobre.

Saco el iPod de Asher de mi armario y me coloco los auriculares en las orejas. En cuanto me tumbo en la cama, le doy a *play*. La voz de Asher comienza a cantar *Everything* de Lifehouse, y cuando cierro los ojos, lo puedo ver en el sofá tocando para mí. Agarro el dije de mi nueva cadenita entre los dedos y poco a poco me quedo dormida con las hermosas palabras resonando en mis oídos.

Han pasado quince días de vacío.

Han pasado 360 horas de soledad.

Han pasado 21 600 minutos de echarlo de menos, pero todavía sigo estando más viva que esos días antes de conocerlo.

Hoy es la primera vez que he ido a trabajar en dos meses. No me aparté del lado de Asher en las últimas semanas, y me he pasado las dos últimas tratando de saber qué hacer sin él. Parece que he llegado a un punto de no retorno... o bien elijo seguir yendo hacia adelante, o volver al lugar en el que estaba después de que Drew me violara.

Mientras me voy acercando al restaurante, el olor a comida frita me llega al instante y me trae más recuerdos de Asher. Echo de menos los días en los que controlaba la puerta esperando verlo entrar.

Siempre dicen que no sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos, pero yo ya me había dado cuenta mucho antes de que Asher era especial. Ahora tengo un ángel velando por mí.

Mi madre entra en la cocina donde yo estoy y se queda mirando a las musarañas. Si tenía prisa antes, ahora no lo parece. Sus ojos verdes se llenan de cariño al tiempo que una sonrisa compasiva se dibuja en sus labios.

—¿Estás segura de que estás preparada para trabajar? —pregunta a la vez que se limpia las manos en el delantal. Tenerla aquí conmigo hace que las cosas sean mucho más fáciles. No ha sido mi roca... ha sido mi mundo entero.

Respiro hondo. Estoy preparada.

—Sí —respondo correspondiéndole la sonrisa—. Es agradable salir de casa por una vez. Estoy empezando a cansarme hasta del color de las paredes.

—Puedes pintarlas, ¿sabes?

—No creo que eso sea necesario —digo encogiéndome de hombros.

—Bueno, tengo que volver fuera, pero hazme saber si necesitas tomarte un descanso hoy —comenta al tiempo que me envuelve entre sus brazos. Una y otra vez a lo largo de los últimos meses me he dado cuenta de que ella es mi hogar. Siempre y cuando nos tengamos la una a la otra, no importa dónde estemos o lo que tengamos. Estamos donde tenemos que estar.

—Estaré bien —susurro pegándola más a mí.

—Vale, sé que los demás también tienen ganas de verte. —Me suelta y me echa una última mirada antes de salir y cerrar la puerta. Vuelvo a respirar hondo y ficho. Con un pie detrás de otro; así es como voy a sobrevivir a esto.

Lo primero que veo cuando entro en el restaurante es a mi grupo habitual de granjeros. Nunca pensé que los echaría de menos, pero así fue. Es interesante cómo la gente se convierte en una parte importante de nuestra vida antes de que nos demos cuenta siquiera.

Y la mejor parte... me sonrían en cuanto me ven caminar hacia ellos. Este va a ser otro día más siempre y cuando deje que así sea.

—Hola, Kate, no te hemos visto por aquí desde hace siglos. ¿Dónde has estado? —pregunta uno de ellos mientras todos me miran atentamente.

—He estado... ayudando a un amigo —admito con ligereza, mordiéndome el labio para contener las emociones que amenazan con resurgir cuando pienso en Asher. Aunque estoy aprendiendo a lidiar con ellas un poquito más cada día, verbalizarlo es difícil. Por alguna razón lo hace parecer más real.

—Bueno, nos alegramos de que estés de vuelta. Me gusta tu madre y eso, pero tú eres mi camarera favorita.

Una sonrisa se expande en mi rostro.

Este también es mi hogar.

Cuando el ajetreo de por la mañana termina, la señora Carter entra y se sienta donde siempre. Cuando le llevo su rollito de canela y su descafeinado, sonrío.

—Hola, señora Carter, la he echado de menos. ¿Cómo va el club de bridge? —pregunto en un intento de continuar con mi rutina normal.

Ella me agarra de la mano y me acerca a la mesa.

—No tienes que fingir conmigo —dice en voz baja.

Miro en derredor para asegurarme de que nadie más la ha oído.

—No lo hago. —No creo que esté fingiendo; solo estoy guardándome cosas dentro. Para mí hay una diferencia.

—¿Te has permitido llorar siquiera?

—Todos los días —respondo con franqueza. He intentado no cerrarme esta vez. No voy a cometer el mismo error.

—Siéntate —me dice señalando al asiento frente al suyo.

Niego con la cabeza y miro nerviosa en derredor.

—No puedo. Estoy trabajando.

Me quedo quieta cuando llama a mi madre con la mano. ¿Qué se trae entre manos?

—¿Puede Kate tomarse unos minutos de descanso? Tengo que hablar con ella de algo —dice la señora Carter sin mirar en mi dirección ni una vez.

Mi madre me mira con curiosidad antes de volver a centrar la atención en la señora Carter.

—Supongo que puedo apañármelas sola unos minutos. —Me da una palmadita en el hombro antes de alejarse—. Gritaré si te necesito.

Asiento y me deslizo sobre el asiento vacío. Los sillones normalmente son cómodos, pero ahora mismo siento como si estuviera sentada sobre madera. Conozco

a esta mujer desde hace años, pero hasta hace unos cuantos minutos pensé que solo era una mujer amable que no prestaba atención a las cosas.

Creo que todos mis pensamientos e ideas van a saberse equivocados.

—No te preocupes, Kate, no voy a volver a pedirte que vengas conmigo al club de bridge. —Se detiene y da un sorbo a su taza de café—. Solo quiero cerciorarme de que estás bien.

Suspiro y cruzo los brazos sobre la mesa.

—Estaré bien. Solo necesito tiempo para volver a asentarme en la rutina.

—¿Quién te está ayudando con eso? —inquire y toma otro sorbo de café.

—Mi madre, cuando la dejo. Aparte de eso, solo yo —admito con tristeza lanzando una mirada breve a través de la ventana. Es tan duro hablar de mis sentimientos...

Mete la mano en el bolso y saca una bolsa de plástico llena de lo que parecen servilletas del restaurante.

Saca la primera del montón y la planta frente a mí. Al principio no me creo lo que ven mis ojos. La caligrafía de Asher está estampada en una de esas servilletas que tantas veces he visto.

Los ojos se me empañan y me es imposible leer las palabras.

—¿De dónde las ha sacado? —pregunto, y siento correr la primera lágrima por mi mejilla.

Su mano cubre la mía, y cuando levanto la mirada veo que sus ojos también están llorosos.

—Me las dio un muchacho un día que vine a tomarme un café. No sabía quién era por aquel entonces, pero tras pasar unos minutos con él, sí supe una cosa. —Se detiene y me sonrío con tristeza—. Amaba a la preciosa chica a la que yo vengo a ver a este restaurante cada mañana.

Agarro la pequeña lágrima que me cuelga del cuello con los dedos y espero a que continúe.

—No pensarías que venía todos los días por esta porquería que llamáis café, ¿no? De verdad, tenéis que poner más granos antes de prepararlo. —Ladea la cabeza y vuelve a ponerse seria—. Me di cuenta de lo mucho que habías cambiado en los últimos meses. Un día yo salía del restaurante y él entraba, así que lo detuve para darle las gracias. Te había visto con él unas cuantas veces y sumé dos más dos.

Niego con la cabeza sintiendo cómo me tiemblan los labios.

—Pero ¿por qué las servilletas? No lo entiendo.

Asiente y me aprieta más la mano.

—Hace un par de meses se pasó por el restaurante, pero tú no trabajabas. El muchacho estaba hecho una calamidad, así que le pregunté si quería sentarse y tomarse un café conmigo, y él sorprendentemente accedió. Le costó bastante recuperar la compostura cuando le pregunté qué pasaba. En fin, hablamos durante una hora sobre Carrington, y cuando le mencioné que venía aquí cada mañana solo

para verte, lo vi muy afectado. Me preguntó si podía guardarle un secreto, y se metió la mano en el bolsillo del abrigo y me tendió esta bolsa. Dijo que llegaría el día en que las necesitarías y que él no estaría aquí para dártelas en persona.

Se ríe con amargura y echa una mirada alrededor del abarrotado restaurante.

—Le regañé. Le dije que si pensaba dejarte, iría en su busca. Él se quedó callado y me dijo que no tenía elección. Dijo que nunca te dejaría si tuviera otra elección.

Una lágrima se desliza por el rabillo de su ojo.

—Espere, ¿cuándo fue eso? —inquiero inclinándome por encima de la mesa tanto como mi cuerpo me lo permite.

—Fue el día anterior a que lo ingresaran en el hospital.

Por puro hábito, alzo los ojos hasta el techo. Él sabía que se estaba poniendo peor. Sabía que nuestros días disminuían y aun así todavía continuó pensando en mí.

—Me imagino que ahora que has vuelto al trabajo, ya estás preparada para esto. —Solloza y me tiende la bolsa—. Se supone que tienes que leer la que he sacado primero.

Mi atención regresa a la servilleta de papel que tengo frente a mí en la mesa. La cojo con cuidado y la siento entre mis dedos.

Aquí hay una servilleta por cada día que te conozco. Cuando me necesites, saca una y estaré allí, hablándote. Te estoy echando de menos todos y cada uno de los días.

Con amor,
Asher

Me limpio la cascada de lágrimas que me cae de los ojos y miro a la señora Carter, que veo que está haciendo lo mismo.

—Gracias —artículo.

—Ay, Katie, estoy aquí si me necesitas. ¿Sabes? Yo también perdí a mi marido por culpa del cáncer.

—No me parece justo —digo secándome los ojos.

—Lo sé, pero apuesto a que no te arrepientes de ningún minuto que pasaste con él.

Nunca. Cuando pienso en él y en los recuerdos que creamos juntos, la tristeza paralizadora que tiene preso a mi corazón se disipa.

—Nunca —musito.

—Bueno, debo irme. Tengo que ir a jugar al bridge, pero creo que voy a cambiarme al bingo. Me estoy cansando de todos los listillos que van a mi club de bridge —dice y se pone de pie junto a la mesa.

Mete la mano en su bolso pero yo la detengo levantando la mía en el aire.

—Yo invito. Además, ni siquiera ha tocado el rollo de canela.

—Sí, esos tampoco están buenos —contesta arrugando la nariz y lanzándole una

mirada al rollo intacto.

—No tiene por qué seguir viniendo si no le gusta la comida.

—Siempre que estés tú aquí, seguiré viniendo —dice, y me acaricia la mejilla con un pulgar—. Cuídate, dulce niña.

Cuando se va, me quedo mirando fijamente la caligrafía de Asher durante unos minutos. Aunque ya no esté aquí, sigue siendo la persona más increíble que haya conocido nunca. Siempre parece saber lo que necesito, hasta cuando no está.

Al ponerme en pie, veo que mi madre está en la esquina con la mano sobre el corazón. Se le arruga la frente cuando me mira y en cuanto me ve moverme, me hace un gesto con la mano hacia la cocina antes de desaparecer detrás de la puerta.

Noto las rodillas tan inestables debido a todo, que me cuesta poner un pie delante del otro. El restaurante está bastante vacío, pero en cualquier momento se empezará a llenar con la multitud del mediodía, y no quiero tener que estar aquí para sufrirlo.

Pensé que estaba preparada, pero me acaban de dejar nuevamente por los suelos.

Mi madre me estrecha entre sus brazos en cuanto entro en la cocina.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha dicho la señora Carter?

Pego la mejilla contra su hombro y respiro su familiar perfume.

—Asher le dio esto para mí —respondo levantando la bolsita.

—Ay, madre —susurra apoyando la cabeza sobre la mía.

Me quedo allí, abrigada por el calor que nuestros cuerpos producen. No me parece que esta deba ser mi vida.

Me separo y la obligo a aflojar la tirantez de sus brazos.

—¿Os las arreglaréis si me voy a casa? Necesito estar sola.

Me aparta cariñosamente con los dedos el pelo que me cae sobre los ojos.

—¿Estás segura de que deberías estar sola ahora mismo?

—Por favor —le ruego ansiosa por volver a casa y leer más notas de Asher.

Me acaricia los pómulos con los pulgares antes de volver a estrecharme entre sus brazos.

—Vete a casa, pero quiero que me llames si necesitas cualquier cosa. ¿Me oyes?

—Estaré bien —musito.

Me suelta y se lleva una mano a la nuca.

—Me preocupo por ti.

Doy unos cuantos pasos hacia ella y la beso en la mejilla.

—Eso es lo que se supone que hacen las madres.

Cuando me quito el delantal y salgo del restaurante, siento sus ojos clavados en mi espalda. Odiaba todas esas veces que me agobiaba cuando era más pequeña, pero ahora significa algo totalmente diferente.

En cada semáforo que me detengo de camino a casa, desvío la mirada hasta la bolsa de notas que se halla en el asiento de al lado. Parece casi como si fuera de camino a encontrarme con él en algún lugar después no haberlo visto en una buena temporada. Ojalá pudiera hacer todas mis percepciones realidad.

Cuando estoy a salvo en la privacidad de mi habitación, me cambio de ropa en un santiamén y me acurruco bajo la colcha con los trocitos que tengo de Asher en la mano.

Me digo a mí misma antes de leer la primera que solo voy a leer cinco cada día, y cuando las haya leído todas volveré a empezar.

Todo el cuerpo me tiembla cuando saco la primera, así que cierro los ojos y respiro hondo antes de leerla.

Tu fuerza es inspiradora.

Esta logra que una pequeña sonrisa se dibuje en mi rostro. Nunca me he considerado una persona fuerte. De hecho, siempre me he visto débil, sobre todo en el último par de años. Pero ahora al mirarme a través de los ojos de Asher, entiendo lo que ve. Implica fuerza el mero hecho de permanecer aquí.

Saco la siguiente, más relajada de lo que estaba con la primera.

La receta de mi lasaña... Knorr,
del pasillo de los congelados.

Por primera vez en semanas me río de verdad. Siempre ha sabido sacar ese lado de mí.

Echo de menos esos ojos verdes. Espero que sigan estando tan brillantes y llenos de vida como lo estaban la última vez que los vi.

Todo atisbo de sonrisa que haya tenido desaparece. Me cuesta mucho imaginar mis ojos de ese modo, pero él siempre decía que brillaban.

Si vas de pesca, asegúrate de llevarte mi caña.

Esa es una de las cosas que todavía no sé si me siento preparada para hacer sin él. Uno de los recuerdos que perdurará para siempre en mi mente es cuando me besó en la lluvia.

Te quiero. Estoy completa, profunda y locamente enamorado de ti. No te olvides de que hay más personas a tu alrededor que también te quieren. No te cierres a ellas.

El tiempo pasa mientras sigo allí tumbada dejando que las emociones me desborden. Es tentadora la idea de leer otra nota, pero no he terminado de procesar las cinco que acabo de leer. Asher siempre supo cómo integrar el humor a la vida y hoy ha logrado conseguir el equilibrio perfecto.

—Kate —dice mi madre. Yo me sobresalto.

Giro la cabeza y la veo de pie en el umbral de la puerta. Ha vuelto a casa por mí. Camina despacio, casi como si tuviera miedo de cómo voy a reaccionar, y entonces me sorprende al tumbarse detrás de mí en la cama y acunarme junto a su cuerpo. Me he equivocado tantas veces. Hay tanto dolor que me podría haber evitado si me hubiera abierto a ella. Siempre es más fácil ver las cosas con más claridad cuando ya han pasado.

—¿Qué te inquieta? Por favor, habla conmigo —dice y me acaricia el pelo con los dedos.

Recuerdo el gran peso que me quité de encima cuando le conté a Asher lo único que todavía me persigue... lo único que me retiene. Me giro para quedar de cara a ella y le digo lo único que he tenido miedo de decir durante años.

—Me violaron —sollozo.

Ella se detiene, y siento cómo le tiemblan los dedos en el cuero cabelludo.

—¿Qué acabas de decir?

—Hace un par de años, alguien me violó. Me retuvo y me violó.

Me vuelvo a poner enferma cuando vuelvo a revivir todo aquello por ella. Me dejo unos cuantos detalles fuera, pero cuando por fin el gran secreto deja de serlo, me siento mejor. Me han levantado otro peso de encima.

Y cuando acabo, cuando el nubarrón desaparece, mi madre me estrecha con fuerza contra su pecho y llora junto a mí. Llevo pensando en este momento día sí y día también, y ahora que ya ha pasado, me arrepiento de no habérselo contado antes.

Me está demostrando amor. Un amor imperecedero, desinteresado y dulce.

La quiero muchísimo, como ir y volver a la luna cincuenta mil millones de veces.

—No es culpa tuya —musita.

—Ahora lo sé.

Tres meses después - Mayo de 2013

En mi vida he estado más emocionada de ver el invierno derretirse que en esta primavera en especial. Voy poco a poco, día tras día. He aprendido que no puedo enterrar el pasado; eso solo lo empeora.

Es duro pensar en el día que perdí a Asher, pero sí que me permito volver allí de vez en cuando. Esa es otra de las razones por las que me alegro de que llegue la primavera... Puedo tumbarme fuera y mirar las estrellas. Cada vez que lo hago, siento como si él estuviera tumbado justo a mi lado. Si dejo la mente volar, hasta lo puedo sentir cogiéndome de la mano, y a veces hasta creo sentir sus dedos entre mis cabellos.

Lo echo de menos.

En los últimos ciento seis días he pensado en él como unas ciento seis veces. He leído todas sus notas por lo menos diez veces cada una, y releo algunas de mis favoritas todos los días. No sé si me cansaré de hacerlo algún día.

Gateo hasta llegar al centro de la vieja cama elástica de Beau y me tumbo bocarriba para mirar al despejado cielo nocturno. Es mucho mejor que la tortuga que he estado encendiendo en mi habitación noche tras noche. Me recuerda a la hoguera que hicimos el otoño pasado Asher y yo. Casi puedo saborear el chocolate y las nubes en los labios. Si cierro los ojos, vuelvo a ver en mi mente la noche entera como en una película y logro desplazarme hasta un tiempo más feliz.

Tras vivir unos minutos dentro de mis dulces recuerdos, oigo en la distancia un ruido familiar. Uno que no he oído en meses. El que he querido oír cada día desde que se marchó a la universidad.

Me quedo quieta y espero a escuchar el crujido de la puerta de su camioneta. Una vez que sucede, me siento muy tentada de levantarme, de correr hacia él y de lanzarme a sus brazos, pero ya no tengo la impresión de que me estén esperando a mí. Siento como que he perdido ese privilegio.

Dos chicos.

Dos amores.

Y ambos se han ido.

A uno lo aparté y al otro lo perdí para siempre.

El arrepentimiento me embarga. La tristeza me consume.

Me muerdo el labio inferior al escucharlo cerrar la puerta de un portazo, y espero

en silencio a oírlo cerrar la puerta de su casa, pero nunca sucede. Muerta de nervios, respiro hondo y cierro los ojos cuando escucho sus zapatos pisar el césped. Tras un sinfín de latidos estridentes en el pecho, los vuelvo a abrir y lo veo a mis pies observándome en silencio.

La luz de la luna se refleja en su piel y me recuerda lo guapo que es. Incluso sin la luz sé lo que hay en su interior; lo mejor de todo. Tiene el paquete completo.

—¿Qué haces aquí sola? —pregunta con esa voz ronca y grave que tanto he echado de menos. Solía pasarme las noches pensando en cómo sonaba al pronunciar mi nombre.

—Mirar las estrellas —respondo con un nudo en la garganta—. ¿Qué haces aquí en Carrington?

—He hecho el último examen esta mañana y me moría de ganas de salir de la residencia —comenta al tiempo que se pasa los dedos por su pelo castaño. Ha vuelto a crecerle desde la última vez que lo vi en el funeral—. ¿Puedo hacerte compañía?

Su voz suena insegura, pero yo no lo estoy. Lo he echado de menos.

—Pensaba que no me lo ibas a preguntar nunca —bromeo y doy palmaditas con la mano en el espacio libre que hay junto a mí.

—Siento no haberte llamado. He estado súper liado, ha sido una locura —dice Beau instalándose a mi lado.

—No pasa nada.

—¿Qué has estado haciendo? —pregunta a la vez que se lleva las manos a la nuca.

La tristeza me invade el pecho al pensar en todas las veces que quise llamarle y en las que no logré reunir el coraje suficiente para hacerlo. Trago saliva para tratar de controlar las emociones. He intentado ser mejor y no guardarme tanto las cosas dentro, pero esta era la única excepción.

—Trabajar y leer, más que nada. Creo que voy a empezar algo nuevo pronto.

Se ríe y noto que su mano roza la mía. El hormigueo que me recorre la espalda es confuso, así que la aparto porque no quiero sentir algo que sé que nunca ocurrirá. No estoy preparada todavía para lidiar con esos sentimientos.

—Siempre te queda la universidad. Eres demasiado lista como para quedarte aquí.

—A lo mejor. —Me encojo de hombros—. Ahora mismo todo lo que sé es que tiene que haber más cosas en la vida aparte del restaurante. Aunque francamente, no habría podido sobrevivir a estos últimos meses de no ser por ese lugar y la gente que va cada día. Ahora son como mi familia, ¿sabes?

Giro el cuello para mirarlo por primera vez y lo veo poner una mueca de dolor. Sé que sabe que lo estoy mirando, pero evita mi mirada.

—Siento haberme ido el día del funeral. Es raro, ¿sabes? Intentar consolar a la persona que quieres mientras ella está llorando a la persona que ella quiere. —Sacude la cabeza evitando todavía crear contacto visual conmigo—. No sé si te estaba dando lo que creía que te merecías o si fui un egoísta, pero ahora que lo pienso, todo fue

culpa mía. No lidié con las cosas bien. No dejé que nadie me ayudara... ¿cómo iban a hacerlo si no lo sabían siquiera?

—Tú no hiciste nada mal. Fue egoísta por mi parte pensar que lo dejarías todo para quedarte conmigo —admito al tiempo que me llevo la manga de la sudadera a los ojos y me los seco.

Entrelaza sus dedos con los míos y juro que nunca me he sentido tan bien estando cogida de la mano. Es una confirmación de que todavía tenemos una oportunidad, nuestra amistad tiene una oportunidad.

—Quería estar ahí para ti. Me moría de ganas de abrazarte y de no soltarte nunca, pero no podía seguir siendo ese chico.

—¿Qué chico? —inquiero. Con cada segundo que pasa mi pecho sube y baja más rápido. ¿Por qué me hace esto?

—El chico que nunca es lo bastante bueno y es siempre el segundo plato. Por alguna razón creí que lo teníamos. Joder, lo sentí, pero cuando llegó la hora de la verdad, vi que no. —Se detiene y deja por primera vez que sus ojos capturen los míos—. Cuando me dijiste que no estabas preparada para un nosotros, casi me sentí morir, pero solo pensé que no era nuestro momento, que necesitabas espacio.

—Beau...

—No, déjame acabar —me interrumpe y se mueve hasta quedar completamente de lado, de cara a mí—. Había esperanza para nosotros. Cuando te miraba, no veía a la chica con la que quería compartir mi primer beso, veía a la mujer con la que quería compartir todos mis besos. Puede sonar estúpido, pero veía un para siempre en nosotros, Kate. La mañana que te vi con Asher en el coche, me sentí como si alguien me hubiera atravesado el puto corazón con un cuchillo. Nunca jamás en la vida quiero volver a sentirme así.

Irónico, porque ahora mismo siento que es él el que me está ahogando. La culpa es una absorbente reacción a todas las cosas de las que nos arrepentimos. Aunque sé sin duda alguna que por aquel entonces no estaba preparada para Beau, nunca fue mi intención hacerle daño.

—Lo siento. Espero poder explicártelo algún día. Sé que no arreglaré las cosas entre nosotros como por arte de magia, pero a lo mejor lo comprendes. Yo nunca quise hacerte daño. Eso es lo último que se me pasó por la cabeza.

—Creo que lo sabía —dice.

Me quedo mirando al cielo y empiezo a distinguir las constelaciones para mantener la mente ocupada. Me alegro de haber tenido esta oportunidad de hablar y acortar el espacio que se ha creado entre nosotros, pero también está sacando a la luz cosas en las que no había pensado en muchísimo tiempo.

—¿Te quedas en Carrington todo el verano? —pregunto.

Me suelta la mano y se sienta. Luego se frota la frente.

—Sí, voy a trabajar con mi padre.

Asiento con los ojos fijos en su espalda ancha y torneada.

—Será mejor que me vaya a la cama. Mañana trabajo —dice bajándose de la cama elástica.

—Beau.

Se para, pero no se vuelve.

—¿Sí?

—¿Podemos quedar este verano como hacíamos antes?

—No sé —responde y se aleja.

Quizá tendría que haberlo detenido... pero no lo hice.

—Me alegro de que te hayas decidido a venir hoy. ¿Cómo has estado? —me pregunta la doctora Karcher al tiempo que apoya una carpeta en su regazo.

Ya vine una vez hace un par de años por una urgencia de mi madre, pero me fui sin decir mucho más que mi nombre. No estaba preparada, pero ahora una de las notas de Asher me ha empujado a venir. Me la quedé en la mano, leyéndola una y otra vez durante días hasta que por fin me decidí a venir. Incluso ahora la sigo teniendo entre los dedos.

Recito sus palabras en mi cabeza.

Habla con alguien. Guardándotelo todo solo conseguirás
no llegar a ser la persona que podrías ser.

Tiene razón. Me he perdido tantas cosas, pero eso termina ahora. Drew ya no va ser la razón por la que tome ninguna decisión. Esta es mi vida, voy a hacerme de nuevo con el control.

Todavía no he decidido cuánto quiero contarle. Ya he venido otras cuantas veces, pero siempre me cierro y termino yéndome antes.

Ella no puede dar marcha atrás en el tiempo y borrar la violación por completo de mi mente.

Ella no puede traer de vuelta a Asher.

¿Cómo se supone que va a ayudarme?

—Ahora mismo estoy yendo poco a poco —respondo tratando de ponerme cómoda en la silla.

—¿Cómo es un día normal para ti?

Miro al techo e intento decidir cómo son en realidad mis días. Los vivo sin pensar mucho.

—Voy al trabajo casi todas las mañanas. Y cuando salgo, después del almuerzo, suelo irme a correr. El resto del día me lo paso leyendo o viendo la tele con mi madre cuando está en casa.

—¿Cómo está la relación con tu madre? —Se inclina más hacia mí y se da pequeños golpecitos en la barbilla con el bolígrafo.

—Está mejor que antes. Trabaja mucho, y durante un tiempo no nos estuvimos comunicando como deberíamos haberlo hecho. Estamos trabajando en ello.

—¿Vuestra relación ha sido siempre difícil? —¿Qué tienen que ver todas estas preguntas con la verdadera razón por la que estoy aquí?

—No, empezó a ir a peor cuando cumplí los dieciséis años —respondo.

—¿Y por qué crees que empeoró?

—Creo que fue una combinación entre estar haciéndome mayor y alejarme. Me alejé casi de todo el mundo —admito, y apoyo el codo contra el brazo de la silla. No sé si la silla es incómoda, o si es el hecho de estar aquí lo que me hace sentirme así.

—¿Qué provocó que te alejaras? —inquire ladeando la cabeza.

La doctora Karcher posee una apariencia interesante con esa cabellera castaña llena de rizos encrespados y esas gafas un pelín demasiado grandes para su complexión estrecha.

Me fijo en los diplomas que cuelgan de las paredes. Hay por lo menos seis, pero no me impresionan. Para mí solo es papel hasta que vea que sale algo de provecho de aquí.

—Me pasó algo hace unos años y no termino de saber cómo lidiar con ello. —Me detengo y apoyo los pies en la silla para poder abrazarme las rodillas—. ¿Por qué dejar que nadie tenga que hacerlo por mí?

—Y cuando piensas en ello ahora, ¿cómo te sientes?

Esto sí que lo tengo que pensar bien antes de responder. Está claro que me duele menos pensar en ello ahora que antes, pero todavía sigue afectando a otros muchísimos aspectos de mi vida. Me aprisiona y me amenaza.

—Todavía me duele. Siempre me dolerá, pero conforme pasan los días se me hace más fácil de sobrellevar.

—¿Y qué estás haciendo para lidiar con ello?

—Intento enfrentarme a mis miedos —respondo con sinceridad.

—Hablemos de eso...

Durante una hora, vamos y venimos y jugamos a pasarnos la bola con nuestras palabras. Le cuento cómo fue mi infancia. Le cuento cómo fue crecer sin un padre cuando todo el mundo a mi alrededor tenía uno. Le hablo de Beau y de lo íntimos que éramos a lo largo de nuestra niñez. Y cuando llegamos al punto donde ella me pregunta por qué ha cambiado todo eso, tengo que tomar una decisión. ¿Voy a contarle por qué ahora todo es tan diferente para mí, o debería reservarlo para otro momento?

—¿Por qué ya no tenéis esa misma cercanía Beau y tú? —pregunta echándose hacia adelante en la silla.

Metó las manos entre las rodillas y clavo la vista en la estantería que hay a la derecha de la habitación. Sé que no se lo va a contar a nadie, pero sigue siendo prácticamente una extraña para mí. No me parece correcto todavía.

—Kate, tus secretos están a salvo conmigo. Déjame ayudarte —dice en voz baja a

la vez que le da vueltas a su reloj en la muñeca.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —pregunto, nerviosa. A lo mejor nuestra sesión está a punto de terminar y puedo irme y decidir más tarde qué hacer... eso si decido volver, claro.

—Tú eres mi última cita hoy. Tómate todo el tiempo que necesites.

Otra encrucijada... otro momento donde una decisión puede cambiarlo todo.

Así que lo suelto. Le hablo de la noche en la que mi vida cambió, y cuando me llamo tonta a mí misma, ella me para y me dice que no fue culpa mía. Sé que es verdad, pero también sé que podría haber cambiado el desenlace de esa noche si no hubiera entrado en esa casa y no hubiera confiado en Drew.

—¿Has pensado alguna vez que ya has pagado más que suficiente por aquello? ¿Estás bloqueando a los demás por culpa de ese muchacho perverso?

Me encojo de hombros.

—A veces. Alejé a Beau, y él es la persona más sincera y encantadora que conozco. No me sentía normal y no concebía por qué querría nadie pasar tiempo conmigo.

—¿Has querido alguna vez a alguien que haya cambiado? ¿Lo seguiste queriendo después? —Tras pensar en ello, me doy cuenta de que la mayor parte de las personas que conforman mi vida han cambiado. Todos cambiamos.

—Sí —musito, y comienzan a empañarse los ojos.

—¿Por qué iba a ser Beau diferente?

—No lo sé —digo sacudiendo la cabeza—. No lo sé. Quizá fuera yo.

—¿Por qué lo dices?

—Ya no creo ser digna de él —sollozo; las palabras me apuñalan el corazón.

—¿Y qué ha pasado para que te sientas así? —inquire al tiempo que deja la libreta sobre la mesita que tiene enfrente. El cuerpo entero me duele al revivir ese momento que cambió mi vida.

—Me violaron —sollozo encogiendo las piernas.

—¿Y cómo es eso culpa tuya?

Me cubro la cara con las manos y apoyo los codos sobre mis rodillas. Esto me está agotando por completo.

—Kate, puedes hablar conmigo —susurra y me acaricia la espalda repetidamente.

—¿Yo no hice nada para merecerlo! ¿Vale? Estaba allí porque mis amigos estaban allí. Solo quería hablar y pasármelo bien. —Me limpio los ojos con la manga—. Él me engañó. Me robó.

—¿Y por qué iba a pensar Beau mal de ti por eso?

Interiorizo sus palabras, y cuando termino es como si estas me dieran un guantazo en toda la cara. Estaba equivocada. Llevo estando equivocada casi tres años, y ya es hora de ir a arreglarlo.

Beau

Podemos hablar? —me pregunta Kate.

Lo último que me esperaba hoy era que viniera y pegara en la puerta. Pero lo ha hecho, y ahora está frente a mí, mirándome con esos enormes ojos verdes que tanto me gustan. Cada vez que la miro, me acuerdo de por qué la chica posee mi corazón y de por qué no me la puedo sacar de la puta cabeza.

Cuando me marché a la universidad, intenté arrancarla de mi corazón. Ha pasado casi un año, pero no he sido capaz de olvidarme de ella. No, con lo bien sujeta que está dentro de mí. Lo he intentado, Dios sabe que lo he intentado, pero no creo que nunca pueda quitármela por completo de la cabeza. La quiero.

—¿Quieres entrar? —pregunto y miro a su espalda, a la tranquila calle en la que hemos vivido durante casi quince años.

Me mira nerviosa y mordiéndose el labio. Me vuelve loco cada vez que hace eso.

—En realidad, esperaba que pudiésemos ir al lago. —Hace una pausa y entrelaza los dedos—. No hemos ido todavía en lo que llevamos de verano.

Vacilo porque cada vez que hemos ido al lago la cosa ha terminado mal. No sé qué tiene, pero ese lugar ya no alberga tantos buenos recuerdos como cuando era más pequeño. La última vez que estuve allí, le ofrecí mi corazón, y me juego lo que sea a que todavía sigue allí, enterrado en la arena.

—Debería quedarme en casa y empezar a empaquetar cajas. Me vuelvo a ir en unos días.

—¿Ya te vas? Las clases no empiezan hasta dentro de varias semanas —suelta de golpe con los ojos llenos de tristeza.

—Sí, he pillado un apartamento con un par de colegas. Nos dejan mudarnos el uno de agosto porque lleva vacío todo el verano.

—Ah —comenta mirando al suelo—. Te dejo que empaquetes entonces. Solo pensé que a lo mejor...

Empieza a retroceder, pero yo la detengo.

—Kate, espera —digo apresuradamente pasándome la mano por el pelo. A juzgar por cómo me mira, cualquiera pensaría que acabo de atropellar a su cachorro. Odio ver esa expresión en su rostro—. Dame diez minutos para cambiarme.

Asiente y yo me quedo tranquilo cuando veo cómo le cambia la cara.

Cada vez que la miro, me acuerdo del día que se mudó a la casa de al lado. Mi

madre la vio primero y me dijo que fuera a presentarme. Pensé que era una estupidez porque yo odiaba a las niñas, pero nunca me he arrepentido de haberlo hecho. Todos mis mejores recuerdos son con Kate... y algunos de mis peores.

Me he quedado a su lado incluso cuando ha intentado alejarme de ella. La quiero, y he intentado decírselo y demostrárselo una y otra vez, pero nada funciona.

El día que la dejé en el funeral me dolió en el alma. Quería quedarme con ella, pero estaba llorando a otra persona. Sus ojos solían brillar cuando me miraban, el mismo brillo que vi aquel día que estaba con Asher en el coche. Vi esa expresión en su cara muchísimas veces hasta hace un par de años, que cambió drásticamente.

El brillo de sus ojos desapareció.

Y no tengo ni idea de qué cambió.

Me pongo unas bermudas y una camiseta antes de volver a bajar las escaleras. Tengo una sensación extraña en el estómago. Si ella no significara tanto para mí, ahora mismo saldría ahí fuera y le diría que hoy no tengo tiempo para esto.

En cambio, abro la puerta de casa y veo que está sentada en los escalones.

—¿Lista? —pregunto y cierro la puerta de un portazo.

Se gira, y aunque sé que no es posible, juraría que le está temblando todo el cuerpo. No sé por qué está tan nerviosa. Es cierto que no nos hemos visto mucho este verano, principalmente porque la he estado evitando, pero ya hemos quedado miles de veces. Las cosas no tendrían que ser así. No son como deberían ser, o como yo querría que fueran.

—Lista.

Paso por su lado y me dirijo a la camioneta. Me subo obcecado en no volver a mirarla. Ya vendrá cuando esté preparada. Me mantengo ocupado bajando las ventanillas y encendiendo la radio. *Hey Pretty Girl* de Kip Moore está sonando. Tiene gracia, eso es lo que llevo queriéndole decir a Kate desde hace mucho, pero esperé hasta que ya fue demasiado tarde.

Esto es lo que nos queda. Somos dos personas tristes cuando estamos separados, pero tampoco terminamos de hacer las cosas bien cuando estamos juntos.

La puerta del viejo Chevy se abre con un crujido y la miro de soslayo mientras se sube. Cuando la cierra, apoya la cabeza en el reposacabezas y saca los dedos por la ventana como tantas veces la he visto hacer antes. Me gusta que sea la única chica que conozco a la que no le importe despelucarse con el viento. Así es como más guapa está.

—¿Qué quieres hacer en el lago? —pregunto incorporándome a la carretera.

—Pensé que podíamos hablar. El verano casi ha terminado y apenas te he visto —dice con timidez y jugueteando con el cordón de sus pantalones cortos.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Podemos esperar a estar en el lago? Todavía no estoy preparada —comenta, y la voz se le quiebra ligeramente.

—Me estás asustando, Kate. —Lanzo una breve mirada en su dirección y veo que

tiene la cabeza apoyada contra la ventana. Parece completamente abatida, y juro por Dios que no voy a marcharme de aquí sin saber cuál es la causa.

—Lo siento. Ya hablaremos cuando llegemos allí. Necesito unos cuantos minutos más —replica pasándose un dedo por el párpado inferior.

De forma instintiva, coloco una mano en su rodilla, y para sorpresa mía no se encoge como normalmente hace. Es como si estuviera conduciendo en dirección a una cueva oscura y profunda sin luces frontales. ¿Por qué tengo la mala sensación de que no me va a gustar lo que tenga que decirme?

Cuando paro el coche en el aparcamiento que hay cerca del lago, reparo en que tiene lágrimas en las mejillas.

—Kate —susurro alargando el brazo para cogerle la mano.

La aparta, abre la puerta y sale antes de que yo tenga oportunidad de añadir algo más. Estoy paralizado, mientras ella corre hacia el lago. Me sorprende que no se detenga ni vacile; hay muchas familias hoy aquí, y normalmente se quedaría rezagada, solamente mirando.

Corre hasta donde el agua converge con la arena y se quita las sandalias antes de mojarse los dedos en el agua. Me quedo a una distancia prudencial y le doy un par de minutos para que se tranquilice. No sé qué la ha afectado tanto, pero no nos vamos a ir de aquí hasta que lo averigüe.

—¿Te sientes preparada para hablar? —le pregunto de pie a su lado.

—¿Podemos ir a sentarnos allí? Quiero que estemos solos —dice y señala al pequeño muelle que hay en el lado izquierdo de la playa.

La agarro de la mano sin responder a su pregunta y nos alejamos de la multitud.

—Me estás acojonando vivo, Kate. En cuanto llegemos, necesito que me lo digas.

Tensa el cuerpo a mi lado y me arrepiento de la brusquedad con la que le he hablado. Está claro que esto no es fácil para ella, y yo no estoy ayudando a la situación.

—Lo siento —musito acariciándole el dorso de la mano con el pulgar. La atraigo más hacia mí para intentar tranquilizarla.

Se sienta en el borde del muelle y deja que le cuelguen los pies por el lado. Me quito los zapatos, tomo asiento en el hueco vacío a su lado y dejo que mis propios pies caigan al agua.

—Kate, dime, ¿qué pasa?

—Es sobre Drew —susurra y mueve los dedos de los pies dentro del agua.

—¿Drew? ¿Drew Heston?

—Sí —dice y me mira con los ojos bañados en lágrimas.

—¿Qué pasa con él? —pregunto con la idea en mente de que algo le haya podido pasar. No es que me importe. El tío es un auténtico gilipollas que se cree que el sol se pone según su voluntad. En cada partido de fútbol durante todos mis años de instituto, recé porque alguien lo placara y le hiciera perder la temporada. Nunca

ocurrió, pero imaginármelo ayudaba la hostia.

Kate está callada y lo odio. Su silencio siempre me mata, pero cuando alza temblando una mano para colocarse un mechón de pelo detrás de la oreja, me entran ganas de estrecharla entre mis brazos.

—Kate.

Ella inspira hondo y echa la cabeza hacia atrás para mirar al cielo. Nunca he visto a nadie tan perdido y lleno de dolor. Me pongo malo solo con mirarla.

Lo que pronuncia a continuación lo dice tan bajito que apenas la oigo, pero casi me mata cuando lo hace.

—Me violó.

La cara se me enciende entera cuando veo su pecho subir y bajar aceleradamente. Quiero que me diga que la he oído mal, o que lo que ha dado a entender no es cierto, pero por supuesto, no ocurre. Kate nunca sería capaz de inventárselo.

Juro que mataré a ese cabrón. Lo estrangularé con mis putas manos. Lo haré por ella, lo juro.

—¿Qué acabas de decir? ¿Cuándo? —inquiero, atragantándome con las palabras y agarrándome a la tabla de madera con los dedos. La vieja madera se me está clavando en la piel, pero me la suda. Cada músculo de mi cuerpo está gritándome que vaya tras ese hijo de puta... pero Kate me necesita más.

—Fue hace casi tres años, en su casa después de un partido de fútbol. —Se detiene y me mira. Sus mejillas llenas de churretes son como un puñal para mi corazón.

Ninguna mujer en este mundo se merece que la toquen cuando no quiere que lo hagan. Y cuando pienso en que le ha ocurrido a *mi* Kate, se me rompe el alma en un millón de pedacitos.

Cuando recupero la compostura, todo lo que me queda son preguntas.

—¿Cómo? Siempre íbamos juntos a esas cosas.

Separa los labios, pero luego los vuelve a cerrar.

—Esa noche tú no estabas allí.

—¿Qué quieres decir con que no estaba allí? Yo siempre estuve allí. —Me entra el pánico y siento una presión horrible instalarse en mi pecho.

Kate niega con la cabeza y me mira fijamente con esos ojos tristes.

—Fue un viernes que tú estabas castigado. Fui con Morgan, y ella me dejó junto al fuego sola. Drew vino y empezó a hablar conmigo, y después de un rato empezó a hacer mucho frío y a llover.

Se para y se abraza las piernas.

—¿Qué ocurrió? —pregunto sintiendo mis propias emociones borbotear dentro de mí. No puedo deshacerme de la sensación de que esto fue, en parte, por mi culpa. Tendría que haber estado allí con ella.

—Me ofreció una de sus sudaderas, así que lo seguí hasta su casa para cogerla. No le di muchas vueltas. Al fin y al cabo, era Drew, ¿no?

Solloza y se cubre los ojos con las manos. Estiro los brazos para atraerla hacia mí, pero se aparta. Quiero abrazarla y decirle cuánto lamento no haber estado ahí cuando más me necesitaba.

Vuelvo a quedarme sentado con las manos apoyadas sobre el muelle.

—No tienes que contarme el resto...

—No, lo necesito. Deja que lo saque todo. —Me interrumpe y luego respira hondo varias veces—. Al principio todo iba bien. Pero después no me sentí cómoda. La casa estaba completamente en silencio, y me miraba con demasiada fijeza.

Sacude la cabeza al tiempo que le caen más lágrimas. Francamente, no sé si voy a ser capaz de soportar escuchar el resto, pero ella parece decidida. Se me forma un nudo en la garganta cuando pienso en todo el coraje que le ha debido de hacer falta para llegar hasta donde está ahora después de todo este tiempo.

—Antes de darme cuenta siquiera, me tenía atrapada contra la pared, y luego sobre la cama. Tenía todo su cuerpo encima y no podía apartarlo, Beau. Lo intenté, pero era demasiado fuerte —solloza.

Vuelvo a alargar la mano y esta vez me deja que la acune entre mis brazos. Apoya la cabeza contra mi pecho cuando la aprieto con fuerza contra mí. Haría cualquier cosa por poder retroceder en el tiempo y hacer desaparecer todo esto. Odio tanto que haya ocurrido... pero también odio que no me lo haya contado antes. Yo la habría apoyado.

Todo tiene sentido ahora. Los últimos años y lo mucho que había cambiado. Cambió muchísimo. Pasó de ser una chica que sonreía cada vez que me veía, a otra que nunca lo hacía. Pasó de ser una chica con una vida llena de esperanza y sueños, a otra que hasta le costaba llegar al final de un día de instituto.

Dejó de ser mi chica, y ahora entiendo por qué.

Sus lágrimas me devuelven al presente.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquiero mientras le acaricio la espalda.

—No se lo conté a nadie. No podía. No pensé que nadie fuera a creerme y... —Se detiene y se echa hacia atrás para mirarme con los ojos hinchados y enrojecidos.

—¿Qué pasa? —pregunto y le aparto el pelo de la cara.

—Me amenazó. Tenía tanto miedo, Beau. Él es un Heston, y yo solo soy yo. ¿Sabes lo que es acarrear este peso sobre los hombros? Es una mierda. Todos los días durante dos años... estaba aquí, pero simplemente sobrevivía. Asher cambió todo eso, pero luego también se marchó. No me merezco esto.

La agarro con cuidado de los brazos para cerciorarme de que me mira a los ojos.

—No has hecho nada para merecer esto. ¿Me oyes? Nada —digo acunándole el rostro con las manos. No quiero admitirlo, pero que Asher apareciera en su vida la ha ayudado. Por mucho que odiara verla con él, me encantó volver a ver ese brillo en su mirada.

El amor es altruista; así es como sé que lo que siento por Kate es real.

Vuelve a caer sobre mi pecho y yo continúo acariciándole el cabello. Los minutos

pasan, pero ella no se ha movido ni una vez. Una parte de mí quiere hacerle un millón de preguntas mientras que la otra solo quiere abrazarla.

Se ríe con amargura y me vuelve a mirar directamente a los ojos.

—Te quise durante mucho tiempo, ¿sabes? Era tu nombre el que escribía en mi libreta rodeado de corazones en el colegio. Creía que mi vida acabaría justo así... contigo.

Se me corta la respiración y saboreo las palabras que llevo queriendo escuchar desde hace mucho tiempo. Palabras que ya había dado por imposibles hace tiempo.

—Todavía puede terminar así —digo y le paso los pulgares por la línea del mentón.

—No. Tú sabes en qué dirección va tu vida, y yo solo voy a conseguir retenerte.

—Kate...

—No, escúchame. Te llevo queriendo desde hace mucho, pero nunca llegó el momento adecuado para nosotros. Luego alguien me rompió y me arrebató literalmente la fe... mis sueños, mi vida. No creí que me recuperaría nunca. No creí que volvería a tener la oportunidad de ser normal otra vez. Asher me dio una segunda oportunidad, y luego perdió la vida demasiado pronto —dice y vuelve a derrumbarse en el momento que lo menciona—. Ahora no sé qué es lo que se supone que debo hacer con mi vida. No sé qué futuro me espera, y no puedo estar contigo hasta que no consiga las respuestas a todas esas preguntas.

El corazón me late con fuerza cuando apoyo la frente contra la de ella. Durante años he buscado una excusa para tocar su piel.

—No puedes hacerlo todo sola. Déjame ayudarte. Déjame estar ahí para ti.

Ella roza mis labios con los suyos y me pilla completamente por sorpresa.

—Necesito averiguar quién soy primero.

Vuelvo a acunarle el rostro con las manos antes de darle un beso en la frente. Siempre dije que iba a esperarla, pero ha habido veces que me han entrado ganas de tirar por la borda toda esa idea del amor. Después de lo que me ha dicho hoy, sé que no puedo perder la fe en lo nuestro. Kate no es reemplazable, no a mis ojos.

—Te quiero —susurro antes de besarla en la punta de la nariz—. Y te daré todo el tiempo que necesites. Te seguiré esperando.

—No puedo prometerte nada.

—No te estoy pidiendo que lo hagas. Solo te pido que pienses en mí cuando estés preparada para seguir con tu vida —le digo y coloco las manos en su nuca.

—¿Dónde te encontré?

Sonríe y se seca unas cuantas lágrimas más.

—En el jardín de atrás de tu casa —contesto correspondiéndole la sonrisa.

—Gracias —dice al tiempo que se mueve para volver a quedar sentada a mi lado.

—¿Por qué? —inquiero y lanzo una piedra al agua.

—Por escucharme.

—Siempre. Ojalá te hubiera escuchado antes —digo y la cojo de la mano.

—Ojalá hubiera podido contártelo, pero todo parece más fácil ahora que antes.

Hay muchas cosas que me gustaría poder cambiar del pasado, pero enamorarme de Kate Alexander no es una de ellas.

Cinco semanas después

Arriesgarme no es algo que se me dé muy bien, pero hoy espero que todo eso cambie. Ayer fue mi último día en el restaurante, y hoy será el último día que me despierte en mi cama, bajo este mismo techo.

Voy a ir a la universidad, y estoy acojonada viva.

Mi madre no estará allí para abrazarme cuando la necesite, pero por primera vez en mucho tiempo me siento lo bastante fuerte como para sobrevivir yo solita.

—¿Lista? —pregunta mientras lleva el último bulto al coche.

—Sí, eso creo.

—¿Estás segura de que no quieres que te lleve? Creo que es lo menos que puedo hacer —dice, tratando con todas sus fuerzas de cerrar el maletero, que está que rebosa.

—Estaré bien. Solo son unas horas.

Contemplo cómo por fin lo consigue antes de girarse hacia mí con una expresión triunfante en el rostro. Desaparece al instante cuando me pasa los brazos por el cuello y me atrae hacia ella lo máximo posible.

—Voy a echarte de menos.

—Yo también voy a echarte de menos a ti, mamá —digo rodeándole la cintura con los brazos.

—Sé que no he estado en casa tanto como debería, pero voy a echarte de menos. ¿Quién va a ver pelis conmigo mientras comemos Ben & Jerry's? —pregunta con una ligereza en la voz que no se la suelo escuchar muy a menudo.

—Volveré a casa todos los fines de semana que pueda, aunque tampoco es que haga falta. Ahora tienes a alguien más con quien compartir el helado —respondo al tiempo que miro por encima de su hombro y veo a Daniel observándonos desde el porche. No estoy muy segura de cómo ha ocurrido, pero llevan saliendo un par de meses. Estoy feliz por ellos porque ambos son perfectos el uno para el otro. Se merecen de verdad esa felicidad.

—No quiero que vuelvas a casa todos los fines de semana. Quiero que disfrutes de las cosas que yo no pude disfrutar con tu edad. Es tu momento —susurra antes de besarme en la sien.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero. —Retrocede y me agarra de los brazos. Tiene los ojos

llorosos, pero su sonrisa es de satisfacción. Me hace sentir como si fuera a conseguir algo, aunque yo misma dude de ello.

—Bueno, mejor me pongo en marcha. No quiero conducir de noche —digo levantando los ojos hacia el brillante cielo veraniego. Sé que va a estar despejado por la noche; perfecto para mirar las estrellas.

Me llevo los dedos hasta la cadenita de plata que cuelga de mi cuello y palpo el pequeño paraguas. Nunca me lo quito... No creo que nunca lo haga.

No me puedo ir sin decirle adiós a Daniel. Se ha convertido en parte de mi familia, y mi madre y yo somos básicamente lo único que tiene. Hago por estrecharle la mano, pero él me envuelve entre sus brazos y me da un abrazo.

—Estoy orgulloso de ti. Todos lo estamos.

—Gracias, por todo —musito señalando a mi madre con la cabeza.

Él sonrío y centra su atención detrás de mí.

—Es una mujer increíble.

—Sí que lo es —coincido. Me echo hacia atrás—. Mejor me voy ya. Cuídala por mí, ¿vale?

—Lo haré —dice al tiempo que se mete las manos en los bolsillos delanteros.

Cuando vuelvo junto a mi madre una última vez, soy todo un batiburrillo de tristeza y emoción. Recuerdo que algunos chicos del instituto estaban encantadísimos de la vida ante la perspectiva de tener total libertad en la universidad. Me emociona tener un poco de espacio, lógicamente, pero también tengo miedo de lo que vaya a pasar una vez que solo dependa de mí y solo de mí.

Si las cosas salen como quiero que salgan, no tendré que estar sola mucho tiempo.

Le doy a mi madre un abrazo más y subo al coche. Mientras me alejo de la casa, digo adiós con la mano por el retrovisor para que ellos puedan verlo. Hace un año, me habría sentido culpable por abandonarla, pero está en buenas manos... y está más feliz que nunca.

Cuando entro en la autovía, enciendo el iPod y dejo que la voz suave y conocida llene mi mente. Cuando Beau regresó de nuevo a la universidad, me pasé muchas tardes sola en mi cuarto pensando, y muchas noches en la cama elástica mirando las estrellas.

Quiero ir a la universidad para convertirme en una terapeuta para jóvenes y ayudar a otras chicas que hayan podido pasar por lo mismo que yo con Drew. Vivir una vida significativa es importante para mí. No tiene nada que ver con el dinero o el prestigio. Solo quiero ayudar a tanta gente como pueda a través de mi experiencia y educación.

No solo lo hago por mí... es mi regalo hacia Asher; una forma de honrar al hombre que me devolvió tantísimas cosas.

He tropezado muchas veces, pero todavía sigo en pie.

Hay esperanza.

También me doy cuenta de que hay una diferencia entre ser el alma gemela o el

amor verdadero de alguien. A simple vista son similares, pero cuando me fijo más en los detalles, encuentro que son diferentes.

Yo encontré a mi alma gemela. Asher entendía todas las complejidades que me hacían ser quien era. Tuvimos una conexión instantánea, y con el tiempo creció en algo tan profundo, fuerte y significativo que perdurará conmigo para siempre. Me trajo paz y felicidad. Me hizo reparar en la belleza de la vida, y por eso siempre le estaré agradecida.

Y encontré a mi amor verdadero. Beau ha estado ahí para mí una y otra vez, tanto en los buenos como en los malos momentos. Daría el mundo por mí, y yo haría lo mismo por él. Echaría por tierra todo solo para asegurarse de que estoy bien, como ya ha demostrado una y otra vez. Cuando estoy con él, no hay desenlace posible para nosotros.

¿Es un tipo de amor mejor que el otro? No lo sé, pero soy afortunada de haber encontrado ambos. Soy afortunada de que Asher me abriera los ojos de nuevo, porque si no lo hubiera conocido, es más que probable que nunca me hubiera dado cuenta de lo mucho que quiero a Beau.

Es fácil mirar atrás ahora y ver que siempre he pertenecido a Beau de algún modo u otro. Me he pasado horas observándolo por la ventana este verano. Lo he visto hacer de todo, desde cortar el césped de su jardín hasta lavar su camioneta. Incluso hubo un día en que lo vi ayudar a una mujer mayor que vive enfrente a plantar sus flores. Es perfecto.

Todo lo que hace me asombra. Me enamoro de él con cada día que pasa y no hace falta ni que tenga que decir una palabra. Tenemos un vínculo que es irrompible, y esa es la razón por la que ahora estoy aprovechando esta oportunidad.

Separados solo somos la mitad de lo que somos cuando estamos juntos. Él me completa, y estoy más que preparada para sentirme entera otra vez.

El camino es lento y aburrido. Paso kilómetros y kilómetros de campos de maíz antes de llegar por fin a la ciudad de Iowa. Debería ir a ver quién es mi nueva compañera de cuarto, pero no puedo esperar más para verlo. Hemos hablado unas cuantas veces por teléfono, pero me ha estado dando tiempo para pensar y decidir qué es lo que quiero en la vida.

Ahora ya sí que siento que lo he descubierto. La emoción me embarga cuando pienso en lo que voy a decir cuando se lo cuente. Ambos llevamos esperando mucho tiempo, pero yo soy la que tiene la llave y estoy a punto de abrir la puerta hacia nuestro futuro.

Aparco frente a su apartamento y respiro hondo unas cuantas veces para tratar de calmar los nervios. Este es el comienzo de un nuevo viaje para mí.

El sol me da de lleno en el rostro mientras me acerco por la acera al antiguo edificio de ladrillo y subo las escaleras hasta su piso. Cuando le pedí la dirección a su madre, ella sonrió. Creo que lo sabe. Creo que siempre lo ha sabido.

Las mariposas se vuelven locas en mi estómago cuando encuentro su puerta y

levanto la mano para llamar. Nunca he estado más nerviosa en mi vida. Estoy a punto de volver a llamar cuando la puerta se abre. Una rubia alta de ojos azules me devuelve la mirada.

—¿Está Beau? —pregunto tratando de otear el interior del apartamento.

Sus ojos me repasan entera antes de volver a posarse en los míos. La sonrisa que tiene estampada en la cara hace resonar una campanita de alarma en mi cabeza.

—Acaba de salir de la ducha. ¿Quieres que vaya a por él? —pregunta y se pasa la lengua por los dientes.

Me estoy poniendo enferma. Quizás haya esperado demasiado tiempo.

—Umm, no, ya lo llamaré luego —digo con un hilo de voz y retrocediendo varios pasos.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya a por él? —pregunta al tiempo que se apoya contra el marco de la puerta.

—Sí, pero gracias igualmente —digo y recorro el pasillo con paso firme hasta llegar a las escaleras.

La incredulidad me embarga. Antes de marcharse, tenía la impresión de que me esperaría un poco más. Sabía que no era justo para él hacerle esperar toda una eternidad, pero cinco semanas... ¿Por qué ha desistido tan rápido?

No soy capaz de contener las lágrimas en los ojos. Llevo queriéndolo durante tanto tiempo que se ha convertido en el sueño de mi vida, y ahora está claro que va a permanecer siendo así. Me arrepiento de muchas cosas, pero si alguna vez me regalan una segunda oportunidad, esto será de lo que más me arrepienta.

Lo amo.

Salgo por la puerta y camino por la acera. Lo dejé atrás y ahora ya ha pasado página.

—¡Kate! ¡Espera! —grita una voz familiar a mi espalda que hace que me pare en seco.

No quiero volverme y dejar que vea las lágrimas. No debería sentirse mal por pasar página cuando yo he sido la que ha tardado tanto tiempo en darme cuenta de lo mucho que significa para mí.

—Mírame —susurra, tan cerca que percibo el calor de su pecho contra mi espalda.

—No puedo. Tengo que irme.

Se pone detrás de mí y coloca una mano en mi vientre. Me parece algo de lo más natural.

—¿Por qué has venido si no ibas a quedarte?

—Beau, por favor. —Lloro al tiempo que apoyo la cabeza en su hombro y dejo que las gotas de agua de su pecho desnudo me empapen la camiseta.

—Habla conmigo —exige.

Podría decirle la verdad, pero me decanto por una media verdad.

—He venido por la universidad. Me he matriculado en algunas clases.

—¿Por qué lloras? —inquiérese a la vez que me rodea para poder obtener una mejor vista de mi cara. No tiene nada puesto más que unos pantalones cortos negros de atletismo y las gotas de agua que le caen del pelo.

Él es todo cuanto siempre he querido, y he llegado demasiado tarde. No quiero oírlo, pero me pidió que siempre fuera sincera.

—Vine por ti.

Sus ojos se fijan en los dos míos de forma intermitente.

—Entonces, ¿por qué no te has quedado?

Cierro los ojos con fuerza y utilizo el dorso de la mano para secarme las mejillas.

—Cuando tu novia respondió a la puerta... me di cuenta de que había llegado demasiado tarde. No necesitaba oírtelo decir.

Me pone un dedo bajo la barbilla.

—Abre los ojos.

Vacilo; no quiero mirarlo cuando me diga que tengo razón.

—Kate, solo te lo voy a pedir una vez más. Abre. Los. Ojos. Por favor.

Esta vez lo hago, y cuando lo miro distingo la antigua jocosidad a la que estoy acostumbrada. Quiero salir corriendo y hacer como que esto nunca ha ocurrido. Quiero huir a un tiempo en el que me decía lo mucho que me quería y no soltarlo nunca.

Su rostro se acerca al mío hasta que sus labios se encuentran a un suspiro de los míos.

—Lo has entendido todo mal, preciosa.

—¿Qué? —pregunto.

—Raquel es la novia de mi compañero de piso —dice con una media sonrisa dibujada en los labios.

Me detengo y vuelvo a procesar sus palabras.

—No lo entiendo. Me miraba como...

—Te miraba así porque sabe que eres mi Kate. Todo el que vive en ese apartamento, o que haya estado alguna vez en el apartamento, sabe quién eres. —
Sonríe.

—No es...

—No —dice, negando despacio con la cabeza y acunándome el rostro entre sus manos—. He estado esperándote.

Sus labios tocan los míos y hacen que el corazón se me acelere en el pecho. Cuando rompe el contacto, recorre mi labio inferior con su pulgar.

—Estoy aquí —musito buscando su contacto.

—Eso está bien, porque ya no puedo esperar más —dice al tiempo que me levanta en brazos. Sus labios rozan los míos, y esta vez se quedan unidos un poquito más.

Es justo el momento en que mi sueño se hizo realidad.

Beau es mi luz, mis estrellas, mi sol... me da esperanza.

Él es el nuevo comienzo de mi vida.

Epílogo

Un año después

He aprendido tres cosas en la vida.

La primera, que no puedo guardarme cosas dentro. Al final terminarán comiéndome viva hasta que ya no quede nada mí, y la vida es demasiado corta como para vivirla en solitud. Una de las cosas que Asher me enseñó es que cada día debería valer al menos una sonrisa.

Segunda, que nunca debería dar nada ni nadie por sentado. Es fácil suponer que cuando alguien entra en nuestra vida, siempre va a estar ahí. Pero sé que un día, o un momento, o una pizquita de mala suerte puede cambiarlo todo. Yo perdí a Asher demasiado pronto. Tenía el alma más preciosa que hubiera visto nunca, y sin él no sé cuánto tiempo me habría llevado volver a encontrarme. Nunca volveré a ser la chica que era, pero ahora mismo soy la persona que quiero ser. Estoy contenta conmigo misma y con el rumbo que mi vida está tomando.

Tercera, el amor es un sentimiento poderoso. Tiene la habilidad de hacer que superemos cualquier cosa. Pero tenemos que dejarlo.

Durante este último año, Beau y yo lo hemos aprendido en varias ocasiones. También estamos aprendiendo que discutimos más con las personas que queremos que con las que no... pero no lo cambiaría por nada del mundo.

—Eh, ¿lista? —me susurra al oído al tiempo que me abraza por la espalda.

—Sip, deja que coja la neverilla y salgo.

Me da un beso en la mejilla cuando lo miro por encima del hombro y deshace el abrazo antes de apoyar las manos sobre mis caderas.

—No tardes mucho, preciosa. Me muero por verte con ese bikini azul nuevo.

—Beau.

—¿Sí?

—Cuanto antes me sueltes, antes podremos hacerlo realidad —sonrío e intento dar un paso hacia adelante, pero él vuelve a tirar de mí hacia él.

—Un beso más —dice a la vez que me gira para quedar de frente a él. No pierde el tiempo en juntar sus labios con los míos. Empieza despacio, tirando ligeramente de mi labio inferior con sus dientes. Gimo al notar una sensación de hormigueo deambular por mi espalda. Cada beso es un primer beso con Beau Bennett. Aun así, esta vez, cuando estoy esperando más, se aparta—. Date prisa. Cuando llegemos al lago acabaremos lo que hemos empezado.

Me muerdo el labio inferior sabiendo que lo va a volver loco. Se lo tiene bien merecido por dejarme a dos velas ahora. Cuando intenta volver a agarrarme, retrocedo.

—Ve y espérame en la camioneta.

Me guiña un ojo y el corazón se me derrite como la mantequilla al calor.

—Más te vale darte prisa —gruñe y me da una palmadita en el culo de forma juguetona antes de andar de espaldas hacia la puerta.

Esta es la última vez que vamos a ir al lago este verano antes de tener que volver a la universidad. Es nuestro lugar, y siempre lo será. Hemos hablado de mudarnos aquí cuando terminemos sendas carreras y quizá comprar una casita junto al lago, pero creo que todavía es un poco pronto para hacer planes con tanta antelación. Sin duda será un lugar al que vendremos de visita.

Cuando entro en la cocina para coger la neverilla, pillo a mi madre y a Daniel fundidos en un abrazo. A veces son casi demasiado adorables. Se han pasado cada minuto del día así desde que se casaron. Sonrío al darme cuenta de lo similar que mi relación con Beau es a la de ellos.

—Beau y yo vamos al lago. ¿Sigue en pie lo de la barbacoa esta noche? —pregunto deteniéndome en la puerta.

—Por supuesto. Hemos invitado también a los padres de Beau ya que es vuestra última noche aquí en casa —responde mi madre apoyando la cabeza sobre el pecho de Daniel.

—Suenan bien. Hasta luego —digo despidiéndome con la mano libre que tengo antes de abrir la puerta.

Beau está sentado dentro de su camioneta con el brazo colgando por fuera de la ventanilla y música country resonando por los altavoces. Ensancha la sonrisa cuando me ve, y todo parece estar por fin en su sitio.

Voy a casarme con este hombre algún día. No mañana, ni el año que viene, pero sí algún día. Él es mi «para siempre».

—Ya era hora —me dice cuando me subo al coche.

—Beau.

—¿Sí, preciosa?

—Solo conduce —sonrío y saco las manos por la ventana para sentir el calor del aire veraniego. El camino se sucede en silencio a excepción del ritmo country y de las guitarras españolas que retumban en los altavoces. La música se ha convertido en un símbolo de las diferentes etapas de mi vida. Todavía tengo el iPod que Asher me dejó y escucho sus canciones a menudo. Siempre echaré de menos su voz... es un recordatorio de todas las cosas que me ha dado.

Un par de meses después de que Beau y yo empezáramos a salir oficialmente, le hablé de ello y de todos los otros buenos recuerdos que tengo de Asher. No estaba muy segura de cómo reaccionaría, pero lo entendió. Estoy segura de que desearía haber sido él el que me salvara, pero creo que da gracias por tenerme de vuelta sin

importar el camino que tomara para llegar hasta allí.

Cuando entramos en la zona de aparcamiento, advierto que la playa está bastante vacía para esta época del año. Las multitudes ya no me molestan tanto como antes, pero poder estar aquí a solas con Beau parece más bien un regalo caído del cielo.

—¿A qué estás esperando? —pregunta él pasándome el dedo pulgar por el pómulo.

—Estaba pensando en lo mucho que me gusta este sitio.

Sonríó y miro al amor de mi vida.

—Alberga muchos recuerdos —comenta a la vez que me pone varios mechones sueltos detrás de la oreja.

—Cierto. Vamos a crear nuevos. —Le dedico mi mejor sonrisa seductora. Cualquiera otra persona podría reírse de ella, pero Beau la pilla al vuelo.

Hemos esperado meses antes de tener sexo. Estuvo bien porque nos permitió reestablecer nuestro vínculo emocional. Nuestro amor es tan fuerte que nada podría destruirlo ahora. Nos ha costado quince años llegar hasta este punto, y nada va a interponerse entre nosotros.

Me bajo de la camioneta y espero a que Beau coja la neverilla del maletero. Caminamos hasta llegar a «nuestro sitio» —un pequeño claro en el alto césped— y estiramos en el suelo una manta vieja de franela. Decido jugar un poquitito con Beau y me levanto la camiseta por encima de la cabeza muy, muy despacio. Se le salen los ojos de las órbitas cuando ve la parte superior de mi nuevo bikini y me observa desabrocharme los pantalones cortos y bajármelos por las piernas. Me encanta cuando me mira así.

—Ven aquí —exige, tendiéndome su mano izquierda.

Hago lo que me pide, pero despacio para disfrutar de la anticipación. Cuando estoy lo bastante cerca como para que pueda tocarme, me agarra de la mano y pega su cuerpo al mío. Se salta aquello de ir despacio y me mete la lengua en la boca. Le rodeo el cuello con los brazos y siento cada parte de su ser, dentro y fuera. Su contacto es más caliente que el del sol sobre mi piel, y es fácil perderse en él.

Es mi amor verdadero y mi mejor amigo.

Mientras su boca y su lengua continúan bailando con la mía, sus manos me recorren toda la extensión de mi espalda. Todo lo que hace, lo hace con detenimiento, pero cuando hundo los dedos en su pelo, pilla la indirecta y me pasa los pulgares por encima de los pezones.

Unas pocas milagrosas gotas de lluvia caen del cielo y aterrizan en mi cabeza. En cuanto alzo la mirada, veo una única nube de tormenta sobre nuestras cabezas. Una risa se me escapa de los labios a la vez que me llevo la mano al paraguas que me cuelga del cuello.

—Gracias —articulo antes de dejar que mis ojos vuelvan a conectar con los de Beau.

Me levanta del suelo y empieza a dar vueltas al tiempo que me besa nuevamente

con esos cálidos labios y la lluvia chispea sobre nosotros.

—Te quiero muchísimo —dice apoyando la frente contra la mía.

—Yo también te quiero —respondo, y tiro de él para besarlo otra vez.

Cada vez que llueva, piensa en mí. Levanto la mirada para dejar que la lluvia golpee mi rostro y sonrío.

Agradecimientos

Primero, quiero darle las gracias a mi familia por aguantar mis horas locas y la falta de comidas caseras durante estos últimos meses. No podría haber hecho esto sin el apoyo que recibo de mi marido y de mis increíbles y comprensivos hijos.

Gracias a mi crítica compañera, Mireya, por seguir presionándome cuando solo me apetece rendirme. Me animas cuando estoy decaída, y doy gracias por tenerte en mi vida. Siempre serás la otra mitad de mi locura.

A Jessica; las palabras no pueden expresar lo mucho que tu amistad significa para mí. Muchas gracias por todo lo que has hecho para ayudarme a llevar *Cada vez que llueve* hasta donde ahora está. Podría repetir lo mucho que te aprecio un millar de veces, pero todavía seguirían pareciendo insuficientes.

A Jennifer; gracias por tu pericia corrigiendo. Eres la reina en aquello de transformar una frase buena en una frase increíble.

A mis extraordinarias lectoras beta: Amy B., Amy C., Melissa, Christine, Mint, Jennifer y Deanna, ¡gracias! *Cada vez que llueve* no estaría donde está ahora de no ser por vuestros comentarios.

También me gustaría dar las gracias a Angie, de *Angie's Dreamy Reads* por organizar mi blog tour, y a Christine de *Shh Mom's Reading* por ayudarme a descubrir la portada.

Y por último, pero no por ello menos importante, me gustaría darles las gracias a todos los fans y blogueros que me han apoyado durante toda mi aventura literaria. No estaría donde hoy estoy de no ser por vosotros.